

 Siempre



serás



ELIZABETH BERMÚDEZ

Siempre serás tú

Elizabeth Bermúdez

Índice

1

Despertar

2

Mi vida

3

Descubrir a mi familia

4

Volver a casa

5

No te esperaba

6

La Olivia del pasado

7

El reencuentro

8

Una noche de fiesta

9

La reina de las fiestas

10

Comienza el verano

11

Sorpresa

12

Los miedos

13

La boda

14

Tu olor

15

Solos

16

No te necesito

17

Una breve ilusión

18

El fin del verano

19

Un mes que promete

20

Un nuevo miembro en la familia

21

Mi nueva vida

22

La inauguración

23

La fiesta de cumpleaños

24

En secreto

25

Tiempo para nosotros

26

No me gustan las fiestas

27

Alegría familiar

28

Dudas

29

No te quiero perder

30

¿Quién era yo?

Capítulo 31

Vergüenza

32

Aprender a quererme

33

Una vida contigo

34

Bienvenido, Luca

35

Siempre serás tú

Título: Siempre serás tú
Primera edición, abril 2024
©2024, Elizabeth Bermúdez

Diseño de portada: @bbccreative_1
Imágenes portada: Shutterstock

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Esto es una obra de ficción. Todo parecido con la realidad es mera casualidad. Todos los nombres, situaciones y hechos plasmados en esta novela son producto de la imaginación de la autora.

Sinopsis

SIEMPRE SERÁS TÚ

Un grave accidente de tráfico cambia la vida de Olivia. Cuando despierta no recuerda nada de sus veintiún años anteriores.

Al llegar a casa tiene que enfrentarse a un hermanastro que la odia porque ella le hizo la vida imposible.

Cuando Olivia comienza a descubrir cómo era antes no se siente orgullosa de su persona. Su pasado y su presente la tienen desbordada, sin embargo, recibirá el mayor apoyo de quién menos espera.

Hugo comienza a sentir algo muy fuerte por la mujer que odiaba antes de su accidente y es algo que no logra entender. ¿Puede cambiar la pérdida de memoria a una persona?

Descubre todos los secretos que se esconden en esta apasionante historia.

Sobre la autora

Elizabeth Bermúdez nació en Huelva, lugar donde reside actualmente.

Licenciada en Derecho, le apasiona escribir y leer novelas románticas. La mayor parte de su tiempo libre lo dedica a crear historias de amor con la ilusión de que en el futuro vean la luz y enamoren a los lectores.

Se define como una persona familiar y amiga de sus amigos. Le encanta viajar, leer y disfrutar al máximo de los buenos momentos que ofrece la vida.

Siempre serás tú es su **novela número dieciocho**, anteriormente publicó:

1. Deseos del destino
2. *Secretos*
3. *Tus huellas en mi corazón*
4. Imaginarlo o vivirlo. La mirada de un Miller
5. *La sombra de su pasado*
6. *Volver a nacer*
7. Volver a creer
8. *Volver a sentir*
9. Y de repente, el mundo se paró
10. El amor lo cambia todo
11. Serie Volver
12. Bilogía:
El precio de la vida
El precio del amor
13. Te quiero para mí
14. Nicolás Hungría
15. Te protegeré
16. Oportunidad de venganza
17. Por mi familia

Sígueme en mis redes sociales:

- Instagram: @eli_berm
- Facebook: Elizabeth Bermúdez

A la vida.

*Para vivirla sin rencores ni odios
que solo nos hacen perder el tiempo
y no nos damos cuenta de que estamos
de paso y la estancia es muy corta.*

1

Despertar

—Mi amor, apriétame la mano si puedes oírme —alcanzo a escuchar una voz. La siento muy lejana, sin embargo, por alguna razón, no quiero perderla. Tengo mucho sueño, pero el timbre de esa voz tan dulce y preocupada consigue captarme. Intento hacer lo que me pide y con todas mis fuerzas le aprieto la mano—. ¡¿Oh, mi vida, puedes oírme?! —grita una mujer a mi lado. Siento su mano aferrar la mía con ganas y luego percibo un beso en la mejilla—. Por favor, hija, abre los ojos —me suplica. Siento que los párpados me pesan toneladas y una gran somnolencia me invade, quiero seguir durmiendo, pero la insistencia de esa mujer despierta mi curiosidad, quiero verla.

Mientras ella me sigue suplicando que abra los ojos intento hacer lo que me pide con todo mi esfuerzo. De repente, escucho una voz masculina que dice:

—Irene, lleva meses así. Los médicos no tienen esperanzas de que despierte.

Esa voz perteneciente a un hombre no me dice nada, sin embargo, en la de la mujer puedo percibir el dolor que le provoca que no abra los ojos.

—Me da igual. No pierdo las esperanzas —alcanzo a escuchar que le reprocha en un tono enérgico.

Con muchísimo esfuerzo, intento salir del letargo en el que me siento inmersa. Entreabro los ojos y comienzo a alejarme de la oscuridad que me invade. De repente, una luz molesta me pega de lleno en los ojos y me impide abrirlos por completo. Consigo mover mi mano y con ese gesto llamo la atención de la mujer que se aferra a ella.

—¡Oh, está despertando! —alza la voz de golpe, emocionada—. Alfredo, llama a los médicos —grita más fuerte mientras se acerca a mi lado, emocionada, con lágrimas en los ojos.

Escucho pasos que salen corriendo, una puerta que se abre mientras intento abrir los ojos por completo y la dulce voz que tengo a mi lado me suplica:

—Por favor, regresa a mí. Mírame, hija mía —me indica mientras siento que llora, alterada.

Varios pasos regresan a la habitación e intento abrir los ojos por completo. Otra voz grave ordena:

—Dejadnos solos con la paciente. Esperen fuera.

—Por favor —ruega una voz femenina, pero este timbre no corresponde a la mujer que estaba

a mi lado hasta hace poco.

Escucho una puerta cerrarse, la luz que entra por la ventana ya no me molesta tanto, han echado las cortinas, y ahora sí puedo abrir mis ojos por completos. Al hacerlo me topo con un hombre que lleva una bata blanca y dos mujeres más, también con uniforme de hospital.

—¿Qué tal te encuentras, Olivia? —me pregunta un señor de mediana edad mientras me mira los ojos con una luz.

Hago esfuerzos por hablar, siento la boca muy seca, y pronuncio:

—No sé... ¿qué me pasa? —inquiero desorientada mientras miro a mi alrededor y descubro que estoy en la cama de un hospital con varias máquinas a mi lado.

—Tuviste un accidente. ¿Lo recuerdas? —pregunta el médico mientras me observa con atención.

Intento hacer memoria, pero no consigo encontrar nada. Me esfuerzo en ello, pero no hay ningún recuerdo. Niego con un gesto de la cabeza mientras miro con agobio a las personas que tengo a mi alrededor.

—¿Sabes quién eres? —inquieta el médico tras mirarme la vista con la luz nuevamente.

Ante su pregunta me quedo pensativa, pero no hay nada en mi memoria. Ningún recuerdo, ninguna imagen... todo está vacío. Comienzo a ponerme algo nerviosa ante la situación y miro a todas las personas que tengo a mi alrededor con angustia. No recuerdo nada de mí, ni cómo acabé en este hospital.

—Tranquila, Olivia —me indica el médico cogiéndome las manos—. No pasa nada, puede que sea algo transitorio. Vamos a hacerte unas pruebas. Lo bueno es que has despertado después de este tiempo.

—¿Qué me pasó? ¿Cuánto llevo aquí? —pregunto agitada, tratando de incorporarme en la cama.

—Tuviste un accidente de coche. Salvaste la vida de milagro. Has estado tres meses en coma —revela.

—¿Quién soy? —pregunto con horror, alterada al no recordar absolutamente nada sobre mí.

—Tu nombre es Olivia De la Fuente, tienes veintiún años y las dos personas que estaban junto a ti cuando has despertado son tus padres. Ahora vamos a darte un tranquilizante y te haremos varias pruebas —me informa el médico.

Me quedo pensativa en el nombre que ha dicho, mi nombre, pero no me dice nada. Ni siquiera recuerdo que me llamase Olivia.

Observo cómo una enfermera me inyecta algo en la vía que tengo en el brazo y le suplico:

—No quiero dormir más. —En estos momentos solo necesito saber quién soy y qué me pasa.

—Es solo para que estés más relajada. Vamos a llevarte para hacerte unas pruebas y luego podrás ver a tus padres —me indica la enfermera.

El médico sale de la habitación mientras las tres personas que lo acompañaban me preparan para llevarme con ellos. Comienzan a empujar la cama y cuando salgo al pasillo de la habitación descubro a las personas que estaban junto a mí cuando desperté hablando con el médico. Observo que hay un señor mayor con ellos. Los tres me miran al pasar por su lado y (la mujer que es mi madre) se acerca a la cama y deposita un beso en mi frente.

—Todo va a ir bien. Te quiero, mi vida. —La miro a los ojos y estos me infunden paz, amor y tranquilidad. Es muy guapa y joven. Rubia, de intensos ojos azules y con un rostro angelical.

Me llevan a hacer varias pruebas, me meten en unas máquinas y pasadas unas tres horas vuelvo a la habitación.

He intentado recordar quién soy, pero es inútil. En mi mente todo está en blanco.

Cuando regreso de nuevo a la habitación encuentro a tres personas en ella. Las mismas que hablaban con el médico en el pasillo cuando me marché.

—Necesita descansar —les advierte la enfermera a esas personas al mismo tiempo que baja las persianas del cuarto.

—No —protesto—. Estoy bien —murmuro con la vista clavada en la mujer de ojos azules que me mira con lágrimas en ellos.

La enfermera sale de la habitación y todos nos quedamos en silencio.

—¿No recuerdas nada? —inquieta la mujer acercándose a mí y tomándose de forma delicada de la mano.

—No —susurro con angustia—. ¿Eres mi madre? —pregunto con temor.

Ella asiente, más lágrimas corren por sus mejillas y luego me estrecha en sus brazos.

—Bienvenida a la vida, mi amor. Siempre supe que despertarías y volverías a ser tú.

Me abrazo a ella, pero no siento nada. Es una completa desconocida, no la recuerdo, y esto me aterra.

—Yo soy tu padre —se presenta uno de los dos hombres que se encuentran en la habitación. Se acerca a mí por el otro lado de la cama donde está mi madre y solo me acaricia la mejilla. Yo le muestro una leve sonrisa mientras que trato de recordarlo, pero nada.

—Él es tu abuelo, Emilio, mi padre —lo presenta mi madre. El señor mayor se acerca a mí, me sonríe, me coge de la mano y deposita un cálido beso en ella. Tiene unos ojos azules como los de su hija, y pese a ser mayor conserva todo el pelo. Lo siento como alguien cercano, su mirada me transmite amor, pese a que no lo recuerdo, no como la del hombre que se ha presentado como mi padre.

—No recuerdo nada —murmuro con culpabilidad y miedo.

—No te sientas mal, mi vida. Puede que sea algo pasajero como han dicho los médicos —comenta mi madre, mirándose con una infinita paciencia. En su rostro tiene dibujada una sonrisa enorme y sus ojos le brillan de una forma increíble, creo que debe de ser una gran madre.

—Y si no recuerdas, no pasa nada. Aquí estamos nosotros para contarte toda tu vida —dice el señor que es mi abuelo.

—Ahora deberías descansar —anota mi madre dirigiéndole una mirada reprobadora a su padre.

—Necesito saber quién soy —manifiesto con ansiedad.

—Todo a su debido tiempo. Acabas de despertar y te han hecho un montón de pruebas, poco a poco te iremos contando lo que desees saber —me indica mi padre, situado a los pies de la cama.

—Quiero saberlo todo. No sé quién soy —susurro con miedo.

—Te ayudaremos a que vuelvas a ser tú —dice mi abuelo.

Ambos hombres se despiden de mí y cuando veo que mi madre no se marcha con ellos la miro con atención.

—No me voy a separar de tu lado, mi vida —me deja claro tomándome de la mano con fuerza.

La miro a los ojos y le susurro:

—Gracias. —Me siento sumamente perdida y tenerla cerca me provoca tranquilidad.

—Ahora intenta descansar un poco y no agobiarte —me indica mi madre. Cuando advierte que le voy a replicar dice—: El médico nos dijo que no te proporcionemos mucha información de golpe. Por ahora sabes quienes somos tus padres y tu abuelo, las personas que más te quieren en esta vida y las que harían cualquier cosa por ti.

—¿Tengo hermanos? —pregunto con curiosidad.

—No —contesta mi madre tras un breve silencio.

Miro hacia la ventana y observo que se ha hecho de noche, tengo sueño, cierro los ojos y decido dormir mientras mantengo la esperanza de que cuando despierte de nuevo sabré quién soy y recordaré toda mi vida anterior.

2

Mi vida

Cuando abro los ojos tras una noche en la que siento que he descansado muchísimo, nuevamente encuentro a mi madre junto a mí. Está sentada en un sillón a mi lado y me muestra una gran sonrisa cuando la miro.

—Buenos días, ¿qué tal te encuentras? ¿Has dormido bien? —pregunta con interés.

—Muy bien. —Me quedo en silencio unos segundos, rebusco en mi mente y le indico con desánimo—: Pero sigo sin recordar nada.

—No te agobies. Igual sucede cuando menos lo esperes —comenta mientras se retuerce las manos, algo intranquila.

—No saber quién eres, no tener recuerdos ni nada me produce una sensación de vacío... No sé cómo explicarlo —le manifiesto apurada.

—Poco a poco irás encajando todo. Te iremos contando tu vida.

—¿Qué vida tenía? —me intereso.

—Estabas terminando la carrera universitaria, tienes muchos amigos y llevabas una vida feliz —revela mi madre.

—¿Qué me pasó? El médico me dijo que tuve un accidente de coche.

—Un camión se salió del carril contrario, cruzó la mediana y chocó contra vosotras —revela.

—¿Iba con alguien más en el coche? —inquiero de inmediato, alarmada, al reparar en sus palabras.

Mi madre me mira con los ojos muy abiertos, se coloca de pie y se pasea por la habitación, incómoda.

De repente, la puerta se abre y entra el médico del día anterior. Trae una carpeta en sus manos.

—Doctor —dice mi madre en cuanto lo ve aparecer. Denoto en su tono de voz cierto alivio por la interrupción.

—Ya están todos los resultados de las pruebas que te realizamos ayer, Olivia —me indica el médico.

Mi madre y yo nos quedamos calladas a la espera de que nos revele algo. Se hace un incómodo silencio hasta que mi madre, retorciéndose las manos, pregunta:

—¿Algo va mal?

—No. Todas las pruebas están bien, dentro de lo normal —especifica.

—¿Y por qué no recuerdo nada? —lo interrumpo de forma precipitada.

—Recibiste un impacto muy fuerte, Olivia. Es todo un milagro que sobrevivieses a él —aclara—. Tenemos que hacerte más pruebas neurológicas, pero puede que no vuelvas a recuperar la memoria —aventura. Miro al médico y varias lágrimas ruedan por mis mejillas—. No es tan malo, volverás a hacer tu vida como una persona normal, no tienes secuelas —me alienta.

—No sé cuál era mi vida —puntualizo con cierto agobio.

—Estoy seguro de que con el cariño y el esfuerzo de toda tu familia volverás a ser tú. Ellos te contarán cómo eras, tus gustos, aficiones, todo. Eres muy joven y tienes toda la vida por delante —me indica el médico y siento que no le da importancia al hecho de que no recuerde nada, cuando para mí es lo más importante en estos momentos.

Mi madre me abraza y me susurra:

—Yo te ayudaré en todo.

—Olivia, no tienes que angustiarte, tómalo como una segunda oportunidad en la vida. Muy pocas personas sobreviven a un accidente como el que tuviste. Cuando llegaste aquí tenías un fuerte golpe en la cabeza, tu rostro estaba destrozado por el impacto de los cristales y presentabas una gran herida en el costado debido a un hierro que casi te atravesó por la mitad —revela el doctor.

Miro al médico, impactada, y luego me llevo la mano hacia mi rostro mientras pienso si soy un monstruo desfigurado.

—Te hicimos varias operaciones en el rostro —anuncia de inmediato, como si me leyese la mente—. Si tuvieses memoria puede que al mirarte al espejo no te reconocieses, pero te aseguro que te gustarías —determina con una sonrisa—. ¿Quieres un espejo? —pregunta con amabilidad.

—Por favor, necesito conocerme —le indico con cierto miedo, miro a mi madre, me tiene tomada de la mano y me susurra infundiéndome ánimos:

—Todo está bien.

El médico sale de la habitación en busca de un espejo. Yo no puedo levantarme, tengo varias máquinas enchufadas a mi cuerpo.

—Tengo miedo —le confieso a mi madre en voz alta, aferrada a su mano.

—Hicieron una gran labor. Tu rostro es perfecto, mi vida. Diferente al que tenías, pero sigues siendo una belleza.

El doctor vuelve a la habitación y trae un espejo consigo. Me lo entrega y lo tomo entre mis manos. Las siento temblar antes de enfrentarme a mi reflejo. Voy a conocerme, a descubrir cómo soy. Levanto el espejo con mis manos mientras estas me tiemblan sin parar. Mi madre me ayuda a sujetarlo.

Cuando descubro mi rostro una sonrisa se dibuja de inmediato en mis labios. Esperaba

encontrarme con alguien horrible tras la explicación del doctor de cómo quedé tras el accidente, pero no es así. Tengo una cara sin un solo rasguño, con ojeras y demasiado blanca, pero no soy un monstruo. Mis ojos son grandes, color miel, rodeados de espesas pestañas. Mi nariz es perfecta, tengo unos pómulos altos, pronunciados, y unos labios voluminosos. Me agrada mi aspecto. Llevo la mano hasta mi pelo recogido en una coleta rubia y suspiro con cierto alivio.

—¿Cómo te ves? —pregunta el médico mientras me mira con atención.

—Eh... bien —balbuceo—. No pensé que fuese así —reconozco con sinceridad.

—No te voy a mentir, pasaste muchas horas en quirófano. Los médicos hicieron un buen trabajo en tu rostro.

—¿Cómo era antes? —inquiero con curiosidad.

El doctor y mi madre se dirigen una mirada en silencio.

—Creo que debes de ir descubriendo tu vida pasada poco a poco —me aconseja el doctor—. Cuando regreses a casa tu madre te pondrá al tanto de todo y puede que al estar rodeada de recuerdos todo sea más fácil.

—¿Cuándo podré irme de aquí? —pregunto con unas ganas enormes de marcharme. Siento que si vuelvo a mi vida y me rodeo de mis cosas quizás recuerde todo.

—En unos días. En la mañana de hoy te vamos a quitar todos estos aparatos —indica el médico—, te haremos un par de pruebas más y analíticas, y podrás regresar a casa si cumples con todo lo que te digamos.

—Yo me encargaré de que así sea, doctor —le indica mi madre.

—¿Puedo quedármelo? —le pregunto al médico con el espejo en la mano.

—Todo tuyo.

Asiento, le sonrío y lo dejo sobre mis piernas. Suspiro y miro a mi madre cuando estamos a solas.

—Te ayudaré a que vuelvas a ser tú, mi vida. Me tienes contigo de forma incondicional —susurra a mi lado al mismo tiempo que me da un beso.

Varias personas entran en la habitación y le piden a mi madre que salga. Me quitan todos los aparatos que tengo alrededor y me asean. Me colocan un pijama limpio y me peinan.

—Pareces otra —me indica con una sonrisa la mujer que se ha encargado de ello.

—Gracias —susurro dedicándole una sonrisa cuando se marcha.

Cojo el espejo que está en la mesita de noche y me observo en él. Intento recordar algo de mi vida, quién soy, pero mi mente está en blanco por completo. Solo consigo ver unas lágrimas que ruedan por mis mejillas y que ni siquiera sé por qué salen.

La puerta de mi habitación se abre y veo aparecer a mi madre y a mi abuelo. De inmediato aparto las lágrimas de mi rostro y les muestro una sonrisa forzada.

—¡Qué guapa estás, mi niña! —dice mi abuelo acercándose a mí y dándome un afectuoso

beso en la mejilla.

—Te veo mejor, más animada —comenta mi madre. Lo cierto es que tengo ganas de levantarme de esta cama, pese a encontrarme sin mucha fuerza en mis piernas, y comenzar a descubrir quién soy y cómo era mi vida antes del accidente. Los médicos dicen que poco a poco, cuando comience a caminar, iré fortaleciendo mis piernas de nuevo.

Unos leves toques suenan en la puerta y luego esta se abre. Veo aparecer a dos hombres que no conozco de nada, uno de ellos lleva un ramo de flores en sus manos.

—Hola, Olivia —me saluda un señor—. Nos alegramos mucho de que estés tan bien —habla en plural. Detrás de él puedo observar a un hombre joven de intensos ojos grises, moreno, alto, muy guapo, que me mira con especial interés en silencio.

De repente, siento que mi corazón da un vuelco por completo y una intensa punzada de dolor en mi cabeza hace que me lleve la mano a ella y emita una leve queja.

Luego, la puerta de la habitación se abre de nuevo y levanto un poco la vista, el hombre que acaba de entrar y se acerca a mí es mi padre.

—Hija, he venido a decirte que puedes venir a vivir conmigo cuando salgas de aquí —dice mirando a todas las personas que tengo alrededor.

—Tú siempre tan poco delicado, Alfredo —le reprende, serio, mi abuelo—. Olivia volverá a su casa, donde están todos sus recuerdos y tenga a gente que la pueda cuidar como necesita —resuena su voz profunda y tajante.

—Vamos a discutir esto fuera —propone mi madre, la siento algo tensa. Se acerca a mi padre y salen de la habitación junto con mi abuelo.

Yo me quedo mirando a los hombres que tengo a mi lado mientras una gran punzada en la cabeza no deja de molestarme.

—Creo que hemos llegado en un mal momento —murmura el señor. Desconozco quién es.

En el pasillo comienzan a escucharse voces más altas de lo normal, es evidente que mis padres discuten de forma acalorada, y ambos hombres que están conmigo desvían su mirada hacia la puerta de la habitación entreabierta.

—Quédate con ella —le ordena el señor más mayor al otro más joven. Le entrega las flores, sale de la habitación y cierra la puerta por completo.

Me quedo a solas con un desconocido mientras que mi corazón palpita con fuerza y mi cabeza parece que va a estallar.

—¿Quién eres? —logro preguntar mientras que él me mira como si fuese un fantasma.

—Tu hermano. Bueno, tu hermanastro —rectifica de inmediato. Lo aprecio algo nervioso—. Nuestros padres son pareja desde hace tiempo —revela.

Sacudo un poco mi cabeza y tomo una bocanada de aire tratando de asimilar esa información.

—Lo siento, no te recuerdo. No recuerdo nada —especifico mientras lo miro con atención—.

Pensé que no tenía hermanos, le pregunté a mi madre y me dijo que no.

—En realidad no los tienes. Nuestros padres llevan cuatro años juntos.

—Ni siquiera sabía que mis padres estaban divorciados —murmuro con cierta pena.

—Vaya, lo siento. Yo solo he venido a acompañar a mi padre. Me dijo que habías despertado. Esto es para ti —me extiende el ramo de rosas con cierta incomodidad.

—Es precioso. ¿Puedes dejarlo ahí? —le indico la mesita cercana mientras intento levantarme de la cama. De repente me han entrado ganas de vomitar.

Él se da la vuelta y deja el ramo donde le he indicado mientras que yo pongo los pies en el suelo y trato de dirigirme al baño, pero cuando doy un par de pasos siento que las piernas me fallan y pierdo el equilibrio. Sin embargo, no caigo al suelo, unos brazos rápidos y fuertes me toman por la cintura y me estrechan contra un pecho duro en el que percibo todos sus músculos.

—¿Dónde ibas? —pregunta con preocupación mientras me sostiene en sus brazos.

—Necesito ir al baño —murmuro mientras me encuentro con mucho calor. Una punzada me parte la cabeza en dos y esta me provoca náuseas.

—Creo que no estás en condiciones, llamaré a un médico.

—Siento que la cabeza me va a explotar y tengo ganas de vomitar —le indico algo turbada, sin apenas fuerzas mientras que él me carga en sus brazos con agilidad y me devuelve a la cama. Luego sale de la habitación mientras que me retuerzo sobre el colchón de dolor.

De inmediato llegan varias personas a mi habitación, todas sanitarias, y me inyectan algo. El punzante dolor desaparece tras unos largos minutos, junto con las náuseas, y comienzo a sentirme mejor.

Cuando abro los ojos de nuevo tengo a mi abuelo y a mi madre al lado.

—¿Cómo estás? —se interesa mi madre, preocupada.

—Mejor. Sentí un fuerte dolor en la cabeza, terrible, y ganas de vomitar, pero pasó con la medicación —explico mientras busco al hijo de la pareja de mi madre por la habitación de forma involuntaria.

—Menos mal que Hugo se quedó contigo —murmura mi abuelo—. No puedes levantarte sola de la cama, estás muy débil —me reprende.

—¿Hugo? —pregunto, confusa.

—Sí, el hijo del novio de tu madre —especifica mi abuelo.

—Cariño, tu padre y yo nos divorciamos antes de que tú nacieses —revela mi madre—. Desde hace unos años mantengo una relación con Rubén. Tiene un hijo más o menos de tu edad, Hugo. Siento no habértelos presentado, pero llegó tu padre, te sentiste mal... —justifica apenada.

—Cariño, tu padre quiere que te vayas con él cuando salgas del hospital, pero tú siempre has vivido con nosotros. A nuestro lado no te va a faltar de nada —me explica mi abuelo.

—Papá, no la abrumes ahora con esos temas —lo reprende de inmediato mi madre,

dirigiéndole una mirada seria.

—Habrá que contarle la verdad, que no ha sido el mejor de los padres —comenta enfadado—. Olivia no puede tomar decisiones si no sabe lo que estas conllevan.

Yo los miro a ambos un poco abrumada.

—¿Dónde vivimos? —pregunto tratando de recordarlo, pero me resulta imposible.

—En Madrid. En una gran casa. Tienes tu propia habitación y tenemos personal de servicio. Vas a estar muy bien —revela mi abuelo—. Me sobra el dinero, cariño. No tienes de qué preocuparte, además tu madre se moriría si no dejas que te cuide en estos delicados momentos por los que pasas —añade, pero mi madre lo reprende de nuevo con una mirada severa.

—Eres libre de elegir lo que quieras, pero siempre has vivido con nosotros. Todas tus cosas están en casa —dice mi madre.

—Me iré con vosotros —determino mirando a los ojos a mi madre. Algo dentro de mí me indica que puedo confiar en ella. Su mirada transparente y limpia no me engaña, además, quiero volver al lugar donde pueda recuperar mis recuerdos. Si me marcho con mi padre nada de lo que lo rodea será parte de mi pasado y necesito cosas a mi lado que me hagan volver a él.

Mi abuelo se acerca a mí y me abraza con emoción.

—Te quiero, mi amor. Tu sitio es a nuestro lado.

—Siento que con vosotros puedo recuperar antes la memoria, ir a los lugares donde lo solía hacer puede ayudarme a recordar —comento con ilusión y esperanza.

Mi madre y mi abuelo intercambian una mirada cómplice en silencio y me dedican una sonrisa forzada que no entiendo muy bien.

3

Descubrir a mi familia

Nuevamente es mi madre quien se queda a pasar la noche en el hospital conmigo. Cuando estamos a solas, hemos cenado y cada una nos disponemos a dormir, le comento:

—Me asusta un poco salir de aquí y enfrentarme a la que era mi vida.

—No tienes que tener miedo. Volverás a casa, conmigo y con tu abuelo, y cuando estés preparada y quieras invitaremos a tus amigos e irás conociendo a todo tu círculo.

—¿Me puedes hablar de nuestra familia? —le ruego con curiosidad y esperanzas de que los recuerdos vuelvan a mí si los conozco más.

—Lo cierto es que soy hija única y tu padre solo tiene una hermana con la que no tiene mucho contacto. Ninguno de los dos tuvimos más hijos. Nuestra familia se resume en tu abuelo, tú y yo. Ahora Rubén y Hugo están en nuestras vidas y forman parte de ella. Hugo no tiene madre, murió, y, al igual que tú, tampoco tiene hermanos. Siento que se tuviesen que ir sin que los conocieses mejor, pero después de lo que sucedió el médico recomendó que solo estuvieses con tus padres y el abuelo. Tu padre tuvo que viajar de nuevo y no pudo quedarse. Tenía un rodaje que no pudo aplazar. Es actor —revela como si nada.

—¿Es famoso? —pregunto sorprendida.

—Ha hecho varias series y teatro, es reconocido —puntualiza.

—Vaya, no esperaba tener un padre actor —murmuro con asombro.

—Bueno, quizás deba decirte que yo he sido modelo profesional —revela—. Ya no me dedico a ello, pero me muevo en el mundo y muchas marcas cuentan con mi imagen en la actualidad.

Miro a mi madre con admiración. Es muy guapa y tiene un tipazo, además de joven.

—No tengo una familia normal —murmuro. No sé qué me esperaba encontrar, pero me sorprende tener un padre actor y una madre modelo.

—Puede decirse que no. Rubén es uno de los presentadores de televisión más mediáticos en estos momentos y mejor pagados del país —especifica—. Tiene un programa diario en la noche que triunfa desde hace muchos años. Un día me llevó de invitada, nos conocimos y así empezó nuestra relación —relata mientras un brillo especial aparece en su mirada cuando lo ha nombrado.

—Estás enamorada de él —aprecio.

—Como nunca lo estuve antes. Es el hombre de mi vida —confiesa sonriente—. Nos vamos a casar —anuncia con ilusión—. Esperaremos a que estés bien del todo. Ahora solo importas tú, mi vida.

—Me gusta que seas mi madre —murmuro mirándola a los ojos. Ella estalla en lágrimas y se abraza a mí.

—Eres lo mejor que me ha pasado. Soy muy afortunada de no haberte perdido en ese terrible accidente porque me hubiese ido contigo. Te quiero demasiado —confiesa.

—Contigo siento cierta paz y serenidad que no sé explicar. Cuando te tengo a mi lado parece que todo es más fácil y mi miedo a enfrentarme a la que fue mi vida desaparece al pensar que al ir de tu mano todo irá bien.

—Así será. No te soltaré y siempre podrás contar con tu madre. Te quiero, Olivia.

El día siguiente lo paso algo inquieta, no dejo de darle vueltas al accidente que tuve y cuando mi madre dijo: *el camión chocó contra vosotras*. No iba sola en el coche. Necesito saber quién era la otra persona que me acompañaba y qué pasó con ella. Siento que me proporcionan la información sobre mi pasado en pequeñas dosis, pero yo tengo la necesidad de saberlo todo.

Aprovecho un rato a solas con mi madre después de comer y le pregunto:

—¿Quién iba conmigo en el coche cuando sucedió el accidente? Dijiste que el camión se salió de la carretera, cruzó la mediana y se chocó contra nosotras.

Mi madre toma una bocanada de aire y dice:

—Ibas con tu mejor amiga, Emma. Habíais salido de fiesta y volvíais a casa. No fue tu culpa.

—¿Ella murió? —pregunto con el corazón encogido.

Mi madre asiente con lágrimas en los ojos. No recuerdo a mi amiga, pero siento una punzada en el pecho y varias lágrimas ruedan por mis mejillas sin poder controlarlas.

—Fue un accidente terrible. Ella no sufrió, murió en el acto. Tú quedaste muy mal herida. Los médicos no nos dieron esperanzas de vida cuando llegaste al hospital, pero te fuiste recuperando poco a poco. Fue un completo milagro.

—¿Quién conducía? —me intereso mientras que miro a mi madre con miedo.

—Tú —revela—. Pero fue un accidente. No tuviste la culpa —me deja claro mientras acaricia mi mejilla con ternura—. La culpa fue del conductor del camión, todo apunta a que se quedó dormido y perdió el control del vehículo. Con tan mala suerte que chocó contra vosotras.

—Dices que era mi mejor amiga, háblame de ella —le ruego. Siento que necesito acercarme más a esa persona que perdí y no recuerdo.

—Erais como hermanas. Os conocíais desde pequeñas, habíais ido juntas a la guardería, al colegio y al instituto. Pese a no haber escogido la misma carrera seguíais muy unidas. Os veíais con frecuencia y lo sabíais todo la una de la otra.

—¿Tienes una foto de ella? —Una extraña necesidad me apremia a conocerla.

—No en este momento, supongo que en casa habrá muchas. Podrás verlas cuando llegues — comenta mientras la siento algo incómoda.

—¿Y sus padres? Deben de estar destrozados —murmuro con pena.

—Emma solo tenía a su madre. Está mal. Era su única hija, todo lo que tenía en esta vida.

—Me gustaría verla y darle un abrazo. Supongo que la conocía —aventuro con pena.

—Sí —confirma mi madre—. Lo harás cuando te recuperes y salgas de aquí. Poco a poco todo, cariño.

—¿Crees que quiera verme? Igual me culpa de la muerte de su hija —inquiero con miedo.

—El informe policial fue muy claro. El camión invadió el sentido opuesto y chocó con vosotras. No tuviste la culpa de la muerte de Emma. Tú conducías sobria y por tu carril.

Escuchar las palabras de mi madre hace que me quite un gran peso de encima. No podría vivir con la culpabilidad de que mi mejor amiga hubiese fallecido por mi culpa.

Seis días después

En este tiempo me he recuperado y me siento mucho mejor. Ya puedo levantarme de la cama sola, camino y me siento con más fuerzas. También ayuda la buena comida que se encarga de traerme personalmente mi abuelo a diario. Está riquísima, dice que la hace la señora que cocina en casa. Estoy deseando conocerla para agradecerle todos los platos que me ha enviado.

Mi abuelo apenas se ha movido del hospital en estos días, he estrechado una gran amistad y complicidad con él, y he descubierto que me consiente en todo. Dice que soy su única nieta y que daría su vida por mí. Es un hombre culto, educado, divertido y siempre tiene un tema de conversación que me mantiene atenta a lo que relata. Cuando estoy con él y mi madre me siento querida y arropada, y eso me agrada. Me hacen sentir bien y poco a poco están naciendo sentimientos en mi interior hacia ellos.

Me abruma la constante sensación de no sentir nada por nadie ni tener recuerdos, pero con mi madre y mi abuelo al lado percibo que los estoy recuperando. Me han contado cómo fue mi niñez, me han revelado cómo son mis gustos, aficiones y me han puesto al tanto sobre mi carácter. Según ambos soy una persona amable, cariñosa, educada, responsable y estudiosa. Siento que están muy orgullosos de mí y me gusta la persona que han descrito.

He intentado que me enseñen fotografías de cómo era físicamente antes del accidente, tengo muchísima curiosidad, pero se han negado a ello. Desean que primero me acomode en casa, me

acostumbre a mi entorno y luego descubra cómo era antes del accidente. Mi madre y mi abuelo se escudan en que ahora soy más guapa y que no tengo nada que envidiarle a la Olivia de antes.

Mi madre insiste en traer a un peluquero antes de salir del hospital para que me arregle el pelo, según ella lo tengo muy dañado. Me hace un buen corte y me deja una melena a la altura de la clavícula. Según me indica siempre he llevado el pelo muy largo, pero me atrevo con el cambio que me propone el peluquero. Me peina y me aplico un poco de cubre ojeras, coloretes y brillo de labios que me proporciona la mujer que me trajo al mundo. Luego saco la ropa que me ha comprado, toda nueva, y escojo un chándal y unos deportes. Cuando me miro al espejo me gusta el resultado. Acostumbrada a verme pálida, con ojeras y mal peinada, me siento una princesa. Sonrío y le agradezco a mi madre todo su esfuerzo para que salga del hospital tan bien.

Esperamos el alta del médico en la habitación, por donde pasan varias enfermeras y personal sanitario a despedirse de mí, y cuando tenemos en nuestras manos el documento que nos permite marcharnos mi abuelo aparece en la habitación, vestido como siempre de una forma muy elegante, y nos indica que el coche que nos espera está listo en el garaje del hospital. Mi madre me toma de la mano y salimos de la habitación. Cuando salgo al pasillo me sorprende encontrarme con tres hombres vestidos de negro con pinganillos en sus oídos, me quedo mirándolos con atención y mi abuelo me aclara:

—Son seguridad privada. Trabajan para mí.

Miro a mi madre, extrañada, mientras caminamos hacia el ascensor. Los tres hombres nos guían mientras que mi abuelo y mi madre no se separan de mi lado.

Cuando entramos en un enorme coche negro, ya listo en cuanto salimos del ascensor en el *parking*, mi madre me extiende unas enormes gafas negras y una gorra.

—Póntelo —me ruega con una cálida sonrisa.

—¿Para qué? —pregunto sosteniendo los objetos en mis manos.

—Hay prensa en la puerta —dice mi abuelo, sentado a mi lado—. Tu accidente tuvo mucha repercusión en los medios y se han enterado de que hoy salías del hospital. Tienen mucha curiosidad por cuál será tu aspecto ya que salió a los medios que tenías el rostro desfigurado a causa del accidente —explica.

—¿Todo esto es por mi padre? —pregunto al pasármelo por la cabeza que toda esta repercusión sea debido a que es un actor reconocido.

—No, cariño. Todo esto es porque tu abuelo es uno de los hombres más ricos de España y es muy reconocido —revela mi madre—. Tu padre y yo a su lado no somos nadie.

Giro la cabeza hacia mi abuelo y lo miro con sorpresa. Ya me había dado cuenta de que no pertenecía a una familia normal y de que esta tendría una buena posición económica, pero nunca llegué a imaginar que mi abuelo fuese tan rico e importante.

—Tu padre es un simple actor con poca proyección. Cuando sale a la calle nadie lo reconoce

—comenta mi abuelo.

—Papá —dice mi madre en tono de advertencia mientras le dirige una mirada seria.

Mi abuelo se calla y justo en ese momento salimos fuera del edificio. Es mi primer contacto con el mundo exterior.

Cuando aprecio que un montón de reporteros se acercan al coche e intentan ver a las personas que vamos dentro y hacen preguntas para que bajemos las ventanillas me asusto un poco, pero el vehículo se aleja de ellos a gran velocidad entre las calles de la ciudad. Me fijo en los edificios y en las personas que pasean y cruzan los pasos de peatones con prisa mientras permanecemos en un semáforo parados. Observo todo con ojos ávidos, sorprendida e impresionada por una ciudad llena de coches, personas, con grandes edificios y ruidosa que me asombra y me da miedo a la vez.

4

Volver a casa

—¿Te encuentras bien? —pregunta mi madre mirándome con atención.

Desde que nos montamos en el coche y salimos a la calle no he dicho nada.

—Sí. ¿Falta mucho para llegar a casa? —inquiero mientras cierto miedo invade mi cuerpo. Me pregunto si realmente estoy preparada para volver a mi casa y reencontrarme con la que era mi vida y no recuerdo nada de ella. Por otro lado, estoy ansiosa porque tengo la esperanza de que pueda recordar algo al llegar a mi hogar y estar rodeada de todas mis cosas.

—No queda mucho —murmura mi abuelo. Me mira y me dedica una sonrisa. Me coge de la mano, me da un apretón y dice—: Te gustará.

El coche se para delante de una gran puerta negra de hierro, estamos dentro de una urbanización con muchas casas muy grandes alrededor, mi madre me mira y anuncia:

—Bienvenida a casa.

Mis ojos aprecian una enorme mansión de dos plantas en forma de U, con un jardín impresionante y muy bien cuidado. El vehículo se para a pie de unas escalinatas que dan acceso a un porche donde nos esperan varias personas.

—Hemos llegado. Esta es tu casa, mi vida —me indica mi abuelo.

—¿Vivimos aquí? —pregunto con sorpresa, sin dejar de admirar la majestuosa edificación que tengo ante mis ojos.

—Desde que naciste —revela mi abuelo—. Siempre has vivido conmigo y con tu madre en esta casa.

—Eres muy rico —balbuceo mirándolo. Es una propiedad impresionante.

—Se puede decir que sí. Pero no te agobies, cariño. Siempre vas a tener todo lo que puedas desear. Tú y mi hija sois todo lo que tengo en la vida.

Nos bajamos del coche y mi madre me echa un brazo por encima del hombro mientras que comenzamos a subir las escalinatas. Tres personas nos reciben. La primera en saludarme es el novio de mi madre. Me agrada reconocerlo pese a haber estado de una forma muy breve en el hospital. Me da dos afectuosos besos y la bienvenida a casa. Luego mi madre me presenta a las dos personas que están a su lado.

—Él es Fredy, es el mayordomo de la casa.

—Bienvenida, señorita —dice el hombre mientras que me mira con emoción.

—Hola —le saludo. No sé muy bien qué hacer.

—Y ella es Aurora —dice mi abuelo. Mi vista se centra en una mujer que me mira muy emocionada con los ojos llenos de lágrimas—. Lloro porque te ha criado junto con tu madre y conmigo. Te conoce desde que naciste y ha cuidado siempre de ti —revela mi abuelo.

—Hola, Aurora —murmuro mientras me acerco a ella y en un gesto involuntario la tomo de ambas manos, la miro a los ojos y en un impulso la abrazo.

La mujer rompe a llorar más fuerte mientras se aferra a mi cuerpo, temblando.

—Por favor, Aurora —susurra mi abuelo mientras la mujer me acaricia el rostro y me da un cálido beso en mis mejillas visiblemente muy emocionada.

Mi madre me toma de la mano y pasa de nuevo el brazo por los hombros, cobijándome en un abrazo, mientras que nos adentramos en el interior de la casa. Mi abuelo y el novio de mi madre están a la cabeza. Descubro un recibidor enorme, donde se encuentran unas enormes escaleras en forma de U. Pasamos a un inmenso salón con dos grandes sofás, televisión y una gran chimenea de mármol blanco.

Lo miro todo con atención mientras intento recordar algo de la que siempre ha sido mi casa, pero me siento tan extraña en ella como en el hospital. Para mí todo es nuevo y me abrumo ante tanto lujo y riqueza.

—¿Quieres que te enseñemos la casa o prefieres ir a tu habitación y descansar un poco? —pregunta mi madre.

Estoy algo cansada, pero las ganas de conocer toda la casa y averiguar si en su recorrido logro recordar algo de mi pasado me da energías.

—Quiero verla.

—Bien —asiente. Se deshace de su chaqueta y de su bolso, lo deja todo sobre el sofá y nos disponemos a recorrer la casa.

En la planta en la que nos encontramos visitamos un comedor para más de veinte personas, otro más pequeño que según mi madre es el que usamos a menudo, una biblioteca, gimnasio, una piscina cubierta, dos despachos y una pequeña salita con un sofá, televisión y chimenea que me resulta muy acogedora después de ver las dimensiones de las anteriores estancias. Mi abuelo me confiesa que ese es su rincón personal. Pasamos de forma breve por la cocina y me quedo muy sorprendida de lo enorme que es y que cuenta con una gran mesa en ella para comer, con televisión al lado. Al fondo de la cocina existe una puerta y mi abuelo me indica que da acceso a las habitaciones de Fredy y Aurora, ellos viven con nosotros.

Cuando subimos las escaleras mi madre me explica que, al ser una propiedad tan grande, mi abuelo vive en el ala izquierda y nosotras en el ala derecha. Cada parte cuenta con seis habitaciones, todas con baños incluidos. Y cuatro grandes terrazas con unas vistas al jardín, la piscina exterior y la pista de tenis.

—Creo que me perderé en esta casa —murmuro cuando terminamos en la terraza de mi habitación. Tiene unas vistas increíbles. Miro el sofá que hay en ella y me dan unas ganas enormes de tumbarme en él al sol y quedarme dormida.

—Te acostumbrarás.

—No recuerdo nada —manifiesto, apenada—. Me encuentro en mi hogar, las paredes entre las que crecí y no logro poner ni un solo recuerdo en pie. Todo es nuevo y extraño para mí. —Me froto los brazos con mis manos mientras siento un leve escalofrío.

—No te agobies, mi vida. No te empeñes en querer recordar, para que todo sea más fácil debes centrarte en conocer lo que te rodeaba. Poco a poco te sentirás tú, aunque los recuerdos no vuelvan —me anima mi abuelo mientras me da un afectuoso abrazo.

—Esperaba que volver a mi casa sirviese para que los recuerdos apareciesen —murmuro con desilusión.

—¿Qué te parece si vamos a comer la rica comida de Aurora que tanto te gusta? —propone mi abuelo.

—¿Era ella quién hacía la comida que me llevabas al hospital? —pregunto con ilusión.

—Sí.

—¡Vamos! —le pido de inmediato a mi abuelo. Me toma de la mano y nos encaminamos al comedor más pequeño junto con mi madre y Rubén.

Mientras Fredy y Aurora nos sirven la comida el novio de mi madre me dice:

—Mi hijo no pudo estar presente para recibirte. Está liado con los exámenes finales y hoy tenía uno.

—Hugo estudia Economía y es un chico estupendo. Conoce a todos tus amigos y os lleváis muy bien pese a él ser tres años mayor —dice mi madre.

—Menos mal que en el último año se ha centrado en sus estudios —murmura mi abuelo.

—¿Qué estudiaba yo? —pregunto. Hasta el momento no había reparado en ello.

—Te matriculaste en Derecho, dejaste la carrera el primer año y luego decidiste hacer Periodismo —relata mi abuelo.

—Periodismo —pronuncio, pensativa, mientras intento averiguar qué me impulsó por esa carrera.

—No te agobies con ese tema. Solo tienes veintiún años, puedes empezar la carrera que quieras. No tienes porqué continuar con tu vida de antes —me ofrece mi abuelo.

—A Emilio nunca le gustó que dejases la carrera de Derecho —dice el novio de mi madre—. Él te quería como la próxima presidenta de su empresa. Cuando decidiste estudiar la misma carrera que yo y convertirte en una futura presentadora de televisión no le sentó nada bien y me odió por algún tiempo por mi mala influencia —revela sonriente mientras alza su copa de vino y bebe de ella.

—¿De qué es tu empresa? —le pregunto con curiosidad a mi abuelo.

—Soy propietario de una naviera. Construyo barcos. Es mi principal fuente de ingresos, aunque también tengo otros negocios menores.

—No seas modesto, Emilio. Tienes la naviera más importante de España. También construyes los mejores barcos y yates —revela Rubén.

—¡Vaya! —comento con sorpresa mientras miro con asombro al hombre tan importante que es mi abuelo.

—Llevo toda mi vida dedicado a la empresa.

—Es cierto, solo sabe trabajar —puntualiza mi madre, sonriente.

—Os he criado a ti y a mi nieta —le recuerda—. Creo que no tienes quejas de mí ni como padre ni como abuelo —le indica, sonriente.

—En eso llevas razón. Eres el mejor padre y abuelo del mundo. Mi madre murió cuando yo tenía ocho años y se convirtió en un gran padre y madre a la vez, y cuando tú naciste se volcó como abuelo —me relata—. Nunca nos ha dejado solas y siempre nos ha cuidado muy bien.

—Doy fe —dice Rubén—. Emilio De la Fuente es una de las mejores personas que conozco. Soy muy afortunado de tenerlo como suegro —alardea alzando la copa y ofreciendo un brindis.

—Aún no soy tu suegro oficial, la boda se retrasó por el accidente de Olivia, pero ella ya está bien y podéis retomar los preparativos. Deseo llevar a mi hija al altar y que se case con un buen hombre como tú. Tras muchos años, al fin ha encontrado al adecuado —murmura con alivio.

—Me esperaba a mí —indica con orgullo Rubén.

—Cuando me llamaron de tu programa para entrevistarme estuve a punto de decir que no, me imponías mucho respeto —le indica mi madre.

—Y quién te iba a decir que a raíz de ahí os enamorasteis y sois una gran pareja, envidiable —dice mi abuelo.

Yo los miro a todos mientras que siento que comienzo a conocerlos un poco más. Hablan con naturalidad y me gusta descubrir cómo eran sus vidas antes de mi accidente. Se nota que mi abuelo y el novio de mi madre se llevan de maravilla, al igual que solo hace falta observar a mi madre y a Rubén, y las miradas que se dirigen, para apreciar lo enamorados que están y todo lo que se quieren. Me siento muy cómoda en un ambiente familiar tan perfecto. Pese a ser hija de padres separados, no tener hermanos y ser nieta de un hombre millonario, siento que tenía una vida normal.

—Mamá —pronuncio sin pensar, es la primera vez que me refiero a ella así. Desde que desperté nunca la había llamado de esta forma—, puedes retomar los preparativos de tu boda cuando desees. No la retrases más por mi culpa. Me encuentro bien, incluso podría ayudarte con lo que necesites —me ofrezco. Siento que ella ha hecho tanto por mí el tiempo que he estado en el hospital que necesito devolverle el gesto.

Mi madre me mira con lágrimas en los ojos, emocionada.

—Me has llamado mamá —aprecia con sorpresa—. No sabes la alegría que me da. —Se levanta, está sentada frente a mí, junto a su marido, mi abuelo preside la mesa y yo estoy a su lado, y me da un beso y un abrazo—. Si te hace ilusión que ponga mi boda en marcha, lo haré —dice muy emocionada.

Yo asiento mientras la miro. Es tan guapa y tan joven que a veces me cuesta creer que sea mi madre.

—Creo que finales de julio sería una buena fecha —propone Rubén—. Estoy de vacaciones y aún cuento con unos días para podernos ir de viaje.

—Eso es casi dentro de un mes —dice mi madre algo nerviosa.

—Ya tenías el vestido y estaba todo preparado —le indica mi abuelo tratando de convencerla.

—Está bien —accede—. Creo que será una buena fecha. Pero no quiero que sea en Madrid, hará demasiado calor. Podemos trasladar la boda a Formentera —propone de golpe.

—Me parece una idea estupenda —le aplaude mi abuelo, entusiasmado—. Hace mucho que no vamos a nuestra casa de allí.

Yo lo miro con sorpresa mientras pienso, ¿también tiene una casa en Formentera?

—Te va a encantar Formentera, mi vida —me indica mi madre.

—Tu abuelo tiene una villa maravillosa, con unas vistas increíbles. Me parece el escenario perfecto para nuestra boda —comenta Rubén.

Tras una comida en familia, la cual me resulta muy amena y distendida, mi madre me pregunta cuando acabamos con los postres:

—Olivia, hija, ¿quieres ir a tu habitación a descansar un poco?

—Sí, por favor. ¿Me acompañarías? Creo que me perdería antes de llegar —comento con prudencia. Las dimensiones de la casa aún me tienen perpleja y sin capacidad para recordar el itinerario de dónde está todo.

—Por supuesto, cariño.

Mi madre se levanta de la mesa, le dedica una cariñosa caricia a Rubén en el brazo antes de marcharnos y nos encaminamos hacia las escaleras. De camino a mi habitación le pregunto:

—¿Siempre hemos vivido con el abuelo? ¿Nunca te volviste a casar ni a convivir con nadie?

—La separación de tu padre fue algo que no me esperaba, y menos estando embarazada. Yo lo quería de verdad. Cuando naciste me centré en ti y cuando creciste me dediqué a mi trabajo. Puede decirse que le cogí miedo al amor y al compromiso, hasta que Rubén apareció en mi vida.

Me acerco a ella, la abrazo y le susurro:

—Me alegro de que ahora seas feliz. —No he querido preguntarle por el verdadero motivo de la separación de mi padre. Leí en sus ojos el dolor que le provocó esta y entiendo que no quiera hablar del asunto.

—Rubén es lo mejor que me ha pasado en la vida después de ti. Nunca llegué a imaginar que la vida me tuviese reservado a un hombre así para mí. Es ocho años mayor que yo, pero en cuanto nuestras miradas se cruzaron creo que ambos supimos que éramos el uno para el otro.

Llegamos a mi habitación, me tumbo en la cama y mi madre lo hace a mi lado. Le cojo la mano y le digo:

—Me alegro de volver a casa.

—¿Te gusta? —pregunta con cierto temor.

—Lo que más me gusta de todo es que seas mi madre y estés a mi lado —le revelo con entusiasmo.

—Te quiero, mi vida. Siempre vamos a estar juntas. No tengas miedo por mi boda, ya lo hablé con Rubén y viviremos aquí, contigo y el abuelo.

—Gracias —susurro, abrazada a ella. En estos momentos de mi vida me costaría muchísimo estar alejada de la persona que más estabilidad y seguridad me da. Siento que con ella a mi lado sabré todo sobre mi pasado y me ayudará a poder recordar.

No te esperaba

Me quedo dormida en la que es mi cama, pero no recuerdo, entre las paredes de la que es mi habitación desde hace años, según dice mi madre, sin embargo, me despierto sobresaltada y agitada, sintiéndome como una extraña en un lugar al que no pertenece. Me siento en el colchón y miro a mi alrededor. Mi madre ya no está a mi lado. Trato de serenarme un poco, observo bien mi cuarto, analizándolo. Es muy grande y espacioso. El colchón en el que estoy es enorme, tengo un sillón a los pies de la cama, una televisión y un escritorio. Me levanto y entro en el vestidor. Es muy amplio y hay muchísima ropa y zapatos, todo perfectamente ordenado, me quedo perpleja al ver el inmenso contenido. Descubro un tocador para maquillarme y luego entro en el baño. También es muy grande. Cuenta con una gran ducha y una bañera de hidromasaje. Lo cierto es que no me falta de nada.

Vuelvo a mi habitación y abro varios cajones. Busco algo que me ayude a recordar, que sienta mío. Me sorprende no haber encontrado una fotografía de cómo era antes, es lo que más ansío ver. Necesito comprobar si me reconozco o al verme en mi yo del pasado y esto trae recuerdos a mi mente.

Me coloco los zapatos de deportes y me aventuro a salir de mi habitación. No sé exactamente a dónde voy, pero necesito recorrer esta inmensa casa por mí misma. Si he vivido en ella debo conocerla bien. Salgo al pasillo desde mi habitación y me encamino hacia las escaleras, bajo a la planta de abajo de la casa y no encuentro a nadie. Me dirijo a la estancia que más me gustó de todas, la pequeña salita. Cuando entro me encuentro con mi abuelo. Está sentado en un sillón mientras habla por teléfono. De inmediato, en cuanto me ve, corta la comunicación, se levanta y viene hacia mí.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta con interés.

—Bien. Algo desilusionada —le revelo con pena—. Pensé que una vez en casa los recuerdos volverían.

—Tuviste un accidente muy grave, Olivia —manifiesta mi abuelo mientras me mira con atención—. No te abrumes porque los recuerdos no vuelvan a ti. Dedícate a conocer cómo eras antes y a volver a ser tú.

—Aún no he visto ninguna foto de cómo era antes del accidente —le indico a modo de petición.

—Ven, vamos a conocerte. —Mi abuelo me anima a que me siente con él en el sofá mientras saca un álbum de fotos de una estantería. Yo miro hacia la puerta y él me dice—: Tu madre ha salido con Rubén a comprar unas cosas. ¿Quieres descubrir con este viejo cómo eras en el pasado?

—Lo estoy deseando —anuncio con ilusión y miedo al mismo tiempo. Mantengo la mirada clavada en el álbum cerrado que mi abuelo tiene sobre sus piernas mientras que me retuerzo las manos, nerviosa e impaciente.

La primera foto que veo es de cuando nací. Mi madre me sostiene en sus brazos. Puedo apreciar que era una niña de cara redonda muy mona. Luego mi abuelo me enseña fotografías de mi niñez, de mis cumpleaños, en los que se va parando y contándome cada cosa que me regalaba o que yo le pedía. Cuando llegamos a mi adolescencia comienzo a descubrir a una chica guapa, de pelo largo y delgada. En la mayoría de las fotos aparezco seria. Me llama la atención una en la que estoy abrazada a otra chica de mi edad, ambas somos muy parecidas.

—¿Quién es? —pregunto con curiosidad.

—Es Emma. Era tu mejor amiga —revela mi abuelo. Fijo la mirada en ella y la piel se me pone de gallina al recordar que era la amiga que murió en el accidente de coche del que yo pude salvar la vida. Siento muchísimo que ella no corriese con la misma suerte—. Siempre estabais juntas. Os queríais mucho —me indica mi abuelo.

—Me duele no recordarla —murmuro con la vista clavada en la ella.

Mi abuelo pasa la página y me indica:

—La fiesta de tu dieciocho cumpleaños. —Miro a la chica que sopla las velas, soy yo e intento reconocerme.

Cojo el álbum entre mis manos y lo acerco a mis ojos, quiero verme al detalle. Paso la siguiente página y encuentro una fotografía más cercana. Clavo la mirada en ella mientras aprecio los cambios que hay en mi nuevo rostro. Tengo una nariz más perfecta, unos pómulos altos y unos labios voluminosos.

—Los cirujanos hicieron un trabajo maravilloso con tu rostro. Cuando vi cómo habías quedado tras el accidente me encargué de traer al mejor cirujano plástico del mundo para ti —revela mi abuelo—. Y mírate, eres toda una belleza —me indica mi abuelo mientras me admira.

—¿Me viste tras el accidente? —pregunto con el corazón encogido.

—No podía dejar que lo hiciese tu madre y viviese con ese duro recuerdo si no llegabas a sobrevivir. Afortunadamente fuiste muy fuerte, superaste las cinco operaciones a las que te sometieron. Eres todo un milagro, mi vida.

Mi abuelo me abraza con cariño y me da un afectuoso beso en la mejilla mientras yo no dejo de mirar a la mujer que fui. Algo en mi interior me dice que jamás volveré a ser como antes. Me siento como si hubiese nacido de nuevo y estuviese recién llegada a esta familia que me adora y

cada día me demuestra que harían cualquier cosa por mí.

Escucho voces de fondo y veo aparecer a mi madre con su novio. Ambos llegan cargados de bolsas.

—Cariño, hemos ido a comprarte unas cosas —dice mi madre. Alza las bolsas mientras que yo la miro con sorpresa. No sé qué pueda ser ya que desde que he pisado esta casa considero que me sobra de todo en el vestidor.

Mi madre fija la mirada en el álbum abierto que sostengo entre mis manos y se pone seria. Mira a mi abuelo y él le indica:

—Olivia está conociendo a la Olivia de antes. No pasa nada porque no recuerdes tu vida pasada. Céntrate en crear nuevos y bonitos recuerdos desde hoy, en esta casa, junto a tu familia.

Tomo una bocanada de aire y les muestro una sonrisa forzada al mismo tiempo que cierro el álbum. Puede que mi abuelo tenga razón. Empeñarme en recordar a toda costa quizás no me haga bien. Igual los recuerdos vuelven cuando menos lo espere o, si no vuelven, puede que lo mejor sea que me centre en conocer cómo era mi vida y retomarla donde la dejé.

—Mamá, me gustaría ir a ver a la madre de Emma —le pido. Siento que es algo que tengo que hacer. Si éramos tan amigas, qué mínimo que le dé las condolencias.

Mi madre se queda callada mientras intercambia una mirada con mi abuelo.

—Bueno, no tendrás que ir muy lejos. La madre de Emma es Aurora —revela Rubén con naturalidad.

—¿La señora que cocina? —pregunto con sorpresa.

—Sí, hija. Aurora y su hija siempre vivieron en esta casa, de ahí que tú y Emma fueseis tan amigas, casi como hermanas desde pequeñas.

Un fuerte escalofrío recorre mi cuerpo entero al recordar cómo se aferró a mí y me abrazó la mujer cuando llegué a esta casa.

—Vaya, no esperaba que fuese ella —comento con dolor.

—Aurora te quiere como a una hija, no pienses que va a sentir algún tipo de rechazo por ti. Ya vistes cómo te recibió —dice mi abuelo.

—Me gustaría hablar con ella —le pido a mi madre.

—Aurora debe de estar en la cocina haciendo la cena —me informa mi madre.

—¿Me acompañarías? —le ruego con miedo. No me siento con las suficientes fuerzas como para darle sola las condolencias a una mujer que ha perdido a su hija hace unos meses y esta era mi mejor amiga.

—Por supuesto, mi vida.

Mi madre suelta todas las bolsas que traía en las manos y juntas nos dirigimos a la cocina. Durante el trayecto mi madre me coge de la mano y me infunde ánimos con un fuerte apretón. Me mira, me sonríe y me hace saber que está a mi lado. Estos gestos me reconfortan mucho.

Entro en la cocina y observo a Aurora ajetreada cortando verdura con un delantal blanco y centrada en lo que hace. Me acerco a ella y cuando siente mi presencia se gira hacia mí y me presta atención, dedicándome una sonrisa que hace que el corazón me dé un vuelco. Siento una ternura y un cariño en su mirada que no sé explicar, es algo especial que salta en mi interior.

La miro sin saber muy bien por dónde comenzar la conversación que me ha llevado hasta la cocina en esos momentos. Me suelto de la mano de mi madre y me las retuerzo, nerviosa e inquieta, en silencio. No sé cómo abordar el tema.

—Olivia se acaba de enterar de que tú eras la madre de Emma —comienza a decir mi madre. La miro y le agradezco la entradilla que me acaba de hacer.

—Lo siento mucho —le digo a Aurora, mirándola emocionada—. Desde que me enteré de todo en el hospital quise darle mis condolencias a la madre de la que fue mi mejor amiga. No sabía que eras tú cuando llegué a esta casa —me disculpo apenada.

—No te sientas mal —manifiesta Aurora al mismo tiempo que deja lo que estaba haciendo, se seca las manos en un paño y me abraza. Rompo a llorar cuando siento su calor alrededor de mi cuerpo. No recuerdo a su hija y el sentimiento de olvido por la que fue mi mejor amiga me mata.

—Tiene que ser muy duro perder a una hija. Siento no recordar a Emma —me disculpo de nuevo mientras siento dolor en mi corazón.

—Lo es, cariño. Fue un terrible accidente, pero, al menos, tú saliste con vida —susurra Aurora mientras seca mis lágrimas y me mira con emoción.

—Me gustaría llevarle flores a Emma. No la recuerdo, pero fue mi mejor amiga —le pido a Aurora.

Ella mira a mi madre, entre ambas se hace un silencio y mi madre dice:

—Emma fue incinerada por expreso deseo de su madre.

—¿Existe algún lugar al que le pueda llevar flores? —insisto.

—A ambas os gustaba mucho charlar en el banco del jardín que está junto al naranjo. Creo que allí puedes llevar las flores y encontrarte con el alma de Emma —me aconseja Aurora.

—Gracias. —Le doy un abrazo y le agradezco su amabilidad.

—La cena estará lista en una hora —anuncia Aurora mirándonos a las dos.

—Estamos deseando comer esa sopa de verduras que haces tan rica —dice mi madre. Me pasa la mano por el hombro y salimos de la cocina.

Mientras caminamos por el pasillo le comento:

—Admiro a Aurora. La entereza que tiene ante la pérdida de su hija. No sé si yo sería capaz de seguir trabajando.

—Siempre ha sido una mujer muy fuerte. Sacó ella sola a su hija adelante, por eso tu abuelo y yo siempre le brindamos todo nuestro apoyo y la ayudamos en todo. Ella y Emma siempre fueron consideradas como parte de nuestra familia.

—El abuelo y tú sois maravillosos. Creo que tengo mucha suerte de teneros en mi vida —manifiesto con orgullo.

Mi madre me da un beso y un abrazo, emocionada.

Ambas subimos juntas a mi habitación y encuentro sobre mi cama todas las bolsas de las compras con las que entró mi madre antes de irnos a hablar con Aurora. Ella comienza a sacar ropa ilusionada mientras que la miro con sorpresa. Tengo un vestidor lleno de prendas y no sé a qué se debe tanta ropa nueva.

—Mi niña, casi has vuelto a nacer tras tu accidente. Estás más delgada y me apetecía hacerte un regalo de bienvenida a casa —se excusa mi madre mientras no deja de sacar ropa de las bolsas y extenderla sobre la cama.

—Gracias, mamá. —Es todo lo que atino a decir ante lo abrumada que me encuentro.

Cenamos con mi abuelo y el novio de mi madre y tras una exquisita comida me retiro a mi habitación, me apetece estar sola, pensar y descansar. Desde que he puesto un pie en esta casa siento la constante sensación de agobio porque están pendiente de mí y de cada paso que doy todo el tiempo, sé que lo hacen con cariño, pero necesito mi propio espacio personal y reencontrarme con mis cosas del pasado a solas, igual comienzo a recordar.

Me doy una ducha y me coloco un pijama de entre todos los que encuentro en mi vestidor y me meto en la cama con una caja de fotografías que he encontrado en una estantería de mi cuarto. En muchas de esas fotos aparezco con Emma. Intento recordarla y recordar mi pasado, pero mi mente sigue en blanco. Me quedo dormida y me despierto de golpe, con el corazón latiéndome muy deprisa, sudorosa y con mucha sed. Salgo de la cama y me dirijo a la cocina en la penumbra de la noche. No enciendo ninguna luz ya que me guío con las tenues luces que hay por los pasillos. Me sorprende a mí misma porque llego a la cocina sin perderme, camino por esa inmensa casa que no recuerdo como si la recordase y esto me produce una extraña sensación.

Tengo tanta sed y tantísimo calor que me dirijo directamente al frigorífico. Necesito agua fría. Cojo un vaso y lo lleno directamente del grifo de la nevera, cuando lo llevo a mis labios me quedo pensativa en que he hecho todo por pura mecánica. No he tenido que pararme a buscar el vaso en una cocina que para mí es nueva. Una sonrisa aparece en mis labios porque pienso que igual comienzo a recordar, pero cuando busco en mi mente todo está oscuro. No recuerdo nada.

De repente, una puerta de la cocina con acceso desde el exterior se abre y me sobresalto cuando veo entrar a un hombre en mitad de la noche.

—¡Joder, qué susto! —maldice el intruso mirándome con atención tras cerrar la puerta.

—Hugo —susurro con la mirada clavada en él. He reconocido al hijo del novio de mi madre. Desde que me visitó en el hospital y me sostuvo en sus brazos no he dejado de pensar en él.

—¿Qué haces aquí a estas horas? —pregunta acercándose a mí.

—Es mi casa. Podría hacerte la misma pregunta —le indico a la defensiva mientras lo observo

y aprecio que debe de llegar de fiesta, su aspecto es desaliñado, sus ojos vidriosos y le cuesta mantenerse en pie. Está recostado sobre la encimera mientras me mira con atención.

—Vivo aquí —revela con toda la naturalidad del mundo al mismo tiempo que mi corazón da un vuelco por completo.

—¿Vives en esta casa? —pregunto de forma lenta.

—Sí. Hace casi tres años que mi padre y yo nos mudamos.

—No lo sabía —susurro con la boca seca de nuevo.

—Bueno, no te preocupes, esta propiedad es inmensa. No nos veremos mucho. Nunca nos hemos llevado especialmente bien —revela mientras me mira con atención.

—No te recuerdo —me escudo de inmediato.

—Yo a ti sí, y mi experiencia me dice que es mejor tenerte lejos —revela de frente, con sinceridad—. Aunque ahora te miro y pareces otra persona —comenta observándome con atención.

Sus intensos ojos grises, junto con sus palabras, se me clavan en el corazón sin llegar a entender por qué me afecta tanto.

—Siento que no nos llevásemos bien en el pasado —me disculpo.

—Eras una bruja, los únicos que te aguantaban eran tu novio y Emma. El resto de personas que siempre tenías alrededor lo hacían por interés, por tu dinero y tus influencias.

Ante sus palabras un par de lágrimas brotan de mis ojos y una gran angustia se apodera de mi pecho.

—Creo que has bebido un poco esta noche —le indico, dolida, ante sus revelaciones dañinas.

—Los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, puede que eso tampoco lo recuerdes —murmura arrastrando las palabras. Me hace un guiño con el ojo y desaparece de la cocina.

Una vez a solas suspiro con fuerza, relleno mi vaso de agua y me lo bebo de tirón con la mirada clavada en la puerta por la que acaba de salir Hugo. No esperaba que viviese en esta casa, algo en mi interior se revoluciona con su presencia y hace que prefiera tenerlo lejos, sin embargo, necesito averiguar cómo era la relación entre la Olivia que no recuerda y él antes de mi accidente.

6

La Olivia del pasado

En una noche en la que no pego ojo, tras el encuentro con Hugo, lo que me reveló sobre mí y saber que vive en esta casa me tiene muy alterada, me reúno con mi madre y mi abuelo en la cocina para desayunar y mientras lo hacemos les pido que quiero ver a mis amigos. Creo que tengo que descubrir a mi yo del pasado a través de ellos. Necesito conocerme y entender cómo era. Está claro que mis padres y mi abuelo no me van a decir nada malo sobre mí, pero si no era una buena persona necesito saberlo. Lo que me reveló Hugo me tiene intranquila y deseo averiguar más, pero no quiero preguntarle a él.

—Hoy viene tu padre a verte —dice mi madre mientras siento a mi abuelo suspirar a su lado de forma inconsciente—. Otro día podemos organizar una merienda con tus amigos. Puedo pedirle a Hugo que se encargue de ello. Él los conoce a todos.

Voy a decirle que no cuando Hugo y su padre aparecen por la puerta. Lo miro y me pregunto cómo puede tener tan buen aspecto después del estado en el que llegó anoche. Va perfectamente vestido con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca arreglada, por fuera de los pantalones, huele muy bien y en sus ojos no se aprecia ni un solo resquicio de la resaca que debería de tener hoy. Todo lo contrario, presenta un aspecto fresco y descansado. Tiene la mirada gris sobre mi madre porque ha alcanzado a escuchar su nombre cuando entraba en la cocina.

—Le decía a Olivia que tú puedes encargarte de avisar a algunos de sus amigos para que vengan a visitarla pasado mañana. Podemos organizar una merienda todos juntos —le propone mi madre con ilusión.

—He quedado para estudiar en la biblioteca —comenta Hugo en tono seco—, pero puedo pedirles a los chicos que vengan.

—Hugo, seguro que puedes hacer un parón en tus estudios y ayudar a Olivia. Nadie mejor que tú para estar presente cuando vengan sus amigos —le pide su padre.

—Papá... —protesta.

—Hugo, mi nieta no recuerda a sus amistades. Nosotros mismos conocemos poco de ellos, confío en ti para que Olivia vuelva a retomar su vida y sepas guiarla —le indica mi abuelo con autoridad.

Como si un Dios hubiese hablado, Hugo cambia la expresión seria de su cara, le sonrío y asiente con un gesto de la cabeza.

—No quiero que Hugo pierda horas de estudiar por mi culpa —digo de inmediato algo apurada.

—Estará encantado —comenta su padre—. Siempre os habéis llevado muy bien. Tenéis muchos amigos en común.

Ante las palabras del novio de mi madre miro a Hugo preguntándome quién miente aquí.

Mi madre y su marido se marchan tras un desayuno apresurado. Hugo y yo nos quedamos en la mesa con mi abuelo.

—¿Cómo van esos exámenes finales, muchacho? —pregunta mi abuelo.

—Muy bien. Solo me quedan dos y estaré graduado —responde Hugo.

—Así me gusta. Serio y responsable. Olvídate de las fiestas y las juergas hasta que obtengas el título —comenta—. Hugo estudia económicas —dice mi abuelo mirándome.

—Hace meses que solo estudio —dice Hugo, yo lo miro con una ceja alzada recordando el estado en el que llegó anoche a casa. Él me devuelve una mirada en la que interpreto que me pide que no diga nada.

—Ya sabes, si eres un hombre serio y responsable tendrás un hueco en mi empresa y pronto llegarás muy lejos —le manifiesta mi abuelo mientras que Hugo asiente—. Bueno, yo tengo que marcharme, he de firmar unos documentos que me esperan en mi despacho desde hace días —anuncia—. Hugo, encárgate de Olivia. Da un paseo con ella o lo que sea, que no se aburra —le ordena.

—Emilio, tengo cosas que hacer hoy —se excusa Hugo de inmediato. Se nota que no le agrada mi compañía.

—Pues te la llevas contigo —le ordena de forma tajante—. Puedes coger cualquiera de mis coches, que mi nieta esté cómoda en todo momento —le indica antes de marcharse.

Cuando nos quedamos a solas miro a Hugo y le manifiesto:

—No quiero ser un estorbo para ti, puedes marcharte. Ya le diré a mi abuelo que no me apetecía salir.

—No conoces a tu abuelo, una orden de Emilio De la Fuente no se contradice —murmura Hugo.

—No es tu abuelo, no le debes explicaciones —justifico con aire resuelto.

—Se nota que no recuerdas nada —suelta de golpe, serio—. Por eso creo que tú y yo nos tenemos que poner al día en ciertos asuntos —comenta—. Quizás sea buena idea y todo que salgamos a dar una vuelta. Vamos —me anima levantándose de la silla.

Cuando llegamos a la puerta principal para salir al exterior se para en seco, me observa y dice mirando las escaleras:

—Tienes quince minutos.

Le pregunto atónita:

—¿Para qué?

Él me mira de arriba abajo.

—La Olivia que yo conocía no salía a la calle así, en chándal y sin maquillar.

Me doy media vuelta, me miro en el espejo que tengo detrás de mí y observo mi aspecto. Llevo unas mallas negras con una sudadera blanca y unas deportivas. Deshago la coleta que llevo mal recogida en mi pelo y lo suelto. Mi melena cae sobre mis hombros y no me veo mal.

—Pues esta Olivia que tienes ante ti sí. ¿Crees que me importa mi aspecto si no recuerdo ni quién soy?

Hugo asiente con una sonrisa en sus labios, abre la puerta, comienza a caminar y yo lo sigo. Llegamos a un inmenso garaje donde hay siete coches y veo que Hugo se dirige a una caja, escoge una llave y las luces de un coche grande, alto y negro se encienden.

—Vamos a dar una vuelta por la ciudad. Tengo que hacer un par de recados y vas a acompañarme como me ha pedido tu abuelo.

Me monto en el coche con Hugo movida por la curiosidad de seguir descubriendo cosas sobre mi pasado. Necesito estar a solas con él para hacerle varias preguntas que me rondan la mente, pero en cuanto arranca el coche y salimos del garaje dice:

—Como no te acuerdas, te voy a recordar el pacto que teníamos antes de tu accidente con respecto a tu abuelo. Tú me cubres a mí y yo a ti. He visto tu cara cuando tu abuelo me comentó que nada de fiestas. Me alegro que no hayas dicho nada de lo de anoche —se refiere mirándome mientras se abre la verja de la propiedad para salir al exterior.

—Ya veo que eres como un camaleón, te transformas. Viéndote cualquiera diría el estado en el que llegaste —murmuro.

—Exacto, nadie te creería —comenta con chulería.

—No te confundas conmigo, mi abuelo me adora y te aseguro que nunca pondría en duda mi palabra —le indico con soberbia.

—¡Vaya! Al fin salió la verdadera Olivia. No eres una santa, puede que esto no te lo hayan recordado tus padres y tu abuelo, pero te gustaba tanto una fiesta y una juerga como a mí. De hecho, eras una maestra en organizar fiestas en discotecas de lujo a la que acudía muchísima gente. Llegamos al acuerdo de que yo no decía nada de tus salidas ni tú de las mías y ambos seríamos unos hijos ejemplares ante nuestras familias.

—¿Tú y yo...? —me atrevo a preguntar mirándolo mientras conduce.

Hugo suelta una fuerte carcajada, me mira, se centra de nuevo en el tráfico y dice:

—Espero que no te ofendas, pero no eres mi tipo, Olivia. Creo que ambos somos demasiados parecidos, además, hasta donde recuerdo antes de tu accidente estabas saliendo con Gon. —Lo miro extrañada y pensativa. Si tenía un novio, ¿no debería haber aparecido por el hospital?—. Gonzalo Duarte, un imbécil —especifica. Está claro que no le cae nada bien—. Perdona —

rectifica de inmediato—. Me olvidada que no recuerdas nada de tu pasado. —Me mira con atención mientras estamos parados en un semáforo y pregunta con el ceño fruncido—: ¿Es verdad que no recuerdas nada? Has inventado tantas cosas desde que te conozco que puede que esto sea una estrategia más de tu parte para limpiar tu imagen anterior.

—No tienes ni idea de lo que es vivir así, sin recuerdos y sintiendo una vida vacía sin rumbo. Es una completa agonía —le expongo muy alterada. Me parece increíble que haya pensado que miento en el hecho de no tener recuerdos del pasado.

Hugo me mira serio, toma una bocanada de aire y no dice nada más. Se centra en el tráfico y continuamos en silencio.

Al cabo de veinte minutos estaciona en doble fila y antes de bajarse del coche me advierte:

—Vuelvo enseguida, quédate aquí y pórtate bien. —Su actitud segura y altanera me molesta, pero no le digo nada.

Durante unos minutos me quedo pendiente de lo que sucede a mi alrededor, gente que viene y va, coches, bicicletas, edificios... el mundo exterior que me resulta tan extraño y del que no recuerdo nada consigue abrumarme.

De repente, un agente de policía se acerca a mi ventanilla del coche y me indica que baje el cristal.

—Señorita, no se puede dejar el coche aquí. Quítelo o tendré que ponerle una multa y nos lo llevaremos.

—No, yo no sé...

—Pues llame a quién sea para que venga y lo quite, ya —exige el agente.

—No tengo teléfono —me excuso llevándome las manos a la cabeza, agobiada, sin saber qué hacer.

—Por favor, su identificación —me pide el policía.

—No llevo nada —manifiesto, nerviosa, mientras miro hacia el lugar por el que desapareció Hugo, ni siquiera sé dónde ha ido exactamente.

—Va a tener que acompañarme —dice el hombre.

—No. No. —Comienzo a ponerme muy nerviosa. Un fuerte dolor de cabeza me la parte por la mitad.

—Baje del coche —me ordena el hombre abriéndome la puerta del vehículo y tirando de mi brazo.

—¡No me toque! —grito cuando siento sus manos sobre mí.

—Bien, voy a tener que arrestarla —determina mirándome serio.

—¡Qué pasa aquí! —cuando escucho la voz de Hugo lo miro esperanzada, como mi salvador.

—El coche no puede estar estacionado en este lugar y la señorita va sin documentación. Tengo que identificarla, me tendrá que acompañar —le comunica el policía.

—Tranquila —me indica Hugo mirándome. Está al lado del policía mientras que yo me resisto a salir del coche—. Agente, ella es Olivia De la Fuente Alarcón. No recuerda quién es ni nada de su vida porque hace unos meses tuvo un grave accidente. Salió en todos los medios, un camión se salió de su carril, cruzó la mediana y se empotró contra el todoterreno de mi hermana. —Cuando me llama hermana lo miro con atención—. Si no llega a llevar un coche de más de cien mil euros probablemente no estaría viva en estos momentos. Yo soy Hugo Serra, hijo del presentador más mediático de este país, Rubén Serra. No creo que sea muy conveniente para la salud de mi hermana que la lleve a una comisaría para identificarla, podemos hacerlo de otra manera —le propone con paciencia mientras yo lo admiro mientras le expone todo al agente y le enseña su documentación.

—Señor Serra. Claro que sé quiénes son. Por favor, desocupen la vía y márchense —dice de inmediato.

El policía se aleja de nosotros y Hugo se monta en el coche, deja una pequeña bolsa en el asiento trasero y comienza a mover el vehículo.

—Te dije que no la liases y por poco terminas en comisaría —me reprocha algo crispado con el coche en marcha.

—No fue mi culpa, tú dejaste el coche ahí —le recrimino enfadada.

—Tenía que firmar unos papeles en el banco y luego entré en una tienda a comprarte un móvil —se excusa.

—Quiero ir a casa, no me encuentro bien —le exijo, alterada.

—Vamos a dar un paseo, te vendrá bien —propone sin hacerme caso.

—No quiero ningún paseo —alzo la voz.

—¿Qué te pasa? —inquire cabreado, con el ceño fruncido, mientras estaciona el coche con suma facilidad.

—Cuando ese policía me ha puesto una mano encima y dijo que lo tenía que acompañar...

—Nunca se te ha dado bien acatar órdenes, Olivia —murmura sin tacto alguno—. Vamos. —Sale del coche, lo rodea y abre mi puerta—. Baja, por favor. Te hará bien dar un paseo por El Retiro, es un lugar mágico. Te gustará y seguro que olvidas el desagradable incidente con el policía.

Bajo del coche a regañadientes y nos encaminamos hacia la entrada de lo que parece un parque. Miro a mi alrededor, descubro a gente que corre, otras van en bicicletas, parejas que caminan de la mano y otras sentadas en bancos. Cuando nos adentramos más descubro un lago con barcas, el lugar es precioso y me centro en lo que tengo delante de mí. Observo todo con ávidos ojos mientras siento una sensación de emoción y opresión en el pecho a la misma vez.

—¿Quieres que nos sentemos a tomar algo? —me ofrece Hugo.

—Sí, por favor. —Las piernas me tiemblan, pero no le digo nada.

Nos dirigimos a un bar y tomamos asiento en este, no está muy lleno. Apenas son las doce de la mañana.

—Un café con leche —le pide Hugo al camarero—. ¿Tú qué quieres? —me pregunta de forma directa.

Me quedo pensativa mientras que un gran agobio me invade.

—No sé qué me gusta —murmuro con lágrimas a punto de salir de mis ojos.

—Dos cafés con leche —le pide Hugo al camarero. Este se marcha bajo mi atenta mirada mientras que Hugo se acerca a mí, toma mis manos temblorosas entre las suyas y dice—: Tranquila, es normal. Pero te aseguro que te gusta el café con leche. Hemos tomado más alcohol que cafés juntos —bromea—, pero un café está bien.

Cierro los ojos, suspiro y tomo una gran bocanada de aire.

—Necesito saber cómo era en el pasado y algo me dice que tú serás el único que me cuente toda la verdad sobre mí —le pido en forma de ruego.

—No quiero que tu abuelo me corte las pelotas —murmura de forma despreocupada.

—No le diré nada. Necesito saber quién soy, cómo era mi vida, sin que me la maquilléis. Quiero la realidad.

—No eras una hija ejemplar —revela acomodándose en la silla mientras siento que no está dispuesto a decir nada más.

—Quiero más detalles, no me vale solo con eso. —Hugo se queda en silencio—. Necesito saber cómo era —le exijo.

—Igual no te sientes muy orgullosa. Puede que vivir en la ignorancia sea mejor —me aconseja mientras me sonríe recostado en la silla. Me mira con atención mientras que yo tengo ganas de borrarle esa estúpida sonrisa que tiene dibujada en su cara perfecta. Es tan guapo que tengo que concentrarme en la conversación que mantenemos en vez de perderme en sus ojos y sus atrayentes labios.

Le dirijo una mirada asesina y debe sentirla cuando me indica:

—Está bien, pregunta lo que quieras. Pero con una condición. De todo lo que te revele no le dirás nada a tu abuelo ni a tu madre. Nunca confesarás que yo fui la fuente.

—Te importa mucho tu imagen ante ellos, ¿cierto? —inquiero con curiosidad.

—Me costó bastante que confiaran en mí, no quiero perder lo que conseguí.

—Vale. No diré nada —accedo sintiéndolo un aliado que me puede ayudar a recordar.

—Hoy cuando le dijiste al policía nuestros nombres fue como si hicieses magia —comento mirándolo con atención.

—Somos personas reconocidas por quiénes son nuestros padres y nuestras familias, pero tras tu accidente la prensa se apostó en la puerta de casa y del hospital y somos más conocidos aún. Tu rostro ahora es diferente, pasas desapercibida, pero yo sigo teniendo el mismo —bromea

señalándose la cara—. Lo cierto es que existe una gran expectación por cómo has quedado tras el accidente. Es la pregunta que me hacen todos los días la gente que tenemos en común.

—¿Y qué respondes? —pregunto con interés.

—Distinta. Te miro y no eres la Olivia que conocía. Siento que estoy ante otra persona diferente, como no recuerdas nada, ni siquiera te comportas como en el pasado y eso me descoloca —admite.

—Empecemos a conocernos —lo insto—. ¿Cómo era mi vida? —inquiero con miedo. Algo me dice que no voy a encontrar cosas agradables.

—Tu vida era una gran mentira —revela de golpe—. Aparentemente todos te querían, sin embargo, estabas muy sola. Tenías muchos conocidos, pero ningún amigo de verdad. La única que te soportaba era Emma y ahora ella está muerta. Siempre estabas de fiesta, bebida y drogada. Tus padres y tu abuelo ignoraban eso, en cuanto llegué a tu casa te encargaste de chantajearme para que cubriese tus salidas y no le dijese nada a tu madre. Y fue cuando llegamos al pacto de que ninguno descubriría al otro ante nuestros padres. Nos tapábamos, organizábamos fiestas juntos y nos divertíamos en ellas. Tú tenías buenas relaciones y disponías de mucho dinero.

—Mi abuelo me dijo que estaba terminando la carrera —murmuro.

—Eso le hacías creer a tu familia —carcajea—. Empezaste a estudiar Derecho con tu amiga Emma y lo dejaste en el primer curso porque no aprobaste ninguna asignatura, y luego quisiste estudiar Periodismo. Te atraía la popularidad y eso de salir en la pantalla de la televisión como mi padre. Tu familia cree que estás por terminar tus estudios cuando en realidad solo tienes un par de asignaturas aprobadas.

Lo miro mientras que trago con dificultad al mismo tiempo que me enfrento a la Olivia del pasado.

—Dijiste que salía con alguien. ¿Tenía novio cuando sucedió el accidente? ¿Dónde está él?

—Gon es un capullo, y tú no eras de relaciones. Te gustaba un tío diferente cada noche —revela mientras que lo miro con los ojos muy abiertos—. Sin embargo, fue el único con el que te vi repetir. No me preguntes porqué él no ha aparecido aún. No lo sé. Se rumorea que la noche de tu accidente discutiste con él y te fuiste con Emma a casa después de una noche de fiesta. Ya te dije que no eras una santa —me advierte.

—¿Conocías a Emma? —pregunto con interés. Necesito saber más de mi única amiga.

—Un poco. Ella siempre iba contigo y teníamos amigos en común —comenta sin entusiasmo, se nota que Emma era una persona que no le importaba.

—¿Cómo era? —pregunto con temor.

—Todo lo opuesto a ti. En nuestro mundo, un bicho raro y una aburrida. No bebía, no fumaba, no se metía nada, no se liaba con tíos y siempre estaba en la biblioteca estudiando. Ella si terminaba la carrera el próximo año. No suspendió ni un solo examen. Hubiese sido buena y

con un buen futuro por delante pese a ser la hija de la cocinera de tu casa. Tu madre y tu abuelo le tenían la misma estima que a su madre, por ello le pagaban sus estudios —revela mientras yo suspiro.

—¿Y ahora qué? —murmuro sintiéndome muy agobiada. He descubierto a una Olivia que no esperaba. Me quedo pensativa y le pregunto de golpe—: ¿Me estás diciendo la verdad sobre mí? —Se me acaba de pasar por la cabeza que Hugo se esté quedando conmigo.

—Puedes preguntarles a los amigos que vendrán pasado mañana a casa. Ya los he avisado. Están deseando verte, pero no porque te quisiesen, todos están como locos por descubrir cómo quedaste tras el terrible accidente, puro morbo —alardea.

—¿No tenía ni un solo amigo de verdad aparte de Emma? —pregunto con temor mientras me castigo pensando qué clase de mala persona era.

—Bueno, Aura también te soportaba. Se puede decir que erais amigas.

—¿La conoces?

—Es la novia de mi mejor amigo y la conozco desde pequeño. —Me quedo en silencio, nos traen los cafés y Hugo me pregunta mientras echa el azúcar y la remueve—: ¿Algo más que quieras saber?

—Creo que por hoy he tenido suficiente —añado mientras en mi interior me siento de una forma horrible.

Nos terminamos el café en silencio. Luego Hugo me entrega un móvil que mi abuelo le ha ordenado que me compre y me explica cómo funciona. Solo tengo grabados los contactos de mi madre, mi abuelo y Hugo añade el suyo. Damos un paseo mientras que él me explica cosas sobre el lugar en el que estamos. Volvemos a casa a la hora del almuerzo, pero no se queda a comer. Se marcha con la excusa de que ha quedado para estudiar.

Tras la comida en compañía de mi madre y de mi abuelo subo a mi habitación y en soledad comienzo a mirar el móvil. Hugo me ha explicado cómo hacer llamadas y poner mensajes, pero no lo recuerdo bien. Me esfuerzo en hacerlo sola y entro en internet, como también me ha explicado, pongo mi nombre en el buscador y comienzo a ver noticias sobre mi accidente. Aparecen fotografías de cómo era la Olivia de antes, me miro al espejo y compruebo los cambios que ha hecho la cirugía en mi rostro. Sigo siendo guapa, pero diferente. Busco alguna fotografía de mi amiga Emma, pero de ella no hay nada, ni siquiera la nombran en el accidente. Me tumbo en la cama y cierro los ojos, intento recordar algo de mi pasado, pero nuevamente el sueño se apodera de mí y no consigo ver esa luz que debe de haber entre toda la oscuridad que tengo en mi cabeza.

El reencuentro

El sonido de la voz de mi madre me despierta cuando la siento pegada a mí mientras me acaricia la mejilla.

—Cariño, tu padre está en el salón. Ha venido a verte, lleva ahí esperándote casi una hora.

Me incorporo en la cama y me masajeo los ojos con las manos al mismo tiempo que pienso en que no quiero que se marche, solo lo he visto en dos breves ocasiones en el hospital y me gustaría conocerlo más.

—Ahora bajo. ¿Puedes pedirle que me espere unos minutos? —le suplico a mi madre.

Ella me da un beso en la frente y dice:

—Por supuesto, mi vida. —Sale de la habitación al mismo tiempo que yo me dirijo al baño para peinarme un poco y echarme agua en la cara para despejarme.

Mientras bajo las inmensas y majestuosas escaleras que llevan a la planta baja y me encamino al salón siento nervios en mi estómago, es como si fuese a conocer a mi padre. Sé muy poco de él y me gustaría sentirlo como a mi madre, pese a que no la recuerdo es alguien cercano que despierta sentimientos de ternura y cariño en mí.

Cuando mi padre me ve aparecer en el salón de inmediato se coloca en pie y me mira con emoción. Permanece en silencio mientras que camino en su dirección.

—Olivia —pronuncia con emoción. Se acerca a mí, me da un abrazo y un beso al que trato de corresponder. Mi madre desaparece del salón sin decir nada y nos quedamos a solas—. ¿Cómo estás, hija? Te veo mucho mejor aspecto. Tenía un rodaje fuera y no he podido venir antes —se excusa.

—Estoy bien. Adaptándome y tratando de recordar la que era mi vida.

—¿Han vuelto los recuerdos? —se interesa.

—No. Poco a poco me van contando cómo era antes. No consigo recordar nada ni a nadie.

—No te agobies. —Me toma de las manos y nos sentamos juntos en el sofá.

—Es desconcertante esta situación. No saber cómo eras y tener la mente vacía por completo.

—Estás viva y mírate, es un completo milagro que estés así tras el gravísimo accidente que sufriste —intenta animarme.

—Pero siento que no soy yo. No es solo que no recuerde nada, cuando me miro al espejo no soy como la persona que era antes en las fotos que hay en esta casa y como todos me conocíais.

—Pasaste por varias operaciones, tu rostro estaba casi desfigurado de todos los cristales que tenías en la cara —me recuerda—. Vuelves a ser una belleza, yo diría que más que antes —aprecia sonriente.

—¿Tú me viste así? —pregunto con dolor. Sé que mi madre no lo hizo.

—Sí —afirma cerrando los ojos, en su gesto puedo ver el espanto que le produce recordarlo.

—Cuéntame cosas de ti, de nosotros. Quiero empezar a conocerte un poco más —le pido—. Solo sé que eres actor.

—Sí. Lo cierto es que no nos veíamos mucho últimamente. Tenías poco tiempo para tu padre desde que cumpliste la mayoría de edad —recibo sus palabras como una queja.

—Lo siento —me disculpo de inmediato sin saber por qué—. ¿Y de pequeña? —pregunto con curiosidad.

—Fue complicado por mi trabajo, pero estuve a tu lado siempre que pude. Te quiero mucho, Olivia. Este accidente me ha servido para darme cuenta de que debo pasar más tiempo con mi hija pese a que ya te hayas hecho mayor. —Me da un abrazo y un beso en la mejilla mientras me lo quedo mirando.

—Si quieres podemos hacer algo —le propongo con entusiasmo. Me gustaría recuperar el tiempo perdido con mi padre.

—He venido a despedirme, cariño. Mañana comienzo un rodaje en el sur y me mantendrá por allí los próximos meses. Prometo llamarte todos los días y escaparme a verte en cuanto pueda.

—Vaya —murmuro con desilusión—. Bueno, cuéntame sobre tu trabajo. No esperaba encontrarme con un padre actor. Quiero ver tus películas, me tienes que decir cuántas tienes.

—Me dedico más a series y al teatro. Solo he hecho dos películas en mi carrera.

—¿Qué vas a rodar en el sur? —pregunto con curiosidad y entusiasmo.

—Una serie para un canal autonómico, es una especie de novela diaria que emiten en la sobremesa.

—¿Qué papel tienes, eres el protagonista? —He de admitir que tengo a un padre muy guapo. Es muy apuesto, alto, corpulento, tiene los ojos del mismo color que los míos y tiene pintas de seductor.

—No. Soy el malo —revela con una sonrisa.

—Pues eres un malo muy guapo —le indico y ambos estallamos en carcajadas.

—Si quieres un día puedes venir a uno de los rodajes, te presentaré a mis compañeros.

—Me encantaría —manifiesto con ilusión.

—Hija, puedes contar conmigo para lo que necesites, sé que estaré lejos y que estás muy bien en esta casa donde no te falta de nada, pero para lo que sea puedes pedir mi ayuda.

—Gracias, papá. —Me abrazo a él, le pido su número de teléfono, me ayuda a grabarlo en mi móvil y nos despedimos.

Voy en busca de mi abuelo y lo encuentro en su salita, su rincón favorito de esta inmensa casa. Está leyendo, pero cuando siente mi presencia hace el libro a un lado y se centra en mí.

—¿Qué tal con tu padre? —se interesa.

—Bien, ya se ha marchado —comento sentándome a su lado.

—Acostúmbrate, él nunca está. Aparece y desaparece con facilidad —murmura.

—¿Por qué se separaron mis padres? —pregunto con curiosidad.

Mi abuelo suspira y se remueve en el asiento.

—Ocurrió antes de que naciese. Tu madre estaba embarazada de cinco meses cuando se divorciaron —Lo miro con sorpresa—. Fue culpa de tu padre. Saltaron a la prensa unas fotografías comprometidas de él con otra mujer. Mi hija abrió los ojos y lo dejó. Es tu padre, pero debes de saber que se casó con ella por interés. Nunca fui partidario de ese matrimonio. Ella solo tenía dieciocho años y mucho dinero —revela de forma abierta.

—¿Y cuándo yo nací? —pregunto con interés.

—Venía a verte y te llevaba con él algunos fines de semana y vacaciones. Los que tenía derecho.

—¿Fue un buen padre? —inquiero con miedo.

—Lo intentó. Pese a lo que le hizo a mi hija, he de admitir que te quería, y te quiere, solo que siempre está muy ocupado.

—¿Tiene pareja?

—No. Tu padre siempre está con una y con otra, ninguna relación le dura mucho tiempo. Quiso saltar a la fama con el matrimonio con tu madre. La dejó embarazada y arruinó su carrera de modelo cuando estaba en lo más alto, pero sus planes se truncaron cuando salieron a la luz las fotografías de su infidelidad y tu madre lo echó de su vida para siempre. No ha pasado de ser un actor mediocre y poco reconocido.

—Siento que me quedan muchas cosas por saber —comento con cierto agobio interior.

—No te preocupes, todo poco a poco. Lo más importante es que tú estás bien. Si los recuerdos no vuelven te ayudaremos a crearlos de nuevo —me indica con una sonrisa—. A mi lado y junto a tu madre nunca te va a faltar de nada. Quizás deba recordarte que eres mi única heredera.

Me acerco a mi abuelo y lo abrazo mientras puedo sentir todo lo que me quiere. Es muy reconfortante tenerlo a mi lado y saber que lo está de forma incondicional.

Paso el resto de la tarde con él, me enseña a poner la televisión y las plataformas privadas para ver series y películas mientras me habla sobre mis gustos.

Cenamos al mismo tiempo que vemos el programa de televisión de Rubén, Hugo llega a casa a mitad de la cena, se disculpa por el retraso y se sienta a la mesa tras dirigirme una mirada intensa que no sé muy bien cómo interpretar.

Comentan la entrevista que Rubén le hace al mejor futbolista del país mientras yo estoy en

silencio observando la televisión y cómo Hugo se muestra interesado en el programa de su padre.

Cuando termina el programa Hugo anuncia:

—He hablado con algunos de tus amigos y vendrán mañana por la tarde a verte. Solo pueden acercarse Aura, Gala, Ariadna, Izan y Gael.

Lo miro con una sonrisa, alegre por conocerlos y que puedan venir a visitarme.

—Olivia, hija, tienes que empezar a hacer vida normal, poco a poco —me anima mi abuelo—. Ya tienes un móvil, comenzarás a salir con ellos y te irás haciendo con tu vida de antes. Menos mal que Hugo conoce a tus amigos y sé que estará ahí para ayudarte a integrarte de nuevo con ellos —comenta con la mirada clavada en Hugo.

—Ayudaré a Olivia en lo que haga falta —murmura con amabilidad.

—Gracias, Hugo. Eres un amor —le agradece mi madre.

—Me retiro, tengo que estudiar —se excusa Hugo. Me dirige una mirada en silencio antes de abandonar la mesa y se marcha.

Al rato yo también decido subir a mi habitación. De camino a ella descubro que el cuarto de Hugo es el que está frente al mío, ha dejado la puerta entreabierta y lo observo en calzoncillos mientras se coloca un pijama. Mis ojos no pueden evitar posarse en su cuerpo, me atrae demasiado. Es alto, musculoso, su piel tiene un color tostado maravilloso y compruebo que está muy bien dotado en todos los sentidos. De inmediato, cuando siento calor en todo mi cuerpo, sacudo la cabeza e intento alejarme, pero Hugo se da media vuelta y me descubre. Comienza a caminar en mi dirección mientras mis ojos no pueden apartarse de su torso desnudo, es increíble. Solo lleva la parte de abajo del pijama y va descalzo. Trago con dificultad mientras él termina de abrir la puerta por completo y se deja caer en el marco de esta.

—¿Querías algo? —pregunta mirándome de arriba abajo mientras me atraviesa con media sonrisa burlona.

Trago con dificultad, no puedo apartar la mirada de él.

—No sabía que esta era tu habitación. Vi luz encendida y la puerta estaba abierta —trato de justificar mi intromisión.

Hugo esboza una amplia sonrisa con un brillo especial en su mirada gris. Tengo que admitir que es un tío arrebatador.

—Tranquila, puedes mirarme todo lo que quieras —alardea con los brazos cruzados a la altura del pecho, luego los coloca hacia abajo y dice—: Me halaga mucho ser el primer hombre que ves casi desnudo, como no recuerdas nada... —comenta en tono prepotente—. Te será difícil encontrar a alguien como yo. Trabajo mucho este cuerpo —revela, paseando la mano por sus abdominales mientras lo sigo embobada—. ¿Tienes curiosidad por descubrir algo más? —pregunta al mismo tiempo que lleva la mano hacia el elástico de la cintura de sus pantalones de forma insinuante.

—Eres un imbécil —le espeto de golpe, me doy media vuelta y entro en mi habitación cerrando la puerta con fuerza. Me quedo tras ella mientras trato de acompasar mi agitada respiración. Mi cuerpo entero tiembla y no lo puedo controlar. Corro hasta mi cama y me meto en ella al mismo tiempo que me abrazo a mí misma sin poder apartar de mi mente la imagen de Hugo semidesnudo. Sus ojos grises los tengo clavados en mis retinas. ¿Por qué me afecta tanto? Puede que sea como dijo él, es el primer hombre que veo casi desnudo ya que no tengo recuerdos. Intento dormir, pero Hugo Serra perturba mis sueños durante toda la noche.

Al día siguiente me levanto tarde, es Aurora quién entra en mi habitación con una bandeja con el desayuno servido y me pregunta:

—¿Te encuentras bien? Son las doce de la mañana, tu madre y tu abuelo no quisieron despertarte antes de irse a trabajar.

—Sí. Me desvelé varias veces esta noche, por eso debo haberme quedado dormida hasta tan tarde —justifico.

—No te preocupes, mi niña, no tienes otra cosa que hacer. Los médicos dijeron que debías descansar y volver a tu vida de antes.

—Me está resultando un poco complicado —admito al mismo tiempo que me incorporo en la cama.

Aurora me coloca la bandeja sobre las piernas y con todo lo que veo en ella la boca se me hace agua.

—Estamos aquí para ayudarte —se ofrece con gentileza mientras me mira de una forma muy cariñosa.

Se me parte el alma cada vez que pienso que esa mujer perdió a su hija en el accidente que tuve. Sé que no fue mi culpa, pero no puedo dejar de sentir cierto remordimiento en mi interior.

—Si te pido que me hables de Emma, ¿sería muy duro para ti? —pregunto con temor.

Aurora esboza una amplia sonrisa.

—Por supuesto que no. Emma era lo más bonito de mi vida. Hace casi cuatro meses que se fue al cielo y la echo muchísimo de menos, pero al mismo tiempo doy gracias de que tú estés bien.

—¿Puedo ayudarte en algo? —le ofrezco con gentileza.

—Puedes confiar siempre en mí en todo lo que te suceda y puedes darme besos y abrazos, con ello sentiré un poco menos lejos a mi hija.

—Por supuesto. —Aparto la bandeja de mis piernas y lo hago.

Aurora me mira con lágrimas en sus ojos y dice:

—Emma era como una hermana para ti. Os queráis mucho. Lo sabíais todo la una de la otra. Erais muy parecidas, teníais gustos casi similares y la misma talla. Os dejabais la ropa y teníais

amigos en común.

—Algunos vendrán esta tarde. Estoy ansiosa por verlos y saber más de mí a través de ellos.

—Haré un bizcocho de chocolate, tu preferido para que merendéis —me ofrece muy contenta.

—Gracias.

Me como casi todo el rico desayuno bajo la atenta mirada de Aurora y cuando ella se marcha con la bandeja me meto en la ducha.

Tras casi media hora debajo del chorro del agua, me relaja sentir su fuerza sobre mi cabeza, salgo del baño envuelta en un albornoz y me dirijo al vestidor. Hoy me apetece arreglarme un poco para recibir a mis amigos.

Escojo un vestido largo, en tirantes, color rojo y lo complemento con unas sandalias negras, planas. Me miro al espejo y me encanta cómo me queda todo. Luego observo mi cabello mojado, mi cara y suspiro, me gustaría arreglarme un poco, pero no tengo idea de por dónde comenzar. Bajo así al jardín de la casa, dejo que los rayos de sol sequen mi melena y me siento en una tumbona mientras observo que un hombre limpia la enorme piscina. Me dan ganas de meterme en ella, pero no sé qué profundidad tiene ni si sé nadar.

De repente, me sobresalto cuando siento al novio de mi madre al lado.

—Estaba trabajando en mi ordenador y te vi por la ventana. ¿Qué tal estás? —pregunta con amabilidad sentándose a mi lado.

Rubén me cae bien, se nota que es un buen hombre y por cómo mira a mi madre sé que la quiere.

—He pasado la noche algo intranquila, pero bien. Adaptándome a la que era mi vida.

—Sabes que puedes contar conmigo y con Hugo para lo que necesites. He hablado con tu madre y tras nuestra boda seguiremos en esta casa —anuncia. Lo miro algo extrañada y me aclara—: Compramos una propiedad juntos ya que queríamos tener nuestra propia casa, pero hemos considerado que quedarte aquí, donde te criaste y están todos tus recuerdos, es lo mejor para ti en estos momentos.

—Gracias —digo sin pensar. Lo cierto es que no me gustaría alejarme de mi abuelo ni de Aurora.

Rubén levanta la mano y saluda, giro la cabeza y me encuentro con mi madre, viene caminando en nuestra dirección cargada de bolsas nuevamente.

—Hola, mis amores —nos saluda. Me da un beso en la frente y a su novio uno breve en los labios—. ¿Qué tal va la mañana? La mía intensa, pero he terminado todas las gestiones antes de lo esperado y ya estoy en casa para preparar la visita de tus amigos —dice como si se tratase de una fiesta multitudinaria.

—Solo van a venir cinco. Aurora me dijo que me va a hacer un bizcocho de chocolate como el que me gusta.

—He comprado unas pastas, unas bebidas y algo de picar por si se quedan hasta la cena. Hace mucho que no te ven y seguro que quieren pasar tiempo contigo.

—Cuando me vean seré como una extraña para ellos. Mi rostro está muy cambiado y no los recuerdo —comento con miedo.

—No te preocupes, Hugo estará con vosotros y se encargará junto con tus amigos de contarte todo —dice su padre mientras yo suspiro. No sé qué me pasa con Hugo, pero cada vez que lo veo o sale su nombre mi corazón se agita.

Estoy nerviosa conforme se acerca la hora de recibir a mis amigos. Espero en el salón su llegada junto con mi madre. Pensé que Hugo estaría a mi lado en esa espera, pero no es así. Él llega con todos los chicos. Escucho que abren la puerta entre risas y hablan entre ellos hasta que llegan al salón. De repente, cuando los desconocidos fijan las miradas en mí, se hace un silencio y puedo apreciar sus rostros de sorpresas.

—No la miréis así, está más guapa que antes —les reprende Hugo a todos con una sonrisa. Se acerca a mi lado y pasa la mano alrededor de mis hombros, algo que me sorprende—. Olivia, ellos son Aura, Gala, Ariadna, Izan y Gael —los presenta.

—Joder, qué cambiada estás. No pareces tú —dice Aura. Cuando se da cuenta de su comentario en voz alta se pone un poco roja.

—Yo la veo más guapa —dice Izan.

—Está cambiada en apariencia, pero es ella —dice Ariadna sin mucho entusiasmo.

—¿Puedo darte un abrazo? —pregunta Gala, emocionada mientras me mira con los ojos a punto de brotar lágrimas de ellos.

Asiento, se acerca y me abraza con cariño. Es un abrazo en el que percibo mucha complicidad y confianza. La miro emocionada y le digo:

—Gracias. —No sé por qué se las doy, pero algo dentro de mí me ha impulsado a hacerlo.

—Chicos, pasad, sentaos. Vamos a tomar algo —los anima mi madre.

Hugo la observa y creo que mi madre entiende su mirada, en la que le dice que ella sobra en esa reunión. No somos niños de ocho años. Somos adultos y no necesitamos a nadie que nos vigile.

Mi madre se despide de mis amigos de forma educada y le indica a Hugo que se haga cargo de todo.

Nos sentamos y los miro a todos tratando de encontrar algo en mi memoria que los recuerde, pero nada. Hugo toma la palabra y comienza a decir:

—Hermanita, te voy a hacer un breve resumen de quienes son ellos.

—Mejor nos presentamos nosotros —lo interrumpe Gala. Hugo la mira con cara de pocos amigos y asiente en silencio con un gesto de la cabeza—. Yo soy Gala y somos amigas desde la

infancia. Te conozco muy bien. Fuimos juntas a la guardería, al colegio y al instituto. Yo seguí en la carrera de Derecho con Emma, pero tú decidiste cambiar a periodismo.

—Y ahí me conociste a mí —la interrumpe una chica de pelo cobrizo—. Yo soy Aura —se presenta—. Y somos muy amigas desde hace dos años. —La miro con interés porque puede que del grupo sea la que más sepa de mí.

—Yo soy Gael, el mejor amigo de tu hermano, nos conocemos desde niños, y novio de Aura —se presenta un chico de ojos azules y pelo rubio. Es tan alto como Hugo y ambos tienen un cuerpo atlético.

—Yo soy Izan. Os conocí en el instituto a ambos. Compartí con Hugo actividades extraescolares y contigo íbamos a la misma clase.

Lo miro con una sonrisa forzada, no recuerdo nada y siento una gran pena. Todos se quedan callados mientras que yo espero que se presente la última chica que falta.

—¿Y tú? —pregunto, animándola a que me diga si es mi amiga y desde cuando nos conocemos.

—Ella no debería haber venido —murmura Gala, taladrándola con la mirada.

—Soy Ariadna. Lo cierto es que estoy aquí porque había quedado con Hugo y para no dejarme tirada me invitó a venir. No te voy a mentir, no nos llevábamos bien —revela en tono seco y poco amigable dirigiéndome una mirada que me produce cierto escalofrío. Me quedo sin saber cómo reaccionar ante su descaro y la indiferencia que muestra por el hecho de volver a verme.

—Yo solo quería conocer a mis amigos. Puedes marcharte cuando lo desees, no quiero en mi casa a nadie que no se sienta a gusto conmigo —le indico con educación.

—Muy bien dicho —murmura Gala mirándome con admiración.

Se hace un silencio hasta que intercede Hugo:

—Vamos a comer algo. Aurora hace un bizcocho buenísimo. —Comienza a cortar un trozo y se lo ofrece a los demás.

En silencio y con miradas entre unos y otros nos comemos un gran trozo de bizcocho que está buenísimo. Gala lo halaga en voz alta y la tensión en el ambiente se relaja un poco.

Ariadna está sentada al lado de Hugo y observo que le dice algo en voz baja, pero él niega de inmediato con un gesto. Me centro en Gala y Aura que ya saben que mi madre ha puesto de nuevo en marcha su boda con el padre de Hugo y me manifiestan sus ganas de volver a la villa de mi abuelo en Formentera. Al parecer todos la conocen y alardean de la propiedad.

—Vamos a pasar unos días increíbles en Formentera —aventura Gala.

—Antes tenemos que celebrar mi cumpleaños y el fin de exámenes —les recuerda Aura a todos.

—Cómo nos gusta una fiesta —murmura Izan—. Tienes que venir, Olivia. Eras la reina de las

fiestas, si tú acudías eran un éxito asegurado.

—No recuerda nada, tío. No la agobies —le lanza Hugo.

—Iré —digo de inmediato.

—¡Así me gusta! —grita Aura, que se abraza a mí mientras siento que Ariadna me taladra con sus ojos.

Ha sido un reencuentro raro con los que eran mis amigos, pero estoy segura de que cerca de ellos volveré a ser yo y todos los recuerdos volverán a mi mente.

8

Una noche de fiesta

Dos semanas después

Desde que mis amigos, a los que sigo sin recordar en mi cabeza, estuvieron en casa he mantenido el contacto con Gala y Aura. Crearon un grupo en el móvil en el que estamos las tres y hablamos a diario. Ellas me cuentan cosas de mi vida pasada, me envían fotografías y hacen que mis días sean menos aburridos en casa. Me han prometido que en cuanto terminen con los exámenes nos veremos más y saldremos como lo hacíamos antes.

En estos días apenas he visto a Hugo, según su padre se pasa el día entero en la biblioteca estudiando.

Mi madre ha intentado mantenerme distraída con los asuntos de su boda, me ha llevado a escoger un vestido nuevo, según ella me he quedado más delgada y el anterior me quedaría grande, pero he descubierto que ir de compras me aburre. Ella es genial y maravillosa, pero no comparto su afán por las compras. Disfruta comprando lo que sea mientras que yo tengo que hacer grandes esfuerzos para seguirle el ritmo y que no se sienta culpable por verme cansada o aburrida. Lo cierto es que tanto ella, como mi abuelo y su novio se esfuerzan muchísimo en mí. Siempre están pendiente de todo lo que pueda necesitar. Me siento muy querida y me gusta la familia que tengo ya que no solo son ellos, también están Aura, Gala, Aurora y Fredy. Cuando estoy sola en casa me gusta charlar con Aurora mientras hace la comida, ella siempre me cuenta anécdotas de cuando era pequeña y Fredy en cuanto nos ve juntas se une y se nos pasan las horas hablando.

He descubierto que para las personas de mi casa soy alguien diferente que para mis amigos. Mi familia me tacha de seria, responsable y estudiosa, sin embargo, mis amigas y Hugo me han contado lo poco responsable que era, todo lo que faltaba a la universidad y lo que me gustaba organizar fiestas y ser la reina de ellas. Lo cierto es que no me veo así, pero tengo que construir a una nueva Olivia con la que me sienta bien y no como los demás deseen que sea.

Con el paso de los días mis ilusiones de poder recordar van mermando. Por mucho que me esfuerzo en recordar algo de mi pasado no lo consigo. Conozco a todo mi entorno, a mi familia y a mis amigos, solo me falta por conocer a Gon, el tío con el que supuestamente salía cuando tuve el accidente, pero Gala y Aura coinciden en opinión con Hugo y ambas dicen que es un capullo que no merece la pena que me vuelva a relacionar con él, sin embargo, tengo curiosidad por

saber cómo era mi relación con él, pero lo cierto es que no tengo forma de cómo contactar con ese hombre. Mis amigas y Hugo se han negado a darme su teléfono.

—¿No te das un baño? —la pregunta de mi madre irrumpe mis pensamientos. Estoy sentada en el borde de la piscina con los pies metidos dentro, pero no me animo a meterme. Hace sol y calor, estamos a finales de junio, el verano ha entrado hace unos días y se agradece tener una enorme piscina en casa en la que poder refrescarte—. Ya has comprobado que nadar es como montar en bicicleta y conducir, lo haces de maravilla —me indica mi madre.

En estas dos semanas mi abuelo me ha contratado a una monitora que me recordase cómo se nadaba y a un profesor de autoescuela para aprender de nuevo a conducir. Lo de montar en bicicleta lo ha llevado él mismo a acabo conmigo y ha resultado muy divertido los buenos momentos que hemos pasado juntos. Adoro a mi abuelo. Es tan joven y vital que le agradezco a la vida contar con él. Lo veo como a un padre y Aurora me ha contado que siempre fue así ya que las ausencias del mío fueron muchas desde que nací.

—Estaba pensando —respondo mientras observo que mi madre se deshace del vestido que lleva, se queda en bikini, luciendo su espectacular cuerpo, y se sienta a mi lado. Se quita las gafas de sol y me mira a los ojos.

—¿Qué te preocupa? Llevo rato observándote desde la casa aquí sentada en la misma posición.

—No saber dónde dirigir mi vida. Hace casi un mes que desperté del coma y veo que todos a mi alrededor tenéis obligaciones y cosas que hacer mientras que yo no hago nada.

—Mi amor, te estás recuperando de un accidente y de los meses que pasaste en cama. Eres muy joven y tienes mucha vida por delante para hacer lo que quieras.

—Ese es mi problema, que no sé qué hacer. Necesito ocupar mi tiempo y distraerme.

—Has estado haciendo ejercicios con el fisioterapeuta, has vuelto a nadar con la monitora, has aprendido de nuevo a conducir y a montar en bicicleta —enumera—. Creo que has hecho más de lo recomendable por los médicos.

—¿Y ahora qué? Es la pregunta que no abandona mi mente.

—Creo que debes centrarte en el verano, disfrutarlo y descansar, como harán todos tus amigos. Tras las vacaciones puedes pensar en qué emplear tu tiempo y tu vida, pero no hay prisa, mi amor. Tienes que descubrir qué quieres ser. Puedes volver a la universidad, comenzar de nuevo en lo que ahora te apetezca y si pruebas y no te gusta a otra cosa.

Le muestro una sonrisa forzada a la misma vez que me gustaría verlo todo tan sencillo como ella.

De repente, Hugo, Aura, Gala, Izan y Gael llegan al jardín y todos vienen dispuesto a bañarse en la piscina. Mi madre los saluda y me dice en el oído:

—Celebra con ellos que hoy han terminado los exámenes. —Me guiña el ojo, se levanta de mi

lado y se marcha tras colocarse el vestido que traía puesto.

—¡Ya somos libres! —grita Gael tirándose a la piscina en forma de bomba.

—Verano, ven a mí —grita Gala con los brazos extendidos hacia el sol.

Aura se sienta a mi lado y me abraza.

—Vamos a pasarlo de lujo —susurra en mi oído.

Observo cómo Hugo se lanza a la piscina. Mi vista no puede evitar clavarse en su impresionante cuerpo y Aura se da cuenta de ello.

—Está bueno, ¿eh? Tiene a millones de tías detrás de él, pero no se compromete con ninguna. A Hugo le gusta vivir la vida, ir de flor en flor. No te vayas a pillar de él porque todas las que lo hacen terminan perdidas —me advierte.

—Pensé que él y Ariadna... —Desde que los vi juntos en mi casa deduje que eran pareja.

—Qué va, ella siempre anda detrás de Hugo como un perrito faldero, pero él le ha dejado claro mil veces que jamás tendrá nada serio con ella.

—Tú sigue como antes del accidente, viviendo la vida. No te ates a ningún tío. Como lo hago yo —dice Gala, que me sorprende cuando se sienta a mi otro lado en el borde de la piscina mientras que Izan, Gael y Hugo juegan en el agua con una pelota como niños—. Mira a Aura, desde que está con Gael ya no es la de antes. —Ambas estallan en carcajadas y yo las miro sin comprenderlas.

—Me enamoré, tía. Cuando llega el amor no puedes renunciar a él. Cuando os enamoréis de verdad me comprenderéis —justifica.

—¿Nunca he tenido un novio estable? —le pregunto a mis amigas. Me cuesta creer que con veintiún años no haya encontrado el amor en nadie.

—Antes del accidente estabas muy pillada por Gon, pero discutíais mucho y ambos sabíais que lo vuestro no iba a ningún lado. Él es tan capullo que en todo este tiempo ni se ha interesado por ti.

—Bueno, sus negocios lo tienen muy ocupado —alardea Aura.

—¿Negocios? —pregunto con sorpresa.

—Gon es unos años mayor que nosotras, como Gael y Hugo. Es el dueño de una de las discotecas de Madrid a la que más acudimos. Su padre tiene mucho dinero y le abrió una sala de fiesta cuando Gon no quiso estudiar más. Lo cierto es que lleva la disco de puta madre. No hay ninguna como El Dorado.

—La fiesta de esta noche es allí. ¿Te animas? —me pregunta Gala.

—¿Qué fiesta?

—La de fin de exámenes. Hoy comienza nuestro verano de verdad. El próximo año estaremos graduadas como Hugo y Gael, que hoy hicieron el último examen de su carrera. Si aprueban el mundo laboral los espera. Adiós vida universitaria —me explica Aura.

—Anímate y vente con nosotros. Iremos todos, allí verás a más gente que conocías.

Me lo pienso por unos segundos y determino que quiero ir. Necesito conocer a Gon, el tío del que supuestamente estaba colgada antes del accidente. Es una esperanza más que al verlo pueda recordar algo.

—Vale, iré. Pero no sé cuánto tiempo aguantaré —les advierto.

—No te preocupes, cuando te quieras ir te acompañamos —se ofrece Aura y Gala asiente sonriente, contenta con mi decisión.

—Chicos, Olivia se une a la fiesta esta noche —grita Gala antes de tirarse a la piscina.

Hugo se para en seco en medio del agua, el balón que le lanza Izan le golpea el pecho y me mira serio. De inmediato sé que mi presencia esta noche no le agrada.

—Ella no tiene nada que celebrar —contesta de forma seria y cortante.

—No seas capullo, Olivia necesita una buena fiesta para volver a ser la de antes —le indica Aura.

Hugo se da la vuelta y continúa el juego con sus amigos.

—No le hagas caso. Es pura envidia, desde que tú no estás él suele ser el rey de las fiestas y sabe que en cuanto aparezcas ese estatus desaparecerá —me indica Aura en el oído.

Las chicas me animan a meterme en la piscina y decido zambullirme en el agua desde la parte más honda. Cuando lo hago y salgo a la superficie encuentro a Hugo a mi lado tratando de sostenerme.

—¿Estás loca? —me reprende, enfadado, mirándome con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces? —grito apartándome de su lado. Cuando ve que sé nadar se queda serio y pensativo.

—No quería que nuestros padres suspendiesen la boda de nuevo por tu culpa. Ya veo que no has olvidado nadar —dice con desagrado.

—¡Eres un cabrón, Serra! —le indica Izan que se encuentra cerca de nosotros.

—He recibido clases de natación, imbécil —escupo entre dientes al mismo tiempo que me alejo de Hugo a grandes brazadas.

Llego hasta el otro extremo de la piscina y me siento en los escalones que te adentran en ella. De inmediato Gala acude a mi lado, me echa una mano por los hombros y me dice mientras me abraza:

—Ya te acostumbrarás al poco tacto de Hugo y lo capullo que es, pero en el fondo, muy en el fondo, es buen tío y buen amigo. Solo que hay que saber llevarlo.

—Tengo la sensación de que me odia —murmuro.

—Bueno, cuando se vino a vivir a tu casa le hiciste un poco la vida imposible, puede que te la esté devolviendo —revela Gala. La miro con ganas de saber más, pero Izan llega hasta nosotras y corta la conversación al proponernos tomar algo.

Vamos hasta el lugar donde están las bebidas que han traído y nos servimos unos refrescos en vasos con hielo.

—¿Nada de alcohol? —pregunta Gael con sorpresa.

—Eso lo dejamos para esta noche, amigo —le indica Hugo—. Si empezamos a beber ahora no llegamos a la fiesta. Estamos desentrenados —le recuerda.

—Joder, dos semanas sin salir ni beber. Ha sido nuestro récord —dice Gael.

—Pero en unos días estaremos con el título en la mano —alardea Hugo, eufórico.

—¿Qué planes tienes, genio? —le pregunta Izan.

—Independencia, tío. Mi propia casa y no dar explicaciones a nadie. Después de verano cumplo veinticinco años y al fin puedo tomar posesión de toda la herencia de mi madre.

—Te vas a fundir la pasta en dos días y en nada te veo en casa de papá de nuevo —dice Aura.

—No creas, amiga. Ya aprendí de mis errores. Ahora voy a dedicarme a hacer mi propio dinero. A trabajar duro. No puedo llevarme toda la vida de fiesta.

—No te logro ver como un hombre serio y responsable —comenta Izan.

—Ya me verás. Pronto dirigiré una de las mayores empresas de este país —alardea Hugo.

—Pues comienza a besar el suelo que Olivia pisa —carcajea Gael. Hugo le dedica una mirada seria mientras que yo no entiendo muy bien su conversación.

—Tu abuelo le prometió un gran puesto en su empresa si dejaba el mundo de las fiestas atrás —susurra Aura en mi oído—, y parece que se lo ha tomado en serio.

Miro a mi amiga sonriente y le agradezco esa información que hasta el momento desconocía.

Luego pedimos comida a domicilio y los chicos se marchan. Quedo con Gala y Aura en que iré a recogerlas con mi chófer. Aún no me siento preparada para conducir un coche fuera de la urbanización por donde vivimos en la cual he hecho las prácticas.

Hugo y yo subimos las escaleras juntos, después de marcharse nuestros amigos, y le comento:

—¿Te molesta que vaya esta noche con vosotros a la fiesta en El Dorado? —Desde que dije que asistiría apenas me ha dirigido la palabra.

—No me gusta hacer de niñera. Quiero celebrar mi fin de exámenes en libertad —manifiesta sin dejar de subir los escalones mientras que yo voy detrás.

—Ni siquiera voy a ir contigo —le suelto enfadada—, y supongo que la discoteca será grande. Con suerte ni te veo —escupo entre dientes, cabreada—. Y no te preocupes, haz lo que hazas no se lo diré a mi abuelo —añado con cierto tono que hace que Hugo se vuelva hacia mí al acabar de subir las escaleras.

—Esto no va a salir bien —murmura poniendo los ojos en blanco y moviendo la cabeza al mismo tiempo que se dirige a su habitación y me ignora por completo.

Entro en mi cuarto, cierro la puerta con fuerza y suspiro para tratar de tranquilizarme. No sé por qué Hugo siempre consigue alterarme. Tampoco entiendo por qué es tan seco y distante

conmigo. Me hubiese gustado que fuésemos amigos, alguien de mi edad en el que poder confiar, pero, al parecer, le caigo tan mal que le resulta insoportable.

Me doy una ducha y bajo a picar algo a la cocina antes de arreglarme para ir a recoger a mis amigas, hemos quedado a las once. Cuando le comunico a mi abuelo y a mi madre que voy a salir de fiesta con ellos ambos se alegran mucho ya que desean que comience a hacer mi vida normal. Tras el accidente y los meses que pasé en coma la única secuela que tengo es mi pérdida de memoria, por todo lo demás estoy perfecta, solo que tengo que comenzar a crear esa vida. Descubrir qué cosas me gustan y qué quiero hacer en un futuro, pero he decidido darme de margen este verano en el que quiero averiguar la dirección que tomará esta nueva Olivia.

Mi madre sube conmigo a la habitación y me ayuda a escoger un vestido. También me peina y me maquilla. Cuando veo el resultado final delante del espejo parezco otra. Me cuesta reconocerme, pero he de admitir que estoy guapísima. El vestido color ámbar que he escogido se ajusta a mi cuerpo y marca cada curva realzando toda mi silueta. Es de tirantas anchas, escote cuadrado y muy corto. Me siento algo incómoda con él porque desde que salí del hospital no he usado nada así, pero mi madre insiste que es el modelito adecuado para esta noche. Cuando me subo en los zapatos de tacón que mi madre me indica que debo llevar casi me caigo, pero consigo dar varios pasos con ellos y me resultan cómodos.

—Estás preciosa, Olivia —susurra mi madre visiblemente emocionada.

—Gracias, sin ti no lo hubiese conseguido. Creo que es toda una ventaja tener a una madre experta en moda.

Mi madre me abraza, me refugio en sus cálidos brazos y aspiro su maravilloso olor. Me siento tan bien cuando la tengo cerca que es una sensación maravillosa de que nada malo me puede pasar.

Cojo el bolso que tengo sobre la cama y me aseguro de llevar las tarjetas que mi abuelo me ha enseñado cómo usar, dinero en efectivo y mi DNI con mi nueva cara. Al parecer tener un abuelo rico lo soluciona todo.

—No te olvides del móvil. Cualquier cosa me llamas —me recuerda mi madre.

—Estaré bien, mamá.

Le doy un último beso de despedida y comienzo a bajar las escaleras. Para mi gran sorpresa encuentro a Hugo dando vueltas, con las manos metidas en los bolsillos, y cabizbajo a pie de escaleras. Está tan sumido en sus pensamientos que ni siquiera se ha dado cuenta de mi presencia hasta que paso delante de él para ir a despedirme de mi abuelo. Él siempre se encuentra en su salita, incluso le gusta trabajar más desde ahí que desde el despacho.

—Joder, ahora comprendo por qué has tardado tanto —murmura Hugo mirándome de arriba abajo con asombro.

De repente mi abuelo aparece, me sonríe, me toma por ambas manos y me mira con emoción.

—Estás increíble, mi niña. —Se acerca a mí, me da un beso y le dice a Hugo—: Cuida de mi nieta esta noche como si te fuese la vida en ello, muchacho.

Miro a Hugo y lo observo dedicarle una sonrisa forzada a mi abuelo.

—Lo haré —le asegura acercándose a mí y colocando una mano en mi espalda para instarme a marcharnos.

Camino a su lado en silencio mientras medito que me iré con Hugo por orden de mi abuelo. En cuanto salimos al porche de la casa él se adelanta para montarse en el coche, yo lo hago después en el asiento del copiloto y lo miro seria, sin saber qué decir por haberle arruinado la noche.

—Ya sabía yo que esta noche me tocaba ser niñera —masculla entre dientes mientras pone el coche en marcha y nos encaminamos a la salida de la propiedad.

—Lo siento, no fue mi intención. Pero no te preocupes, cuando lleguemos a la discoteca puedes desentenderte de mí. Estaré con Gala y Aura. Y descuida, no le diré nada a mi abuelo. Mañana le contaré que fuiste muy amable y atento conmigo durante toda la noche —le indico con cierto tono de ironía.

Hugo me dirige una mirada seria y se centra en el tráfico. Pasamos a recoger a Gala y a Aura, como había quedado con ellas. Hugo aparca en un *parking* privado de la discoteca y entramos sin esperar la cola de la puerta principal.

En cuanto ponemos un pie en la discoteca Ariadna nos recibe. Nada más verme me dirige una mirada seria y molesta y le pregunta a Hugo:

—¿Qué hace ella aquí?

—Es mi hermana y viene con nosotros —le indica de forma seca.

Escucho cómo Ariadna resopla y al mismo tiempo veo cómo Gala sonríe.

—¿Tenemos el reservado de siempre? —le pregunta Aura a Ariadna.

—Sí. Izan y tu novio ya están ahí. Se han encargado de la decoración y la comida.

—Disfrutad, luego me paso —dice Ariadna.

Yo la miro con sorpresa porque no nos acompañe, es entonces cuando Gala me susurra en el oído:

—Trabaja aquí como relaciones públicas. Sus padres cayeron en la ruina hace un año y para mantener el ritmo de vida de siempre necesita este trabajo.

Subimos unas escaleras que conducen hacia el gran reservado en el que ya se encuentran Izan y Gael. Nos saludan en cuanto nos ven. Aura y Gael se comen la boca con ganas mientras el resto pasamos al interior y nos sentamos. Observo el lugar decorado con globos, cintas y velas artificiales. Veo que hay una barra con muchas botellas de alcohol, canapés y gominolas.

Miro todo con ávidos ojos sintiéndome fuera de lugar sin saber qué hacer ni qué decir. Comienza a llegar más gente al reservado y siento que todos clavan la mirada en mí con

demasiado interés. Son Gala y Aura las encargadas de presentarme a la mayoría de la gente que no recuerdo, pero ellos a mi sí y la sensación de agobio cada vez crece más. Todos opinan de mi nuevo rostro y yo no sé qué decir.

Gael propone un brindis con champán por haber acabado los exámenes y todos se unen con sus bebidas, hasta Ariadna ha aparecido, no sé en qué momento, y brinda con todos.

Cuando chocamos nuestras copas nos encontramos en círculo, somos unas veinte personas, y Hugo se encuentra frente a mí. Siento sus ojos sobre mí, cómo recorre mi cuerpo y cómo observa con atención cuando me llevo la copa a los labios. En cuanto el alcohol llega a mi garganta toso. Lo encuentro malísimo y me retiro un poco del grupo dándoles la espalda.

—¿Estás bien? —la pregunta de Hugo consigue sobresaltarme. No lo esperaba a mi lado. Asiento mientras suelto la bebida en una mesa y me llevo la mano a la garganta, siento que me quema—. Es el mejor champán que existe, te aseguro que no es para tirarlo y antes te encantaba.

—Pues al parecer, también he debido de olvidar mis gustos. Voy al baño. —Lo hago a un lado, apartándolo de mi lado y salgo del reservado.

Antes de llegar al baño ya tengo a Gala detrás de mí, preocupada por mi estado. Le indico que solo necesito refrescarme un poco y nada más. Ella no se separa de mí hasta que volvemos al reservado y me quedo impactada al ver a Hugo y Ariadna liándose delante de todos. Se besan con pasión y es fácil adivinar cómo terminará la noche para ellos. Siento una punzada en el corazón que no entiendo y procuro ir hasta Aura y el grupo que la rodea e intento ponerme a bailar un poco con ella para disfrutar de la fiesta y no parecer un alma en pena porque no recuerda nada y no sabe cómo comportarse en un ambiente que me descoloca por completo.

9

La reina de las fiestas

—¡Un brindis por la reina de las fiestas que ha vuelto más guapa que nunca! —grita Izan subido a una mesa con una copa en la mano y una botella en la otra. Rellena los vasos de los demás y todos me miran mientras que Aura me insta a que haga algo. Los miro a todos, me entregan una copa, la alzo en el aire y bebo un poco de ella al mismo tiempo que contoneo mis caderas y me pongo a bailar. Si es lo que esperan de mi...

—¡Suéltate, amiga! —me susurra Gala al oído—. Puede que no lo recuerdes, pero esta música y este ambiente eran tu vida. Nadie disfrutaba de las fiestas como tú. Siempre conseguías ser la envidia de todos.

Miro a Gala y le sonrío. Entre ella y Aura me animan a bailar y consigo soltarme un poco.

Al cabo de un par de horas estoy cansada y me duelen los pies, sin embargo, miro a mi alrededor e intuyo que todos mis amigos tienen aún para largo. No quiero aguarle la fiesta a nadie, por ello decido escabullirme sin que nadie lo note y marcharme a casa en un taxi. Ya les pondré un mensaje a mis amigas cuando llegue.

De camino a la salida, decido pasar antes por el baño. Cuando salgo de este enfilo un largo pasillo y sigo la señal de salida luminosa que está en el techo. Me cruzo con varias personas, hasta que una de ellas, un hombre, se acerca a mí y me toma por la cintura con demasiada confianza. Pega mi espalda a la pared, casi acorralándome y susurra en mi oído:

—Estás más increíble que nunca. —Intento alejarlo de mí, asustada—. Hueles igual pese a que tu cara no sea la misma y tu cuerpo haya sufrido algunos cambios. —Intenta besarme, pero consigo apartar mi boca de la suya y sus labios aterrizan en mi mejilla.

—No te recuerdo, ¿quién eres? —grito, presa del pánico, tratando de zafarme de sus fuertes manos que me aprisionan.

—Joder, Olivia, pensé que mis besos te devolverían la memoria. ¿Desde cuándo te has vuelto tan arisca? Soy Gon. —Me mira y me dedica una sonrisa que consigue erizarme la piel—. Creo que deberíamos retinarnos y dejar que te recuerde lo bien que lo pasábamos juntos —murmura mientras pasea las manos por mi cuerpo y yo intento que se aleje de mí al sentir asco con su contacto.

Cuando me revela su nombre me quedo pensativa. Era el tío con el que, según mis amigas, estaba antes de mi accidente, sin embargo, en todo este tiempo, desde que salí del hospital, no se

ha preocupado por mí.

—No te recuerdo, pero podrías contarme cómo era todo entre nosotros antes del accidente — le propongo con suma curiosidad mientras lo miro con la respiración agitada, tratando de contralarla. Es un hombre guapo, de intensos ojos negros, pelo casi rapado, alto, corpulento y atractivo, pero algo en mi mente hace que lo compare con Hugo y entonces Gon queda en clara desventaja.

—Mejor te lo demuestro —murmura al mismo tiempo que posa sus labios sobre los míos y me atrae hacia su cuerpo con demasiada fuerza.

—¡Suéltame! —le exijo con un grito, intentando alejarlo de mí.

—No seas tonta, ven conmigo. —Me toma más fuerte de la cintura y me obliga a caminar junto a él.

—No —le digo alto y claro, pero parece no entenderlo ya que sigue empeñado en llevarme con él y apoderarse de mi boca.

—Te ha dicho que no —resuena una voz alta, clara y seria. Es Hugo, y cuando lo veo frente a nosotros con las manos metidas en los bolsillos lo miro suplicándole que me saque de allí.

—No te metas, tío. Esto es algo entre ella y yo —le indica Gon sin hacerle mucho caso.

Hugo lo sigue mirando serio, midiéndolo con sus ojos grises los cuales siento que echan chispas, extiende su mano derecha hacia mí, mira a Gon de forma desafiante y me dice:

—¿Nos vamos? —No me lo pienso, me aferro a su mano como si me fuese la vida en ello. Gon intenta que me quede a su lado, pero la intensa mirada de Hugo le indica que deje las cosas como están.

—Vamos, tío, nunca te interesó Olivia, ella era como tú, se acostaba con uno diferente cada noche y los de la misma especie no se juntan. Nunca te gustó cuando empezamos a salir en serio.

—¿En serio? —escupe Hugo entre diente manteniéndome tomada de su mano con fuerza y pegada a su lado—. Lo que querías de Olivia era todo su dinero, las fiestas que organizaba en tu discoteca y todo lo que te pagaba por tu mierda. Si te vuelves a acercar a ella vas a tener serios problemas, y ya sabes que cuando lanzo una amenaza la cumplo —le advierte de forma desafiante.

El corazón me late muy deprisa mientras presencio la acalorada discusión entre Hugo y Gon. Comenzamos a caminar en silencio, Hugo no me suelta de la mano hasta que llegamos al lugar donde dejamos el coche y anuncia:

—Te llevo a casa.

—Puedo irme en un taxi. No quiero interrumpir tu fiesta —murmuro mientras intento controlar todo lo que siento en estos momentos.

—No te preocupes —murmura de forma seca al mismo tiempo que se monta en el coche y arranca este.

En cuanto me siento y el silencio se apodera de nosotros reposo la cabeza y cierro los ojos tratando de procesar todo lo que ha sucedido con Gon. Intento recordar a ese tío en mi vida, verme con él como pareja y siento verdaderos escalofríos.

—¿De verdad antes era la reina de las fiestas? —murmuro a la vez que me estremezco, manteniendo los ojos cerrados—. En este momento no deseo volver a ninguna más.

—Gon es un gilipollas —dice Hugo—. Se mantendrá alejado de ti, confía en mí.

—Gracias —murmuro en un suspiro aún con los ojos cerrados. Siento las caricias y los besos de ese hombre por mi cuerpo aún con asco. No sé qué me pasa. No debería ser así si estaba liada con él antes del accidente. He leído que el cuerpo y la piel tienen memoria, pero al parecer el mío la perdió toda.

De repente, abro los ojos y soy consciente de que vamos por una carretera y es de noche, está muy oscuro todo. Comienzo a alterarme y cuando los faros de un coche en el carril contrario aparecen en una curva grito con fuerza y me tapo los ojos.

Hugo da un fuerte volantazo y se aparta al arcén frenando en seco.

—¿Qué ocurre?! —grita con preocupación. Yo soy incapaz de alzar la cabeza, tiemblo mientras mantengo los ojos cerrados con fuerza y me abrazo las rodillas con las manos mientras mantengo los pies en el asiento.

—Las luces, el coche... venía hacia nosotros —explico mientras las lágrimas ruedan por mis mejillas.

Escucho cómo Hugo se desabrocha el cinturón y se acerca a mí. Sus manos tocan las mías y trata de que lo mire, pero no puedo. Un fuerte dolor de cabeza me la parte en dos.

—Olivia, ese coche no venía hacia nosotros, iba por su carril —me explica con paciencia mientras trata de que lo mire.

Alzo la cabeza y la fijo en el cristal del coche, no veo más allá de lo que muestran las luces del vehículo.

—Yo... yo... —trato de explicar, alterada.

—Así ocurrió tu accidente, ¿has recordado algo? —inquire Hugo con el ceño fruncido mientras me mira con atención.

Lo observo con los ojos muy abiertos y comienzo a rebuscar en mi mente, esperanzada. Pero tras unos segundos descubro que solo han sido como una especie de flash esas luces del coche en la oscuridad, pero no recuerdo nada más.

—No —le indico a Hugo con lágrimas en mis ojos, que no dejan de manar.

De repente, Hugo me estrecha entre sus brazos y siento la mayor paz que he recibido desde que volví a abrir los ojos después de varios meses en coma. Sus brazos alrededor de mi cuerpo, su calor y su aroma me envuelven por completo. Me quedaría así durante un largo tiempo. Me frota la espalda para hacer que entre en calor, estoy temblando, y luego se aparta un poco de mí.

Me mira y lleva su mano hasta mis mejillas para secar mis lágrimas.

—Tranquilízate, estamos bien. No ha pasado nada. —Me vuelve a abrazar y yo no se lo impido—. Será mejor que volvamos a casa —resuelve con determinación.

Asiento en silencio, pone el coche en marcha y vuelvo a cerrar los ojos. No quiero montar otro numerito si nos cruzamos con otro coche.

Cuando entramos en casa, antes de bajarnos del coche, le pido a Hugo:

—No quiero que le cuentes a mi abuelo ni a mi madre lo que me acaba de pasar con ese coche, por favor —le ruego cuando lo siento reticente a ello.

—Quizás sea algo que debas tratar o de donde tirar para que vuelvas a recordar —me indica.

—No quiero preocuparlos. Se lo contaré a mi psicólogo.

—¿Vas a un psicólogo? —pregunta con sorpresa.

—Sí. Mi madre y mi abuelo dicen que me ayudará a comprender todo por lo que paso mucho mejor.

—Bueno, no debe ser fácil. No recordar quien eras debe de ser duro y complicado.

—No sabes cuanto —revelo con dolor.

Hugo y yo nos miramos en silencio por unos segundos, aparto los ojos de su intensa mirada gris que alborota mi corazón e intento bajar del coche, pero él me lo impide colocando una mano sobre la mía.

—Olivia, sé que desde que volviste a casa no he sido muy amable contigo. Teníamos nuestras rencillas del pasado que no merece la pena sacar ahora a luz, pero creo que podríamos hacer borrón y cuenta nueva —propone mostrándome su lado más amable—. Estoy aquí para todo lo que necesites. De verdad —añade cuando siente que lo miro algo incrédula.

—Gracias, Hugo. Por todo lo que has hecho esta noche por mí —le agradezco de corazón—. Siento haberte arruinado parte de la noche, espero que no sea muy tarde para que puedas seguir con la fiesta —le indico antes de abandonar el coche.

Para mi sorpresa se baja al mismo tiempo que yo, rodea el vehículo y dice:

—Me debes una, Olivia. —Me guiña el ojo, me toma de la mano y juntos entramos en casa.

—¿No piensas volver? —le pregunto en un susurro. La casa está a oscuras y no queremos despertar a los demás.

—No. Creo que esta noche alguien me necesita y estoy dispuesto a ejercer de hermano mayor. ¿Un helado de chocolate en la cocina antes de dormir?

Lo miro con una sonrisa y asiento, aliviada.

—Es una maravillosa idea que me ayudará a dormir mejor.

Hugo vuelve a cogerme de la mano y nos encaminamos en la penumbra hacia la cocina. Una vez allí enciende la luz, saca un gran tarro de helado de chocolate y dos cucharitas.

—La reina de las fiestas ha arruinado tu fiesta de fin de exámenes —comento llevándome una

cucharada de helado a la boca.

Hugo me mira con atención y dice:

—Puede que sea un gran afortunado porque disfruto de la reina en exclusividad.

—Gracias de nuevo. Después de esta noche me caes un poco mejor —manifiesto mostrándole una sonrisa.

—Tú a mí también —revela.

Ambos nos miramos de una forma cómplice y siento que estoy conociendo a otro Hugo más humano.

—¿Gon estaba conmigo por interés? —le pregunto de golpe.

—Organizabas unas fiestas increíbles que le dejaban mucho dinero y llevabas a gente de dinero a su discoteca. Pero ten mucho cuidado, Olivia. Gon pasa cocaína y hasta donde sé estabas empezando a probarla. Estaba dispuesto a hablar con tu madre la noche de tu accidente cuando me enteré que habías empezado a consumir esa sustancia.

—¿Drogas? —pregunto con sorpresa. Hugo asiente con un gesto de la cabeza.

—Podía permitir en nuestro trato lo de no descubrir al otro las fiestas y borracheras, pero no las drogas. Con dieciocho años vi morir a un amigo a causa de ellas y no volví a probarlas.

—¿Tú?

—Solo las probé en un par de ocasiones, pero después de la muerte de Javier las odio. Si me entero que vuelves a las andadas se lo diré a tu madre —me advierte, serio—. Sin importarme nada.

—No te preocupes, no es mi intención meterme esa mierda.

—No sé cómo pude estar con alguien como Gon. Siento asco de solo recordar sus manos en mi cuerpo y el beso que me dio —reflexiono sumida en unos recuerdos que sí me gustaría olvidar.

—Olivia, la vida te ha dado una nueva oportunidad. No veas tu falta de memoria como algo horrible, puede que haya sucedido para que te conviertas en una mejor persona.

—Con todo de lo que me he enterado hoy casi agradezco no tener memoria —bromeo.

—Espero que te ayude para no caer en los mismos errores.

—¿Y tú qué? —le pregunto.

—Me gusta salir, las fiestas, las mujeres, beber y pasármelo de escándalo, pero controlo. También sé que ha llegado el momento de dejar todo eso más de lado y centrarme en un trabajo responsable. Este será mi último gran verano. En septiembre Hugo Serra se volverá un hombre serio y formal.

Lo miro y me cuesta imaginarlo así, tiene unas pintas de irresponsable y tío malote que lo delatan, pero me gustará ver su transformación.

—Creo que es hora de irnos a la cama —comento cuando observo que el reloj de la cocina

marca las cuatro de la madrugada. Me siento cansada. Hugo me mira de forma sonriente y con brillo en su mirada—. Bueno, cada uno a su cama, he querido decir —aclaro de inmediato.

Hugo suelta una carcajada, se acerca a mí, me pasa el brazo por el hombro de forma amigable y mientras caminamos me revela:

—Tranquila, hermanita, poner los ojos en ti me traería demasiadas complicaciones.

Me acompaña hasta la puerta de mi habitación y cuando se despide hasta mañana estoy tentada de ofrecerle que me abrace durante el resto de la noche. Imaginar que me quedo sola me produce cierto escalofrío.

Entro en mi cuarto, arrastro los pies hasta la cama y me siento en ella con desánimo.

De repente, se abre la puerta y Hugo entra tras cerrar esta con cuidado.

—¿Qué haces aquí? —pregunto en un susurro, sobresaltada por su presencia.

—Acabo de caer en algo —musita en voz baja a la misma vez que me toma con delicadeza por ambos brazos y me levanta de la cama—, ese imbécil de Gon te besó a la fuerza, y no quiero que tengas como único recuerdo de un beso en los labios el de ese tío. Mi último acto de bondad de esta noche consiste en darte un beso en condiciones y que el que te dio Gon lo olvides por completo.

Sin dejarme asimilar sus palabras me toma por la cintura con ambas manos, me arrima a su cuerpo y se apodera de mis labios. De inmediato su sabor me atrapa y su lengua se enreda con la mía. Le correspondo al beso de forma involuntaria y apasionada, me resulta embriagador y exquisito. Gimo sobre la boca de Hugo y cuando él detiene el beso lo miro con deseo de querer más. Mi respiración está agitada y siento mucho calor en mis partes.

—Que duermas bien, reina. Espero haberle puesto un buen broche final a tu noche —susurra cerca de mis labios, puedo sentir su aliento.

Me acaricia la mejilla y sin decir nada más se da media vuelta y se marcha al mismo tiempo que yo me siento en la cama porque mis piernas se han quedado como si fuesen de gelatina.

Llevo una mano hasta mis labios hinchados y paso la lengua por ellos, saboreando aún cómo sabe Hugo. Ha sido un beso increíble. Jamás pensé que con un simple beso pudiese llegar a sentir tanto. Me tumbo en la cama, vestida, y me acurruco con el pensamiento puesto en el beso que nos acabamos de dar. Sin duda, Hugo ha conseguido alejar de mi mente todo lo que descubrí esta noche sobre mi pasado y que me centre en él y su exquisito beso, el cual sé que no olvidaré en mucho tiempo.

10

Comienza el verano

Una intensa luz del sol me despierta cuando doy media vuelta en la cama. Entreabro los ojos y puedo ver que son las tres de la tarde. Me incorporo de un salto y me siento en el colchón, pensativa, mientras me pregunto cómo he podido dormir tanto. Me doy cuenta de que estaba arropada pese a que sigo llevando el mismo vestido de la noche pasada. Me levanto hasta el baño y cuando el reflejo de mi cara aparece en el espejo me espanto de golpe al verme todo el maquillaje negro de alrededor de los ojos corrido, parezco un mapache. Tras hacer pis y deshacerme del vestido y la ropa interior me meto en la ducha. Cuando el agua cae sobre mi piel me siento en las nubes. El beso que Hugo me dio la pasada madrugada aparece en mi mente y termino gimiendo de placer de forma inconsciente.

Salgo de la ducha, me cuelo un vestido ligero, no me molesto en secarme el pelo, y bajo a la cocina a comer algo. El estómago me ruge.

Aprecio que la casa está vacía, no sé dónde estarán todos. Mi madre lleva una semana casi desaparecida con los preparativos de la boda y su novio está preparado el final de temporada de su programa que es en unos días.

De repente, la voz de mi abuelo me sobresalta cuando paso por el salón. Está en un sillón del rincón leyendo el periódico.

—Buenas tardes —me saluda con una sonrisa en su cara—. ¿Qué tal fue la fiesta de anoche? Por las horas que te has levantado deduzco que lo pasaste bien.

—Sí —respondo de inmediato recordando el broche final de mi noche. De forma inconsciente recorro el salón y miro por la ventana que se encuentra detrás de mi abuelo y tiene vistas al jardín buscando a Hugo.

—Hugo desayunó conmigo antes de marcharse y me dijo que había cuidado bien de ti —me informa mi abuelo.

—Así fue —le confirmo—. ¿Dónde se ha ido? —No puedo evitar la pregunta, la curiosidad me puede.

—Se ha marchado un par de días de viaje, pero estará aquí para cuando toda la familia nos traslademos a Formentera a la boda de tu madre.

Ante la revelación de mi abuelo siento cierta decepción por no verlo hoy, ni en unos días. No es que espere nada especial tras el beso que nos dimos, como bien me dejó claro fue su último

acto de bondad de la noche, pero algo dentro de mí desea tenerlo cerca y conocerlo más. Siento que me comprende con solo mirarme a los ojos.

—¿Cuándo nos marchamos? —pregunto con interés, de esa forma sabré cuándo volverá Hugo.

—Dentro de cuatro días. Rubén termina su programa y yo me cojo mis merecidas vacaciones de este año. Te gustará Formentera, mi vida. Es una isla increíble con unas aguas transparentes maravillosa.

—Estoy deseando conocerla, y que sea la boda de mamá —manifiesto con ganas.

—Te siento diferente hoy —aprecia mi abuelo mirándome con atención—. Creo que la fiesta de anoche, reunirte con tus amigos y volver a salir te sentó bien.

—Yo también lo creo —le confirmo con una sonrisa—. ¿Habrá algo en la cocina para comer? —le pregunto.

—Por supuesto, ¿tú crees que Aurora no iba a dejar nada de comer para la consentida de esta casa? Vamos, mi vida, te acompaño.

Nada más entrar en la cocina Aurora se interesa por mi fiesta de la noche anterior al mismo tiempo que me sirve un plato de comida exquisito. Luego llega mi madre y su futuro marido, habían comido fuera y ella me propone tomar un poco el sol en el jardín. Acepto mientras mi abuelo y Rubén aprovechan para echarse una siesta.

Me quedo medio dormida en la tumbona al mismo tiempo que mi madre no para de hablarme de temas sobre la boda. Está muy ilusionada y espero que todo salga como ella desea. Se casa en menos de tres semanas y está un poco histérica. Le preocupa que me quede parte del verano sola con mi abuelo cuando ella se marche de viaje de bodas, hasta me ha planteado no irse, pero la he convencido de que estaré muy bien con mi abuelo y mis amigos.

Mi teléfono suena y es Gala. Me llama para venir a casa con Aura. Las invito a pasar la tarde en la piscina y aceptan.

Cuando mis amigas llegan ya me he puesto un bañador, lo prefiero al bikini porque me tapa la gran cicatriz que tengo en el costado izquierdo por una herida del accidente, y las espero en el jardín.

—Hola —grita Aura con alegría en cuanto pone un pie en mi jardín.

—Está feliz por deshacerse de Gael unos días —comenta Gala con cierta sonrisilla.

—¿Dónde se ha ido Gael? —pregunto con curiosidad.

—De viaje con Hugo e Izan. Tenían planeada esta escapada desde hace tiempo.

—¿Dónde se han ido? —me intereso.

—A unas carreras por el desierto, el padre de Izan es uno de los patrocinadores —revela Aura.

—Hablando de Izan, ¿qué tal vosotros anoche? —le pregunta Aura a Gala con cierto tonillo y

sonrisa que denota una doble intención.

Gala pone los ojos en blanco y sonríe de forma pícaro.

—¿Qué pasó? —me intereso mirándolas a ambas. Gala se queda callada y Aura dice:

—Se enrollaron en la fiesta y luego se fueron juntos. Izan lleva tiempo detrás de ti —le indica a Gala.

—Lo sé. Nos liamos y terminamos en un hotel —revela.

Aura da un grito, se lleva las manos a la boca para sofocarlo y aplaude.

—¿Y ahora? ¿Fue solo una noche o te planteas algo más con él? —pregunta con interés.

—Lo cierto es que lo pasamos muy bien —murmura Gala con cierto brillo en sus ojos.

—Aquí huele a amor de verano —le plantea Aura.

—Nunca se sabe —dice Gala—. ¿Y tú, por qué desapareciste tan pronto de la fiesta con Hugo? —inquire mirándome con atención.

El cambio de tema de golpe me hace que sacuda un poco la cabeza y me centre en mí.

—Me encontré con Gon, me besó a la fuerza, me alteré un poco y Hugo me llevó a casa —les resumo. Aura y Gala se quedan en silencio mientras observo que intercambian una mirada cómplice—. Hugo me contó en lo que andaba metida antes del accidente, ¿qué sabéis de eso? —inquiero con cautela. Necesito la versión de mis amigas.

—Pues que en los últimos meses se te había ido un poco de las manos. Gon te proporcionaba más de la cuenta —revela Aura.

—No quiero que mi familia se entere. Le he prometido a Hugo que no volveré a eso, es que ni siquiera lo recuerdo —les suplico apurada.

—Tranquila, no te dejaremos —manifiesta Gala a la misma vez que me abraza.

—Ya experimentamos perder a Emma en ese accidente y casi perderte a ti y todos hemos aprendido mucho. Vamos a cuidarnos entre nosotros y si alguno hace algo indebido ahí estaremos los demás —dice Aura—. Solo están permitidas las fiestas y el alcohol.

Ambas me abrazan y me siento muy afortunada de tenerlas en mi vida y que sean mis amigas.

Pasamos una tarde increíble, cada día que paso siento que tengo más complicidad con Aura y con Gala. Cuando se marchan me siento un poco mal por no haberles contado el beso que me di con Hugo, ellas son transparentes conmigo y me cuentan todo, pero no quiero que por una cosa u otra llegue a los oídos de Hugo y se acabe lo que sea que surgió anoche entre los dos. Sentirlo más cercano y humano conmigo me gustó.

Los días siguientes los paso liada con mi madre y los preparativos de la boda, ya están listos nuestros vestidos y nos dedicamos a hacer las maletas para marcharnos a Formentera al día

siguiente. Mi abuelo ha tenido la maravillosa idea de ir en coche hasta Valencia y allí coger uno de sus yates y llegar a Formentera en barco para que yo disfrute del trayecto.

Mientras leo un libro en la cama antes de dormirme recibo un mensaje en el grupo con Aura y Gala y nos despedimos hasta la boda de mi madre. Están invitadas y se quedarán en la isla de vacaciones unos días tras el enlace. Me alegra saber que no pasaré parte del verano sola con mi abuelo, ya que los planes son permanecer en Formentera hasta finales de agosto.

En estos días no he sabido nada de Hugo, apenas he visto a su padre, no hemos hablado de él y no sé cuándo llegará a Formentera. Me he enterado por Aura que Gael llega esta noche, pero no sé si Hugo lo hará también o puede que tenga otros planes. Escuché a mi madre decir que igual llegaba para la boda con su tía, que sería la madrina.

Termino de leer el libro que tengo entre manos y luego guardo un par de ellos más que cogí de la biblioteca para llevarme a mis vacaciones. He descubierto que leer me relaja y me gusta. No tengo recuerdos y siento unas ganas tremendas por conocer muchas cosas que ignoro, no solo lo que me cuentan de mi pasado ni como yo era, sino del mundo en general.

Antes de dormirme llamo a mi padre, no nos hemos podido ver más desde que me visitó la última vez en casa, tampoco hemos hablado mucho, solo simples mensajes de texto o de voz donde cada día se ha preocupado por mí y cómo he seguido. En la distancia que nos separa siento que me quiere, solo que su vida es tan incompatible con la mía que no tiene tiempo real para dedicarme y es algo que me entristece. Estoy empezando a querer a mi madre y a mi abuelo más de lo que llegué a imaginar, y me gustaría que estos sentimientos floreciesen por mi padre de igual forma, pero la distancia no nos deja.

La mañana siguiente desayuno en la cocina mientras que Fredy y Aurora recogen todo, ellos también vendrán a Formentera para la boda y según mi abuelo se quedarán con nosotros el resto del verano. Ambos me hablan de la villa que tiene mi abuelo allí y consiguen que me enamore de ella y desee conocerla.

En mitad de la noche escucho pasos y voces y deduzco que deben de ser mi madre y Rubén. Esta noche se ha emitido el último programa de la temporada y tenían una cena con todo el equipo. Vuelvo a dormirme y sueño con Hugo, con el beso que nos dimos y esto hace que me siente en la cama sobresaltada. Mi corazón late con fuerza y siento un miedo irracional que no sé explicar.

A media mañana nos encaminamos en coche hacia Valencia. Finalmente hay un cambio de planes de última hora, Rubén tiene una reunión importante con sus jefes que no puede cancelar y él y mi madre llegarán a Formentera en un par de días en avión. Yo y mi abuelo iremos en el yate, todo estaba previsto y me hace ilusión conocer el mar y navegar.

El chófer nos lleva hasta Valencia y durante el trayecto mi abuelo me habla de mis anteriores veranos en Formentera, al parecer es una tradición familiar pasar los meses de verano allí.

Siento un poco de agobio al alejarme de mi madre, de mis amigas, enfrentarme a conocer el mar, viajar en barco y estar sola con mi abuelo y la tripulación del barco. Fredy y Aurora viajarán en unos días con mi madre y Rubén para ayudarlos con todo.

Las casi cuatro horas que tardamos en llegar a Valencia en coche voy con los ojos cerrados. Después de lo que me pasó en el coche con Hugo no quiero arriesgarme a que me ocurra con mi abuelo y asustarlo. Le digo que he dormido mal esta noche, algo que es cierto, y paso el trayecto medio dormida. Escucho cómo él teclea en el ordenador y trabaja durante todo el tiempo. Lo cierto es que en lo poco que conozco a mi abuelo lo admiro. Es un hombre muy trabajador, con una energía inagotable.

—Ya hemos llegado, mi vida. Despierta para que puedas conocer la belleza del mar —me susurra mi abuelo cuando el vehículo se ha parado.

Abro los ojos y una enorme emoción me embarga ante el paisaje tan increíble que tengo delante de mí.

Mi abuelo me anima a bajarme del coche, me coge de la mano y comenzamos a caminar.

—Mi yate es ese —señala con el dedo.

—¿El más grande? —pregunto con asombro.

—Tengo una empresa naviera, mi vida. Este barco lleva el nombre que tú misma escogiste cuando tenías apenas cinco años. Te dije que estaba trabajando en un gran regalo que algún día te haría y te pregunté qué nombre ponerle, dijiste Robby, como llamabas a tu peluche. Algún día este barco será tuyo. Hace apenas un año lo reformé por completo y este es el único yate de toda mi flota personal que no alquilo.

—¿Cuántos tienes? —pregunto con sorpresa.

—Muchos, en casi todos los puertos de España.

—Eres un hombre maravilloso, exitoso y bueno. Creo que soy muy afortunada de ser tu nieta —manifiesto con admiración.

—Algún día llegarás tan alto como yo. Tienes mucho talento, Olivia, aunque aún no lo sepas —dice mi abuelo acariciándome la mejilla y dándome un abrazo mientras caminamos juntos en dirección al yate.

Yo lo miro de reojos y siento una gran culpabilidad en mi interior por no ser la persona que él cree. Recuerdo todo lo que sé de la Olivia del pasado y pienso que si mi abuelo supiese la verdad no me querría tanto. Sería una completa decepción para él y eso me entristece. Es en ese momento cuando decido ser alguien mejor y que él y toda mi familia se sientan orgullosos de mí.

Tengo un par de meses por delante para planear qué quiero ser en un futuro y hasta dónde llegar para ser una mujer admirada y respetada. Voy a volver a la universidad, quiero estudiar, aprender y llevar a cabo proyectos. No sé qué, pero tengo un largo verano para descubrirlo. Una nueva Olivia está a punto de nacer y me siento con fuerzas y con ganas para que mi familia se

sienta orgullosa de mí y así poder devolverles un poco todo el cariño que me tienen.

11

Sorpresa

Mi abuelo me da la mano para subir a bordo. Miro todo con sorpresa porque es la primera vez que veo el mar, los barcos y un entorno tan desconocido al de los últimos días en Madrid que me llaman mucho la atención. Miro al cielo y a la infinitud del mar y me parece todo increíble. No sé si antes de perder la memoria me gustaba el mar, pero creo que me acabo de enamorar.

Tres hombres nos reciben cuando ya estamos en el yate y mi abuelo me los presenta. El capitán nos indica que tardaremos unas seis horas más o menos en llegar a Formentera. Pensé que estaríamos más tiempo en el barco y su información me desilusiona.

—Vamos, voy a enseñarte el yate entero —propone mi abuelo cuando despide a la tripulación y le da la orden de que podemos zarpar.

De repente, una puerta corredera de cristal del interior del barco se abre y aparece detrás de ella Hugo. No lo esperaba ahí y nada más verlo mi corazón da un vuelco que no puedo controlar. No nos hemos visto ni hablado desde que me besó.

—Emilio —saluda a mi abuelo extendiéndole la mano de forma amigable. Luego se acerca a mí y me da dos afectuosos besos—. ¿Y los demás? —pregunta, extrañado, al no ver a nadie más.

—Tu padre no pudo aplazar una reunión importante y mi hija decidió esperarlo. Viajarán en avión en un par de días junto con Aurora y Fredy. ¿Qué tal tu viaje, muchacho? —le pregunta mi abuelo.

—Muy bien. Una experiencia increíble conducir esos coches por el desierto.

—Me alegro. Ahora disfruta del verano, te lo mereces después del año de estudios que te has pegado, porque en septiembre te recibiré en mi empresa. Necesito una mano derecha que sea alguien de confianza, y ese serás tú. Espero que estés preparado para trabajar duro y aprender mucho.

—Lo estoy deseando. Es una gran oportunidad comenzar a trabajar al lado de un empresario tan exitoso.

—Haremos un buen equipo, muchacho. Siempre te vi potencial —le indica admirándolo.

A mi abuelo le suena el teléfono, fija la mirada en la pantalla del móvil y dice:

—Tengo que atender esta llamada, es importante. Hugo, enseñale a Olivia el yate —le ordena al mismo tiempo que lleva el móvil hacia su oreja y se aleja de nosotros.

Hugo y yo nos miramos en silencio, creo que ninguno sabe qué decir.

—¿Qué tal estás? —pregunta él primero.

—Bien, dispuesta a vivir el verano —manifiesto con tranquilidad.

—Vamos, voy a enseñarte este increíble yate. Es uno de los más grandes y lujosos del mundo. Cuesta más de cincuenta millones de euros —me explica. Miro a Hugo y la expresión de susto que debe reflejar mi rostro hace que suelte una fuerte carcajada—. Tu abuelo es muy rico, solo has conocido su casa de Madrid, pero cuando vayas descubriendo todo lo que posee te quedarás tan impresionada como ahora mismo.

—Supongo que tendré que acostumbrarme —murmuro.

—Sí, a mí me pasó cuando fui a vivir con mi padre a tu casa. Nunca me faltó de nada, me críe en una propiedad grande con piscina y jardín, pero nada comparado con todo lo que Emilio De la Fuente posee.

Caminamos por la gran cubierta del yate y compruebo que es inmenso.

—Vamos a salir en breve del puerto, quedémonos en cubierta para que lo veas —me sugiere Hugo.

Observamos cómo sueltan las amarras y el yate se pone en movimiento. Salir del puerto de Valencia hacia alta mar es increíble, una sensación de plenitud y felicidad se apodera tanto de mí que logra emocionarme.

—Es precioso —murmuro con la vista clavada en el horizonte.

Hugo está a mi lado y me mira en silencio. Hace un gesto afirmativo con la cabeza y dice:

—Sí lo es.

—Es una imagen que recordaré siempre.

—De ahora en adelante tu vida estará llena de primeras veces. Es la ventaja de no recordar nada —dice Hugo.

—¿Lo consideras una ventaja? —pregunto con el ceño fruncido.

—En tu caso, sí. Estabas tan acostumbrada a tenerlo todo desde pequeña que ahora vas a apreciar mucho más el increíble mundo que te rodea. Descubrirlo será toda una aventura que disfrutarás, te lo aseguro.

Hugo me indica con un gesto de la mano que pasemos al interior del yate. Lo recorreremos juntos mientras que mi asombro en cada estancia que visitamos no deja de crecer. Él me mira sonriente y creo que disfruta con cada una de mis reacciones ante tanto lujo.

Volvemos a cubierta y nos sentamos en una mesa llena de fruta fresca donde nos espera mi abuelo.

—¿Qué tal ha ido el recorrido? ¿Qué te parece el yate? —me pregunta mi abuelo.

—Una pasada —respondo sumida en una nube. Siento que todo lo que me rodea supera lo que pudiese haber llegado a imaginar.

—Sentaos y comed algo —nos anima mi abuelo.

Hugo y yo tomamos asiento frente a él y se nos queda mirando en silencio, con una leve sonrisa en su boca.

—Me gusta que os llevéis bien —murmura. Hugo y yo intercambiamos una sonrisa y cogemos algo de fruta de la mesa—. Hugo, ¿qué planes tienes este verano después de la boda? —se interesa mi abuelo.

—Quedarme unos días más en Formentera y volverme con mis amigos para seguir disfrutando de las vacaciones.

—Te propongo algo. Quédate en Formentera el resto del verano, invita también a vuestros amigos el tiempo que quieran, tendréis a vuestra disposición el yate y mi casa. No quiero que Olivia se aburra conmigo sola. Ya sabes que tu padre y mi hija se marchan un mes de luna de miel tras la boda.

Se hace un silencio en la mesa, Hugo parece pensárselo mientras mi abuelo lo mira a la espera de una respuesta. Mi corazón se acelera de solo imaginar que pasaré el resto del verano con Hugo.

—Vale, me quedaré. Se lo diré también a los chicos. No creo que digan que no a disfrutar más días de los previstos en Formentera.

—Genial. Ya sabes que no hay problema de espacio en la casa. Tiene doce habitaciones, una gran piscina y acceso a una cala privada —me indica mi abuelo—. Además, podréis salir en el yate.

—Gracias, Emilio —le agradece Hugo.

Yo me quedo en silencio sin saber qué decir. Pienso que Hugo ha aceptado porque no se atreve a llevarle la contraria a mi abuelo. Va a meterlo en su gran empresa y tiene que agradarlo en todo lo que le pida, solo siento que se quede a mi lado por obligación.

—Chicos, tengo que trabajar. Me retiro a mi despacho. Haced lo que queráis, llegaremos a puerto en unas horas —se despide mi abuelo levantándose de la mesa.

—Me toca un verano junto a ti, qué remedio —comenta Hugo con un suspiro que no me pasa desapercibido.

—Podías haber dicho que no —le susurro seria.

—No puedo decirle que no a tu abuelo. Me va a dar la gran oportunidad de mi vida al trabajar a su lado. Tengo que hacerle el favor de lo que me ha pedido.

—¿Me consideras un favor? —inquiero con una ceja alzada, molesta por sus palabras.

—Más bien te considero un incordio, pero creo que lo sabremos llevar.

—¿Qué ha pasado con el Hugo de la última vez que nos vimos? —pregunto cabreada al sentir que vuelve a su actitud chulesca y prepotente de antes.

—¿Quieres que te vuelva a besar? —pregunta inclinándose hacia mí. Sus ojos grises se clavan en los míos y siento que el corazón me da un vuelco.

—¡No seas imbécil! —Le doy un empujón en el pecho para alejarlo de mí y huyo de su lado.

—¿Qué has hecho estos días? —se interesa, cambiando de actitud.

—He estado con las chicas y he ayudado a mi madre con los asuntos de la boda.

—¿Te ha vuelto a molestar Gon? —inquieta con interés.

—No.

—¿Has recordado algo de tu pasado? No sé, algún pequeño detalle o situación.

—Nada. Para mí todo es nuevo. Ya he aceptado que mi vida tiene que comenzar a prepararse para vivir un montón de primeras veces y acostumbrarme a no tener recuerdos.

—Pues prepárate porque voy a estar a tu lado durante todo el verano —lanza Hugo, lo miro, observo una sonrisa en su boca y no sé muy bien cómo tomarme sus palabras.

Cuando llegamos al puerto de Formentera un coche nos espera para llevarnos a la villa de mi abuelo. Una vez entramos en la propiedad me quedo muda de la impresión al ver la gran mansión. Es toda blanca a excepción de la enorme piscina que es azul. Tiene unas vistas increíbles al mar y unas escaleras con acceso a una cala privada. Todo me parece maravilloso e imposible a la misma vez de que no recuerde tanta belleza.

—¿Impresionada? —susurra Hugo muy cerca de mi oído, colocado tras mi espalda.

—No sabía qué me iba a encontrar y si me sentiría bien aquí durante el verano, pero creo que me quedaría a vivir aquí toda mi vida apreciando este paisaje.

—Sí que has cambiado —murmura Hugo, se coloca a mi lado, me mira y se mete las manos en los bolsillos delanteros de su pantalón—. Antes del accidente odiabas el mar y la playa —revela.

—¿Yo odiaba esto? —pregunto asombrada.

—Tu abuelo tenía que arrastrarte cada verano.

—¿Y qué me gustaba? —pregunto con curiosidad.

—El peligro —resume. Aparta la mirada de mí y se centra en el hermoso paisaje que tenemos delante.

—Olivia, vamos dentro. Tienes que ver la casa y tu habitación —me llama mi abuelo, se había quedado un poco más atrás dando algunas órdenes al personal.

Recorremos la inmensa villa a la que no le falta de nada y finalmente terminamos en la planta de arriba donde están las habitaciones principales. Mi abuelo entra conmigo en mi cuarto, es amplio y decorado con exquisito gusto, pero lo que más me maravilla son las vistas al mar y a la piscina. Tiene una amplia terraza que se conecta con otras dos habitaciones, la de mi abuelo a la derecha y la de Hugo a la izquierda.

—En una hora estará la cena servida, cariño. Supongo que tras tantas horas de viaje desde que salimos de Madrid estarás cansada —dice mi abuelo.

—Un poco.

—Puedes refrescarte y bajar a cenar. Yo voy a darme una ducha.

Mi abuelo me da un beso y se marcha a su habitación saliendo por la terraza. Hecho un ojo a la puerta de cristal justo al lado de la mía y veo cómo Hugo sale del baño liado en una toalla de cintura para abajo con todo el torso mojado. Se seca el pelo distraído con otra toalla y no repara en que lo estoy observando.

De repente, nuestras miradas se cruzan a través del cristal y me quedo paralizada. Él camina hacia mí, abre el amplio cierre y dice con una sonrisa:

—Somos vecinos. —Trago con dificultad mientras veo de cerca lo bueno que está—. Era la habitación de tu madre, pero tu abuelo se ha empeñado en que la ocupe yo y para nuestros padres ha dejado la del fondo del pasillo, más alejada, para dejarles más privacidad.

—Voy a darme una ducha —digo sacudiendo la cabeza—, se me hace tarde. Mi abuelo dice que en una hora servirán la cena.

—Yo voy a salir a dar una vuelta y a tomar algo con unos amigos —revela Hugo y crea en mí cierta decepción por no acompañarnos en la cena.

—Hasta mañana entonces —me despido de él dando media vuelta y entrando en mi habitación.

Ceno en compañía de mi abuelo y me meto en la cama. Siento un gran cansancio y necesito dormir.

A media noche me levanto sobresaltada y sudorosa. Me siento en la cama de golpe, sintiendo mucho calor, mi respiración está agitada y no consigo recordar qué estaba soñando. Solo intuyo que no era algo agradable porque una gran angustia oprime mi pecho.

Salgo de la cama y me dirijo a la terraza, necesito respirar aire fresco. Me acerco a la barandilla y me apoyo en ella tratando de acompasar mi respiración.

—¿No puedes dormir? —la pregunta que procede de la voz de Hugo me sobresalta. No lo esperaba.

Alzo la mirada hacia él y lo encuentro sentado en un sillón cerca de su habitación con un cigarrillo en la boca.

—¿Tú tampoco? —inquiero observándolo con atención. Va vestido pero su aspecto es desaliñado.

—Acabo de llegar y no me apetecía meterme en la cama. Hace una noche increíble —dice mirado las estrellas. Lo observo bien y lo siento algo achispado. Se nota que ha bebido.

Tomo una gran bocanada de aire y luego siento cómo Hugo apaga el cigarrillo, se levanta y se acerca a mí de forma lenta.

—¿Estás bien? —se interesa. Apesta a alcohol.

—Sí, pasará —le indico mirando sus ojos entornados—. La fiesta fue bien —aprecio recorriendo con la mirada su aspecto.

—Podía haber ido mejor, pero aquí me tienes —dice abriendo los brazos.

—Recuerda que ahora te vas a convertir en un hombre serio y responsable.

—Después del verano. Déjame vivir mi último gran verano —murmura arrastrando las palabras.

—Algo me dice que recordaremos este verano para siempre —le indico.

—Me voy a la cama. No aguanto mucho más de pie. Si necesitas algo, ya sabes donde estoy, reina. —Me hace un guiño con el ojo y se marcha. Al entrar en su habitación tropieza con la puerta, casi se cae y yo tengo que aguantar una carcajada.

Vuelvo a la cama y no puedo evitar pensar con quién habrá estado Hugo esta noche. No entiendo por qué necesito saberlo todo de él, supongo que es porque intuyo que es el que más sabe sobre mi verdadero pasado y quiero descubrirlo a través suyo.

12

Los miedos

Los dos días siguientes hasta que llegan a la isla mi madre y Rubén los paso con mi abuelo y con Hugo. Ambos se encargan de enseñarme el lugar casi por completo y de llevarme a unos sitios increíbles de comida y ocio.

Por las noches Hugo desaparece, sale por ahí y cuando escucho que regresa a su habitación es de madrugada. Siempre me pregunto de dónde vendrá y con cuántas mujeres habrá estado. Es algo que no puedo evitar ya que es un hombre muy guapo y atractivo y me cuesta creer que salga una noche y no ligue. Debe de tener una larga cola de mujeres suspirando por él. No quiero incluirme en esa lista, pero lo cierto es que cuanto más tiempo paso con él más me atrae. Tiene una personalidad arrolladora, ya hable en serio o diga gilipolleces, tiene el don de captar la atención de todo el que lo rodea. Y si ya saca a relucir su faceta noble y humana te dan ganas de besarlo. No he podido olvidar el beso que nos dimos. Todas las noches me pregunto si él lo recordará como yo, pero creo que debe de haber besado a tantas mujeres que no estará tan presente en su memoria como en la mía.

Mi madre y Rubén llegan a la villa junto con Fredy y Aurora, vienen cargados de bolsas y bultos. Los ayudo a bajarlos del coche y llevarlos a la casa.

—Ese es mi vestido de novia y los complementos, Olivia, ayúdame a llevarlo a mi habitación —me pide con la amabilidad que la caracteriza.

—¿No es mejor dejarlo en mi vestidor, mamá? Te recuerdo que para la boda faltan tres días y vas a compartir habitación con Rubén.

—Ah, no. Rubén se marcha hoy mismo a un hotel. Nos veremos en el altar —revela en tono mandón.

—Cariño, te recuerdo que esta noche tenemos una cena con la familia y amigos más cercanos. Tú misma la organizaste —le dice Rubén.

—Es verdad, qué cabeza la mía —contesta mi madre.

Subo con ella a su habitación y colgamos el vestido de novia en la puerta del vestidor. Cuando mi madre le quita la funda lo admiro y no puedo evitar que por mi mente pase que algún día tenga uno así para casarme con un hombre que me mire con el amor que reflejan los ojos de Rubén cada vez que mira a mi madre.

—Tranquila, mamá. Todo va a salir muy bien. Serás la novia más guapa. —La abrazo y siento

que echaba de menos tenerla cerca estos días, pero no se lo digo porque igual suspende su luna de miel por quedarse a mi lado.

—¿Qué tal por aquí? —se interesa.

—Muy bien. Me encanta la casa y la isla. El abuelo y Hugo me la han enseñado y es preciosa.

—Me alegro. ¿Ya sabes qué vestido ponerte esta noche? —pregunta mi madre de golpe, cambiando de tema.

—Eh... No sabía que yo también iba a la cena de esta noche.

—Claro, cariño. Eres mi hija. Hugo también irá. Quiero presentarte a la hermana de Rubén, a su marido y a sus hijos. Y a nuestros amigos más íntimos. La cena será en el hotel donde se alojan todos.

—Vale, tengo muchos vestidos en el armario. Escogeré uno elegante.

Esta noche llegan mis amigos a la isla y tenía la esperanza de verlos, pero no podrá ser. Hasta después de la boda se quedarán en un hotel y pasada esta se trasladarán a la villa y pasarán una semana aquí.

Escojo un vestido en color negro, largo, y peino mi pelo con esmero. Me maquillo un poco y antes de ir en busca de mi madre salgo a la terraza a tomar un poco de aire. Cada vez que tengo que conocer a personas nuevas me pongo nerviosa y solo de pensar en que me tendré que volver a montar en un coche de noche me aterra, pero no le he comentado a mi madre estos miedos. Deseo que nada le turbe su boda, ya que por mi culpa tuvo que suspenderla meses atrás.

Tomo una gran bocanada de aire mientras me digo mentalmente que todo va a ir bien, pero siento unos pasos que se acercan y me sobresalto.

—¿Te ocurre algo? —inquire Hugo mirándome con atención.

Lo miro y desaparecen por completo todos mis miedos. Verlo vestido de negro con un traje de chaqueta y camisa blanca un poco abierta hace que toda mi atención se preste en él y en lo guapísimo que está. Sus ojos grises tienen un brillo especial en la luz de la noche y los siento más profundos y atrayentes que nunca.

—No, nada. Hay que irse ya, ¿no? —inquiero con desgana.

—Puedes confiar en mí, dime qué te pasa —me pide acercándose más. Alza mi barbilla con su mano y me obliga a que lo mire—. Estás inquieta y alterada.

—¿Tan visible es? —pregunto con sorpresa.

—Dime qué te pasa y quizás pueda ayudarte —insiste.

—Me altera un poco conocer a personas nuevas. Y me tiene inquieta volver a montarme en un coche de noche y que me pase lo de la última vez. Lo que menos deseo es preocupar a mi madre en estos momentos —revelo algo nerviosa.

—Vale, entiendo —murmura Hugo, pensativo—. Puedes venir en el coche conmigo y me sentaré en la cena a tu lado para explicarte al detalle quién es quién —comenta esto último con

una media sonrisa.

Lo miro seria y termino asintiendo, creo que es la solución a mis inquietudes, al menos a la más grave, volver a montarme en un coche de noche.

—Gracias —le indico con un gesto de agradecimiento.

—No hay de qué. Por mi parte decidí borrar el pasado y confiar en esta nueva Olivia —manifiesta mirándome con sinceridad.

—No sé exactamente qué te hice, pero te pido perdón si con ello ayudo a que seamos buenos amigos.

—Te perdono. Ya no se puede hacer nada —susurra acercándose a mi oído. Sentir su aliento tan cerca hace estremecerme, su delicioso perfume inunda mis fosas nasales y tengo que alejarme de él para no distraerme más y marcharnos.

Salimos ambos por mi habitación y cuando bajamos las escaleras mi abuelo, mi madre y el padre de Hugo nos esperan.

—Chicos, llegamos tarde —nos reprende el padre de Hugo.

—Perdón. —Sé que ha sido por mi culpa.

—Nosotros vamos por nuestra cuenta —les informa Hugo de forma despreocupada. El resto se les queda mirando. Él responde ajustándose los puños de la camisa como si nada—: Nuestros amigos han llegado, después de la cena iremos a tomarnos algo con ellos —justifica.

Mi abuelo, mi madre y su padre asienten y comienzan a salir por la puerta.

—Nos vemos allí —dice mi abuelo—. Estás guapísima, Olivia. Hugo, cuida de mi nieta —le encomienda.

—Siempre —responde de inmediato, y con esa simple palabra y el gesto que le dedica a mi abuelo hace que mi corazón dé un vuelco por completo.

Una vez a solas, cuando nos dirigimos al coche en el que iremos nosotros le pregunto a Hugo:

—No sabía que habíamos quedado con los chicos luego.

—Ni yo, pero fue lo único que se me ocurrió para ir en diferentes coches —justifica con aire despreocupado.

Lo miro y aplaudo mentalmente su audacia. Nos montamos en el coche y de inmediato cierro los ojos.

—¿Te sientes mal? —inquire Hugo antes de salir de la propiedad.

—No, solo que creo que es mejor ir así. Tú avísame cuando lleguemos.

—Vale, pero si necesitas que pare dímelo. No me asustes con un grito —dice de forma paciente.

—Lo intentaré —respondo con los ojos cerrados mientras que siento que el coche coge velocidad.

No soy capaz de calcular el tiempo de trayecto, pero cuando Hugo me indica que puedo abrir

los ojos siento un gran alivio. He ido todo el camino en tensión con los ojos cerrados con fuerza.

Nos bajamos del coche ante la puerta de un gran hotel y un hombre con uniforme se lleva el coche de Hugo. Subimos unas escalinatas y nos encontramos con mi madre, su futuro marido, mi abuelo y más personas a las que no conozco.

—Olivia, mi vida, voy a presentarte a la familia de Rubén —dice mi madre tomándome del brazo—. Amanda es su hermana y será la madrina de la boda, Sergio es su marido y Candela y Darío son sus hijos. —Los saludo a todos, no sabía que Hugo tuviese dos primos de nuestra edad más o menos—. Y ellos son los mejores amigos de Rubén; Martina y Fran, y ella es su hija Ariadna. —Cuando me topo de frente con ella no lo puedo creer. Me mira con una sonrisa forzada y dice:

—Ya nos hemos visto.

—Claro, el día que viniste a casa —dice mi madre cayendo en su despiste—. Y ellas son mis dos mejores amigas. —Termina por presentarme—, Claudia y Rosa. Sus maridos e hijos no han podido venir por asuntos de trabajo.

—Estamos todos, ¿pasamos? —inquire Rubén.

Nos adentramos en el salón del restaurante del hotel mientras siento a Hugo a mi lado en todo momento, pese a que hable con sus primos.

Nos sentamos en una gran mesa redonda en la que Hugo procura coincidir a mi lado, Ariadna lo hace al otro lado de Hugo y a mi izquierda se sienta Darío seguido de su hermana. Tengo a mi madre y a mi abuelo sentados en frente, pero aun no ha comenzado la cena y ya deseo que termine.

—¿Cómo va todo? —susurra Hugo en mi oído mientras nos sirven las bebidas.

—Deseando llegar a casa —le indico algo tensa.

—Relájate y sonríe. —Lo miro con mala cara y especifica—: Haz el esfuerzo por tu madre, a mí también me han arrastrado a esta cena.

Intento relajarme un poco y comportarme de un modo más participativo con los comensales de la mesa, que no dejan de hacerme preguntas a las que apenas puedo responder porque no recuerdo nada. Luego veo en sus caras expresión de pena y me siento mal.

En mitad de la cena Hugo coloca su mano sobre mi pierna, un gesto que me sobresalta, y susurra cerca:

—Ya falta poco.

Lo miro con una sonrisa forzada a la misma vez que capto una mirada hiriente de Ariadna hacia mí. Desde que nos sentamos a la mesa ha tratado de acaparar a Hugo para que no se dirigiese a mí y por el momento no lo ha conseguido.

El primo de Hugo y su hermana entablan conversación conmigo al final de la cena y me parecen dos personas muy majas. Darío tiene la misma edad que yo y Candela acaba de cumplir

la mayoría de edad. Ambos me recuerdan que no nos conocíamos hasta el momento y esto hace que me sienta más a gusto con ellos. Que no tengan vivencias junto a la antigua Olivia es algo que me tranquiliza. Me cuentan que viven en Toledo y que tras la boda van a pasar unos días de vacaciones en la isla.

—Oh, eso es maravilloso. Yo pasaré todo el verano en la villa con Hugo, un día podemos salir todos en el yate —los invito. En ese momento alzo la mirada hacia mi abuelo, me está observando, me sonrío y me guiña un ojo. Siento su complicidad y su aprobación, ya que ha escuchado mi ofrecimiento y me siento muy bien. Desde que llegué a casa no para de decir que todo lo suyo es mío.

Mientras que nos terminamos los postres Hugo me pregunta:

—¿Nos vamos ya? Ariadna ha llamado a los chicos y nos esperan en el reservado de un club.

—¿Ella también viene? —inquiero. Hugo solo asiente.

—Creo que prefiero quedarme y marcharme con mi abuelo. No deseo someterte por más horas a que sigas pendiente de mí —le lanzo con cierto tono maligno que ni yo comprendo.

—Como quieras, pero recuerda la vuelta a casa en coche.

Me quedo en silencio, maldigo ese dato con el que no contaba y accedo.

—Pero si vamos a un club con los chicos y vas a conducir a la vuelta no bebas —le advierto.

—A sus órdenes —susurra—. Nosotros nos retiramos —anuncia de golpe Hugo levantándose de la silla—. Vamos a saludar a unos amigos que han llegado.

Cuando mi madre ve que comienzo a retirar mi silla para levantarme me pregunta:

—¿Tú también vas, cariño?

—Sí, tengo ganas de ver a Aura y Gala.

—Hugo, ¿tú traes luego a Ariadna al hotel? —le pregunta el padre de ella cuando ve que tiene intenciones de marcharse.

—Sí, por supuesto.

—Bien, eres un chico responsable. Me quedo tranquilo.

—Primo, si vas a volver al hotel a traer a Ariadna, ¿podemos ir contigo? Me muero por conocer el ambiente de esta isla por la noche —le pregunta Darío.

—Claro —dice Hugo sin demasiado entusiasmo—. Todos al coche —nos indica para marcharnos.

De camino a la salida Hugo se acerca a mí y le revelo en tensión:

—No me gusta llevar el coche lleno de gente.

—Me halaga que me quieras en exclusividad —murmura con tono prepotente, sé que lo hace para relajarme, pero no lo consigue—. Todo irá bien, reina. Siéntate a mi lado y cierra los ojos. Si necesitas que pare me lo dices. Siempre podemos decir que la cena no te sentó bien —manifiesta con paciencia.

Le agradezco el gesto y lo miro dedicándole una media sonrisa.

Cuando nos vamos a montar en el vehículo Ariadna se queja y dice de forma maleducada:

—¿Por qué ella tiene que ir delante?

—Porque es la dueña del coche —le contesta Hugo de forma seca y cortante. Yo lo miro con sorpresa y él aclara—: El coche es de su abuelo y Olivia me pidió que condujese yo que conozco bien la isla. —Ariadna parece atragantarse con la explicación que le da Hugo mientras que yo no puedo evitar una amplia sonrisa—. El club está aquí cerca, no tardaremos —nos informa Hugo, pero yo sé que lo dice por mí.

Arranca el coche y cierro los ojos. No han pasado ni diez minutos cuando escucho la voz de Hugo anunciar:

—Hemos llegado.

—Joder, qué cola. Igual por la mañana hemos entrado —se queja Darío apreciando toda la gente que espera a la entrada del club.

—Yo no espero en la entrada de ninguna discoteca, primo —fanfarronea Hugo con una enorme sonrisa en su bonita cara.

Se dirige al portero, da su nombre y como por arte de magia nos hacen pasar y nos acompañan con amabilidad hasta el reservado en el que nos esperan nuestros amigos.

Cuando Aura y Gala me ven dan un grito y se abrazan a mí. Les presento a los primos de Hugo y saludo a Izan y Gael.

Nos encontramos en una discoteca al aire libre con muchas luces y la música alta. Nuestro reservado tiene un gran sofá con cojines y una mesa delante. Al lado dispone de espacio para bailar donde me arrastra de inmediato Gala. Candela nos acompaña mientras observo cómo el resto se sirven unas copas.

Ariadna no se separa de Hugo, desde que hemos entrado en la discoteca no pierde ocasión para acercársele al oído y susurrarle cosas, algo que me molesta cada vez que lo hace y veo que Hugo sonríe. Pero decido que esto no me afecte. Estoy feliz de volver a ver a mis amigas y de pasar unos días de vacaciones con ellas tras la boda.

Darío se une a bailar con nosotras al mismo tiempo que Gala me susurra muy cerca:

—Es guapo y le gustas. —La miro con desconcierto y ella asiente, reafirmando en lo que me acaba de decir.

Continúo bailando, cojo un refresco de la mesa y me siento un rato.

—Tus primos son muy simpáticos —le comento a Hugo.

—Sí, sobre todo mi primo Darío. Te come con los ojos desde que te vio —manifiesta y aprecio cierto tono molesto—. ¿No me digas que no te has dado cuenta? —inquiere alzando una ceja cuando me quedo callada—. Por favor, Olivia, has perdido la memoria, pero no creo que lo hayas hecho con tu instinto de mujer —murmura algo exasperado.

—Yo solo he apreciado cómo te come con los ojos Ariadna —le rebato sintiéndome triunfadora.

—No es nuevo para mí, ni ella ni el resto de mujeres —añade con suma arrogancia—. Pero me gusta que lo hayas apreciado. —Me sonrío, me da un toque en la barbilla y se marcha de mi lado.

—Tía, estoy alucinando con el ofrecimiento de tu abuelo, pasar unos días en la villa que tiene aquí y en su yate —dice Gala.

—Lo vamos a pasar de lujo —me indica Gael—. Prepárate para vivir tu mejor verano.

Vuelvo a bailar, Darío se une y no se aleja de mi lado. De vez en cuando miro hacia Hugo, Ariadna no se separa de él, pero siento que no me quita ojo de encima.

Cuando llega la hora de marcharnos Hugo se deshace de todos nuestros acompañantes de coche, como se alojan en el mismo hotel que nuestros amigos, pide dos taxis para todos.

Nos montamos en el vehículo y agradezco una vuelta a casa a solas con él. Llevo los ojos cerrados mientras conduce y solo me atrevo a abrirlos cuando me indica que hemos llegado a casa.

Observo que son más de las cinco de la madrugada, no pensé que fuese tan tarde, pero lo cierto es que me lo he pasado muy bien con mis amigos.

—Esta noche te he visto diferente —aprecia Hugo antes de bajarnos del coche—. Lo has dado todo en la discoteca —comenta con cierto tono que no me gusta.

—¿Es una queja? —pregunto, pensativa.

—No vuelvas a ser la Olivia de antes —murmura en forma de ruego acercándose a mí y mirándome a los ojos. Sus palabras y el tono que ha usado logran descolocarme—. Ya no lo soportaría —añade. Se acerca más a mí y me da un breve beso en los labios, apenas un roce que me deja con ganas de profundizarlo.

Hugo sale del coche y me ayuda a bajar de este como si nada. Yo continúo afectada por su acercamiento mientras que entre nosotros parece que no ha pasado nada.

Cuando llegamos a la puerta de nuestras habitaciones nos despedimos con un breve:

—Que duermas bien —dice Hugo.

—Igualmente —le respondo. Es todo lo que soy capaz de decir.

13

La boda

El día antes de la boda es un completo caos en la villa. La casa está llena de gente que preparan todo para el gran día y mi madre está de los nervios supervisando que nada salga mal.

Mi abuelo decide salir a pescar y estoy a punto de ir con él, pero mi madre me suplica que la ayude y me da pena dejarla sola.

No veo a Hugo en todo el día, y supongo que estará ayudando a su padre como yo.

Son las once de la noche cuando termino de cenar con mi madre y mi abuelo en la terraza de la villa, nos tomamos el postre cuando veo aparecer a Hugo. Llega cargado con la funda de un traje, que debe ser el suyo para mañana.

—Vaya día —se queja acercándose a nosotros—. Debí de irme a pescar contigo, Emilio —le indica a mi abuelo en tono de broma.

—Hace años que deseo que mi hija se case, pero odio los preparativos de las bodas desde que pasé por la mía —contesta.

—Espero no pasar por más —suspira Hugo.

—Algún día te casarás, muchacho —le responde mi abuelo.

—El matrimonio no es para mí. Me gusta ser libre —manifiesta con orgullo.

—Eso es porque no ha llegado la mujer adecuada. Cuando la descubras querrás tenerla tan atada a ti que no te importará pasar por lo que sea —le dice mi abuelo—. Yo era como tú hasta que llegó la madre de Irene. Nunca más me volví a casar ni a compartir mi vida con nadie porque la recuerdo cada día y sé que no encontraré a ninguna mujer tan perfecta como ella.

—Eso ya no pasa en estos tiempos —carcajea Hugo.

—El amor es el arma más poderosa y que nunca pasa de moda, no lo menosprecies, muchacho —le aconseja.

—Hugo es muy joven —murmura mi madre.

—No lo es —sentencia mi abuelo—. Pronto cumple veinticinco años y a esa edad yo ya estaba casado y con mi vida encarrilada —le suelta y lo siento como un reproche.

Hugo sonríe.

—Yo tardaré unos diez años más —carcajea en tono de súplica.

—Al menos espero que dejes las fiestas y te conviertas en un hombre formal y respetado cuando comiences como un alto ejecutivo de mi empresa. Al más mínimo escándalo te vas —le

dice sin contemplaciones.

—No seas tan duro, papá —intercede mi madre en un tono más amigable.

—Ni duro ni leches, Hugo se convertirá en mi mano derecha y quiero a alguien responsable en todos los campos de su vida. No a alguien que sale día sí y otro también en la prensa por escándalos, ya sean de faldas o de fiestas.

—Cuenta con ello, Emilio. En cuanto cumpla los veinticinco y me ponga a tus órdenes seré un hombre dedicado por completo a su trabajo.

—¿Has cenado? —le pregunta mi madre.

—No, pero me haré un sándwich rápido en la cocina y me voy a la cama. Estoy muerto —se despide y siento que no hayamos cruzado ni una sola palabra tras un día en el que lo he extrañado más de lo normal.

Le digo adiós a mi madre en la puerta de mi habitación, ambas emocionadas por el gran día de mañana en el que cumplirá su sueño de unirse para siempre al hombre que ama, y entro en mi cuarto, voy al baño, me doy una ducha, siento que si no me relajo un poco no podré dormir, y antes de meterme en la cama salgo a la terraza. Me gusta mirar el cielo en las noches de verano y sentir la brisa del mar, aspirar su olor me calma y me siento muy bien.

Estoy sumida en mis pensamientos, descalza, con un pijama diminuto y el pelo mojado cuando siento un escalofrío que hace que me abrace a mí misma. De repente, escucho la voz de Hugo:

—¿Nerviosa por la boda? —Me giro sobresaltada y lo veo recostado sobre un sofá fumándose un cigarrillo. Me quedo mirándolo, él se incorpora un poco hacia la mesa que tiene delante, coge la caja de cigarros y me dice—: ¿Quieres uno?

—No. Odio el olor a tabaco —le indico con desagrado.

—Antes fumabas —murmura—. Ya veo que los tres meses que pasaste en coma te alejaron de todos tus vicios. Bebías, fumabas y ...

—Ya —lo corto de inmediato. No quiero que siga hablando. La habitación de mi abuelo también tiene acceso a esa terraza y puede que aún no esté dormido y nos escuche—. Pero ahora soy otra.

—Ni que lo digas —suelta con una gran risotada.

—¿Qué te pasa?! —le reprocho en un susurro—. Tenía entendido que odiabas a la antigua Olivia y te gustaba esta que soy.

—Un momento, que no se te suban los aires, reina. Prefiero —enfatisa la palabra— a esta Olivia. No me gustas, que te quede claro, no eres mi tipo —deja patente mirándome de arriba abajo.

—Mejor, porque no he sido yo la que te he besado en dos ocasiones y ya me empezaba a preocupar por tener a un baboso bajo mi mismo techo. Fin del asunto, imbécil.

Me doy media vuelta y me marcho a mi habitación. Cierro la puerta de acceso a la terraza con fuerza y me meto en la cama maldiciendo a Hugo Serra y todo su ego de machito creído. ¿Por qué se ha comportado de esa forma conmigo? Pensaba que nuestras rencillas del pasado habían quedado atrás.

Paso una mala noche y no lo veo más hasta que me siento a su lado en el primer banco antes de comenzar la ceremonia, cuando llego él ya está ahí. Me mira con atención y cierta incomodidad nos invade a ambos, que permanecemos en silencio sin decir nada.

—Pareces una reina de verdad. Estás guapísima, ese color verde agua te sienta de maravilla —me elogia para mi gran sorpresa. Consigue dejarme sin palabras—. Siento lo de anoche. Tuve un mal día —se disculpa con la mirada al frente, clavada en el precioso altar que tenemos delante.

—Gracias, tú tampoco estás mal —le indico con una media sonrisa, más relajada. Para mí es muy importante que Hugo no me vea como a una enemiga.

—No quiero que estemos distanciados en un día tan especial para nuestros padres, el mejor regalo que le podemos hacer es que nos vean bien. —Asiento, coincidiendo con él—. ¿Nerviosa? —inquieta mirándome a los ojos y esto no hace más que aumentar mi nerviosismo cuando sus ojos grises a la luz del sol se clavan en los míos.

—Un poco, no sé qué decir —me refiero a las palabras que nuestros padres desean que manifestemos durante el desarrollo de la ceremonia, no solo quieren que hable el amigo juez de mi abuelo que los va a casar.

—Di lo que sientas, si haces algo forzado se notará —me aconseja.

—Me hubiese gustado escribir algo —le indico con cierto apuro. Sé que las amigas de mi madre, que también van a decir unas palabras, las llevan escritas.

—Yo he escrito un par de chorradas, pero si te sientes mejor, lo digo de memoria —me guiña el ojo y le agradezco el gesto. Hugo puede ser encantador o un completo capullo.

Nuestros amigos, colocados en el banco de detrás al que ocupamos, nos indican que nos levantemos, el padre de Hugo comienza a caminar con su hermana hacia el altar. Ambos están guapísimos y Rubén luce una sonrisa impresionante.

Unos minutos después la música nupcial comienza a sonar y cuando veo aparecer a mi madre del brazo de mi abuelo no puedo evitar emocionarme y que caigan varias lágrimas por mis mejillas. La he ayudado a vestirse y he estado a su lado en todo momento, pero es como si la viese por primera vez. Está radiante. Lleva un sencillo vestido de gasa en palabra de honor que le queda increíble. No ha querido usar velo ni su vestido tiene una gran cola, es muy simple, por eso no necesita mi ayuda detrás suya. Verla caminar con la elegancia que lo hace, me recuerdo que ha sido modelo, me llena de orgullo. Tiene una enorme sonrisa pintada en su cara y siento que es el día más feliz de su vida. Desvío mis ojos hacia Rubén, que aguarda la llegada de mi

madre hasta su lado mientras la mira con emoción y se enjuaga varias lágrimas que corren por sus mejillas.

Mi madre llega hasta su futuro marido, se dan un beso y ambos se miran nerviosos. Lo siento todo tan bonito que estoy muy emocionada. No recuerdo haber experimentado estos sentimientos, me siento muy feliz por ella.

Hugo permanece a mi lado en todo momento, aunque mira a su padre de forma sonriente no lo siento tan entregado como yo.

Son las amigas de mi madre las primeras en acudir hasta el altar a decir unas palabras, ambas se centran en cuando se conocieron la pareja y la buena química que surgió después entre ellos. Hugo me indica que acuda yo al altar antes que él a decir mis palabras, pero estoy tan nerviosa que no puedo. El se dirige allí con paso firme, abrochándose la chaqueta y, con la destreza y el don de gente que lo caracteriza, comienza a hablar, pero no me centro en su discurso, solo pienso en qué decir yo.

Un gran aplauso me devuelve a la realidad, Hugo vuelve a mi lado y todos esperan que sea yo la última que diga unas bonitas palabras hacia los novios.

Con paso tembloroso me dirijo al atril que se ha colocado a la izquierda del futuro matrimonio y miro a todos los invitados sentados en los bancos blancos colocados bajo una bonita carpa en el jardín de la villa. En ese preciso momento maldigo porque mi madre haya invitado a casi trecientas personas. Comprendo que ella y su marido son personajes públicos y conocen a mucha gente, pero a mí me incomoda tanto rostro desconocido que me mira con interés. Puedo escuchar en mi cabeza a cada paso que doy y me miran cuando dicen: Esa es la hija de Irene, está irreconocible. No recuerda nada de su vida de antes del accidente.

Les sonrío a todos los invitados, recordándome que estoy ahí frente a todos para decir algo y trago con dificultad. Miro a mi madre y a Rubén y el corazón se me entenece.

—Bueno, ahora mismo puedo deciros que no sé muy bien qué hago aquí —comienzo, algo nerviosa, mi discurso mientras escucho algunas risas—, no puedo decir nada del pasado sobre ellos porque como todos sabéis no recuerdo cuando Rubén llegó a la vida de mi madre. Solo voy a decir una cosa, y creo que ello lo resume todo muy bien: deseo que un día un hombre me mire como Rubén mira a mi madre. Solo hay que verlos para apreciar el amor que existe entre ellos. Me siento muy afortunada de formar parte de él. Os quiero.

Les hago un gesto de corazón con mis manos y vuelvo a mi asiento mientras aprecio la emoción en los ojos llorosos de mi madre.

—Para no tener nada preparado han sido las mejores palabras —murmura Hugo en mi oído.

—¿Es un cumplido? —pregunto mirándolo con una ceja alzada.

—Esta nueva Olivia nunca dejará de sorprenderme. Creo que te has vuelto una romántica —aprecia—. En el pasado jamás hubieses reflejado esos detalles.

Tomo una gran bocanada de aire y me centro en mi madre y Rubén, dándose el sí quiero, felices, espléndidos y enamorados. El corazón se me hincha de emoción cuando se dan un maravilloso beso de unión delante de todos los invitados.

Hugo y yo somos los primeros en acercarnos a los recién casados y nos fundimos en abrazos y besos con ambos.

—Ahora ya somos una familia de verdad —dice Rubén.

El resto de invitados se acercan y besan a los novios.

Tras la ceremonia comienza el convite. Primero degustamos un cóctel de pie y unas horas más tarde nos sentados en unas bonitas mesas redondas. La de los novios está en el centro y los acompañamos Hugo y yo junto con los padrinos. Lo cierto es que todo está muy bien organizado y no falta de nada. Los invitados están muy a gusto y se nota que lo están pasando muy bien.

Tras la comida que terminamos como a las seis de la tarde comienza el baile y la fiesta de verdad como dicen nuestros amigos, todo está previsto que dure hasta altas horas de la madrugada.

Antes de que empiece lo bueno mi madre insiste en tirar el ramo de novia. Se colocan todas las solteras, me insisten a mí y mis amigas, pero decidimos no participar, sin embargo, mi madre me pide que grabe la tirada del ramo con mi móvil. Me coloco junto a las amigas de mi madre que se empujan y gritan por estar en primera fila, son más de veinte, y comienzo a grabar cuando mi madre procede a hacer la cuenta atrás. Simula un par de veces tirar el ramo de flores, pero no lo suelta y todos reímos mucho. Yo comienzo a cansarme ya que tengo ambas manos alzadas mientras sujeto el móvil para grabarlo todo. De repente, mi madre tira el ramo con fuerza y cuando siento que me da en toda la cara y se queda sobre esta y mis manos con el móvil grabando no lo puedo creer.

Cuando mi madre se gira comienza a reír en carcajadas sin poder parar. Mi cara debe de ser un cuadro cuando siento la voz de Aura a mi lado, me ha quitado el móvil y me entrega el ramo.

—Alegra esa cara, es el ramo de tu madre, no una sentencia de muerte —susurra en mi oído.

Escucho voces a mi espalda que dicen:

—Irene, se avecina boda. Tú hija es la próxima. —Estoy a punto de girarme y estamparle el ramo a la señora que lo ha gritado.

Sostengo las flores mientras que fuerzo una sonrisa y mi madre se acerca a mí sonriente. Me abraza y susurra en mi oído:

—Estoy segura de que un día vivirás algo como lo que yo hago hoy. Llegará el hombre que te mire como Rubén lo hace conmigo. No solo eres bella por fuera, tu belleza interior es aún más increíble, tienes que creerme.

Tomo una bocanada de aire y miro a mi madre tratando de sonreír y que no aprecie lo tensa que me siento en estos momentos. Alzo la mirada y detrás de mi madre descubro a Hugo, sus

ojos están clavados en mí de una forma tan intensa que el corazón me da un vuelco.

Darío se acerca con una copa en la mano y me dice:

—Sí hace falta un novio para la boda aquí hay uno. —Es muy bromista y todos reímos de su ocurrencia, menos Hugo que lo mira serio y distante sin participar.

La música comienza a sonar más alta y los recién casados salen a la pista a bailar. El resto de invitados los miramos. Luego Rubén hace un gesto para que nos unamos a ellos, mi abuelo y la hermana del marido de mi madre son los primeros en salir a bailar. Darío se acerca y cuando va a pedirme que baile con él Hugo tira de mi brazo con fuerza, casi arrastrándome y dice:

—Este baile es para los hijos, primo.

Sentir a Hugo cerca, sus manos en mi cintura y sus ojos tan clavados en los míos casi me deja sin respiración.

—Te acabas de inventar eso —murmuro, es lo único que soy capaz de decir.

—A nuestros padres les gustará y quedará muy bien en el vídeo de la boda —justifica mientras que yo aprecio cómo nos graban con una cámara profesional.

Piso a Hugo y me disculpo de seguida:

—Perdón, no sé bailar. No recuerdo bailar —le indico un poco apurada, pero él me guía con maestría.

—A mí se me da bien —murmura.

—Ya veo —le comento. No me ha pisado ni una sola vez pese a que no sé moverme con la agilidad que lo hace él. Parece que había ensayado el baile lento que nos estamos marcando junto con las demás parejas.

—Se me dan bien todo tipo de bailes —susurra en mi oído. Cuando me mira tiene una amplia sonrisa en su boca mientras que yo lo miro seria, sopesando su doble intención—. Nunca habíamos bailado antes, ningún tipo de baile —especifica en tono burlón.

Puedo haber perdido la memoria, pero no soy tonta y sé interpretar el doble sentido en una conversación. Apoyo mis manos en su pecho, me paro en seco y le digo:

—Ni nunca lo haremos —le dejo claro.

—Lo estamos haciendo —replica, sonriente, sin dejarme escapar de sus brazos, mientras que yo estoy algo alterada.

—Será el primero y el último —sentencio, y en esta ocasión sí consigo deshacerme de su agarre y me marchó lejos de él.

Me voy a la barra, me pido una copa, necesito relajarme un poco y deshacerme de toda la tensión que me ha provocado el baile con Hugo. Me dedico a hablar con mis amigos y varios asistentes a la boda que me saludan y yo no sé ni quienes son.

La fiesta dura hasta bien entrada la noche, lo cierto es que me lo estoy pasando de lujo, los primos de Hugo son geniales, me divierto y me río mucho con ellos. Tampoco me separo de

Gala ni Aura, pero en un momento de la noche ambas desaparecen con Izan y Gael. Con Hugo apenas tengo contacto, se encuentra un poco más alejado y Ariadna está pegada a él como una lapa durante toda la noche.

En un momento voy al baño y cuando salgo de este me encuentro en una parte apartada del jardín a Hugo y Ariadna dándose el lote. Me impacta verlos y me afecta al mismo tiempo, pese a que no quiera que esto produzca alteraciones en mi persona. No puedo evitar pensar que pasarán la noche juntos, ella tiene una habitación en el hotel y seguro que le gustaría compartirla con Hugo.

Mi abuelo se ha retirado de la fiesta hace un par de horas, aún quedan algunos invitados y mi madre y Rubén continúan celebrando su unión, pero lo cierto es que ver a Hugo y Ariadna ha hecho que me venga abajo y desee marcharme a dormir.

Me despido de los primos de Hugo, Darío intenta que me quede un poco más, pero no tengo ánimos y me marcho a mi habitación. De camino a ella, antes de subir los escalones, me deshago de las sandalias de tacón y las cojo en una mano mientras con la otra subo la tela del vestido, es largo y de gasa muy escurridiza, por lo que tengo cuidado en no pisármelo. Las dos copas que me he bebido siento que me están haciendo efecto.

Cuando entro en la habitación suelto los zapatos y de repente me encuentro un poco mareada. Tengo calor y decido salir a la terraza descalza. Me siento en un cómodo sillón que tengo delante, me acurruco un poco y me quedo mirando la gran luna llena que ilumina la noche mientras murmuro en voz alta:

—Ha sido un día bonito y emotivo.

Noto que los párpados me pesan y no me molesto en llegar hasta mi cama. Estoy tan cansada que se me hace un mundo moverme.

No sé cuánto tiempo paso ahí. Me despierto cuando siento que una mano cálida me toca en el hombro.

—Deberías ir a la cama, estarías más cómoda.

Abro bien los ojos y veo ante mí a Hugo. Lleva la camisa medio desabrochada, la corbata deshecha y la chaqueta en la mano. Lo miro preguntándome qué hora es y aprecio que casi está amaneciendo.

—Vaya, me quedé dormida. —Me incorporo de golpe con un dolor punzante en la cabeza que hace que me lleve la mano hasta ahí y me queje de forma involuntaria.

—¿Qué te pasa? —pregunta con tono de preocupación.

—Joder, deben de ser las dos copas de alcohol que me bebí. Siento que se me parte la cabeza.

—Date una ducha fría, tómate un analgésico y métete en la cama. Necesitas dormir —me aconseja arrastrando las palabras, se nota que él está más afectado que yo por el alcohol.

Me coloco en pie y me tambaleo un poco. Hugo me coge del brazo y me acompaña al interior

de la habitación.

—No estás mucho mejor que yo —le indico. Apesta a alcohol y sus pasos tampoco son muy firmes, ambos nos sostenemos.

—Date una ducha, te espero aquí. Me aseguraré que llegas bien a la cama tras la ducha, que no resbalas en el baño ni nada parecido —me ordena sentándose en mi cama.

Tengo el estómago revuelto por lo que corro al baño y echo todo lo que he bebido y me arrepiento de haberlo hecho. Luego me miro en el espejo y mi aspecto es desastroso, sin embargo, me siento mejor que antes. Me meto en la ducha y dejo que el agua templada entone mi cuerpo.

Salgo del baño envuelta en un albornoz y me encuentro con Hugo tumbado en mi cama boca arriba. Ni me acordaba que estaba ahí. Tal y como se quedó sentado, ha recostado la espalda y puedo escucharlo roncar.

Me acerco a él e intento despertarlo, lo zarandeo con fuerza, pero no me hace caso. Está cao. Me retiro al vestidor y me coloco un pijama, vuelvo a la cama, le quito los zapatos y lo ayudo a acomodarse mejor ya que es imposible que se marche. Lo miro y no sé qué hacer. Tengo mucho sueño y mi cuerpo me pide meterme en la cama, pero no voy a acostarme junto a Hugo.

Me acerco a él y le susurro:

—Me has robado la cama.

Salgo de mi habitación, decidida, mi cuerpo no aguanta más sin volver a tumbarse, y me meto en su cama. Su olor me envuelve por completo y me quedo dormida abrazada a su almohada imaginando que es él.

14

Tu olor

Varios ruidos fuera de mi habitación, pasos y coches me despiertan. Me incorporo en la cama y me doy cuenta de que estoy en el cuarto de Hugo, en su colchón. Miro la hora y compruebo que son las seis de la tarde. ¿Cómo he podido dormir tanto? Salto de la cama y con cuidado salgo a la terraza para colarme en mi habitación. Encuentro a Hugo dormido en mi cama como lo dejé anoche. Aún va vestido y se encuentra sobre la colcha. Me acerco a él y antes de despertarlo lo observo. Está colocado boca arriba y su expresión es relajada. Fijo mis ojos en su boca, unos labios carnosos y atractivos, los cuales no he podido olvidar desde que me besaron. Me llevo los dedos a mis propios labios de forma involuntaria y trato de recordar su sabor. Tiene el pelo alborotado y un mechón oscuro le cae sobre la frente. Recorro su pecho y fijo la mirada en su abdomen, a través de la camisa blanca medio desabrochada se aprecian los músculos de su pecho. Mis pensamientos me traicionan y vagan hacia cómo sería dormir junto a él mientras que mi cabeza reposase ahí, escuchando los latidos de su corazón. De inmediato, sacudo el pelo con mis manos con fuerza y me centro en despertarlo y que salga de mi habitación antes de que alguien nos vea y piensen lo que no es.

—Hugo, tienes que irte. —Lo zarandeo—. Son las seis de la tarde y hay movimientos por toda la casa.

—Joder, ¿dónde hay que ir ahora? ¿No pasó ya la maldita boda? —se queja con los ojos cerrados dándose la vuelta y colocándose boca abajo.

—Estás en mi habitación, tienes que irte a la tuya antes de que alguien nos descubra aquí —le indico sentada en la cama.

Al escuchar mis palabras Hugo se incorpora de golpe, como si le hubiese echado un jarro de agua fría, se sienta en la cama, me mira y dice:

—¿Tú y yo anoche tuvimos algo? Estaba muy borracho y apenas recuerdo nada —argumenta con los ojos muy abierto, con agobio.

—Aquí la que no recuerda soy yo, ¿lo has olvidado? —le pregunto, sonriente, aprovechándome un poco de la situación. Me hace gracia verlo así, él siempre tan seguro y controlándolo todo.

—No estoy para bromas, Olivia —dice con enfado—. ¿Qué coño hago en tu cama? —pregunta, molesto.

—Te quedaste dormido mientras yo me duchaba —le revelo sonriente, disfrutando de la situación. Hugo me mira mientras se rasca la cabeza, confuso.

—Lo último que recuerdo es que cuando subí a mi habitación porque ya apenas me sostenía de pie te encontré dormida en la terraza —dice de forma brusca, escupiendo las palabras mientras lo miro con atención. Se mira la ropa y dice—: Estoy vestido.

—Sí, ya lo veo. No te has puesto cómodo —le indico, sonriente. Verlo así de turbado me divierte.

—¿Quieres dejar de burlarte de mí? No tiene gracia —me espeta enfadado.

—Es nuevo verte así, nervioso y sin recordar lo que has hecho. ¿Te puedes hacer una idea de cómo me siento yo todo el tiempo? —inquiero acercándome un poco más a él, mirándolo a los ojos directamente.

Lo siento tragar con dificultad, intranquilo.

—Es desconcertante —escupe entre dientes—. ¿Quieres decirme de una puta vez qué hago aquí? Porque no logro comprender cómo he llegado a esta cama —suelta como un reproche.

—No tengo la fuerza suficiente para arrastrarte hasta aquí, además, ni creas que me agrada que un borracho deje su olor en mi cama. Tendré que mandar a lavar todo —me quejo a conciencia.

—¿Solo hemos dormido? —pregunta, exasperado.

—No —contesto de golpe y sus ojos se agrandan más—. No hemos dormido juntos. Invadiste mi cama mientras me duchaba, no pude sacarte de ella y como solución me fui a la tuya —le explico—. Creo que toda la casa está levantada y no quiero que nos descubran en mi cama y piensen lo que no es. Vete —lo echo sin miramientos.

Una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de Hugo a la misma vez que siento que encaja el cuerpo.

—¿Tú y yo... nada? —inquieta, sonriente.

—No me van los borrachos hartos de morrearse y sabe dios qué más con otra tía. —Me refiero a Ariadna, pero evito nombrarla.

—Vaya, ya veo que estuviste muy atenta a mí —murmura acercándose.

—Os vi por casualidad, al salir del baño —justifico algo nerviosa, sentir su intensa mirada gris sobre la mía me altera.

—Ariadna y yo no tenemos nada. Solo nos enrollamos cuando nos apetece. No tengo nada con nadie. Me gusta ser libre. No me gustan las relaciones ni atarme a nadie.

—No te he pedido explicaciones —le indico con chulería.

—Solo quería dejártelo claro.

—¿Tengo pintas de que me importe? —le espeto, furiosa.

—Por si me ves con otras —alardea—. Tú tampoco perdiste el tiempo con mi primo Darío.

No te separaste de su lado.

—Ni del de tu prima —apostillo—. Ambos son muy divertidos.

—Ten cuidado, mi primo está interesado en ti —me advierte.

—No necesito un hermano mayor que me proteja.

Hugo alza una ceja y cuando va a decir algo suenan unos toques en mi puerta. Esta se abre un poco y escucho a mi madre susurrar:

—Cariño, ¿estás despierta?

De inmediato le doy un fuerte empujón a Hugo y, como se encuentra casi al filo del lateral de la cama que queda para la puerta corredera de cristal de acceso a la terraza, cae de golpe al suelo. Cuando mi madre entra en mi habitación me incorporo de la cama y no dejo que se acerque mucho a esta.

—Me estaba levantando —justifico a la misma vez que la tomo por los hombros, la coloco de espaldas a donde se encuentra Hugo y la abrazo—. Ya eres una mujer casada. La boda y la celebración fueron increíbles —le comento intentando que no se note lo nerviosa que estoy.

—Me encuentro como en una nube. Todo salió perfecto. Venía a despedirme, nos marchamos en una hora.

—¿Me das unos minutos y bajo a decir adiós a ti y a Rubén? —le propongo para que salga de mi habitación cuanto antes.

—Sí, claro. Por cierto, ¿sabes dónde está Hugo? Su padre acaba de ir a su cuarto y no lo encontré —comenta con preocupación.

—No. Anoche cuando me retiré de la fiesta él ya no estaba. Igual ha pasado la noche con alguna chica, aparecerá.

—Su padre lo está llamando. —De repente, desvío la mirada hacia mi mesita de noche y veo la cartera, el tabaco y el móvil de Hugo. Un gran agobio se apodera de mí.

—Voy al baño, ahora bajo —le indico a mi madre con apuro. Me sonrío y creo que entiende que tengo unas cagaderas que me mueren.

Cuando nos quedamos a solas escucho decir a Hugo mientras se levanta del suelo:

—Sigues siendo la reina de las mentiras.

—¿Qué querías? —le espeto exasperada por su actitud.

—Tampoco nos iban a obligar a casarnos por vernos juntos en la misma habitación —argumenta agachándose y recogiendo los zapatos.

—Mira tus pintas —lo acuso.

—¿Has visto las tuyas? —contraataca. Reparo en ellas y me doy cuenta de que llevo un diminuto pijama y no llevo sujetador.

—Vete ya —le ordeno de forma brusca.

—Es cómoda tu cama, y olía bien —me indica antes de marcharse.

—Ahora olerá a alcohol y tabaco —le reprocho. Él se encoge de hombros y se marcha.

Bufo, miro hacia la mesita de noche y cojo sus pertenencias que ha dejado ahí. Salgo a la terraza con sus cosas en la mano y entro en su habitación, ha dejado la puerta abierta. Lo encuentro en calzoncillos y me quedo quieta de golpe en medio de su habitación.

—Te has dejado esto —le indico extendiéndole su cartera, el tabaco y el móvil—. Menos mal que no sonó en mi habitación.

—Estará sin batería. Voy a darme una ducha y a hacer acto de presencia.

De repente, la puerta de la habitación de Hugo se abre y nos topamos con mi madre y su padre de frente. Cierro los ojos y me quiero morir. Nuestros padres nos miran con cara de sorpresa sin saber qué decir.

—Ya está aquí Hugo —anuncio con sorpresa e incomodidad mirando a los tres.

Hugo tiene una sonrisa pintada en su cara que tengo ganas de borrar de un puñetazo. ¿Le hace gracia esta situación? Porque yo estoy a punto del infarto.

—Hijo, estábamos preocupados. Vine antes, no estabas, y no te encontré por toda la casa. Tu teléfono no daba señal.

Todos miramos a Hugo esperando una explicación.

—Me quedé dormido en el sofá de la terraza. Cuando llegué me fumé un cigarrillo antes de entrar en la habitación y el cansancio me batió.

Nuestros padres nos miran y siento que no lo creen.

—Solo queríamos despedirnos de vosotros. Os esperamos abajo —dice mi madre. Toma a su marido de la mano y salen de la habitación.

—¡Joder! —maldigo en cuanto estamos a solas—. ¿Has visto sus caras?

—Paso de tus conjeturas, necesito una ducha. —Hugo se da media vuelta y se marcha tan tranquilo.

Yo vuelvo a mi habitación, me coloco unos pantalones cortos y una camiseta y bajo a despedir a mi madre.

Al poco aparece Hugo. Ambos ayudamos a nuestros padres con las maletas y les damos un último abrazo antes de montarse en el coche. Fredy los llevará al aeropuerto.

—Cuida de Olivia en este mes que estaremos de viaje —le encomienda mi madre a Hugo.

—No olvides que es tu hermana —le susurra el padre de Hugo en el oído, pero alcanzo a escucharlo.

Se montan en el coche y se van.

Hugo se da media vuelta, me sonríe, se frota las manos y dice mirando a nuestro alrededor:

—Comienza nuestro verano. Adiós estudios y obligaciones. Sol, playa, mar y fiestas. ¿Estás preparada, reina?

Me pasa una mano alrededor de los hombros y comenzamos a caminar juntos. Cuando

observo que mi abuelo nos mira desde la entrada de la casa me deshago del agarre de Hugo.

—Chicos, voy a tener que marcharme una semana a Madrid. Ha surgido un problema en la empresa y tengo que solucionarlo en persona. Me voy mañana —nos comunica mi abuelo.

—¿Quieres que te acompañe? —le ofrece Hugo de inmediato.

—No. Tú quédate aquí con mi nieta y procura que disfrute de la isla y del verano. Se ha pasado muchos meses en la cama de un hospital y necesita que le dé el sol.

—Abuelo, también estarán mis amigos y los primos de Hugo, y Aurora y Fredy —le recuerdo.

—Confío en Hugo —zanja el asunto.

El teléfono de mi abuelo suena, se da media vuelta y se marcha.

Hugo me mira con mala cara, siento su disgusto y no puedo evitar decirle:

—Pues ya tienes un trabajo este verano, a ver qué tal se te da hacer de niñera. —Sin darle lugar a réplica me doy media vuelta y subo las escaleras en dirección a mi habitación.

Cuando llego me tiro en la cama y el olor de Hugo impregna por completo mis fosas nasales. Me sorprende que lejos de molestarme me guste acurrucarme y sentir su olor, el cual me envuelve y me quedo dormida de nuevo. ¿Qué tiene este hombre que me hace sentir tan confundida y experimentar unos sentimientos tan contradictorios?

15

Solos

Ceno con mi abuelo después de casi veinticuatro horas sin ingerir ningún alimento y me despido de él ya que se irá a la mañana siguiente muy temprano.

Hugo no vuelve a aparecer más por la casa. Tras marcharse nuestros padres cogió un coche del garaje y se fue. No puedo evitar pensar que esté con Ariadna en el hotel. Hablo por teléfono con Aura y Gala, ambas no han salido de su habitación en todo el día ya que bebieron muchísimo más que yo y quedamos en vernos al día siguiente en mi casa, donde se trasladarán ellas, los chicos y los primos de Hugo junto con sus padres.

Cuando mi abuelo se enteró de que pasarían unos días en el hotel tras la boda no lo permitió teniendo esta villa tantas habitaciones desocupadas y una casita de invitados anexa. Me surge la duda de si Ariadna llegará en todo el lote. Yo no la he invitado, pero, al ser sus padres muy amigos de mi madre y conocerse desde siempre, no sé hasta qué punto le hayan extendido la invitación a ella sin yo tener conocimiento. Lo cierto es que no me apetece nada pasar unos días más con ella y soportar sus miradas, pero también estoy segura de que se las ingeniará para no separarse del lado de Hugo.

Vuelvo a la cama con cierta pena por no ver a mi abuelo en los próximos días. Se ha convertido en alguien muy importante en mi vida. Siento que tenemos una conexión especial. Ver reflejado en su mirada azul el inmenso amor que siente por mí me emociona y me hace quererlo. Creo que ha sido un hombre muy generoso al no unir su camino al de otra mujer y haberse dedicado en cuerpo y alma a mi madre, a mí y a su empresa. Pese a sus sesenta y dos años es un hombre tan vital y con tanta energía que causa envidia, sin embargo, él ya piensa en su jubilación. Supongo que ha trabajado tanto durante toda su vida que no ve la hora de deshacerse de responsabilidades. Un imperio como el que tiene mi abuelo debe de conseguirse trabajando muchísimo. Él me repite cada día que no me agobie por mi futuro porque lo tengo asegurado ya que nunca me va a faltar de nada, pero lejos de que eso me cree tranquilidad consigo que me abrume por el hecho de pensar quién gestionará todo cuando mi abuelo ya no pueda. Creo que mi abuelo tiene puesta todas sus esperanzas en Hugo, sin embargo, no logro verlo como un hombre serio y responsable. La faceta que conozco de él es la de juerguista y creo que se le da tan bien que dudo que lo supere siendo un alto ejecutivo como espera mi abuelo.

Desde que he llegado a mi habitación intento aguzar mi oído por si Hugo regresa, pero el

cansancio puede conmigo y me duermo. En mitad de la noche me despierto con una sensación extraña, miro hacia la cortina de la habitación que se vuela un poco con el aire que entra del exterior, he dejado la puerta de acceso a la terraza abierta porque así podría escuchar mejor a Hugo cuando llegase, y me sobresalto a ver la figura de alguien en la oscuridad.

—¡Joder, qué susto! ¿Qué haces ahí? —le pregunto a Hugo que permanece en la puerta de mi terraza, recostado en el marco, fumándose un cigarrillo.

—Me llamó la atención la cortina que se volaba hacia la terraza —explica—, pensé que igual no estabas aquí.

—Mi cuerpo no tiene tanta capacidad de aguante como el tuyo —le espeto de malas formas—. Tú vives de fiesta en fiesta.

—Tu vida antes era así, incluso me superabas —murmura.

—Hace más de un mes que salí del hospital —le recuerdo.

—Y aún te miro todos los días sin reconocerte —me indica y lo siento algo turbado. Apaga el cigarrillo y entra en mi cuarto. Se sienta en la cama y se acerca a mí mientras lo miro en silencio—. No logro entender tu cambio, Olivia —susurra con voz queda—. Te miro a los ojos y no veo a la mujer de antes. Tienes una bondad en ellos que me desconcierta, y eso es algo que no se puede fingir —determina—. Nunca me había sentido tan confundido hacia una mujer —reconoce al mismo tiempo que mi corazón comienza a bombear con fuerza.

No sé qué decir a sus palabras, solo que no recuerdo nada de mi vida anterior, sin embargo, no me da tiempo de articular palabra. Hugo se acerca más a mí y me besa. No lo rechazo, todo lo contrario, uno mi boca a la suya, sintiendo sus labios sobre los míos con posesión. Es un beso lento, dulce, pese a la urgencia que clama en mi interior de que él lo guíe.

—Lo Olivia de antes no besaba así —murmura sobre mis labios, sin retirarse.

—Puede que también lo haya olvidado —le indico y en esta ocasión soy yo la que se coloca de rodillas en la cama y se apodera de sus labios. Algo muy fuerte en mi interior me impulsa a ello.

Hugo no me rechaza, me besa con pasión mientras que no puedo evitar gemir sobre su boca. Me abraza, me acerca más a su cuerpo, sintiéndolo contra el mío y se tumba sobre mí sin dejar de besarnos.

Siento que mi cuerpo se va calentando, un fuego interior me consume, pero, de repente, Hugo se incorpora un poco, me mira y murmura con los ojos cerrados:

—¿Qué coño estoy haciendo? ¡Joder! —maldice y se levanta con agilidad. De inmediato siento frío. Lo miro en silencio y dice—: No podemos caer en esto. Tú no, Olivia, y ahora menos que nunca.

En dos grandes zancadas desaparece de mi habitación y me quedo temblando, sin saber cómo gestionar todos los sentimientos y emociones que me ha hecho sentir.

El resto de la noche no pego ojo. No puedo borrar el beso que nos hemos dado de mi cabeza. Por un lado, me siento aliviada de que Hugo parase lo que estuvo a punto de pasar, sin embargo, por otro, estoy decepcionada. Tengo veintiún años y, como no recuerdo nada, acabo de descubrir lo que es un beso con pasión de verdad y desear acostarme con un hombre con todas mis ganas. Me siento hasta culpable por todo esto que Hugo provoca. ¿Será solo deseo o algo más? Esta pregunta me abruma.

Me sobresalto en la cama cuando a la mañana siguiente siento a Aura y Gala a mi lado.

—¡Despierta, ya estamos aquí! Fredy y Aurora tienen preparado un desayuno de recibimiento increíble. Vamos al jardín.

Me refriego los ojos y las miro un poco somnolienta.

—Son las once de la mañana —me indica Aura.

—¿Ariadna también ha venido? —pregunto con desgana.

—Sí, pero solo se quedará un par de días. —Resoplo con fuerza—. Ni te darás cuenta de que está.

—¿Ya os habéis instalado? —inquiero.

—Sí. Fredy nos llevó a las habitaciones. Estamos todos en la planta de abajo, menos los tíos de Hugo que están aquí arriba en las habitaciones principales con vosotros.

—Voy a vestirme y bajamos a desayunar —les indico a mis amigas.

—A ver si un café te sube el ánimo —dice Aura.

—Hoy tenemos día de relax aquí en la villa en la piscina y la playa. Y mañana saldremos con el barco —me informa Gala.

—¿Ya está organizado? —pregunto con interés.

—Sí, nos lo dijo ayer Hugo.

Cuando mi amiga lo nombra pongo los ojos en blanco. No me apetece verlo, pero es lo que me queda.

Bajamos a desayunar y la mesa está llena de gente y de comida. Hugo, sentado al lado de Ariadna, me mira y desvío mis ojos hacia otro lado. Centro mi atención en saludar a los tíos de Hugo, que son encantadores, junto con sus hijos y mis amigos.

Pasamos un buen día al sol entre la piscina y los baños en la cala. Cuando llega la noche, por increíble que parezca, todos declinamos salir de fiesta y nos vamos a la cama relativamente temprano.

Tengo mis dudas si Ariadna dormirá en el cuarto para las chicas o logrará meterse en la cama de Hugo, pero procuro no pensar en ello.

Llego a mi habitación, me doy una ducha y me coloco una simple camiseta grande por la cabeza cuando comienza a sonar el teléfono y es mi madre. Hablo con ella durante un largo tiempo. Ya han llegado a su lugar de destino. Han elegido Los Ángeles, Las Vegas, Miami y

terminarán en Europa en Praga y Roma. Un intenso mes de luna de miel.

Cuelgo la llamada, he terminado de hablar con ella en la terraza y al echar un vistazo al jardín y a la gran piscina iluminados, son preciosos de noche, me topo con Hugo y Ariadna nuevamente dándose el lote en una tumbona ahí abajo.

Me meto en la cama, tardo en conciliar el sueño y me quedo dormida al poco de escuchar pasos en la habitación de Hugo, pero no dejo que me atormenten los pensamientos si estará solo o acompañado.

A la mañana siguiente hemos quedado temprano para ir al puerto y coger el yate de mi abuelo, donde pasaremos el día completo.

Los tíos y los primos de Hugo flipan cuando ven el yate. El capitán del barco nos indica una ruta de varias calas por la que pararemos para bucear y bañarnos y salimos del puerto a media mañana.

Hugo y yo apenas hemos intercambiado un par de palabras. Como es de día he preferido ir en el coche con Fredy hasta el puerto, Hugo conducía el otro vehículo de siete plazas.

Fredy y Aurora nos acompañan en la excursión de hoy, ambos han insistido en hacernos la comida y tenernos a todos asistidos para lo que podamos necesitar. El yate cuenta con una amplia cocina en la que no dudo que Aurora cocine sus manjares.

Paramos en la primera cala y todos se tiran a las aguas transparentes de golpe, menos yo. Hace un día increíble. Mis amigas, desde el mar, me animan a que salte, pero me lo pienso un poco y aprovecho para tomarme el zumo que me ofrece Aurora.

Hugo sale del agua con gran agilidad y se sienta a mi lado.

—Tenemos que hablar. No me gusta que me huyas —dice de golpe—. Lo que pasó la otra noche... es mejor que lo olvidemos, reina. No estamos hechos el uno para el otro. No buscamos lo mismo y no quiero que un simple lío meta a nuestras familias de por medio.

—Tienes razón. Fue un completo error. Además, no me gustó nada —le suelto con valentía y coraje mientras me coloco de pie. Mientras, Hugo me mira con una extraña sonrisa en sus labios que no sé muy bien cómo interpretar.

—La destreza de mentirme sí que la has olvidado por completo, reina —alardea con aire de suficiencia y se lanza de golpe al mar.

Pasamos un buen día en el yate. Me divierto con todos y a Hugo intento evitarlo.

Los siguientes días que permanecen en la isla sus tíos y sus primos continuamos haciendo algo diferente cada día. La noche antes de marcharse los chicos proponen ir de fiesta a una discoteca a la que tenemos invitación. Darío y su hermana están deseando ir, nos manifiestan con mucho entusiasmo que sería la despedida perfecta.

Por suerte, Ariadna también se marcha mañana después de aguantarla seis largos días en mi casa. Aura, Gala, Izan y Gael se quedarán otra semana más. Luego tienen viajes programados de

vacaciones con sus padres. Aura me ha invitado a su casa en Marbella, pero no quiero alejarme de mi abuelo, al fin y al cabo, aún estoy convaleciente, y no me gustaría que, si vuelven mis recuerdos, no pierdo las esperanzas de recuperarlos algún día, esté arropada por mi familia para que me puedan aclarar las dudas que surjan.

La última noche con los primos de Hugo está siendo muy divertida, estoy pasándomelo en grande. Como siempre que salimos, tenemos un reservado para nosotros en el que hoy hay más gente que ha invitado Hugo, según me ha dicho y me ha presentado son amigos comunes de otros años que hemos pasado las vacaciones en Formentera, solo que yo no los recuerdo.

Darío no se ha despegado de mí en toda la noche. En un par de ocasiones anteriores ha intentado besarme y que nos acerquemos más, pero no se lo he permitido. No sé qué me pasa con los hombres, pero siento cierto rechazo en cuanto me tocan, algo que no me ha pasado con Hugo.

Suena una bachata y Aura y Gala se ponen a bailar de inmediato con Izan y Gael. Mis amigas me animan a que salga a bailar, según ellas se me da muy bien.

—Vamos, Olivia, la mente no olvida. Fuiste a clase con nosotras hace un par de años —revela Aura.

No me da tiempo a responder cuando Darío me toma por la cintura y me saca a bailar. Comienza a seguir el ritmo y siento que me guía muy bien.

Con el baile el ambiente se va calentando, abrazos, la proximidad de los cuerpos y la música me envuelven por completo. Miro a Hugo, que tiene una copa en la mano y la mirada clavada en mí desde un rincón del reservado y aprecio en su rostro cierta incomodidad.

Ariadna baila con otro tío y es algo que me desconcierta, pensé que al ser su última noche junto a Hugo no se separaría o desaparecerían juntos, pero no ha sido así.

Sumida en mis pensamientos, de repente siento un tirón en el brazo que me aparta de Darío.

—Hora de irnos, reina. Tu abuelo regresa mañana y no querrás estar hecha una mierda. Es muy tarde —me ordena Hugo y denoto en su voz cierto tono de enfado.

Lo miro a los ojos con furia. Sé que se siente en una posición dominante porque solo puedo volver a casa con él. Pese a nuestro distanciamiento tras el último beso que nos dimos ha respetado mi secreto y continúa llevándome en su coche cada vez que salimos. Creo que me odia porque apenas puede beber ya que mi abuelo le encomendó que cuidase de mí y por nada del mundo le quiere fallar.

—Vale —le indico de malas ganas. Me lo estoy pasando muy bien y acaba de cortarme el rollo por completo—. Pero se lo dices tú a todos, ya sabes que si nos vamos se vienen ellos.

—Tíos, todos a casa. Y el que no venga duerme en la puerta —anuncia Hugo sin miramientos.

—¡Qué delicado! —le suelto mirándolo de forma desagradable.

—Si algo me caracteriza es que no soy un tío que se ande con rodeos —dice—. Vamos, andando, a casa. —Hugo se encamina hacia la salida de la discoteca y los demás los seguimos.

Nosotros nos vamos en el coche y al resto les pide un taxi.

—Nos vemos en casa —dice Hugo cuando comenzamos a alejarnos.

—¿Por qué siempre vas con ella de chófer? ¿Te paga? —pregunta de malas formas Ariadna —. ¿La reina no puede moverse en transporte público?

Todos nos quedamos en silencio. Lo cierto es que en estos días nadie había planteado la pregunta.

—Si tuvieses el dinero que tiene Olivia tendrías una limusina solo para ti —le contesta Gala con descaro—, pero como no es así solo te queda cuestionar y envidiar cada paso que da ella.

—Menos mal que te vas mañana —le dice sin tapujos Aura.

—Ari, cállate —le ordena Hugo mirándola de forma desafiante. Cada vez que la llama Ari, ese vínculo de especial confianza, siento que me molesta.

Nos montamos en el coche casi a la misma vez que el resto en los taxis y cuando estamos a solas, antes de arrancar el coche, le comento a Hugo:

—Igual debería contarles mis miedos a los chicos —no quiero que se piensen nada raro.

Hugo me mira de refilón antes de comenzar a incorporarnos al tráfico y murmura:

—Siempre me ha dado igual lo que piense la gente.

—Pues con mi abuelo creo que no. —No puedo evitar el comentario, que lo hago ya con los ojos cerrados y, aun así, puedo sentir la mirada de Hugo sobre mí.

—Con él es diferente porque se trata de responsabilidad. Tengo que demostrarle que puede confiar en mí.

De repente, Hugo da un fuerte frenazo que hace que abra los ojos, alarmada y asustada. Tenemos un coche a nuestro lado y otro parado delante.

—Un recordatorio, Serra —le indica un tío del coche que tenemos al lado con la ventanilla bajada mientras se fuma un porro.

Desaparecen y Hugo da un golpe contra el volante mientras yo trato de asimilar qué ha sido todo eso.

—¿Los conocías? —pregunto con un hilo de voz, asustada.

—Son unos imbéciles. Es su forma de saludar. No te preocupes —resuelve de inmediato, pero lo miro con atención y lo siento cabreado y pensativo.

Pone de nuevo el coche en marcha y cuando llegamos a la villa los chicos ya están allí.

—¿Qué, os habéis parado por el camino a meteros mano? —pregunta Izan en tono jocosos. Está un poco borracho.

Hugo lo mira serio, se va hasta él y lo agarra con fuerza por la camisa.

—No estoy para tus tonterías —le advierte entre dientes.

De inmediato Gael acude hasta ellos y los separa.

—Vamos, a la cama. Que corra el aire —les dice a ambos en tono conciliador.

Todos nos miramos serios. Los primos de Hugo rompen el hielo y comienzan a despedirse, se marchan por la mañana muy temprano, apenas dormirán cuatro horas, pero preferían salir y dormir en el avión de vuelta. Nos fundimos en besos y abrazos con ellos y prometemos vernos en Madrid.

—Si no quedamos antes, nos vemos en septiembre en la gran fiesta de cumpleaños que siempre organiza Hugo —me dice su prima.

—Joder, y este año será la leche porque ha terminado la carrera y cumple los veinticinco. Al fin puedes salir del ala de papá —revela Aura.

Hugo la mira un poco más calmado, pero no dice nada. Entramos en casa y cada cual nos marchamos a nuestra habitación en silencio.

No te necesito

El estómago me ruge mientras duermo y es lo que consigue despertarme, estoy supercansada, apenas me puedo mover en la cama, pero pensar en la maravillosa comida que tenga preparada Aurora con el hambre que siento me da energías para levantarme, ducharme y bajar a la cocina. Conforme me acerco a ella y el olor a exquisita comida recién hecha llega a mi olfato me relamo los labios. Entro en la cocina y saludo a Aurora. Luego le suplico que me dé algo de comer. De inmediato, me siento a la mesa y comienza a servirme una exquisita carne en salsa con patatas panaderas que me hacen la boca agua.

—¡Qué alegría me da verte comer con tanto apetito! —escucho la voz de mi abuelo a mi espalda y me levanto de inmediato para fundirme en un abrazo enorme con él.

Lo he echado tanto de menos en estos días que tenerlo de nuevo junto a mí me ha provocado una enorme felicidad.

—¿Todo arreglado por Madrid? —le pregunto con cierta preocupación. Sea lo que fuere que le hizo volver debió de ser muy importante para interrumpir sus vacaciones y dejarme sola.

—Sí. No hay nada que no pueda solucionar tu abuelo, mi vida. Tengo un montón de empleados, financieros, agentes expertos en la materia, pero cuando surge algo gordo soy yo quién da las soluciones.

—Algún día me encantaría aprender todo lo que tú sabes —le indico mirándolo con admiración.

—¿Ya sabes qué vas a hacer tras las vacaciones? —pregunta sonriente. Mejor que nadie es conocedor de lo que me preocupa estar sin hacer nada.

—Me gustaría conocer tu empresa, ver en qué trabajas —le planteo con curiosidad.

—En eso no hay problema. Además, si quieres puedo darte un puesto en mi empresa, así estarías ocupada, la conoces y puedes decidir si estudias algo relacionado con ella.

—¡Oh, me parece una idea maravillosa! —exclamo con suma alegría arrojándome a sus brazos.

—Ahora come —me ordena sentándose a mi lado. Me observa en silencio mientras me acabo todo el plato y dice—: Nada me haría más feliz que un día dirigieses todo mi imperio.

Levanto la cabeza, fijo la mirada en él, sus palabras comienzan a retumbar en mi mente y de pronto me llevo las manos a la frente. Un dolor terrible, nacido de la nada parece que me parte la

cabeza. Me quejo a la misma vez que casi me quedo sin respiración del intenso dolor.

Escucho que mi abuelo le ordena muy alarmado a Fredy:

—Llama a un médico. Vamos a tumbarte en el sofá del salón —me indica tomándome del brazo con firmeza.

Apenas puedo dar un paso, entre mi abuelo y Aurora me ayudan a llegar hasta el sofá y me tiendo en él, el dolor no cesa. Tengo ganas de gritar de lo fuerte que es.

—¿Qué ha pasado? —escucho la voz de Aura y Gala cerca de mí.

—Un fuerte dolor de cabeza. Chicas, por favor, dejadnos solos —les pide mi abuelo.

Al cabo de unos minutos llega un médico. Me atiende y me da unas pastillas para aliviar el dolor.

—¿Dónde está Hugo? —escucho que pregunta mi abuelo, serio.

—No lo sé, señor. Fui a buscarlo junto con sus amigos para que ayudasen a subir a Olivia a su habitación, pero no están en la casa. Se han llevado el coche grande —le informa Fredy.

—Vamos a ayudarla nosotros. Estará mejor en su cama, a oscuras y que intente dormir un poco —resuena la orden de mi abuelo al mayordomo.

Solo quiero que este terrible dolor pase. Llego hasta mi habitación guiada por mi abuelo y Fredy, me recuestan y Aurora se encarga de cerrar las cortinas, quitarme los zapatos y arroparme un poco. Estoy temblando.

Me tomo la medicación que me ha dejado el médico e intento dormir.

Mi abuelo se sienta a mi lado y me susurra que no me va a dejar sola. Agradezco su compañía y esto hace que me sienta más segura.

Paso tres largos días encerrada en mi habitación con terribles dolores de cabeza. Nada que ver con el inicial que originó todo, pero no se han marchado. Siguen atormentándome y dejándome sin poder salir de mi cuarto.

En estos días solo han aparecido por mi habitación mi abuelo y Aurora, apenas he comido. Supongo que mis amigos y Hugo estarán disfrutando de la playa o del yate. Ni he mirado el móvil.

A altas horas de la noche me levanto y siento que el punzante dolor de cabeza que no se ha ido en tres días ya no está. Me parece mentira que nada machaque mi mente y pueda levantarme de la cama como si nada.

Salgo a la terraza a respirar un poco de aire fresco y me siento en el sillón a observar la noche y las estrellas.

Al cabo de unos minutos veo salir a Hugo a la terraza, solo lleva unos calzoncillos negros y enciende un cigarrillo en su boca. Lo observo bien, en silencio, él no ha reparado en mi presencia, y me limito a mirarlo mientras está apoyado con ambos brazos en la barandilla y tiene la vista clavada en las luces del jardín. Lo encuentro sumido en sus pensamientos y decido

interrumpirlo.

—¿Te levantas en mitad de la noche para fumar? —le pregunto a modo de llamar su atención.

Al escuchar mi voz se gira de inmediato y clava sus ojos en mí. Cuando reparo en su cara me llevo una mano a la boca.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto a la misma vez que me incorporo para acercarme a él.

—Nos intentaron atracar —revela sin darle mucha importancia.

—¿Cuándo? ¿Cómo? —pregunto alarmada.

—La otra noche. Iba solo con los chicos.

—¿Os han golpeado a los tres? —inquiero mientras lo miro con atención. Tiene un ojo morado y el labio superior casi partido.

—Sí.

—¿Por qué? —insisto. Hugo no me da todas las explicaciones que necesito.

—Llevábamos el coche de tu abuelo. Cuesta una pasta e intentaron robarlo. Solo sufrió unos golpes en la carrocería y los que nos dieron a nosotros —explica.

—¿Lo sabe mi abuelo? —pregunto asustada.

—Sí.

—¿Lo habéis denunciado?

—Estamos en ello. No te preocupes. Lo que menos deseo es que te vuelvan esos dolores de cabeza por esto. ¿Estás mejor? —pregunta cambiando de tema. Siento que no quiere hablar de lo que le ha pasado. No sé si es para no preocuparme o porque no me cuenta toda la verdad.

—Sí, por fin el dolor ha desaparecido del todo —manifiesto con suma alegría.

—Tu abuelo nos dijo que no te molestásemos —dice a modo de disculpa—. Me colé en tu habitación un par de veces por la terraza cuando estabas sola, pero dormías —confiesa. Y no sé si esto me produce alegría o incertidumbre de que me viese en ese estado.

—Por lo que veo tú no has estado muy bien.

—Solo han sido unos golpes. No es la primera vez que los recibo —alardea.

—Pues estás hecho un cromo —le indico y para mi sorpresa sonrío.

—Pasaré en unos días. Has tenido muy preocupado a tu abuelo. Creo que pensaba que ibas a volver a caer en el coma.

—Yo también estaba asustada. Ha sido un dolor tan duro que no desaparecía ni con los analgésicos, pensé que se quedaría para siempre. Te juro que me planteé que lo mejor hubiese sido morir en ese accidente como Emma si este iba a ser mi destino. No se puede vivir con un dolor de cabeza así —le explico mientras Hugo me mira con preocupación en sus ojos.

—No digas eso —murmura acercándose a mí y tomándome por los brazos, me los acaricia y dice—: La vida es preciosa y merece ser vivida. Te queda mucho por descubrir.

—Te aseguro que no me interesaba nada en estos días, solo quería morirme si el dolor no se

marchaba.

—La vida, a veces, es dura. Hay que saber lidiarla y soportar los dolores de cabeza que nos da —comenta con una sonrisa. Esta noche lo encuentro más cercano y amigable. No sé a qué es debido, pero me gusta este Hugo.

—No me hables de dolores de cabeza —le suplico en un susurro. Hablamos bajito ya que mi abuelo está en la habitación de al lado.

—¿Te apetece salir mañana con el yate si te encuentras mejor? Con esta cara —se la señala—, no te puedo ofrecer nada más para distraerte.

—Me gusta la idea. Llevo tres días a oscuras, como mi mente, y encerrada entre cuatro paredes.

Hugo me dirige una mirada tierna que consigue que el corazón me dé un vuelco.

Fijo mis ojos en su pecho y su abdomen y tengo que obligarme a apartarlos de ahí antes de que sea demasiado evidente mi interés.

—Será mejor que vuelva a la cama —susurro.

Hugo solo hace un gesto de asentimiento, pero no se mueve de donde está.

Me meto en mi cama y tardo un poco en conciliar el sueño. Cuando despierto, agitada y alterada, sentada en mi cama dando manotazos y alguien trata de sujetarme escucho:

—Tenías una pesadilla. Vine corriendo al escucharte por si te ocurría algo, pero solo he conseguido llevarme un par de tortas. —La voz de Hugo me devuelve a la realidad.

—Lo siento —me disculpo al ver en su cara reflejada la preocupación por mí.

—Estás temblando —aprecia. Me frota los brazos y cierro los ojos, es como si su contacto me aliviase.

De repente, me siento estrechada en el duro pecho de Hugo. Me abraza y me dejo hacer sin protestar. Continúo temblando, no puedo controlarlo, y dudo que lo consiga ahora mismo teniéndolo tan cerca.

Hugo me obliga a tumbarme en la cama y él lo hace conmigo, sin romper el abrazo. No lo rechazo, siento que lo necesito. Cierro los ojos y aspiro su aroma. Sentirme protegida por él y el calor de su cuerpo es todo lo que necesito para volverme a quedar dormida.

Despierto en los brazos de Hugo. Lo miro y está dormido a mi lado, boca arriba. Soy incapaz de despertarlo tras la noche que le he dado. Apenas son las nueve de la mañana. Me meto en la ducha y decido dejarlo dormir un poco más.

Cuando salgo envuelta en una toalla me encuentro con mi abuelo con los ojos abiertos como platos y con Hugo despierto, sentado en mi cama en calzoncillos.

—¡Joder! —susurro en voz baja.

—Emilio, no es lo que piensas —se excusa Hugo de inmediato, apurado. Nunca lo he visto así.

—¿Y qué estoy pensando? A ver, dímelo tú —le exige mi abuelo de malas formas.

—Abuelo, en mitad de la noche comencé a gritar agitada, Hugo me escuchó y acudió en mi ayuda. Estaba muy alterada. Me ayudó a tranquilizarme y nos quedamos dormidos. Me desperté y fui a la ducha, no me pareció llamarlo después de lo poco que había dormido por mi culpa —decido interceder.

Mi abuelo cambia la expresión de su cara, se relaja y sé que me cree. Mira a Hugo y para mi sorpresa, le dice:

—Gracias por cuidar de mi nieta.

Hugo suspira, sale de la cama y se encamina a abandonar la habitación.

—La próxima vez ven con más ropa —le dice mi abuelo y lo siento como un reproche.

Hugo se marcha y yo me quedo ahí con él.

—¿Cómo estás? —se interesa con una expresión más dulce y relajada en su rostro.

—Ya no me duele la cabeza. Es un gran alivio.

—Me alegro mucho. ¿Te apetece hacer algo hoy? —pregunta a modo de propuesta.

—Podríamos salir en el yate —le propongo sin decirle que fue una idea que me planteó Hugo anoche.

—Me parece buena idea. Voy a prepararlo todo. Te veo abajo para desayunar.

Me visto y voy a la habitación de Hugo, pero no está. Cuando me voy a marchar sale envuelto en una toalla de cintura para abajo del baño.

—¿Quieres dejar de tentar a la suerte? No deseo que tu abuelo me corte las pelotas —brama cuando me ve—. No quiero que nunca más nada le dé lugar a pensar que hemos tenido algo —me deja claro.

—Tranquilo, me encargaré de decirle a mi abuelo que no produces ninguna reacción en mí. Me eres indiferente por completo —le espeto con furia y paso por su lado decidida a marcharme, pero me agarra con fuerza del brazo, me aproxima a él, tanto, que puedo sentir su aliento y dice:

—¿Estás segura? Porque yo creo que eso no te lo crees ni tú. Soy un hombre y sé muy bien qué provoco en las mujeres, y te puedo asegurar que no te soy indiferente. —Sus labios rozan los míos mientras intento controlar todo el temblor de mi cuerpo a la misma vez que intento aplacar el deseo que me provoca su proximidad.

Pese a sentirme turbada y desear besarlo, doy un fuerte tirón de mi brazo y me alejo de él.

—Te lo tienes un poquito creído. Tranquilo, que seré la única que no caiga en tus encantos.

—Hasta que yo me lo proponga, reina —alardea.

Me doy media vuelta, lo miro allí plantado, sonriente y una terrible sensación invade mi cuerpo. Salgo corriendo de su cuarto, con miedo, y me siento en el primer escalón de la escalera, donde intento tranquilizarme. No quiero que nadie me vea así.

Mi abuelo organiza una salida en el yate, me alegro de volver a pasar un día con mis amigos

mientras que Hugo y yo volvemos a estar distantes. Siento que mi abuelo no nos ha quitado los ojos de encima a ninguno de los dos en todo el día, y creo que se ha convencido de que no tenemos nada ya que apenas nos hemos hablado.

El día siguiente lo paso en una cala a solas con Aura y Gala. Hasta el momento no habíamos tenido tiempo de hablar sobre el atraco que sufrieron los chicos y lo golpeado que quedaron los tres.

—¿Sabéis si han cogido a los que les hicieron eso? —me intereso.

—¡Cómo los van a coger si no hay denuncia! —dice Gala. De inmediato observo cómo Aura le da un codazo del cual esta se queja en silencio.

—¿Por qué? —pregunto extrañada. Mis amigas se miran de forma cómplice y guardan silencio—. ¿Qué pasa? ¿Qué me ocultáis?

—Hugo no quiere que se lo digamos a nadie más —murmura Gala.

—Podéis confiar en mí —les suplico—. ¿Qué pasó en el atraco? —pregunto con interés.

—Te lo vamos a contar, pero no puedes decir que lo sabes —determina Aura—. No fue un atraco sino un ajuste de cuentas por una maldita apuesta que hicieron en el desierto —explica.

—¿Cómo? No me entero de nada.

—Compitieron en una carrera en el desierto y perdieron —aclara Gala.

—¿Y por eso les han dado una paliza? —pregunto con asombro.

—No, por la apuesta. Eran cincuenta mil euros y solo han podido pagar veinte mil —revela Gala—. Hugo no dispondrá de ese dinero hasta septiembre y los ganadores se han impacientado por cobrar.

—¿Por qué hasta septiembre? —inquiero, no entiendo nada.

—Porque cuando cumpla los veinticinco años recibirá una sustanciosa cantidad de dinero que su madre le dejó en herencia y en estos años ha ido creciendo gracias a las inversiones que le hicieron en el banco.

—Falta un mes y medio para que sea su cumpleaños. ¿Por qué no se lo pide a su padre? Estoy segura de que Rubén cuenta con ese dinero, o mi abuelo.

—No quiere meterlos en esto. Y entre todos solo pudimos reunir veinte mil euros sin levantar sospechas con nuestras familias —explica Aura.

Me quedo en silencio, pensativa, sopesando la situación.

—Yo tengo ese dinero —digo de golpe, con ilusión ante el problema—. Mi abuelo me dio una tarjeta bancaria y me explicó que no tenía límites, que podía gastar lo que necesitase.

—Pero tu abuelo verá reflejado en la cuenta esa cantidad y te preguntará en qué lo has gastado —plantea Aura.

—Puedo decir que lo doné a una asociación para una buena causa.

—Se hacen transferencias para eso. A esta gente hay que pagarle en efectivo y el dinero

metido en una bolsa —revela Gala.

—Puedo decir que me lo gasté en una fiesta. Para preparar el de fin de verano —lanzo la idea. Aura y Gala se quedan pensativas.

—Eso puede colar. Treinta mil euros para tu abuelo no son nada y es creíble que los gastes en una fiesta por todo lo alto como hacías antes.

—Pues vamos a sacar el dinero y a solucionar el problema de los chicos —resuelvo recogiendo mi bolso e indicándole a las chicas que nos vamos.

—Hugo no va a querer —murmura Aura algo reticente.

—Pues que no se entere. Se lo damos a Gael e Izan y que ellos salden la deuda —les indico a mis amigas.

—Tenemos que aceptarlo —murmura Gala—. No podemos exponernos a que les hagan otra advertencia y los dejen marcados a golpes o sea peor.

—Sí —afirma Aura tras pensarlo un poco.

Vamos a mi casa, nos cambiamos, cogemos un coche, le pido a Gala que conduzca ella y nos dirigimos al banco. Menos mal que mis amigas me guían en todo momento porque yo no sé moverme. Es la primera vez que piso un banco, que yo recuerde.

En ventanilla nos dicen que no nos pueden dar esa cantidad, tenemos que solicitarlo y venir al día siguiente, pero cuando el director del banco escucha mi apellido y comprueba que soy la nieta de Emilio De la Fuente nos hace pasar a su despacho y nos atiende de forma personal.

—¿Para qué quieres tanto dinero en efectivo? —pregunta de golpe. Miro a mis amigas y las tres nos quedamos calladas.

—A usted que le importa —le suelta Aura con descaro—. ¿Le pregunta eso al resto de sus clientes?

El hombre se pone rojo de golpe. No esperaba esa contestación.

—Es solo por seguridad. Salir a la calle con treinta mil euros en efectivo...

—Ese es mi problema —le digo al director imitando la actitud de Aura, altiva, resuelta y decidida.

—Por supuesto, señorita. Su abuelo es uno de nuestros principales clientes.

—Estupendo, no quisiera tener que darle alguna queja sobre su banco —le comento como la que no quiere la cosa.

Gala y Aura se aguantan una sonrisilla que no pasa desapercibida ante mis ojos. Luego me hacen un gesto con la cabeza de que lo estoy haciendo muy bien.

Pasada media hora me entregan la cantidad en efectivo y lo meto todo en una mochila negra que llevamos.

—Muchas gracias —me despido del director del banco.

—Lo que necesite, señorita Olivia. Salude a su abuelo.

—No lo haré, ni le diré que lo he visto. ¿Sabe por qué? Porque todo esto forma parte de un regalo que le quiero hacer, por favor, guárdeme el secreto —le suplico con cara de niña buena.

—Oh, por supuesto. Cuento siempre con mi discreción.

Salimos del banco y nos dirigimos al coche, aparcado en la calle de detrás.

—Joder, Olivia, has estado de diez —dice Aura asombrada.

—Lejos de acobardarte, le has plantado cara a ese tío y te ha dado tu lugar. Muy bueno lo del regalo para tu abuelo, eso evitará que descuelgue el teléfono y lo ponga al tanto ahora mismo —dice Gala.

Suspiro y tomo una bocanada de aire. Puede que no lo aparente, pero estoy temblando.

—¿Izan y Gael están avisados? —pregunto a mis amigas.

Ambas asienten. Nos dirigimos a un chiringuito a reunirnos con ellos, Hugo no está, y les entrego la mochila con el dinero. Los dos me lo agradecen mucho y prometen devolvérmelo.

—Tened cuidado, chicos —les advierte Aura. Le da un beso en los labios a Gael y luego Gala, pese a que duda en hacerlo, le da otro beso a Izan.

—Os esperamos en casa —les indico.

Nos marchamos y pasamos el resto de la tarde en la piscina, atentas a los móviles. Cuando Gael le dice a Aura que todo ha salido bien nos tranquilizamos. Una hora después, cuando los vemos entrar en la villa, ellos acuden hacia mis amigas y las besan mientras que una sensación extraña me recorre el cuerpo.

—¿Dónde está Hugo? —pregunto. Me extraña mucho que no haya aparecido en todo el día.

—Está con una tía que conoció hace un par de noches —revela Izan.

Sus palabras van directas a mi corazón y se clavan ahí como un cuchillo.

—Todo arreglado entonces —zanjo el asunto levantándome de la tumbona donde estoy sentada.

—Ahora centrémonos en la fiesta de despedida —dice Gael y lo miro sin saber a qué se refiere.

—Nos vamos pasado mañana —me recuerda Aura.

Miro a mis amigas y a los chicos y siento un vacío muy grande. Quedarme a solas con Hugo el resto del verano no será nada fácil.

—Me retiro a mi habitación, chicos. Estoy muy cansada. Nos vemos mañana.

Apenas son las diez de la noche, pero no puedo más con mi cuerpo. Necesito una ducha, aliviar toda la tensión acumulada del día tan intenso que hemos pasado y dormir muchas horas.

Estoy profundamente dormida cuando siento que me zarandean y escucho la voz de Hugo.

—¿Por qué lo has hecho? —me reprocha muy enfadado—. No te necesito metida en mis asuntos, joder —maldice entre dientes.

Una breve ilusión

—¡Qué coño te pasa! —le espeto a Hugo de malas formas por despertarme así.

—¡Qué te pasa a ti! —me reprocha—. No te necesito. Me las sé apañar muy bien sin tus millones —revela al fin el motivo de su enfado.

—Pues quién lo diría —le enfrento sentándome en la cama, mirándolo con coraje y valentía los moretones que aún tiene en la cara.

—Cuando pienso que has cambiado vuelves a ser la Olivia de antes —escupe entre dientes—. Habías tardado mucho en alardear de la enorme fortuna que te rodea y dispones.

—No pensaba que me dieras las gracias de una forma afectuosa, pero tampoco esto. Lo hice porque temí por tu vida y la de los chicos, y sí, me sobra el dinero. Perdón por gastarlo en cuidar de la gente que me importa —le espeto alzando la voz, envalentonada.

Cuando ambos somos conscientes de las palabras que acabo de pronunciar nos miramos en silencio.

—Te devolveré el dinero —murmura levantándose de la cama y alejándose de mi lado.

—No lo necesito. De hecho, si quieres que te confiese algo, me abrumba todo el lujo en el que me muevo.

Hugo me mira extrañado, sacude la cabeza con fuerza y dice:

—No me lées más, Olivia. Desde que has vuelto con ese nuevo rostro y sin recuerdos me tienes muy confundido —revela paseándose delante de mí.

—¿Cómo de confundido? —me atrevo a preguntar con valentía mientras mi corazón late con fuerza contra mi pecho.

—Antes nunca me fijé en ti como mujer, no eras mi tipo, solo nos besamos un par de veces y cuando estaba muy borracho. Eras el tipo de mujer que siempre he evitado —escupe entre dientes.

—¿Y ahora? —pregunto con un hilo de voz mientras nos miramos con intensidad.

—Ahora deseo arrastrarte a mi cama cada vez que te veo —confiesa y me quedo bloqueada.

—¿Por qué no lo haces? —me atrevo a preguntar con anhelo.

—Porque contigo sería diferente. Con las demás tías con las que me lío o me acuesto no tengo en común a una familia ni convivo con ellas. No soy un tío de tener relaciones, no creo en el amor. Creo en el deseo y en la atracción física —manifiesta.

—Entiendo. Igual mi ventaja es que por el momento no sé en qué creo —murmuro.

—No podemos caer en esto, Olivia. Por nuestro bien —me advierte.

—Vete, Hugo. Deja de mirarme como lo haces —le suplico mientras todo mi cuerpo tiembla de deseo por besarlo y abrazarlo.

Maldita sea, es tan atractivo, tan guapo, tan arrogante y tan capullo al mismo tiempo que no sé por qué no dejo de sentirme atraída por esos ojos grises que me hipnotizan.

Sale de mi habitación en silencio y yo me abrazo a mí misma rompiendo a llorar. Ni siquiera sé por qué lo hago. Me duelen sus palabras y su rechazo, y me pregunto; ¿Desde cuándo se ha vuelto tan importante para mí?

Hugo desaparece y no lo vuelvo a ver hasta la noche en la que despedimos a todos nuestros amigos en una famosa discoteca. Allí se me acerca un tío, se presenta como Piero y según me recuerda estuvimos liados el verano pasado. Es un hombre increíble, de intensos ojos verdes, fornido, con una coleta y muy guapo. Según me explica ya sabe por amigos comunes que no recuerdo nada de mi pasado, pero lo siento decidido a recordármelo. No se aparta de mi lado en casi toda la noche y me propone que nos vayamos juntos. Yo le doy largas, no quiero parecer una estrecha, pero lo cierto es que no me apetece liarme con él. Hugo permanece en mi cabeza y por más que lo intento no lo saco de ahí.

De camino al baño siento que tiran de mi brazo y me arrinconan en una esquina. Me sobresalto, pero cuando descubro que se trata de Hugo me relajo un poco.

—Recuerda que si te vas con ese tío guapo que no te ha dejado en toda la noche corres el riesgo de que te dé un ataque de esos tuyos cuando vayas en la carretera en la oscuridad —me advierte con muy poco tacto.

—Quizás deba probar con otro distinto, ya me he cansado de ti.

—Tú misma —me indica apostado delante de mí, con ambas manos colocadas en la pared que tengo detrás, a la altura de mi cabeza.

—Me has dejado claro que entre tú y yo no pasará nada. Escucho a mis amigas hablar de sexo y yo no recuerdo nada. Quiero saber cómo es. Me siento como una niña que sale con mayores —lo provoco a conciencia. Tengo la intención de que se perturbe esta noche pensando que me puedo acostar con Piero, como todas las noches que llevo pasadas yo en las que no dejo de pensar en las tías que se tirará.

—Joder, Olivia —maldice con los dientes apretados y los ojos cerrados al mismo tiempo, como sopesando un gran dilema con la cabeza cabizbaja—. Vas a terminar conmigo —susurra mirándome directamente a los ojos, con un brillo en ellos que hace que sienta una fuerte corriente eléctrica recorrer todo mi cuerpo.

Se abalanza sobre mi boca, nos devoramos con urgencia, me pega a su cuerpo, lo siento

contra el mío y me derrito entre sus brazos mientras nos damos un beso voraz y hambriento. No quiero que pare, es tan maravillosa la sensación que siento cuando me besa que quiero quedarme así para siempre.

—¡La madre que los parió! —escucho que grita Aura a nuestro lado.

Hugo se separa de mí, pero no aparta sus manos de mi cuerpo.

—Joder, que sois hermanos —ladra Izan.

—Os estábamos buscando para largarnos ya —anuncia Gala mientras nos mira con una sonrisilla.

—Está bien, todos a casa —resuelve Hugo. Se separa de mí y encabeza al grupo para salir de la discoteca.

Nuestros amigos cogen un taxi y nos vemos en casa. Hugo y yo vamos en silencio todo el camino, ninguno decimos nada de lo que ha pasado. A mí aún me tiembla el cuerpo entero y dudo que si hablo me salga la voz.

Nos encontramos con los chicos en la puerta trasera del jardín, accedemos al interior de la casa por ahí, las habitaciones de ellos están más cerca y Hugo y yo comprobamos cómo las chicas intercambian la habitación. Izan se va con Gala y Aura con Gael.

—Joder, tíos, esta casa se respeta —les suelta Hugo tras soltar un bufido.

—Es nuestra última noche. Cuando lleguemos a Madrid nos vamos cada uno a un lado con nuestras familias y no nos veremos en un mes —dice Aura.

—Nos vemos mañana. Os llevo al aeropuerto —les recuerda Hugo poniendo los ojos en blanco.

—Pasadlo bien —dice Aura mirándonos a Hugo y a mí con una sonrisa traviesa.

Subo las escaleras con Hugo, sin mirarnos, pero una vez en la planta superior antes de entrar en nuestras habitaciones él me agarra de la mano, tira de mí con fuerza y me arrastra hasta su cuarto sin decir nada.

Cierra la puerta, echa el pestillo y luego me mira. Sus ojos arden en la penumbra de la habitación, la poca luz que hay es la que entra por el balcón procedente del jardín. No nos molestamos en encender la luz. Nos lanzamos a los brazos del otro, buscamos nuestras bocas y nos fundimos en un intenso beso que nos calienta mucho más que el que nos dimos en la discoteca. Caminamos juntos en dirección a su cama y terminamos ahí mientras nos acariciamos y comenzamos a deshacernos de la ropa con urgencia. Sin embargo, cuando ambos estamos en ropa interior Hugo me susurra:

—Sin prisa, reina. Disfrutémoslo. No nos saltemos los preliminares. —Lo miro temblando, Hugo me besa y murmura sobre mis labios—: Yo te guío, confía en mí.

Me dejo llevar, permito que Hugo tome las riendas y me enseñe de nuevo lo que es hacer el amor. En un breve segundo pasa por mi mente que quizás con esta nueva experiencia pueda

recordar algo de mi pasado, pero lo que Hugo provoca en mí hace que desaparezca todo tipo de pensamiento y me centre en exclusiva en los sentimientos que me envuelven y me llevan directa al placer más exquisito que he sentido jamás.

Sus besos profundos me llevan a otro nivel, sus manos acarician mi cuerpo demostrando toda su experiencia, haciéndome sentir de una forma increíble y reaccionando a cada uno de sus roces.

Gimo sobre su boca al mismo tiempo que alzo las caderas hacia él de una forma involuntaria y salvaje. Necesito una liberación. Un gran fuego en mi interior me consume y siento que solo Hugo puede apagarlo.

Se aparta un poco de mí, me mira con dulzura, me acaricia el rostro y coge un preservativo, se lo coloca bajo mi atenta mirada y se cierne de nuevo sobre mí. Me besa, tantea mi entrada y siento que voy a morir de placer. Entra en mi interior despacio, sin dejar de mirarme a los ojos. Me llena por completo y sentirlo tan unido a mí hace que estalle de emoción. Varias lágrimas corren por mis mejillas sin poder evitarlo.

—¿Estás bien? —se preocupa mirándome con atención.

—Sí. No te detengas —le suplico. Siento que necesito más de lo que me da pese a que lo desconozca.

Hugo se apodera de mis labios, me besa y comienza a moverse, sigo su ritmo a la misma vez que mi corazón se acelera hasta el punto de casi explotar. No deja de besarme y acariciarme mientras ambos llegamos a un orgasmo que nos deja derrumbados y exhaustos en la cama, sin embargo, en ningún momento deja de abrazarme junto a él.

—¿Cómo te sientes? —pregunta con la respiración entrecortada.

Me mantengo abrazada a su pecho, alzo la mirada y clavo mis ojos en los suyos.

—Ha sido increíble —murmuro sintiéndome plena.

—Eres increíble, Olivia —susurra en mi oído, me besa y vuelve a abrazarme.

Nos quedamos dormidos y al amanecer me despierto a su lado. Miro nuestros cuerpos desnudos, entrelazados y me permito observarlo al detalle mientras duerme de forma plácida. Pocas veces lo veo con esa expresión relajada, es guapo hasta dormido, sin tener a la vista sus maravillosos ojos grises. Tiene unos labios muy apetecibles y su cuerpo es una roca con todos sus músculos perfectamente delineados. Me hace sentir en desventaja porque en mi cuerpo no se marca nada, solo los huesos de lo delgada que me quedé en los meses que pasé en coma. He recuperado algo de peso, pero mis amigas insisten en que aún me faltan unos ocho kilos para estar como antes.

Hugo se remueve, entreabre los ojos y me mira. Creo que no me esperaba a su lado, pero de inmediato me dedica una sonrisa, nos admira desnudos y me atrae más hacia su cuerpo. Me besa de nuevo y sé que tiene todas las intenciones de que volvamos a hacer el amor. No pongo

objeción alguna. Lo deseo.

En esta ocasión hacemos el amor de una forma más salvaje, el intenso ritmo que marca Hugo acelera mi respiración y en ocasiones me cuesta seguirlo, pero lo consigo y cuando culminamos en un brutal orgasmo siento que ha sido más intenso que el anterior.

—Está amaneciendo —murmura Hugo tras levantarse de la cama para deshacerse del condón. No vuelve a mi lado de nuevo—. Será mejor que vuelvas a tu habitación. —Tomo sus palabras como un consejo. Salgo de la cama, me coloco el vestido de la noche anterior sin molestarme en ponerme la ropa interior, no sé ni dónde estará, me acerco a él y le doy un breve beso en los labios. Permanece desnudo e impasible delante de mí, una actitud que me desconcierta después de lo atento y cariñoso que ha sido esta noche, pero supongo que estará tenso por si nos pueden descubrir.

Le dirijo una última mirada y salgo de la habitación por la puerta que da acceso al balcón y comunica con mi cuarto.

Me doy una ducha, me cambio de ropa y bajo a desayunar. Siento un hambre voraz.

Como siempre que entro en la cocina Aurora está ahí. Me dirige una sonrisa y una cálida mirada en la que siento, como siempre, mucho amor hacia mí.

—Buenos días —la saludo.

—Olivia, hoy te veo radiante. Ese brillo en tu mirada —aprecia mientras me mira con alegría.

—Dormí bien y tengo hambre —manifiesto agachando un poco la mirada, como si ella pudiese leer en mis ojos lo que sucedió anoche entre Hugo y yo y que esa es la verdadera razón de esta felicidad.

—Tus amigos ya han desayunado, están recogiendo sus cosas —me informa mientras me sirve un zumo y rebanea unas tostadas.

—Me da mucha pena que se vayan —comento con nostalgia. Aun no se han marchado y ya los echo de menos.

—En una semana y media estará aquí tu madre —me recuerda Aurora. Parece mentira que ya haya pasado casi un mes de la boda. Se ha pasado volando.

Cuando estoy terminando mi desayuno Aura y Gala aparecen en la cocina y nos fundimos en abrazos y besos. A través de la ventana veo cómo Fredy mete sus maletas en el coche. Los chicos están fuera y Hugo los abraza.

Acompaño a mis amigas hasta el vehículo, nos despedimos hasta septiembre, pero prometemos hablarnos a diario.

Antes de marcharse Aura me susurra en el oído:

—Me alegro de que anoche recordases y experimentases el sexo. —La miro con los ojos muy abiertos—. Ese aspecto de recién follada, con el brillo en tu mirada y el que luce tu piel no miente. —Me guiña un ojo y se monta en el coche. Baja la ventanilla y dice—: Hablamos, ya nos

cuentas. Te pediremos detalles.

Cuando el coche se aleja me doy media vuelta y miro a Hugo, un poco más alejado de mí. Le sonrío y doy unos pasos en su dirección.

—Creo que tenemos que hablar sobre lo sucedido anoche entre nosotros —murmura un poco serio y distante. Asiento con un gesto de la cabeza—. ¿Bajamos a la playa? —propone con un gesto de la mano, señalando la escalera de la villa que tiene acceso privado al mar.

Hugo comienza a caminar y yo lo sigo. Mientras desciendo por las escaleras admiro el mar azul. Está en calma y es un paisaje maravilloso el que tengo ante mis ojos. Llevo casi un mes en esta villa y es como si lo viese por primera vez, hoy aprecio mucho mejor todo lo que me rodea.

Llegamos junto a la orilla y comenzamos a caminar cerca de ella, sin mojarnos los pies.

Siento a Hugo algo callado. No sabe cómo abordar el tema de lo que pasó anoche entre nosotros, lo cierto es que yo tampoco, por ello dejo que sea él quien tome las riendas ya que considero que está más acostumbrado.

—Bueno, anoche ya experimentaste lo que es volver a tener sexo —comienza a decir. Se para frente a mí y me mira—. Lo hicimos lento y salvaje, para que sepas las dos formas más increíbles de hacerlo —comenta con cierta frialdad, algo que me hace mirarlo con miedo—. ¿Qué sentiste? —pregunta de golpe, dejándome sin saber qué contestar—. ¿Disfrutaste? ¿Te gustó? —me apremia con insistencia ante mi silencio. Me siento turbada. No sé qué pretende.

—Fue perfecto —revelo en un susurro.

—Bien —murmura a la misma vez que asiente con un gesto de la cabeza y se pasea intranquilo delante de mí—. Lo de anoche entre nosotros no se puede volver a repetir —manifiesta de forma tajante, retorciéndose las manos.

—¿Cómo?! —pregunto con sorpresa.

—Olivia, no te hagas ilusiones. No pienso tener nada más contigo. Dijiste que querías saber qué era el sexo porque no lo recordabas y decidí brindarte la experiencia.

—¿No lo puedo creer! —exclamo con los ojos muy abiertos mientras tiemblo ante sus palabras.

—Olivia, no creo en las relaciones más allá de una noche de deseo en la cama —especifica—. Y contigo no pienso repetir, es mejor así —zanja el asunto.

—Eres un hijo de puta —le espeto alterada—. Anoche...

—No esperes nada más de mí —revela con dureza—. El resto del verano nos trataremos como hermanos.

Lo miro en silencio, con ganas de golpearlo, pero me contengo. Intento controlar mis emociones y no llorar delante de él por herirme como lo acaba de hacer.

—Sí espero algo de ti —le indico controlando el temblor de mi voz.

—¿Qué quieres? —inquieta con el ceño fruncido.

—Vete, Hugo —susurro con los ojos cerrados de dolor—. No quiero verte. Después de lo sucedido anoche entre nosotros no puedo mirarte como a un hermano, no soy como tú —escupo casi con asco.

—¿Qué quieres que haga? —inquieta, extrañado.

—Que te largues de esta casa. El resto del verano —añado alzando la voz.

—¿Y si no lo hago? —pregunta con altanería.

—Entonces tendrás que atenerte a las consecuencias. Porque le contaré a mi abuelo lo sucedido anoche entre nosotros —le revelo sintiéndome el ser más vil, pero sé que no puedo hacer otra cosa para alejarlo de mí. Hugo traga con dificultad y me mira de forma desafiante—. No me pongas a prueba. Vete hoy mismo de la isla. Inventa lo que sea —escupo entre dientes. Lo quiero bien lejos de mí.

—Te estás vengando de mí —afirma con voz queda.

—No te creas tan importante. Es solo que no te soporto cerca.

—Olivia... —murmura con voz suplicante.

—Tienes de plazo para marcharte hasta esta noche —lo encaro mirándolo a los ojos con rabia—. De lo contrario vas a descubrir hasta dónde puede llegar esta nueva Olivia —lo amenazo.

—¿Todo esto porque nos acostamos y no quiero nada más contigo? —me reprocha mirándome de una forma hiriente.

—No. Todo esto es por burlarte de mí —le espeto con rabia.

—No me vengas con esas ahora, Olivia. Eras como yo, no te interesaban las relaciones. Te acostabas con los tíos y si te he visto no me acuerdo.

—Lo acabas de decir. Era —enfático—. En estos momentos soy otra mujer y no estoy dispuesta a sentarme contigo a la mesa como si no hubiese pasado nada entre nosotros.

—Joder —maldice, alterado y malhumorado. Revolviéndose el pelo.

—Adiós, Hugo. —Me despido de él. Lo miro por última vez antes de darme media vuelta y encaminarme hacia las escaleras. Echo a correr por ellas, cruzo el jardín como una bala, llego hasta mi habitación y me meto en la cama, donde dejo salir todas las lágrimas contenidas mientras que maldigo haberme hecho una breve ilusión con Hugo tras acostarnos juntos.

El fin del verano

Hace una semana que Hugo se marchó y no sé si lo extraño más que lo odio.

Hoy regresa mi madre y su marido de viaje y no sé si están al tanto de que Hugo no se encuentra en la villa ni regresará más el resto del verano.

Según me dijo mi abuelo, Hugo justificó su marcha a Madrid de forma repentina con ayudar a un amigo con problemas en su negocio. En un principio a mi abuelo no le sentó nada bien, pero en esta semana me he encargado de hacerle saber que sin Hugo en la villa él y yo estamos más unidos y hacemos más planes juntos.

He intentado distraerme con mi abuelo, leyendo y tomando el sol en la villa. He procurado no pensar en Hugo, ni en la noche que pasamos juntos, pero no he podido evitarlo. Hugo se ha colado en mi corazón de una forma que no soy capaz de echarlo de ahí. No recuerdo lo que era estar enamorada de alguien o si alguna vez lo había estado, pero lo que siento por Hugo se asemeja mucho a lo que la gente describe por enamoramiento.

Aura y Gala insistieron en su idea de que entre Hugo y yo hubo sexo aquella noche, pero después de la reacción de Hugo de marcharse decidí no contarle nada a mis amigas. Negué nuestra noche de pasión y como estaban lejos y no podían mirarme a los ojos ni verme derrumbada no pudieron insistir más en ello.

Con la llegada de mi madre siento que el gran dolor que ha provocado Hugo merma un poco. Al tenerla cerca de nuevo compruebo todo lo que la he echado de menos y me doy cuenta de que la quiero mucho más de lo que pensaba.

Mi madre y su marido se van a quedar en la villa hasta finales de agosto, luego tienen que regresar a Madrid porque Rubén debe de preparar la nueva temporada de su programa y mi madre tiene nuevos proyectos profesionales que poner en marcha.

Agradezco que los planes que hace mi madre para cada día me dejen exhausta en la noche y no permitan que ocupe mi mente en Hugo. No puedo evitar pensar dónde y con quién estará. Las chicas no me han hablado de él, llevamos unas semanas que nos comunicamos poco y casi que lo prefiero así. Sé que cuando vuelva a Madrid y tenga que verlo con frecuencia no será fácil.

Cuando mi madre se marcha a la capital me quedo una semana más en la villa con mi abuelo. Quedamos en que regresaremos en el yate en unos días. Mi madre me pide que vuelva con ella, pero lo cierto es que quiero alejar lo máximo posible mi reencuentro con Hugo.

En esta semana que estoy sola con mi abuelo en la isla mi padre me da la sorpresa de venir a visitarme. Durante este tiempo separados hemos hablado mucho por teléfono y por mensajes. Él me ha contado cómo iba el rodaje de su serie y yo sobre mis vacaciones en Formentera.

Noto que entre mi abuelo y mi padre no existe mucha simpatía, se saludan con cordialidad cuando mi padre llega a la villa y cuando le pido a mi abuelo si se puede quedar aquí unos días no siento que le haga mucha ilusión, pero no se niega.

Los tres días que mi padre permanece en la villa mi abuelo está casi desaparecido. Salgo y entro con mi padre y hacemos varias excursiones juntos.

Entro en la cocina y Aurora está terminando de hacer la cena, me mira y pregunta:

—¿Ya se fue tu padre?

—Sí. Cogía el avión en tres horas. —Ella sigue removiendo la comida en silencio mientras que yo me acerco más y le pregunto—: ¿Por qué siento que no le cae muy bien a nadie de esta casa?

—Porque hizo sufrir mucho a tu madre en los dos últimos meses del embarazo cuando se publicaron sus fotos con otra actriz besándose a pleno día en la calle, y luego, cuando naciste, no fue el mejor padre.

—Siento que me quiere —murmuro.

—Querer no lo es todo. Es estar cuando se necesita, la dedicación y la preocupación.

—Quizás su trabajo se lo impidió —trato de excusarlo.

—Chantajeó a tu madre contigo, con quitarle la custodia si se separaban. Pero a Irene nada la paró. Siempre tuvo a don Emilio apoyándola.

—¿Qué sucedió luego? —pregunto con temor.

—Tu padre tuvo que conformarse con las visitas que dictó el juez para verte. Con los años lo aceptó y las peleas entre él y tu madre cesaron.

—Entiendo, ambos me querían con él todo el tiempo —comento, pensativa.

—Las separaciones son difíciles y por desgracias los hijos terminan pagando los errores de sus padres —dice Aurora.

—Última noche en la villa —nos interrumpe Fredy entrando en la cocina—. ¿Siento nostalgia por aquí? —pregunta mirándome con atención.

—Un poco. Esta casa es maravillosa. —Lo cierto es que me quedaría a vivir aquí.

—En la de Madrid no te falta de nada —me indica Aurora.

—Sin embargo, me sobran muchas —murmuro con congoja—. Buenas noches —me despido de ellos.

—¿No vas a cenar? —pregunta Aurora.

—Piqué algo fuera con mi padre. Estoy cansada y solo me apetece dormir —les miento. Lo cierto es que pensar en que mañana veré a Hugo me tiene alterada y con el estómago cerrado.

Entro en la casa de Madrid y percibo la misma sensación que cuando la pisé por primera vez tras salir del hospital, que yo no pertenezco a este lugar donde el lujo y la riqueza rebozan por todas partes.

Mi madre nos recibe en cuanto el chófer de mi abuelo para el coche delante de la casa. Baja los escalones y me abraza como si hiciese años que no me ve. Me gustan sus abrazos y sus besos, percibo que me quiere muchísimo y ello me ayuda a que mi oscuro mundo sea un poco mejor. No logro que el hecho de no recordar mi pasado no me atormente cada día. Mi abuelo no deja de repetirme que tengo que olvidarme de la Olivia que era y centrarme en esta nueva, con las metas y los propósitos que me proponga.

Subo a mi habitación y comienzo a deshacer mi maleta, no he podido evitar mirar la puerta de enfrente de mi cuarto, pero estaba cerrada y no le pregunté a mi madre por Hugo.

Cuando bajo a cenar, mi madre y su marido han insistido en ello, me entero que tenemos un invitado. Y yo con estas pintas, pienso. Llevo el pelo mojado y un simple vestido camiseta, pensé que cenaríamos en familia e informal.

Para mi sorpresa, mi abuelo también se une a la cena pese a que dijo que estaba muy cansado del viaje. Debe de ser muy importante el invitado que venga esta noche para estar toda la familia al completo, pero pienso que mi madre debía de haberme avisado.

—Ya está aquí —dice Rubén cuando escucha entrar un coche en la propiedad.

Él y mi madre se dirigen hacia la puerta mientras que yo me quedo un poco más atrás.

El tono de una voz que me es familiar hace que mi corazón dé un vuelco por completo y siento un enorme escalofrío.

—Trabajar duro te ha sentado bien —le indica Rubén a su hijo palmeándole la espalda con fuerza.

Hugo lleva el pelo más corto y el traje de chaqueta que lleva puesto logra impresionarme. Parece mayor, más formal, y no el niño que me dejó tras acostarse conmigo y marcharse para continuar su verano loco de tía en tía.

Luego mi madre abraza a Hugo, le da la enhorabuena, y posteriormente lo hace mi abuelo. No entiendo por qué todos lo felicitan, parece que venga de una guerra tras un acto heroico.

Finalmente, Hugo y yo cruzamos nuestras miradas y parece que ninguno esperaba encontrar al otro ahí y no sabemos cómo reaccionar. Es él quién da un paso en mi dirección y se acerca para darme un beso en la mejilla. No le correspondo, pero procuro que no lo vean nuestros padres.

Nos dirigimos al comedor y tomamos asiento, por mucho que lo intento, acabo sentada al lado

de Hugo. Mi abuelo siempre encabeza la mesa y mi madre se sienta a su derecha y yo a su izquierda. Rubén se sienta al lado de mi madre y Hugo al mío.

—Hijo, estamos muy orgullosos de ti —lo felicita mi abuelo—. Tu padre me contó que tu amigo salvó su negocio gracias a ti y ahora te llueven las ofertas de trabajo para empezar tu futuro laboral. No te preocupes, te haré una oferta que no podrás rechazar —le indica con una sonrisa y un guiño del ojo.

—No han sido unas semanas fáciles, apenas he visto la luz del sol —dice Hugo.

—Pasar todo este tiempo encerrado entre cuatro paredes ha tenido su recompensa. Has descubierto el fraude que el socio del padre de tu amigo le estaba haciendo a la empresa, has saneado el negocio y tu amigo está al frente —enumera su padre con orgullo.

—Y has ganado mucho dinero en tu primer trabajo de verdad —dice mi madre.

—Sí —afirma Hugo.

—Tienes que invitarnos a tu casa, hijo —comenta su padre. Levanto los ojos y los clavo en Hugo.

—Aún no está todo. Prepararé una comida cuando me lleguen los muebles, por ahora solo tengo la cocina y la cama —anuncia.

—Hugo ha alquilado un ático en el centro de Madrid. Hace una semana que se mudó allí —revela su padre al mismo tiempo que siento una gran decepción. Debería sentirme eufórica de alegría por no convivir más con él bajo el mismo techo, pero no es así y no lo entiendo.

—Muchacho, en una semana te quiero en mi despacho. Empezarás a trabajar para mí —le recuerda mi abuelo.

—Ahí estaré, Emilio. Sé muy bien que lo que voy a aprender a tu lado y en tu empresa no lo voy a encontrar en ningún otro lado.

Miro de soslayo a Hugo y estoy a punto de desistir en mi idea de comenzar a trabajar en la empresa de mi abuelo, pero decido comportarme como una mujer adulta y dejar de huir de él. Tengo que superar lo que pasó entre nosotros, parar de pensar en Hugo y conocer a otros hombres.

—El mes de septiembre este año promete. Mi programa comienza con grandes novedades que me tienen ilusionado, tu madre tiene entre manos proyectos muy importantes y tú, hijo mío, cumples veinticinco años y vas a comenzar a trabajar en la empresa de mi suegro. Estoy muy feliz, propongo un brindis —dice Rubén.

Mientras el marido de mi madre rellana todas nuestras copas con vino me siento en desventaja por no tener proyectos en mi vida ni que estos sean dignos de mencionar en esta mesa.

—Hija, estás muy callada esta noche —aprecia mi madre.

Intento relajar los hombros y abandonar la rigidez que siento, fuerzo una sonrisa y alzo mi mano con la copa de vino llena en ella.

—Creo que la vida de todos va a cambiar mucho el próximo mes —comento y por primera vez siento que Hugo clava su mirada en la mía y ambos nos desafiamos con ella.

Bridamos mientras siento que la vida de todas las personas que estamos a la mesa va a sufrir grandes cambios.

Tras la cena Hugo no se queda a tomarse una copa como le sugiere su padre y mi abuelo.

—Lo siento, mañana me voy de viaje tres días. Necesito desconectar y relajarme —se excusa.

—Me parece muy bien que te incorpores a tu nuevo trabajo con las energías renovadas —lo despide mi abuelo.

Hugo se marcha y yo tampoco me quedo a tomar nada en el salón. Manifiesto que me duele un poco la cabeza y me marchó a mi habitación. Necesito estar sola y digerir todo lo sucedido en la cena.

Los tres días siguientes los paso reunida con mi abuelo, me explica el funcionamiento de su empresa y le sorprende que me apasione tanto toda su gestión. Mi abuelo aún no me ha indicado en que puesto me va a ubicar, pero no me importa el que sea, me lo voy a tomar como una gran oportunidad y una vía de escape a todo lo que en estos momentos atormenta mi mente.

En estos días no he podido evitar pensar dónde estará Hugo y con quién. No se lo he preguntado a las chicas de forma directa y como tampoco nos hemos visto no ha surgido el tema.

Hoy he quedado con ellas, por fin estamos todos en Madrid para comenzar de nuevo la rutina. Tenemos reservado para comer en un restaurante en el centro. El chófer de mi abuelo me lleva hasta allí y cuando me abrazo a Gala y a Aura siento una felicidad enorme. Mientras nos preparan nuestra mesa nos tomamos un refresco en la terraza del restaurante, hace un día soleado maravilloso.

Gala y Aura están ilusionadas porque este es su último año en la universidad, se interesan por mis planes de cara a un futuro y les revelo que voy a trabajar en la empresa de mi abuelo. Ambas se quedan calladas, se miran y finalmente Aura dice:

—¿Con Hugo?

—Con él no, en la empresa de mi abuelo —les repito de nuevo enfatizando estas últimas palabras—. Está claro que yo no podré llevar a cabo las funciones que vaya a realizar Hugo porque me faltan estudios —justifico.

—¿Qué pasó entre vosotros? —inquire Gala deshaciéndose de sus gafas de sol y mirándome directamente a los ojos.

—Nada.

—Vamos, Olivia. Os vimos besándoos, y cuando Hugo besa a una tía no se queda ahí. Pero él

volvió de Formentera al día siguiente y eso nos tiene muy preocupadas —manifiesta Gala.

—Se marchó para ayudar a un amigo —justifico.

—Marc le hizo esa propuesta tras la boda de vuestros padres y la declinó. Hugo quería su último verano. ¿Por qué volvió? —pregunta Aura con interés.

Me quedo en silencio asimilando esa información que yo no manejaba.

—Nos acostamos y ambos nos dimos cuenta de que fue un error. Decidimos pasar el resto del verano cada uno por un lado —miento.

—¡Joder! Lo sabía —dice Aura alzando la voz—. Conozco a Hugo y jamás lo he visto mirar a una tía como te miraba a ti.

—Supongo que le pudo el morbo de estar conmigo por el simple hecho de que sabía que yo no recordaba lo que era el sexo —intento justificar.

—Hugo se ha acostado con muchas mujeres y nunca ha huido de ellas. Tú eres diferente —recalca Aura.

Me reservo el dato de que fui yo la que lo obligó a huir chantajeándolo con mi abuelo.

—Por supuesto, soy la hija de la mujer de su padre —les recuerdo a mis amigas.

Ambas se quedan en silencio como si la información que les he dado la conociesen por primera vez, se miran y se encogen de hombros tras beber de sus copas.

—Puede ser —murmura Gala, pensativa.

—Ya lo comprobaremos. Ahí están los chicos —anuncia Aura.

Alzo la cabeza, ya que desconocía que fuésemos a ser más en la comida y veo como se acercan a nosotras Gael, Izan y Hugo.

—Siempre celebramos el final del verano con una comida en Madrid todos juntos —anuncia Aura a la misma vez que yo la miro acusándola por no haberme dicho que ellos también vendrían.

Un mes que promete

Por la cara de Hugo cuando se acerca a nosotras deduzco que tampoco sabía nada de mi presencia. Me saluda como a Aura y Gala y luego se me queda mirando de arriba abajo, siento que me repasa con descaro. He escogido una mini falda vaquera con una camiseta negra y unas zapatillas de deportes blancas.

—La mesa está lista —nos informa un camarero.

Pasamos al restaurante y antes de sentarnos Hugo le indica al camarero:

—Por favor, ponga otro lugar más en la mesa.

Mis alertas se despliegan y estoy segura de que Ariadna llegará de un momento a otro. Tomo una bocanada de aire e intento relajarme mientras pienso que no tendría que haber venido a esta comida.

No han pasado ni cinco minutos que nos hemos sentado en la mesa cuando se acerca una mujer rubia, de ojos azules, muy guapa, saluda a Hugo con bastante efusividad y él nos la presenta:

—Ella es Abigail —no dice nada más. Cuando llega mi turno especifica—: Ella es mi hermana, Olivia.

Lo miro seria y con frialdad, ahora soy su hermana. Fuerzo una sonrisa, asiento a la tal Abigail y cuando veo que se sienta a la mesa con nosotros, al lado de Hugo, tengo ganas de salir corriendo. Sin embargo, me recuerdo que debo comportarme como una adulta y no como una niña, me centro en el resto de mis amigos, a los que hace mucho que no veo y decido ignorar a Hugo y a su amiguita.

Por lo que escucho mientras comemos se han conocido trabajando en la empresa a la que Hugo ha ayudado este verano y ha sacado a flote, aún me parece increíble que un recién salido de la universidad haya hecho eso, pero bueno, tendré que aceptarlo.

Hugo y Abigail se pasan toda la comida hablando entre ellos, dedicándose sonrisitas tontas y susurrándose palabras al oído. Tengo que hacer grandes esfuerzos por no abandonar la mesa, ese capullo se ha metido en mi corazón y me interesa más de lo que yo pensaba.

Tras los postres Izan propone seguir la sobremesa en una terraza de un bar, se encuentra en la azotea de un edificio y lo cierto es que las vistas son increíbles. Allí pasamos gran parte de la tarde. Mis amigas me animan a beberme una margarita y acepto, la encuentro tan rica que me

pido otra. En ese lugar nos encontramos con más gente que supuestamente conozco, pero no recuerdo, sin embargo, Aura y Gala se encargan de presentarme a esas personas.

Voy al baño y cuando regreso a mi mesa Gon me intercepta e intenta saludarme. En cuanto lo veo me pongo alerta y algo nerviosa.

—Qué de tiempo, Olivia. Estás fantástica, mejor que nunca, diría yo. ¿Te tomas algo conmigo? Creo que la última vez no tuvimos el mejor reencuentro.

—Déjala —escucho la voz seria de Hugo a mi lado.

—No creo que sea buena idea, estoy con mis amigos —le indico a Gon.

Hugo se coloca a mi lado cuando doy media vuelta y siento su mano en el bajo de mi espalda.

—Sé defenderme sola. No te necesito, hermanito. Ahora resulta que somos hermanos —le reprocho entre dientes. Me alejo de su lado y cuando llego junto a Aura le doy un sorbo a su copa, necesito algo fresco.

Cuando cae la noche los chicos proponen ir a una discoteca.

—Yo no voy —dice Hugo de inmediato. La rubia que no se ha separado de él supongo que tampoco viene.

—Yo sigo la fiesta —les indico a mis amigas.

Hugo se dirige a mi lado y me susurra en el oído:

—¿Cómo piensas volver a casa?

—Llamaré al chófer de mi abuelo —le contesto.

—Es de noche, recuerda tus miedos en la carretera —dice Hugo.

—Eso ya ha pasado —le miento, mirándolo de frente. No quiero compartir ni un solo secreto de mi vida con él.

Hugo me mira serio, no sé si me cree o no, asiente, se despide de todos y se marcha.

Me voy con el resto de mis amigos al reservado de una discoteca y continuamos bebiendo y bailando, lo cierto es que me lo estoy pasando muy bien. Me digo a mí misma que tengo que salir más para olvidarme de Hugo.

Gala me presenta a un amigo, obvio no lo recuerdo, y Flavio me cae muy bien, bailamos juntos y termina besándome. Cuando siento sus labios sobre los míos le correspondo, pero de inmediato no puedo dejar de compararlo con Hugo y sale en clara desventaja.

Me acerco a la barra a por otra bebida y una mano tira de mí y dice:

—Hora de irte a casa. —Cuando veo que se trata de Hugo lo miro con sorpresa. Hacía algunas horas que se había marchado y no pensaba verlo más.

—¿Qué haces aquí de nuevo? —le pregunto en forma de reproche.

—Evitar que cometas más tonterías. Ya has bebido demasiado y te estás liando con un tío que no conoces —argumenta como si esto él no lo hubiese hecho nunca.

—No, no. No lo recuerdo. Es diferente —especifico alzando mi dedo, estoy un poco

achispada.

—Me da igual. He dicho que nos vamos —ordena en tono mandón.

Me coge de la mano y tira de mí en dirección a la salida. Cuando pasamos por el lado de Aura le dice:

—Me la llevo, le pondré un mensaje a su madre que se queda contigo.

Mi amiga asiente y nos dice adiós con un gesto de la mano.

—¿Por qué has vuelto? —le pregunto arrastrando las palabras una vez en el exterior de la discoteca.

—Para evitar que cometas una estupidez de la que te arrepientas mañana —brama dando un sonoro portazo cuando me mete en el coche. Arranca y de inmediato cierro los ojos—. ¿No era que ya habías superado los miedos? —pregunta con cierto tono molesto.

—Tengo sueño, capullo. —Me giro, me acurruco en el asiento y le doy la espalda.

En mitad del trayecto tengo que pedirle que pare el coche. Hugo lo hace de inmediato, pero, en esta ocasión, no es por los miedos a la carretera de noche, sino porque siento unas ganas horribles de vomitar.

Salgo del coche y vacío mi estómago. Siento a Hugo a mi lado y me siento tan mal que quiero morirme. No me dice nada, algo que me sorprende, me ayuda a volver a su coche y lo pone en marcha mientras murmura con cierto tono de paciencia que me sorprende:

—Ya queda poco.

Cuando el vehículo se para abro los ojos y lejos de encontrarme en mi casa observo un amplio garaje subterráneo lleno de coches.

—¿Dónde estamos? —pregunto de golpe.

—En mi casa, no querrás que te lleve a la tuya así. Era previsible que terminases así teniendo en cuenta lo que has bebido hoy —argumenta saliendo del vehículo con tono molesto. Me abre la puerta y dice—: Tu abuelo me mataría si te ve en este estado.

—Mi abuelo —susurro. Al poner los pies en el suelo me tambaleo, todo me da vueltas. Hugo me agarra con fuerza por la cintura, intento que me suelte, pero no tengo estabilidad. Estar de nuevo abrazada a su cuerpo me abruma.

Nos montamos en el ascensor y cuando abre la puerta de su ático lo veo vacío.

—Los muebles llegan la próxima semana, pero tranquila, tengo cama, que es lo que necesitas en estos momentos —dice.

Nos adentramos hasta su habitación y allí descubro un enorme colchón. Las sábanas están mal colocadas y arrugadas.

—No me voy a meter en esa cama donde probablemente te habrás acostado con Abigail —argumento mirándolo con asco.

—No me he acostado con ella en esta cama. Para tu información eres la primera mujer que

pisa esta habitación —revela, crispado—. Hoy no me dio tiempo de ordenar el cuarto ni de hacer la cama. La señora de la limpieza no viene hasta el lunes.

Medito su información y lo miro seria, no sé si creerlo o no, pero finalmente decido hacerlo ya que no puedo mantenerme más tiempo en pie. Su cama me tienta demasiado.

Hugo me ayuda a recostarme, me quita los zapatos y me pregunta:

—¿Necesitas algo?

—Sí, que te vayas. Desaparezcas. Pero no solo de la faz de la tierra, sino también de mi corazón —murmuro con pesar. Cierro los ojos y me adentro en un profundo sueño.

Abro los ojos y me encuentro abrazada al pecho desnudo de Hugo. Me sobresalto, me siento en la cama de golpe y miro a nuestro alrededor. Yo estoy vestida, pero él solo lleva unos calzoncillos negros.

—¿Qué ha pasado? —pregunto alarmada, mirándolo descompuesta.

—No ha pasado nada, tranquila —murmura incorporándose y mirándome a los ojos—. Coincidirás conmigo que no podía llevarte a casa en el estado que estabas anoche.

—No recuerdo mucho —murmuro llevándome las manos a la cabeza. Me duele.

—Tranquila, resaca de novata. Pasará con un analgésico —dice Hugo mirándome con atención—. Puedo ofrecerte un café y algo de comer.

—Vale —acepto mientras paseo la mirada por su habitación. Es muy grande.

—¿El baño? —le pregunto antes de salir de la cama. Doy por hecho que hemos dormido juntos, pero no hago referencia a ello.

—Esa puerta del fondo. Hay otro en el pasillo, pero aún no está listo para usar.

Salgo de la cama y entro en el baño de la habitación. Es grande y lo encuentro decorado con gusto. Tiene una enorme ducha y al verla tengo ganas de entrar, pero recuerdo que no tengo ropa ni puedo abusar de esta forma de Hugo.

Salgo a la habitación y él ya no está ahí, camino descalza hasta la cocina y lo encuentro preparando café y unas tostadas como un perfecto anfitrión.

—No tengo mesa. Tendremos que desayunar sentados en el suelo —me informa.

Lo ayudo con las tostadas y los cafés, los colocamos en una bandeja en el suelo y nos sentamos.

Hugo se ha puesto una camiseta y un pantalón de chándal, también va descalzo como yo, nos sentamos uno frente al otro y removemos la taza de café en silencio.

—Es muy grande y luminoso tu ático —murmuro sin mirarlo a los ojos.

—Sí. Me lo han alquilado a muy buen precio.

—Gracias por el café, y por traerme a tu casa —termino por agradecerle.

Hugo solo asiente dándole un sorbo a su café mientras me mira con atención.

—¿Ya me has perdonado? —inquire. Su pregunta me deja descolocada—. Desde que me fui de Formentera no me has hablado. Te puse un par de mensajes que no me contestaste y cuando nos hemos visto has sido muy distante conmigo —relata.

—Mejor no hablemos del tema, olvidémoslo —le propongo.

—¿Podrás? —pregunta mirándome a los ojos de forma directa.

—¿Lo has hecho tú? —le pregunto.

—Ya te lo expliqué, Olivia. No me gustan las ataduras y todo entre tú y yo es complicado por nuestras familias.

—¿Y si no fuese tu hermanastra? —pregunto con interés.

—Mejor no pensarlo.

—¿Qué te asusta? —me atrevo a preguntar. Hugo suelta una carcajada y yo me quedo mirándolo, seria.

—Tengo muy claro mis preferencias en esta vida. Tener una pareja estable está muy lejos de todo lo que tengo en mente en estos momentos. No quiero que nadie me distraiga de mis planes —argumenta.

Asiento en silencio. Hugo me mira y murmura:

—Olivia, contigo pasé una de las mejores noches de mi vida, es por ello por lo que no quiero repetir.

Lo miro de nuevo en silencio sin entenderlo. Hugo se aproxima a mí, nuestros labios se rozan, pero cuando va a profundizar el beso no lo dejo. Me levanto, me dirijo a la habitación y comienzo a colocarme las zapatillas de deportes. Busco mi móvil y cuando voy a llamar al chófer de mi abuelo Hugo aparece y dice:

—Yo te llevo.

Acepto porque sé que le diré a mi abuelo que no me ha recogido en casa de mis amigas y no quiero dar explicaciones. Hacemos todo el camino sin decir una sola palabra, es evidente que cierta incomodidad nos acecha a ambos. Yo me remuevo en el asiento del copiloto y Hugo mira mil veces por los espejos retrovisores.

Llegamos a casa y me dirijo directamente a mi habitación, me meto en la ducha y bajo al jardín a tomar un poco de sol, para mi sorpresa, Hugo aún no se ha marchado. Se baña en la piscina con su padre mientras mi madre está en una tumbona y mi abuelo prepara unas bebidas.

Le doy un beso a mi madre y a mi abuelo y me siento junto a ellos.

—Tenemos comida familiar, cariño. Le hemos pedido a Hugo que se quede porque tenemos una noticia que daros —anuncia mi madre con efusividad.

Hugo sale del agua, se seca el cuerpo con una toalla mientras lo miro con atención y me pregunto si sabrá cuál es la noticia que nos tienen que dar.

Nos tomamos unas granizadas que mi abuelo ha preparado y este dice:

—Ya estamos todos. ¿Hace falta esperar a la comida para que nos deis esa gran noticia que nos tenéis que decir en familia?

Mi madre y su marido se miran sonrientes, muy cómplices. Él termina de secarse el cuerpo, se coloca una camiseta y se sienta junto a su esposa.

—Dilo tú, cariño —anima a mi madre mientras todos los miramos expectantes.

—Bueno... es algo que no esperábamos, pero ha sucedido —comienza a decir—. Vamos a tener un hijo —anuncia de golpe.

Hugo y yo nos miramos con los ojos muy abiertos.

—¿Un bebé? —balbucea Hugo con la cara blanca.

—Sí, hijo. No formaba parte de nuestros planes, pero estamos muy felices. Vais a tener un hermanito —dice Rubén.

Miro a Hugo sintiendo que ahora voy a compartir con él algo más que a nuestros padres, un hermano.

—Hija, me haces tan feliz... —dice mi abuelo muy emocionado. Se abraza a mi madre y luego a Rubén mientras que Hugo y yo permanecemos como si nos hubiese echado un jarro de agua helada.

Un nuevo miembro en la familia

—Un hermano a los veinticinco años —murmura Hugo a modo de queja. Su padre lo mira, se encoge de hombros y hace un gesto de disculpa—. Supongo que debo daros la enhorabuena si esta noticia os hace felices. Pero no contéis conmigo para cambiar pañales, soy alérgico a los bebés —comenta con desgana.

—Ya cambiarás de idea cuando lo tengas entre tus brazos —dice mi madre, feliz.

Hugo felicita a ambos por educación, salta a la vista que la noticia le molesta más que le agrada, y luego lo hago yo. El anuncio me ha dejado tan desconcertada que no sé si me gusta o me disgusta el hecho de tener un hermanito a mi edad.

—Voy a cambiarme —dice Rubén, tiene el bañador mojado.

—Yo voy a poner a enfriar una buena botella de champán. Hay que brindar —alza la voz mi abuelo con alegría.

Mi madre acompaña a mi abuelo mientras que Hugo y yo nos quedamos parados frente a la piscina, cada uno sumido en nuestros propios pensamientos.

—Toda la vida dándome la chapa con el sexo seguro y ahora deja embarazada a su mujer —murmura Hugo—. Joder, que tienen cuarenta y tantos años ambos. Vamos a parecer los padres del niño —comenta en tono de enfado.

—Es la vida de ellos, no debemos meternos —le indico.

—Pues mi padre no ha parado en todos estos años de meterse en la mía. No sabes las veces que he soñado en cumplir los veinticinco y marcharme de casa —ladra de mal humor.

—Pues haberte largado.

—No podía. El testamento de mi madre decía que todo su dinero, invertido en acciones, llegaría a mí cumplido los veinticinco años cuando tuviese una carrera terminada, y tenía que convivir con mi padre hasta ese momento.

—¿Qué edad tenías cuando murió tu madre? —me intereso.

—Catorce años. No me gustaban mucho los estudios y ya me habían expulsado en un par de ocasiones del colegio.

—Dejó el testamento y las cláusulas a posta.

—Sí. Padecía un cáncer desde hacía tres años cuando murió. No lo superó —revela con rabia.

—Lo siento.

—Al menos esta noticia llega cuando ya me he marchado de casa. No tendré que soportar los llantos de un bebé.

—Ahora ya puedes hacer lo que siempre soñaste —comento mirándolo a los ojos.

—No creas. En el camino siempre encuentras obstáculos y yo tropecé con uno bastante pesado con el que nunca conté —revela mirándome a los ojos.

—Seguro que sabrás deshacerte de él.

—En ello estoy, pero he de admitir que me está costando más de lo que imaginé.

Nos miramos a los ojos, siento una fuerte corriente eléctrica recorrerme todo el cuerpo y nos alejamos un poco.

—Voy a cambiarme —dice Hugo.

Se da media vuelta y se marcha a la que sigue siendo su habitación en esta casa.

Almorzamos todos juntos, en familia, incluso Aurora y Fredy se sientan a celebrar con nosotros la llegada del nuevo miembro a la familia y brindamos con champán.

Veo a mi madre y a su marido felices, junto con mi abuelo, y yo misma me animo con la llegada del bebé. Mi madre nos hace saber que dentro de siete meses llegará nuestro hermanito.

Hugo permanece en silencio toda la comida, lo siento incómodo, pero no le digo nada más. Supongo que tiene que asimilar la noticia.

El día siguiente lo paso reunida con mi abuelo explicándome nuevamente el funcionamiento de su empresa. Incluso me lleva hasta el gran edificio donde la tiene y me enseña cada departamento y me presenta al personal. A todos les dice que pronto trabajaré ahí, pero ni siquiera a mí me revela el puesto.

El día antes de comenzar a trabajar, mi abuelo me ha impuesto solo un horario de mañana, mi madre insiste en salir de compras. Según ella la ropa que tengo es la de una chica para salir de fiestas e ir a la universidad, para trabajar en la empresa de mi abuelo necesito ir vestida más formal. Me dejo aconsejar y pasamos un día en el que compramos un montón de faldas más largas de las que tengo, chaquetas, camisas y botas de tacón.

Cuando pasamos por un escaparate de ropas de bebés mi madre no puede reprimir pararse en este, se toca la barriga y dice:

—Tengo ganas de saber el sexo del bebé para comenzar a comprar cosas.

—¿Qué prefieres? —pregunto con interés.

—Rubén y yo coincidimos en que queremos un niño.

—Me gustaría tener un hermanito.

—Será fantástico criarlo con tu ayuda —murmura mi madre abrazándome.

La noche antes de incorporarme a trabajar estoy nerviosa, pero al mismo tiempo ilusionada y

con unas ganas enormes de que mi vida comience a tomar un rumbo en una clara dirección. Continúo sin recordar nada de mi pasado, pero necesito crear nuevos recuerdos a los que aferrarme y continuar viviendo. Cada día que pasa pierdo las esperanzas de volver a recordar.

Mi madre me aconseja que en mi primer día de trabajo me ponga unos vaqueros, una chaqueta azul marina y un top blanco, los zapatos me decido por unos botines en color camel. Me arreglo el pelo con esmero y me maquillo un poco como me ha enseñado mi madre. Cuando me miro al espejo casi no me reconozco. Parezco mayor, una ejecutiva de verdad. Cojo mi bolso y bajo las escaleras, llegaré a la empresa con mi abuelo por insistencia suya.

Pongo un pie en el salón y mi abuelo ya me espera ahí. Va vestido de forma impoluta con un traje de chaqueta oscuro, camisa blanca y corbata gris oscura.

—Olivia, estás increíble —murmura nada más verme.

—Gracias, abuelo, no quería decepcionarte.

—Nunca, mi vida. Tú eres perfecta y siempre me sentiré el abuelo más afortunado por tenerte. ¿Nos vamos? —pregunta.

—¿No desayunamos?

—Lo haremos en la oficina —me indica.

El chófer nos espera y nos lleva hasta el edificio De la Fuente, la naviera más importante de España. Tiene su sede principal en Madrid, pero mi abuelo viaja también mucho a La Coruña, Valencia y Andalucía, donde también tiene otras sedes de su empresa.

Una vez llegamos al gran edificio nos dirigimos al despacho de mi abuelo, él mira su agenda, levanta el teléfono y le indica a su secretaria:

—Hazlo pasar.

La puerta se abre y cuando veo entrar a Hugo perfectamente vestido y peinado me quedo en *shock*. No lo esperaba. Él me mira también asombrado mientras que mi abuelo se interpone entre nosotros, nos sonríe y dice:

—Bienvenidos a la empresa. Ambos empezáis a trabajar hoy para mí y no puedo sentirme más feliz ni orgulloso. —Hugo me mira mientras yo suspiro—. Hugo, comenzarás a trabajar codo con codo conmigo, me hace falta una mano derecha y esa vas a ser tú. He habilitado un despacho aquí cerca del mío —especifica mientras que yo espero la función que me vaya a otorgar—. Olivia, tú vas a ser la secretaria personal de Hugo —anuncia para mi gran sorpresa.

—¿Su secretaria? —pregunto con un hilo de voz. Jamás pensé que pudiese trabajar cerca de Hugo. Creí que mis conocimientos no tendrían que ver nada con lo que él pudiese llegar a desarrollar.

—Sí, cariño. No pasamos por buenos momentos —anuncia mi abuelo mientras nos indica a Hugo y a mí que nos sentemos frente a él—. He tenido que despedir a mi mano derecha porque descubrí que me traicionó en varios proyectos, por ello he tomado la decisión de formaros a

vosotros. Os necesito a ambos cerca, codo con codo, os pido vuestra ayuda ya que habrá temas que solo podremos tratar nosotros. Tengo que seguir investigando si hay alguien más implicado en la empresa. Por ahora solo confío en nosotros tres y en mi secretaria. Ella jamás me traicionaría porque me debe la vida de su hijo, le pagué un tratamiento que lo salvó. ¿Qué me decís? —pregunta mientras nos mira a los dos.

—Puedes contar conmigo, Emilio —manifiesta Hugo de inmediato.

—¿Y tú, Olivia? —insiste mi abuelo ante mi silencio tras responder Hugo.

—No... no sé si vaya a estar a la altura. Puede que Hugo necesite a alguien a su lado con más experiencia y yo le resulte ineficaz —manifiesto mirando a Hugo. Él sonríe y sé que ha captado la doble intención de mis palabras.

—Creo que Hugo es un hombre tan inteligente que no te dejaría escapar. Vas a ser la secretaria perfecta. Podrá confiar todo en ti. Trabajaremos los tres aquí y en casa, ya que habrá temas que solo trataremos nosotros —especifica.

Ante la gravedad por la que creo que pasa la empresa de mi abuelo y su necesidad de ayuda y nuestro apoyo no me atrevo a decir que no. Siento que mi abuelo me ha dado tanto que ahora que me pide algo no me puedo negar pese a que ello implique trabajar todos los días junto a Hugo.

—Cuenta conmigo —murmuro finalmente.

Mi abuelo esboza una amplia sonrisa mientras nos mira a Hugo y a mí.

—No esperaba menos de vosotros. Olivia, tú también tienes un despacho para ti, al lado del de Hugo —especifica—. Ahora os invito a que vayáis a conocer vuestro lugar de trabajo y Mercedes, mi secretaria, os entregará un teléfono de trabajo para cada uno, un portátil y una tablet. Yo tengo una reunión fuera. Nos vemos mañana aquí de nuevo. Hoy mi secretaria os pondrá al tanto del funcionamiento de los programas y la agenda de la empresa.

Mi abuelo nos acompaña a la puerta y deja que descubramos nuestros despachos. De camino a ellos, Hugo murmura:

—Mi secretaria. —Mueve la cabeza y muestra una sonrisa en sus labios.

—Ni pienses que voy a estar a tus órdenes —le indico.

—Ya has escuchado a tu abuelo —me recuerda con cierto tono burlón que no me gusta nada.

—Dudo que tú tengas algo de lo que pueda aprender —suelto con rabia, dejándome llevar por los recuerdos entre nosotros.

—Te sorprenderías. Puedo enseñarte muchas cosas, pero cada vez se nos complica todo mucho más. Ahora vamos a tener un hermanito.

—¿No te alegras del nuevo miembro de la familia? —inquiero mientras entramos en su despacho de forma despreocupada, creo que ninguno de los dos tenemos ilusión alguna por descubrir nuestro nuevo lugar de trabajo.

—Lo siento si no di botes de alegría, pero no me lo esperaba. ¿Tú sí?

—Yo ya no sé qué esperar en esta vida —le suelto de frente, nos sostenemos las miradas de una forma intensa y la tensión solo se rompe cuando nos interrumpe Mercedes.

—Bienvenidos —nos dice. Nos indica que en nuestras mesas tenemos nuestros nuevos dispositivos de trabajo y que ella estará encantada de ponerlos en funcionamiento con nosotros.

Entro en mi despacho, es amplio y lujoso. Creo que solo una secretaria que sea la nieta del dueño contaría con uno así, sin embargo, pienso que la intención de mi abuelo es tratarnos de igual a igual a Hugo y a mí. Su despacho es idéntico al mío y me sorprende que estén conectados en el interior por una puerta.

Pasamos casi dos horas con la secretaria de mi abuelo, es una mujer de unos cuarenta y tantos años, amable, simpática y muy eficaz.

—¿Habéis desayunado? —nos pregunta, son casi las once de la mañana.

—Solo un café —dice Hugo.

—Yo nada.

—Pues podemos hacer un receso y volver en una hora —propone y se marcha del despacho de Hugo donde hemos permanecidos reunidos.

—¿Vamos a desayunar? —pregunta Hugo.

Estoy a punto de decirle que no, pero no tendría sentido continuar relegando de él cuando vamos a tener que trabajar todos los días juntos.

—Sí. ¿Conoces algún sitio? —le pregunto.

—Enfrente del edificio hay una cafetería muy buena.

Nos encaminamos hacia el ascensor y bajamos en silencio, sin decir nada. Hugo se siente tan incómodo en esta nueva situación que no sabe cómo manejarla y es algo que me divierte porque un hombre como él parece que siempre lo ha tenido todo bajo control con respecto a las mujeres, sin embargo, conmigo las cosas son diferentes por el hecho de que somos familia y no quiere decepcionar bajo ningún concepto a mi abuelo ya que aspira a ser su sucesor en esta empresa.

—Otra sorpresa de septiembre —murmuro mientras esperamos los cafés y tostadas que hemos pedido—. No esperaba que mi abuelo nos pusiese a trabajar juntos —digo por fin en voz alta.

—Yo tampoco —admite—. No sé qué será lo próximo. Entre el nuevo miembro de la familia y esto de trabajar juntos mi límite de sorpresas está cubierto por mucho tiempo.

—¿Qué piensas de trabajar juntos? —pregunto.

—Poco me queda por decir, creo que no tenemos opción. Tu abuelo nos ha dejado claro que nos necesita. Yo no puedo negarme.

—¿Estás sugiriendo que lo haga yo? —inquiero mirándolo con atención a su reacción.

—No. Solo que tu abuelo te adora y te consiente en todo. Si te sientes incómoda conmigo...

—Tranquilo, podré con ello. —Hugo me dedica una amplia sonrisa, a la misma vez que relaja

sus hombros, que no sé muy bien cómo interpretar.

—El destino se empeña en juntarnos, hermanita —añade con cierto tono jocoso—. Por cierto, ese look que llevas hoy de ejecutiva te sienta muy bien —me halaga y esto consigue sorprenderme.

—Lo mismo digo, ya no pareces un niño fiestero, con ese traje de chaqueta a plena luz del día tienes pintas de un hombre serio y responsable.

Hugo suelta una sonora carcajada tras mi apreciación, deja que nos sirvan el desayuno mientras no me quita ojo y cuando el camarero se ha marchado dice:

—Algo me dice que en el futuro vas a ser una ejecutiva implacable.

No sé si tomarlo como un halago o un insulto, pero el estómago me ruge y decido centrarme en la comida.

21

Mi nueva vida

La primera semana de trabajo no ha sido fácil, pero puedo decir que la he superado. He trabajado codo con codo todos los días con mi abuelo y Hugo, los tres reunidos en el despacho de presidencia que ocupa mi abuelo. Hugo se ha comportado en todo momento de una forma muy profesional, incluso me ha sorprendido. Mi abuelo se ha mostrado muy satisfecho con nuestro trabajo, nos ha elogiado a Hugo y a mí como un buen equipo.

Es viernes y como somos los recién llegados a la empresa y todos ya saben nuestro parentesco con el jefe, nos han insistido varios jefes de departamentos que nos acerquemos a un local donde se toman unas copas después del trabajo. A Hugo y a mí nos da un poco de apuro declinar la invitación que con tanta amabilidad nos han hecho, no queremos parecer unos estirados, y aceptamos.

—Un rato y me largo —le indico a Hugo.

Normalmente vuelvo a casa con mi abuelo o con su chófer, pero hoy hemos almorzado en un restaurante cerca de la empresa y nos pasaremos a tomarnos algo con los empleados motivados por mi abuelo, nos ha indicado que es bueno que socialicemos con ellos en horas fuera del trabajo para que nos conozcan y no nos encasillen como los jefes.

Mi abuelo se marcha a casa, es el dueño y él nunca se reúne con los empleados fuera del horario de trabajo, solo en las cenas de Navidad.

—¿Te crees que a mí me apetece ir? Tengo cosas mejores que hacer, créeme —dice Hugo.

—Me las imagino —murmuro, exasperada.

Entramos en el local y allí saludamos a los chicos, están varias secretarias y cinco jefes de departamentos. De inmediato se ocupan de nuestras bebidas y de que nos sintamos integrados.

Tras media hora allí, me doy cuenta de que a Hugo lo han acaparado las mujeres y a mí los hombres. Voy al baño y cuando vuelvo Fede me intercepta por el camino.

—Ya sé que eres la nieta del jefe y que no recuerdas nada de tu pasado, pero nos conocimos una noche de fiesta —me comenta con aire despreocupado, sosteniendo un botellín de cerveza en la mano.

—Vaya... —murmuro algo nerviosa mientras pienso si a este también me lo he tirado. Por lo que puedo comprobar tenía una larga lista de tíos.

—Podemos quedar otro día a tomarnos algo sin tanta gente alrededor —propone de golpe,

dejándome un poco descolocada. No lo esperaba.

—Puede, ya quedamos —le respondo algo nerviosa. Observo que Hugo se encamina hacia donde nos encontramos y salgo a su encuentro.

—¿Qué quiere ese tío? —pregunta, serio, mirándolo un poco más alejado de mí, a mi espalda. No me giro para verlo.

—Nada, dice que nos conocimos una noche de fiesta —le revelo a Hugo. Ante esta información sus ojos se convierten en llamas y me mira directamente a los ojos.

—¿Tengo que dejarle claro que ahora eres su jefa? —inquieta un poco enfadado siguiendo con la mirada a Fede.

—No soy la jefa de nadie. Y no te preocupes que no ha pasado nada. Creo que me voy ya. He quedado con las chicas y antes quiero hacer unas compras.

—Vale, te llevo. Yo también me largo.

Acepto que me deje en el centro comercial donde he quedado con mis amigas. De camino ahí le comento:

—Mi abuelo me ha convencido para que comience a llevar mi propio coche. La próxima semana creo que comenzaré a cogerlo.

—¿Estás segura? —pregunta con un gesto de preocupación.

—Tengo que intentarlo. Estoy comenzando mi nueva vida. Un trabajo, independencia económica y manejarme con mi propio coche sin depender de los demás —enumero.

—A veces, cuando te miro, me pareces una persona tan diferente a la que eras antes del accidente que no sé cómo explicarlo. No te gustan las mismas cosas que antes y haces cosas que la Olivia de hace unos meses no hubiese hecho, como por ejemplo trabajar toda esta semana de una forma tan profesional o no haberte ido con el primer tío que encuentras.

—¿Me has tenido vigilada? —pregunto, refiriéndome a lo de irme con el primero que encuentre.

—Hemos estado muy cerca —justifica.

El teléfono suena en el interior del coche de Hugo y lo descuelga sin importarle que esté con él.

—¿Qué ocurre? —pregunta de golpe.

—Señor —dice la voz de un hombre—, hay un problema con los muebles y creo que debería venir. Los están descargando, pero dicen que no pueden montarlos hasta la semana que viene.

—Ramón, no los deje marcharse, voy para allá. No me pueden dejar así. Tengo la fiesta de inauguración de mi casa el próximo martes.

Cuando escucho esa información lo miro con cierta decepción por no haber recibido una invitación a la inauguración de su casa.

—Problemas —murmuro sintiéndome incómoda a su lado.

—Sí, y lo siento, pero no me puedo desviar a dejarte. Vienes conmigo y luego te llego al centro comercial —resuelve aumentando la velocidad del coche y saltándose dos semáforos en ámbar.

—No. No. Para. Me bajo aquí mismo y pillo un taxi —le indico, pero no me hace caso.

—No hay tiempo, no puedo dejar que esos hombres se marchen. Mi casa tiene que quedar lista hoy mismo. Tiene que haber un error ya que he contrato hasta para que me cuelguen las cortinas.

—¡Joder, Hugo! —maldigo cuando aprecio que no piensa dejar que me baje y llegaré tarde a la cita con mis amigas.

Entramos en el garaje de su edificio a gran velocidad y se baja del coche con prisa, a la misma vez que me apremia para que corra junto a él, pero llevo un vestido muy ajustado y unos zapatos de tacón que me dificultan caminar deprisa.

Entramos al ascensor y nos miramos con las respiraciones agitadas mientras que subimos a su ático. Mi corazón comienza a latir con mucha más fuerza al percibir la intensa mirada de Hugo sobre mí. Puedo leer en ella el mismo deseo que la noche en la que nos acostamos juntos.

Hugo sacude la cabeza con fuerza y lo escucho suspirar mientras aparta la mirada de mí.

—¡Joder, Olivia! —susurra, pero consigo escucharlo.

Las puertas del ascensor se abren y nos encontramos con un montón de cajas embaladas y tres hombres a punto de marcharse.

—Señor Serra —dice el conserje del edificio.

—Tranquilo, Ramón, yo lo arreglo.

El hombre se marcha y Hugo les indica a los trabajadores que pasen dentro de la casa.

—¿Me pueden explicar por qué no me dejan los muebles montados? Fue lo que acordé cuando lo contraté —les pide explicaciones un poco cabreado.

—Solo tenemos órdenes de dejarlos aquí. No han sido abonados y no los montamos sin un pago previo —explica uno de los trabajadores.

—Acordé que el pago completo sería el treinta de septiembre —masculla Hugo.

—Si quiere que le dejemos los muebles colocados tiene que pagarnos en este momento. Son las normas de la empresa —le indica el empleado.

Observo cómo Hugo se revuelve el pelo, algo incómodo.

—¡Joder, todo son problemas! No fue eso lo que acordé con la persona que me vendió los muebles —se queja perdiendo la paciencia.

—Si quiere nos lo llevamos todos —le ofrece el señor.

Hugo lo mira a punto de explotar y decido interceder.

—No se preocupen, se paga ahora —resuelvo de inmediato.

Hugo se acerca a mí, me toma del brazo y me aleja un poco de los señores.

—No te metas. No puedo hacer el pago en este momento porque no dispongo del dinero hasta que cumpla los veinticinco años el día veintiocho de septiembre —me explica.

—Yo lo pago —resuelvo en voz alta, mirando a los empleados—. ¿A cuánto asciende la cantidad? —pregunto.

—Son treinta y dos mil euros —dice el señor.

Saco mi tarjeta y se la extiendo al señor. Lo cierto es que no sé si esa cantidad es poco o mucho para los muebles de una casa, lo que sí sé es que mi cuenta bancaria tiene saldo ilimitado.

—Olivia, no —protesta Hugo.

—¿Y qué vas a hacer? —le pregunto zarandeando mi tarjeta. Se la entrego al señor, este saca el datáfono y se cobra el importe completo.

—Todo listo, le dejaremos los muebles montados y todo perfecto, señor Serra.

—Gracias —le indica Hugo con cierto tono de crispación.

Me hace un gesto con la mano y me pide que nos dirijamos a la terraza, supongo que allí tendremos más privacidad. En cuanto ponemos un pie en el exterior comenta:

—Te lo pagaré cuando me entreguen mi herencia. Todo. Incluidos los treinta mil euros que le pagaste en Formentera a esos tíos —me recuerda.

—No te preocupes —murmuro al mismo tiempo que admiro la maravillosa terraza del ático. Está cayendo la tarde y las vistas son increíbles.

Se hace un silencio entre nosotros hasta que escucho a Hugo decir:

—Estas son las cosas que me sorprenden de ti, antes no eras tan humana. El dinero solo lo usabas en fiestas y diversión.

Se acerca a mí, me mira a los ojos, puedo sentir su respiración y cuando estamos a punto de besarnos un montador nos interrumpe preguntándole a Hugo dónde colgar unos cuadros.

Él carraspea, mueve la cabeza y lo acompaña mientras que yo me quedo disfrutando de las vistas de ese lugar. Aprovecho, llamo a mis amigas y cancelo la cita con ellas. Les miento y les digo que estoy muy cansada.

Paso bastante tiempo a solas en la terraza de Hugo, me he sentado en un sofá que había ahí y me he quedado sumida en mis pensamientos hasta que él llega y me informa:

—Ya se han marchado.

—¿Ya? —inquiero levantándome del sillón.

—¿Te parece poco tiempo tres horas?

—Vaya, no me he dado cuenta.

—Ven —me anima Hugo extendiéndome la mano. Me quedo pensativa hasta que me levanto y se la tomo.

Entramos en el interior y me llevo una gran sorpresa. Un gran sofá en color gris oscuro, una enorme televisión, una chimenea eléctrica, alfombras, una mesa y sillas, librerías que tendrá que

rellenar y varios muebles de vitrina en los que colocará copas y licor. Admiro un bonito recibidor con espejo, los cuadros por el salón y las lámparas.

—Vendrán mañana a colgar las cortinas —me indica Hugo—. Te enseño mi despacho.

Me lleva hasta allí y, pese a ser pequeño, es muy acogedor y está bien aprovechado con una mesa, dos sillones, estanterías, alfombra y otra chimenea eléctrica.

—Ha quedado muy bien todo. ¿Lo has elegido tú? —pregunto con interés. Denoto cierto toque femenino y buen gusto que no me cuadran con la personalidad de Hugo.

—Me ayudó una amiga —revela.

Asiento mientras se hace un silencio incómodo entre nosotros.

—¿Te puedo invitar a cenar? —propone de golpe—. Es lo mínimo que puedo hacer después de...

—Hugo —lo interrumpo.

—No aceptaré un no por respuesta. Pido algo y qué menos, después de todo, que estrenemos juntos mi salón —determina. Saca su teléfono del bolsillo y encarga comida bajo mi atenta mirada—. Quince minutos —murmura—. Tardan quince minutos —especifica—. ¿Esperamos en el salón? —propone—. ¿Una copa? —me ofrece cuando nos sentamos en el sofá.

—Una coca cola. El alcohol no me sienta muy bien y no quisiera terminar de nuevo en tu cama —comento a modo de broma, pero Hugo me mira serio, siento cómo me devora con los ojos.

—Lo que quieras —murmura. Se levanta y se dirige a la cocina. Mientras, ha dejado su móvil encima de la mesa y puedo ver cuando comienza a sonar que es Abigail.

Vuelve con dos refrescos y unos frutos secos para picar, el teléfono insiste, pero Hugo lo pone en silencio.

Antes de beber de los vasos, nos miramos y propongo:

—Por tu nueva casa. Espero que todos tus sueños se cumplan en ella.

Hugo me observa con un brillo especial en su mirada gris y responde:

—A veces tengo sueños que me vuelven un poco loco.

—Bienvenido a mi mundo. —Nos sonreímos, choco el vaso con el suyo y brindamos. Bebemos sin apartar nuestras miradas, pero suena el timbre y esa aura mágica en el que estábamos envueltos se rompe.

Hugo ha pedido para cenar una pasta buenísima. Mientras la elogio le indico:

—¿Quién me iba a decir que mi viernes terminaría así?

—Gracias.

—Ya podrás hacer la fiesta de inauguración como tenías pensado —le recuerdo. Me duele que no estuviese invitada.

—Creo que esta inauguración improvisada ha sido increíble —revela y siento sinceridad en

sus palabras y su mirada.

Me acaricia la mano, tira de mi brazo y se apodera de golpe de mis labios. Le correspondo al beso con ganas mientras que nos levantamos y fundimos nuestros cuerpos.

De repente, Hugo interrumpe el beso, se separa de mí y toma una bocanada de aire para acompañar su respiración.

—Lo siento, Olivia. Me dejé llevar —se disculpa. Chasqueo la lengua sin saber qué decir mientras nos miramos en silencio—. Será mejor que te lleve a casa.

—Sí —respondo en un lamento. Ni siquiera puedo pedirle que llame a un taxi por mis miedos a la carretera de noche.

El trayecto hasta mi casa lo hacemos en un incómodo silencio. Llevo los ojos cerrados con fuerza mientras deseo llegar cuanto antes al refugio de mi habitación para soltar todo lo que llevo por dentro.

Hugo para el coche en la puerta de casa y doy por hecho que no va a entrar pese a que no es muy tarde, apenas son las diez y media de la noche.

—Gracias nuevamente, Olivia.

—De nada, eso hacen los hermanos, ¿no? Ayudarse —pronuncio la palabra hermanos con toda la intención. Salgo del coche, cierro la puerta con más fuerza de lo normal y me marchó sin decirle nada más.

Subo directa a mi habitación, me deshago de la chaqueta y los zapatos de tacón y me tiro en la cama con lágrimas en los ojos. No entiendo por qué Hugo se empeña en reprimir lo que sentimos. Es obvio que nos atraemos, yo siento mucho más. No quiero reconocerlo, pero creo que ha llegado la hora de admitir que estoy enamorada de él sin remedio, es otra novedad en mi nueva vida. Solo que esta tendré que aprender a borrarla de mi mente como todos los recuerdos que desaparecieron.

La inauguración

Paso todo el fin de semana en casa con un terrible dolor de cabeza. Cada vez que vuelven estos ataques tan fuertes siento la esperanza de que con ellos pueda recuperar mis recuerdos, pero no sucede.

Mi madre se ocupa de mí en todo momento, no se mueve de mi lado y siento que en su estado esté tan preocupada por mí.

El domingo por la tarde me siento algo mejor y bajo al dar un paseo por el jardín, mi abuelo me acompaña y me propone que me tome unos días libres en el trabajo. El pobre se siente culpable por haberme sometido a una gran presión mi primera semana en su empresa, pero lo cierto es que estos dolores de cabeza siempre se producen cuando pasa algo entre Hugo y yo, pero eso no se lo puedo decir.

—Olivia, ahora que estás mejor me gustaría hablar contigo, cariño —dice mi abuelo a la misma vez que lo siento preocupado.

—¿Qué sucede, abuelo? —pregunto alerta.

—Me han llamado del banco y me han informado que en menos de un mes has gastado más de sesenta mil euros. ¿Hay algún problema? Es una cantidad muy elevada. Es tu dinero, mi vida, pero quiero cerciorarme de que todo esté bien —me explica algo preocupado.

—Abuelo... —Lo miro a los ojos y siento mentirle un poco, pero sería peor decir la verdad—. Treinta mil los gasté en Formentera en una fiesta, lo cierto es que puede que se me fuese de las manos, lo siento —me disculpo apenada—. Y el resto se lo dejé a Hugo, llegaron los muebles de su casa y no tenía el dinero hasta que cumpla los veinticinco años, me los devolverá.

—Oh, Olivia. Me dejas más tranquilo. —Mi abuelo me abraza más relajado—. No te preocupes, hija, ya hablaré con Hugo. No te tiene que devolver nada, que lo tome como un regalo de bienvenida a la empresa. Has hecho muy bien ayudándolo. —Me mira orgulloso—. Eres maravillosa, Olivia.

—Tú sí que lo eres, abuelo, por darme tanto y quererme aún más.

Mi abuelo me da un beso y me siento tan bien rodeada por sus brazos que sé que este es uno de mis lugares favoritos en el mundo.

Para mi gran sorpresa Hugo viene esta noche a cenar a casa. No lo esperaba, pero mi madre y su padre han insistido en ello ya que no ha venido a ver a la familia desde el día en el que dieron

la noticia de que tendremos un hermanito.

Cuando nos vemos nos saludamos con cordialidad. Durante la cena mi madre deja caer que llevo todo el fin de semana con unos dolores terribles de cabeza y Hugo se preocupa por mí, puedo verlo reflejado en sus ojos.

—Ya está bien —dice mi abuelo—. Le he aconsejado que se quede unos días en casa, pero no quiere faltar a su trabajo.

—Me alegro que ya estés bien —murmura Hugo—. Familia, quería invitaros a la inauguración de mi casa. Mañana por la noche daré un aperitivo para vosotros y unos amigos. Me gustaría que asistieseis todos —nos invita y me mira de una forma especial.

—Por supuesto, allí estaremos —dicen todos.

—Yo llegaré después del programa —especifica su padre.

—Te veremos mientras tomamos unas copas en casa de tu hijo —le indica mi abuelo.

Yo me quedo en silencio. Ya conozco su casa y no pienso volver. Siento que me invita por obligación con el resto de la familia.

Tras una cena que no se extiende demasiado Hugo se marcha. Apenas cruzamos palabra. Yo me retiro a mi habitación y apenas duermo. Sus ojos grises no dejan de atormentarme, el sabor de sus labios y el maravilloso olor de su piel no los puedo sacar de mi cabeza. Lo maldigo una y mil veces hasta que bien entrada la noche el sueño se apodera de mí.

El lunes me levanto con energías, llego al trabajo con mi abuelo, pero cuando este nos anuncia a Hugo y a mí que tiene una reunión fuera que lo mantendrá ocupado todo el día me siento intranquila.

Mi abuelo nos reparte tareas a ambos y cada cual nos marchamos a nuestros respectivos despachos.

El teléfono suena y me sorprende encontrarme con la voz de Abigail. No le indico que soy Olivia, hablo con ella como la secretaria de Hugo Serra. Le digo que le diré que ha llamado y le devolveré la llamada. Pasada una hora, aún no le he dicho nada a Hugo de la anterior llamada, Abigail vuelve a insistir. Le miento y le indico que el señor Serra se encuentra en una reunión muy importante en la que no lo puedo molestar.

En cuanto cuelgo el teléfono me planto en el despacho de Hugo, entro sin llamar, por la puerta interior que nos comunica.

—Mira, te voy a decir una cosa, haz el favor de decirle a tus ligues que no llamen al trabajo. Abigail ha llamado ya dos veces e insiste en hablar contigo. Cógele el teléfono tú y dile las mentiras que te dé la gana, pero no cuentes conmigo para esa función —bramo muy enfadada.

—No tengo ni idea de cómo ha conseguido este teléfono —me hace saber con tranquilidad, sentado en su sillón mientras me mira al detalle—. Hace días que paso de ella y no lo entiende, se lo tendré que decir más alto y claro.

—¿No le especificaste que no te van las ataduras? —inquiero con dureza en mis palabras.

—No me he acostado con ella —suelta de golpe, con rabia, mientras me mira como si yo fuese la culpable de ello.

—¿Cuál es el problema? —pregunto con una carcajada amarga.

—Tú eres el problema —me acusa de forma despiadada—. ¿Podemos dejar el tema? —brama con los brazos extendidos, un poco alterado—. Estamos en horario de trabajo —me recuerda.

—Pues puedes hacérselo saber a las tías que van detrás de ti. Prohibido llamar a la oficina —alzo la voz, lo miro y salgo del despacho tras dar un sonoro portazo.

Cuando llego a mi mesa tomo asiento, me revuelvo el pelo y trato de tranquilizarme. ¿Qué habrá querido decir con que yo soy el problema por el que no se ha acostado con Abigail? No entiendo a Hugo y mi cabeza no está para pensar demasiado. Hago grandes esfuerzos por concentrarme de nuevo en el trabajo y dejar el tema de Hugo y las mujeres que lo persiguen a un lado.

Unos toques en mi puerta entreabierta hacen que levante la mirada y me encuentre con Fede.

—Te invito a comer —propone—. Seguro que te vendrá bien despejarte un rato. —Cuando voy a declinar la invitación no me deja y dice—: Será una hamburguesa rápida aquí abajo, en una hora y media tengo que volver a la oficina.

—Vale —acepto. Lo cierto es que me vendrá bien salir de estas cuatro paredes, olvidarme de Hugo, charlar con Fede y comer un poco.

Cojo mi bolso y cuando salimos del despacho nos cruzamos con Hugo. Lo miro sonriente y me despido.

—Hasta mañana. —No le doy explicaciones a dónde voy ni si volveré. Lo observo con la mandíbula apretada y sus ojos brillantes. No dice nada, nos mira a ambos serio y entra en su despacho tras cerrar la puerta con demasiada fuerza, tanta que Mercedes se sobresalta.

—Tiene un mal día, asuntos de faldas —le indico a la secretaria de mi abuelo con una sonrisa burlona, me divierte apreciar el mal humor en Hugo al verme con otro tío.

Como con Fede en una hamburguesería cercana y me atrevo a preguntarle sobre nosotros en el pasado que no recuerdo. Es un tío de unos treinta años, guapo y fuerte, como todos con los que me liaba.

—Nos conocimos en una discoteca, solo nos liamos —especifica—. Unos meses después, en la cena de Navidad de la empresa, a la que acudiste con tu familia, descubrí que eras la nieta del jefe. No sabía dónde meterme, pero tú me reconociste y nos volvimos a liar. Quedamos en vernos en mi casa, pero no apareciste y unas semanas después tuviste el accidente. Cuando te vi tan cambiada no te reconocí hasta que me aseguraron que eras Olivia De la Fuente. En un principio pensé en no decirte nada de que nos conocíamos, pero lo cierto es que no pude evitarlo. Estás muy cambiada, tu rostro es otro prácticamente, pero tienes algo mucho más fuerte que me

atrae más que antes.

—Vaya, vas directo al grano —murmuro algo nerviosa—. Ya no soy la Olivia de antes. Como no la recuerdo ahora estoy creando a una mujer nueva.

—Me encantaría conocer a esa mujer —insiste mirándome fijamente.

Le doy un bocado a mi hamburguesa y dejo el tema en el aire. No me apetece salir ni conocer a nadie, pero por otro lado siento que debo sacar a Hugo de mi cabeza con otro hombre.

—Por el momento no estoy preparada para una relación, pero empezar por una amistad estaría bien —le plateo.

—Cuenta con ello —acepta de inmediato.

Terminamos el almuerzo hablando sobre Fede, el tiempo que hace que trabaja en la empresa, la labor que emplea y el buen ambiente que existe entre los compañeros de trabajo.

Tras el almuerzo no subo a la oficina, me apetece caminar un poco, entro en un par de tiendas, compro unas cosas de bebé para mi hermanito y llamo a mis amigas para tomarme algo con ellas.

Aura y Gala me llevan al campus universitario, por el que según ella me he paseado mucho, pero como todo, no recuerdo nada. Nos tomamos un café y cuando ellas entran en clase llamo al chófer de mi abuelo para que me lleve a casa.

Para mi gran sorpresa, cuando entro en el salón me encuentro a Rubén tomando un café con su hijo. Hugo me repasa de arriba abajo con ávidos ojos cuando me ve entrar.

—¿Qué haces aquí? —pregunto de golpe.

—¿No puedo visitar a mi padre? —inquieta con el ceño fruncido.

—Estuviste anoche —le recuerdo.

—He venido a recoger algunas cosas de mi habitación.

—Vale —murmuro, pongo los ojos en blanco y les hago un gesto a ambos con la mano—. Estoy cansada, me voy a la ducha —me excuso con ellos.

—Tu madre ha salido de compras con unas amigas, llegará para la cena —me informa su marido.

—Ok —respondo.

—¿Te quedas a cenar, hijo? —escucho que le propone su padre.

—No. He quedado —contesta. Por un lado, me alegro, pero por otro no puedo evitar pensar que esa cena sea con Abigail. Entonces unos celos descomunales me atrapan.

Cuando salgo de la ducha envuelta en un albornoz me topo con Hugo sentado en mi cama.

—¿Qué coño haces en mi habitación? —bramo, enfadada.

—¿Qué te traes con Fede? —suelta de golpe mientras juega con un cigarrillo apagado entre sus manos.

—¿Qué te importa? —contraataco—. ¿Te pregunto yo qué te traes con cuanta mujer te cruzas?

—No me gusta ese tío —dice serio, se levanta y se acerca a mí.

—Ni a mí Abigail, ni Ariadna, ¿qué le hacemos? —Abro las manos y me encojo de hombros mientras le muestro una sonrisa forzada.

—Me vas a volver loco, Olivia —manifiesta en forma de reproche. Lo siento exasperado.

—¿Te has acostado con él? —me pregunta de golpe muy de cerca, mirándome a los ojos con una gran rabia reflejada en los suyos.

—¿Qué te importa? —alzo la voz a la misma vez que apoyo las manos en su pecho e intento alejarlo de mí, pero no consigo que se mueva ni un ápice.

—Porque Fede trabaja en la empresa, joder. No puedes ir tirándote a tus empleados. ¿Qué ejemplo vas a dar? Solo hace una semana que has llegado —me recuerda, alterado.

Me molesta y enfurece que dé por hecho que me lo he tirado.

—Vete, Hugo —le indico con la mano—. ¿O quieres que grite y todos se enteren que estás aquí? —lo amenazo. Pero lejos de marcharse se ciernen sobre mí y se apodera de mis labios, me besa con rabia y dureza. Luego me suelta, me deja temblando y dice antes de marcharse—: Para que no olvides mis besos, recuerda que son los primeros que recibiste y fui con el primero que te acostaste, a todos los compararás conmigo.

—Eres un completo capullo. Y tranquilo, que no tengo con quién compararte porque a diferencia de la Olivia de antes, ahora no me acuesto con todo el que me encuentro, pero lo haré pronto para que dejes de ser el único en mis recuerdos —le espeto con furia antes de que se marche.

Hugo se gira y me mira atónito tras mi revelación, luego me dedica una amplia sonrisa y se marcha.

Cuando abajo a cenar ya no está.

Al día siguiente cuando nos vemos en el trabajo me recibe con una sonrisa que le borraría de un puñetazo, pero consigo centrarme en todo lo que mi abuelo nos pone por delante y pasamos la mañana los tres reunidos.

Cuando llega la hora de marcharme a casa Hugo me recuerda que esta noche es la inauguración de su casa.

—No voy a ir —le revelo de frente.

—¿Por qué? —se interesa, preocupado, con el ceño fruncido.

—Ya he visto tu casa amueblada, por si no lo recuerdas.

—Me gustaría que hoy estuvieses ahí —me pide en un tono amable.

—¿Por qué? —insisto.

—Porque me he encargado de invitar a todas las personas que me interesan. Es importante para mí que estés allí, Olivia. He soñado tanto con mi independencia, con tener mi propia casa, con acabar la carrera, con tener un buen trabajo... La inauguración de esta noche no es solo por

mi casa, también quiero inaugurar mi nueva vida.

Me quedo unos segundos pensativa y no sé qué me hace aceptar finalmente.

—Iré —murmuro.

—Gracias —susurra Hugo en mi oído, luego me acaricia la mejilla y se marcha.

Llego a casa de Hugo acompañada de mi madre y de mi abuelo. Mis amigos ya están allí y con la primera sorpresa que me encuentro es con Ariadna. Joder, ¿ella es importante para Hugo? Es una hija de puta, no entiendo como siguen siendo amigos. Después llega la tía de Hugo con su marido y sus primos. Me alegro mucho de volver a ver a Candela y a Darío.

—El ático es increíble —comenta Gala—. ¿Qué dices, Olivia? Yo quiero uno así cuando me independice.

—Ya lo había visto —comento sin pensar. De inmediato Aura y Gala se cuelgan cada una de un brazo, me arrastran a la terraza y dicen—: ¿Algo que contar? ¿Te has vuelto a acostar con él?

—No —niego de inmediato y les explico cómo terminé aquí con Hugo.

De repente, mi vista capta la aparición de Abigail entrando en el ático de Hugo, va vestida de forma impecable con un ajustado vestido negro de amplio escote, su pelo rubio y sus ojos azules realzan su belleza. Trago con dificultad al verla y me arrepiento de haber venido. Saluda a Hugo con dos afectuosos besos mientras pasea la mano por su brazo y lo mira devorándolo con los ojos.

Chasqueo la lengua, suelto mi copa y me dispongo a marcharme, no soporto esto por más tiempo.

Me encuentro en la entrada recogiendo mi chaqueta del perchero cuando Hugo se me acerca por detrás.

—¿Tienes frío? —pregunta con interés.

—No, me marchó. —Sacude la cabeza de inmediato, creo que no valoré esa opción cuando me vio cerca de la puerta cogiendo mi chaqueta.

—¿Por qué? —pregunta con interés.

—¿Por qué me pediste que viniese? —le pregunto en forma de reproche, intentando mantener un tono de voz baja y que nadie aprecie lo cabreada que me encuentro—. ¿Qué querías demostrarme con tu invitación? ¿Qué todas las mujeres con las que te acuestas son importantes para ti? ¿O querías reunirnos a todas a tu alrededor en tu nueva casa? —escupo entre dientes terminándome de colocar la chaqueta y cogiendo mi bolso.

—Joder, no, Olivia —maldice, contrariado—. Ariadna no estaba invitada, se enteró de la inauguración y se presentó. Ella es así, y Abigail...

—Vaya, admites que te has acostado con ella —ladro muy enfadada.

—No digas tonterías. Abigail es la dueña de este ático, se lo alquilé, pero no la invité esta

noche —especifica, pero no lo creo.

—Pues ya tienes donde elegir para estrenar tu colchón esta noche —lo encaro antes de marcharme.

—Te recuerdo que mi colchón lo estrené contigo. Te dije que nunca había traído a una mujer a mi casa y era cierto —me recuerda mientras lo siento muy enfadado.

—Ya, pero solo dormimos —le recuerdo con rabia.

—No todos los placeres se encuentran en el sexo —me espeta de golpe. Me quedo callada, sin saber cómo asimilar sus palabras.

Nos miramos en silencio, ambos con los ojos encendidos de rabia y fuego.

—Cariño, ¿te marchas? —nos interrumpe la voz de mi abuelo.

—Sí, me duele un poco la cabeza de nuevo —miento mirando a Hugo.

—¿Quieres que te lleve a casa? —me ofrece Hugo.

—El chófer está abajo, pero pensándolo bien me voy contigo, Olivia —resuelve mi abuelo—. Voy a decirle a mi hija que nos marchamos, ella que espere a Rubén y vuelvan juntos.

Hugo y yo nos quedamos de nuevo a solas, mirándonos en silencio. Siento que me suplica que no me vaya, pero no entiendo la razón de quedarme. De repente, se acerca Abigail, se cuelga de su brazo y dice:

—Le has dado un toque muy bueno al ático. Me encanta.

Mi abuelo regresa, se despide de Hugo y Abigail, me extraño de que la conozca y nos marchamos.

Una vez en el coche le pregunto a mi abuelo:

—¿De qué conoces a Abigail?

—Es la exmujer de Fede, el jefe de recursos humanos de la empresa, ¿lo recuerdas? —¡Joder! Suelto en silencio en mi cabeza—. El padre de Abigail es constructor, construyó el edificio donde Hugo tiene el ático. Ella es arquitecta —revela—. Se casó con Fede, pero ese matrimonio apenas duró tres años, se divorciaron hace un par de meses.

Cierro los ojos cuando el coche se pone en marcha y tomo una gran bocanada de aire al pensar que le puso los cuernos a su mujer conmigo.

23

La fiesta de cumpleaños

Tras la inauguración de la casa de Hugo, la siguiente semana solo nos vemos en el trabajo y los temas que tratamos son relacionados con este. Estamos tan ocupados, reunidos con mi abuelo y enseñándonos tanto, que el tiempo pasa tan deprisa que no nos damos cuenta.

—Hace casi un mes que aterricé en tu empresa y te juro que he aprendido más en este tiempo que en los años que pasé en la universidad —comenta Hugo a mi abuelo tras un duro día de trabajo.

—Hacéis muy buen equipo juntos —nos indica a ambos—. Estoy muy orgulloso de vosotros porque habéis dado mucho más de lo que esperaba. Hago una llamada y os invito a comer que nos lo merecemos —dice mi abuelo.

Hugo y yo salimos de su despacho, nos dirigimos a los nuestros para recoger nuestras cosas y cuando me coloco el bolso Hugo me sorprende.

—¿Vendrás mañana a mi cumpleaños en la discoteca EFE? —pregunta, recostado en el marco de la puerta mientras me observa.

—¿Es una invitación? —inquiero con cierto coqueteo que sale solo.

—La tienes por partida doble, la envié hace días al grupo de nuestros amigos y al de la familia —me recuerda.

—Trabajamos juntos todos los días, esperaba una invitación personal de mi hermano —recalco la palabra hermano.

—Lo estoy haciendo —manifiesta con los ojos clavados en mí.

—Iré —concluyo. Hugo esboza una amplia sonrisa y se adentra en mi despacho, acercándose a mí.

—Gracias.

—No hay de qué, tendría que dar muchas más explicaciones si no asisto. Según he escuchado haces una gran fiesta en cada uno de tus cumpleaños.

—Sí. Mi madre siempre organizaba una por todo lo alto y quise seguir con la tradición —revela.

—Chicos, la reserva está lista. Vamos —nos interrumpe mi abuelo.

Comemos en un buen restaurante y antes de los postres Hugo se tiene que ausentar, ha quedado con la organizadora de su fiesta.

—¿Tú también irás, abuelo? —le pregunto.

—Desde que llegó a nuestras vidas hace ahora cuatro años no he faltado a su cumpleaños. Solo me paso un rato, me gusta mezclarme de vez en cuando con el ambiente de la gente joven —carcajea.

Tras el almuerzo quedo con mi padre que está unos días en Madrid, ceno con él y como se nos hace muy tarde me invita a dormir en su casa. Acepto por el hecho de que no quiero volver de noche a casa en coche, estoy cansada y me apetece pasar más tiempo con mi padre.

Al día siguiente desayuno con él y me lleva al trabajo, se alegra mucho de mi nueva vida y que me sienta tan contenta en lo que hago. Me despido de él ya que hoy mismo tiene que volver a Andalucía a seguir con el rodaje de su serie.

Me encuentro con Hugo en la antesala de la secretaria de mi abuelo antes de entrar a su despacho, me mira con atención y pregunta con una sonrisa mientras me señala:

—¿Llevas la misma ropa que ayer?

—Sí, es que no he dormido en casa —revelo. Tras mis palabras la sonrisa de Hugo se borra de su rostro y me dirige una mirada seria.

Mi abuelo abre su despacho, mira su reloj de mano y nos dice:

—¿Se os han pegado las sábanas? Llegáis 4 minutos tarde. —Es un obseso de la puntualidad.

Hugo y yo entramos en su despacho en silencio.

El resto de la mañana, mientras trabajamos, puedo sentir la mirada de Hugo sobre mí todo el tiempo. El hecho que piense que haya podido pasar la noche con alguien y lo atormente me gusta porque yo también me desvelo pensando en las mujeres que tendrá en sus brazos y haga disfrutar como me hizo a mí.

Cuando llega la hora de comer miro el reloj y le indico a mi abuelo:

—He quedado, tengo que marcharme, me recogen. —Él ya sabe que he quedado con mis amigos para comprarle a Hugo su regalo de cumpleaños, pero me sigue el juego.

—Claro, cariño, ve. Pásalo bien. Yo termino esto con Hugo.

Cuando estoy saliendo del despacho de mi abuelo escucho que Hugo se disculpa:

—Voy al baño, ahora vuelvo.

Me encamino hacia los ascensores cuando Hugo tira de mi brazo y pregunta como si tuviese derecho:

—¿Con quién has pasado la noche?

Me deshago de su agarre, lo miro y le espeto con la cabeza alta:

—Con un hombre —revelo. Entro en el ascensor, pulso el botón de bajada, lo miro y le sonrío mientras siento cómo su rostro es puro granito. Las puertas se cierran y cuando me encuentro sola murmuro con alegría:

—Toma de tu propia medicina.

Aura y Gael me recogen en la puerta de la empresa y nos reunimos con Izan y Gala en un centro comercial, donde comemos y luego le compramos un regalo a Hugo. Según ellos siempre lo hemos hecho así, un regalo entre todos, y es algo que me viene muy bien porque no sabría qué regalarle.

Llego a mi casa, me pego una ducha y me meto en la cama. Por suerte, mañana es sábado y podré dormir hasta tarde. La fiesta de Hugo comienza a las nueve de la noche en la discoteca, con un aperitivo, tarta y luego fiesta hasta que el cuerpo aguante.

Me levanto con mucha energía y el presentimiento de que pese a que es el cumpleaños de Hugo y lo veré rodeado de muchas tías, será un buen día. Me dirijo a mi vestidor y escojo un vestido color morado, quiero un color llamativo para no pasar desapercibida, es ajustado a mi cuerpo, corto y con amplio escote. Pese a no saber llevarlas muy bien, me decido por unas sandalias de tacón, altas. Por alguna razón quiero que Hugo no deje de mirarme.

Un par de horas antes de la fiesta de cumpleaños me plancho el pelo, decido llevarlo liso y me maquillo. Cuando me miro en el espejo completamente arreglada me gusta bastante, puede decirse que soy una mujer atractiva por esta noche.

Llego a la discoteca donde se celebra el cumpleaños con mi madre, su marido y mi abuelo, Hugo ya está allí. Lo felicito después de todos ellos y él se queda mirándome con descaro.

—Joder, Olivia —susurra al repasarme al detalle.

—¿Qué pasa? ¿No te gusta mi vestido? —pregunto con una sonrisa burlona.

—Se supone que hoy es mi cumpleaños, debo de ser quien acapare la atención —murmura como una queja.

—Tranquilo, no te quitaré la atención de ninguna tía. —Le doy una palmadita en el hombro y paso por su lado.

Hugo sigue saludando a más invitados, me adentro en la discoteca, admiro la decoración y el gran letrero con el nombre de Hugo y la edad que cumple. Hay canapés por todos lados y camareros que reparten bebidas.

Un grupo de músicos animan en directo y lo cierto es que todo está superbien organizado.

Me sorprende al encontrar a varias personas del trabajo, entre ellos a Fede, lo saludo, nos tomamos una copa juntos y disfrutamos del ambiente. Lo presento a Aura y Gala y ambas me animan a que me lie con él. Lo cierto es que puede ser un buen candidato para olvidar a Hugo, sin embargo, no me gustaría volver a cometer el error de enrollarme con una persona a la que tengo que ver todos los días en mi trabajo. Bastante tengo con mi hermanito como para añadir otro más a la lista.

Hugo parte la tarta y a su alrededor nos encontramos todos sus amigos, le ayudamos a soplar las velas y cuando llega el momento Aura le grita:

—¡No olvides pedir un deseo!

Los ojos grises de Hugo se clavan en mí, Ariadna que está a su lado tira de su brazo y le indica que apague las velas.

Luego un montón de confeti cae desde el techo y la música se eleva.

Pasada media hora mi madre, que lleva el embarazo con un poco de cansancio, se disculpa y me dice que se marcha a casa con su marido y con mi abuelo. Yo me quedo a disfrutar de la fiesta, tenemos mucha noche por delante.

Me tomo dos copas, bailo con mis amigas y con los primos de Hugo, y en un momento de la noche observo cómo Hugo y Abigail se comen la boca en un rincón de la barra. Verlo casi provoca arcadas en mí, decido salir a tomar un poco de aire fresco y de camino ahí Fede me intercepta y me abraza, está un poco cariñoso y pesado, tiene un par de copas encima.

—¿Te marchas? Si estás aburrida, podemos marcharnos juntos donde quieras —me propone dándome un abrazo y un beso en el cuello que intento esquivar, pero no puedo.

Fede va a lanzarse a besarme cuando una voz lo interrumpe.

—Apártate de ella —le ordena Hugo, con cara de pocos amigos.

—Eh, tío, Olivia y yo somos amigos —dice Fede en tono amigable.

—Puedes marcharte —le ofrece Hugo con un gesto de la mano hacia la puerta que tenemos cerca.

Fede nos mira a ambos y la cara se le cambia.

—Oh, perdón. No sabía que entre vosotros...

—Vete antes de que te parta la cara —lo amenaza Hugo de forma contundente.

—¿Qué coño te pasa?! —le exijo, enfadada.

Fede se va sin decir nada mientras yo encaro a Hugo y espero una respuesta.

—No estoy dispuesto a verte en mi fiesta liándote con ese tío.

—¿Por qué? —alzo la voz, exasperada—. No hago nada que tú no hayas hecho —le espeto muy alterada—. A mí también me molesta verte besándote con Abigail —bramo—. Pero, tranquilo, si quieres que me vaya como Fede me voy. Me estaba proponiendo que nos marchásemos a otro lado y es lo que voy de hacer.

Doy media vuelta, alterada, Hugo intenta pararme pero no lo consigue y salgo corriendo del local para intentar alcanzar a Fede e irme con él.

Salgo al exterior y compruebo que Hugo me sigue cuando grita mi nombre, miro hacia atrás, lo veo correr detrás de mí y cruzo la calle sin mirar.

—¡Olivia! —un grito desgarrador procedente de la voz de Hugo hace que me pare en seco en medio de la carretera y vea las luces de un coche que se dirige hacia mí.

Me protejo la cara y me giro, dándole la espalda al vehículo. Escucho un fuerte frenazo y otro grito de Hugo.

No sé cuánto tiempo pasa ni si estoy bien, siento los brazos de Hugo alrededor de mi cuerpo

mientras lo palpa, desesperado, y pregunta:

—¿Estás bien? —Me mira a los ojos, yo lo miro. A nuestro alrededor hay mucha gente, siento que me mareo, pero él me sostiene mientras grita—: Avisad a una ambulancia.

Hugo se arrodilla en el suelo sosteniéndome, no llego a perder la conciencia. Me siento como en una nube mientras percibo las luces y las personas que nos rodean.

—El coche paró justo a tiempo de que ocurriera algo grave —escucho que dice una voz.

—Ha sido solo el susto —dice otra voz femenina que desconozco.

Hugo me mira a los ojos, me acaricia el rostro y me da un beso desesperado.

—Estoy contigo —susurra sobre mis labios. Me acuna sobre su pecho y me abraza con fuerza.

Siento a mis amigos cerca, sus voces llaman mi atención y los miro. Estoy bien, solo que me tiembla el cuerpo entero. Nuevamente las luces de un coche casi han acabado con mi vida.

Escucho la sirena de la ambulancia y me llevan en ella. Hugo no me deja sola, me acompaña en todo momento. No me suelta de la mano y es algo que le agradezco, siento mucho miedo.

—No te atrevas a dejarme, ya no sabría vivir sin ti —me confiesa en la ambulancia. Lo miro a los ojos y puedo percibir el miedo que se refleja en su mirada gris.

En el hospital me hacen varias pruebas y tras un par de horas me indican que estoy bien y puedo volver a casa. Afortunadamente todo ha quedado en un gran susto. Solo tengo un hematoma en la pierna, en la parte superior del muslo, donde me golpeó un poco el coche y el susto de lo ocurrido. Me aconsejan descansar.

—Vámonos a casa —me indica Hugo, no se ha movido de mi lado durante las recomendaciones médicas.

Cuando salimos de la consulta me explica que no ha avisado a mi madre para no alarmarla en su estado.

Mis amigas se abrazan a mí en cuanto llego a la sala de espera y me ven. Al único que han dejado pasar dentro ha sido a Hugo.

—Cuidado, chicas —les advierte Hugo sin separarse de mi lado.

—Joder, qué miedo hemos pasado —murmura Gala.

—Estoy bien, solo tengo la cabeza un poco atontada de todo lo sucedido —les explico.

En la sala se encuentran Gala, Aura, Izan y Gael.

—Tiene que descansar. Yo me ocupo —especifica Hugo.

Mis amigos me abrazan de nuevo y se despiden de mí. Me emociono cuando Gala y Aura se abrazan de nuevo a mí y me dicen que me quieren.

Para mi sorpresa, el coche de Hugo está en la puerta del hospital cuando salimos. No le pregunto cómo ha llegado hasta allí, llegó conmigo en la ambulancia. Nos montamos en él y ponemos rumbo a casa. Cierro los ojos y suspiro.

—Todo ha pasado, estás bien —dice Hugo mientras siento cómo su mano agarra la mía con

fuerza.

—Te he arruinado el cumpleaños —susurro con los ojos cerrados.

—Igual esto era lo que tenía que pasar para darme cuenta de lo que tenía delante de mis narices y me empeñaba en apartar —revela en un susurro. No lo entiendo muy bien, entreabro un poco los ojos, pero cuando percibo las luces en la oscuridad de los coches los vuelvo a cerrar con fuerza.

Cuando el vehículo se para abro los ojos y descubro que estamos en el garaje del edificio de Hugo.

—¿Qué hacemos aquí? —pregunto, alerta.

—En tu casa no saben nada y es mejor no decírselo para que no se asusten, sin embargo, no quiero dejarte sola esta noche. Voy a cuidar de ti —determina.

—No tienes por qué hacerlo —le indico de inmediato.

—Quiero hacerlo —responde muy seguro de ello.

—No solo te he arruinado tu fiesta de cumpleaños, sino que también he fastidiado tu noche —comento cuando nos montamos en el ascensor.

—Estoy donde debo estar —murmura mirándome a los ojos.

Me coloca la mano alrededor de la cintura para salir del ascensor y nos encaminamos hacia su ático. No protesto por ir abrazada a él, siento como si todo mi cuerpo fuese de gelatina.

Hugo me lleva directa hacia su cama, me sienta ahí, me quita los zapatos y luego me extiende una camiseta suya.

—Estarás más cómoda —me indica ante mi atenta mirada.

Desaparece unos minutos en el baño y aprovecho para colocarme la prenda y meterme en la cama.

Cuando sale del baño aprecio que se ha cambiado, lleva un pantalón de chándal gris y la parte de arriba negra.

—Veo que te has puesto cómoda —aprecia al ver el vestido sobre un sillón cercano a la cama y a mí metida en ella.

—Sí. Me siento muy débil —confieso acurrucada, comienzo a tener frío.

Hugo se sienta junto a mí y me mira.

—Es normal, has pasado por una impresión muy fuerte. Solo necesitas descansar para mejorarte. Estaré a tu lado por si se te ofrece algo.

—¿Vas a dormir aquí? —pregunto, extrañada.

—No tengo otra cama en esta casa y no pienso dejarte sola. Me da igual que protestes, no tienes otra opción —manifiesta con una magnífica sonrisa en su boca. No entiendo por qué está de tan buen humor cuando le he fastidiado el cumpleaños por completo.

—Te aseguro que no tengo fuerzas ni para discutir —murmuro mientras que observo cómo

Hugo se acomoda en la cama, se arrima a mí y me abraza al sentir que tiemblo.

—No más discusiones —murmura. Se acerca a mis labios y me besa—. Las cosas van a cambiar. —Lo siento como una promesa.

—Seguro que esta es la última forma en la que imaginabas que podía terminar la noche de tu cumpleaños —comento a modo de disculpa.

—Ya te dije que hay placeres más allá del sexo, y este es uno de ellos —revela con una amplia sonrisa. Me abraza de nuevo con fuerza y siento cómo me besa el cabello.

No sé cómo interpretar sus palabras, mi mente está tan confusa y mi cuerpo tan alterado que solo quiero dormir y que los brazos de Hugo me proporcionan todo lo que deseo.

En secreto

Cuando despierto encuentro el rostro de Hugo cerca del mío, él me mira con un brillo especial en sus ojos y una amplia sonrisa dibujada en su boca. Me descoloca verlo así, debería de estar cabreado por todo lo que sucedió anoche. Fue mi culpa, eché a correr como una niña sin mirar antes de cruzar la carretera.

—¿Cómo te encuentras? —pregunta de inmediato.

Parpadeo un par de veces, miro a nuestro alrededor e intento recordar todo lo sucedido anoche con detalles.

—Bien, creo —le indico algo confusa.

—No te has despertado en toda la noche, has dormido como un bebé —me informa.

—¿Me has vigilado? —inquiero con el ceño fruncido.

—Cada minuto —responde con emoción.

—Gracias. Ya me encuentro mejor, no quiero molestarte más —le indico con intenciones de salir de la cama, pero él me lo impide atrapándome con su cuerpo.

—Me temo que vas a molestarme durante mucho tiempo —carcajea mientras me sonrío y yo no entiendo nada.

—Me voy ya —murmuro, pero no me deja que me aparte de él.

—Olivia, no sé hacer esto, ¿vale? —revela, pero no consigo saber a qué se refiere—. No quiero que te vayas porque me importas demasiado. Anoche me di cuenta de que si te perdía me moría. Pasé muchísimo miedo —confiesa—. Descubrí que en este tiempo he hecho el tonto corriendo en la dirección opuesta a ti. Nunca me he declarado a nadie —se excusa—, no sé cómo se hace. Simplemente te quiero, Olivia —admite mientras siento que mi corazón se va a salir de mi pecho de lo fuerte que late.

Un par de lágrimas recorren mis mejillas y no soy conscientes de estas hasta que Hugo las enjuga con su mano. Permanece en silencio, mirándome con un brillo especial en su mirada y una sonrisa en sus labios.

—¿Te has enamorado de mí? —pregunto con un nudo en la garganta que apenas me deja articular palabra.

—Eso parece —revela con una sonrisa maravillosa. No intuyo que le moleste.

—¿Esto es un sueño? —pregunto mirando a nuestro alrededor.

Hugo suelta una carcajada y me besa.

—No. Estás despierta.

—Y me has besado —le indico, pensativa.

Él asiente de buen humor.

—Me encanta besarte —admite—, y tenerte así de cerca de mi cuerpo.

—Esto... —murmuro, confusa.

—Esto es real, y te aseguro que no quiero que sea nada pasajero —deja claro.

Parpadeo con fuerza, asimilando sus palabras, mientras que Hugo me estrecha con más fuerza contra su cuerpo.

—Me vuelves loco, Olivia —susurra en mi oído y esto hace que sienta una corriente eléctrica por la espalda—. No voy a dejar que te vayas nunca más de mi lado. Haré lo que sea para retenerte junto a mí. —Me incorporo, lo miro a los ojos, extrañada, y él suelta una sonora carcajada—. Es cierto, y creo que ahora me toca demostrártelo y conquistarte. —Me abraza y me besa de nuevo—. No solo te lo voy a demostrar de esta forma, también lo haré con hechos —promete.

—Bueno, tampoco te tendrás que esforzar demasiado. Te quiero, Hugo —confieso mientras me tiembla la voz.

—Esto es tan nuevo para mí... —murmura perdido en mi mirada.

—Y para mí —le indico y ambos estallamos en risas.

—Nos queremos —murmura dándome un beso, eufórico de felicidad.

Se coloca sobre mí, sin dejar de besarme, perdidos en esto tan nuevo para nosotros y de lo que estamos dispuestos a disfrutar. Sin embargo, emito una leve queja que sale sola de mis labios. Hugo se aparta de inmediato de mí y ambos fijamos la mirada en el gran moretón que tengo en el muslo superior.

—Joder, lo siento —se disculpa de inmediato—. Estás convaleciente —se reprocha.

—No es nada. —Tiro de él e intento que volvamos donde lo hemos dejado.

—Cuando hagamos el amor de nuevo quiero que todo sea perfecto y no tengas ninguna queja. —Me hace un guiño con el ojo, salta de la cama y tira de mi mano—. Vamos a desayunar —me ordena de forma complaciente.

Descalzos nos dirigimos a su cocina. Me siento en un taburete mientras él prepara café y no aparto los ojos de su cuerpo. Aún me parece increíble que Hugo me haya confesado que me quiere y estemos así, en vez de peleándonos como siempre.

—Tengo que avisar a mi madre y a mi abuelo —digo cuando aprecio que por las ventanas entra el sol y debe de ser media mañana.

—No te preocupes, les envié anoche un mensaje desde tu teléfono en el que le decías que te quedabas en casa de Aura a pasar el fin de semana —revela.

—¿El fin de semana? —pregunto mirándolo con atención.

—Voy a cuidarte, Olivia. Estás convaleciente, además, también necesitaba tiempo para tenerte junto a mí y demostrarte todo esto que siento —manifiesta a la misma vez que me roba un beso y continúa haciendo el café—. Ya pensaremos cómo le decimos a todos que estamos juntos —manifiesta con naturalidad mientras lo observo con sorpresa.

Me quedo en silencio y él siente que medito la información.

—¿Sucedo algo? —inquire con el ceño fruncido.

—Bueno, puede que en un principio lo mejor sea llevarlo en secreto —expongo, pensativa.

—¿Quieres que tengamos una relación y se la ocultemos a los demás? —pregunta con sorpresa.

—Creo que por un tiempo puede que sea lo mejor.

—¿Lo mejor? —pregunta en tono contradictorio—. ¿Lo mejor para quién? ¿Tienes algo que solucionar con el tío ese, con Fede? —inquire molesto, con ambas manos sobre la barra que nos separa mientras me mira con unos ojos prendidos en llamas.

—Lo digo por nuestra familia. Por mi madre, está embarazada —le recuerdo—. Y por mi abuelo. Tengamos un periodo de prueba —le propongo—. Te ha costado tanto dar este paso que nunca antes habías dado que puede que esto entre nosotros no salga bien. Puede que no te adaptes a tener una pareja. Y si eso sucede no quiero que mi madre sufra ni mi abuelo tome represalias en tu contra en la empresa —le expongo con miedo.

La expresión en el rostro de Hugo se suaviza al sentir mi temor, asiente en silencio, se dirige a mi lado, me abraza y me besa el cuello con mimo.

—Está bien —acepta mi propuesta—. Va a salir bien. Te lo voy a demostrar —comenta con energía.

—Vale —murmuro. Le creo—. Por otro lado, quiero que quede bien claro entre nosotros que no tengo nada con Fede, ni con nadie —especifico—. Igual tú no puedes decir lo mismo con Abigail —expongo recordando que los vi besándose la pasada noche.

Hugo chasquea la lengua y me sonrío.

—Fue ella la que me besó ayer. No tengo nada con Abigail ni con nadie. Solo quiero algo más contigo —zanja el asunto mientras me da un beso y yo le correspondo.

—Me parece bien —murmuro sobre sus labios.

Hugo se aparta un poco de mí y me mira pensativo, finalmente suelta:

—Hay algo que me está matando. El día que llegaste a la oficina con la misma ropa me dijiste que habías pasado la noche con un hombre. —Se revuelve el pelo mientras yo lo miro con una sonrisa.

—¿Estás seguro de que quieres saberlo? —inquiero disfrutando del momento.

Hugo suspira y se pasea incómodo delante de mí.

—Mejor no. No quiero imaginarte en los brazos de otro tío —resuelve en tono molesto.

—Pasé la noche en casa de mi padre —revelo al fin. No me gusta verlo sufrir.

Hugo se gira y clava sus ojos en los míos, una sonrisa aparece en sus labios y avanza en dos zancadas hacia mí y se apodera de mi boca.

—Gracias —murmura mientras me besa.

—No me he acostado con nadie desde que lo hicimos en Formentera —revelo—. No esperes de mí que tenga más experiencia —le indico mientras lo abrazo y lo beso de nuevo.

Hugo me separa un poco de él, me mira a los ojos con una sonrisa en sus labios y murmura:

—Solo tú eres capaz de provocar esto en mí. —Me abraza con fuerza mientras siento los fuertes latidos de su corazón contra su pecho.

Desayunamos entre miradas y gesto cómplices, y finalmente, no podemos contener el deseo que sentimos y terminamos haciendo el amor en el sofá de una forma tan tierna, delicada y especial que jamás lo hubiese imaginado.

Desnuda, abrazada al pecho de Hugo y con la respiración alterada me siento la mujer más feliz de la tierra. Quiero permanecer siempre así.

—Dejaremos esto en secreto delante de nuestra familia. Pero no pienso renunciar a besarte a abrazarte cuando estemos con nuestros amigos —murmura Hugo.

Me incorporo un poco, lo miro y le indico:

—Me parece bien. Así no se te acercan todas las mujeres que tienes siempre alrededor. Creo que me voy a tener que comprar varios matamoscas para espantarlas.

Ambos estallamos en carcajadas.

Pasamos el resto del día en casa de Hugo, descubriéndonos, amándonos y comprobando nuestro amor.

El domingo nos despierta la insistencia del timbre. Son las doce de la mañana y estamos dormidos.

Hugo se levanta a abrir la puerta, antes se coloca unos calzoncillos, mientras que yo me quedo en la cama, aún tengo mucho sueño. Esta noche hemos dormido muy poco.

De repente, escucho la voz de Aura.

—¿Dónde tienes a mi amiga? Joder, ya podríais contestar al teléfono. Intento ponerme en contacto con vosotros desde ayer —se queja.

—Hemos estado algo ocupados —le revela Hugo.

Mientras la escucho me coloco una camiseta de Hugo y salgo de la habitación. Para mi sorpresa Aura no ha llegado sola, viene con su novio.

Mi amiga fija los ojos en mí, descalza, con el pelo alborotado y luego en Hugo, nos señala a ambos y mira a Gael.

—Estos dos... míralos —le indica—. ¿Qué pasa aquí? —pregunta con los ojos muy abiertos.

Hugo se encamina a mi lado, me pasa la mano por la cintura, me arrima a su cuerpo y me besa delante de ellos.

—¡La madre que los parió! —suelta Aura con un grito ahogado—. ¿Has visto eso? —le pregunta a su novio dándole una palmada en el brazo. Gael nos mira con sorpresa mientras que Hugo y yo les sonreímos a ambos.

—Estamos juntos —anuncia Hugo.

—Bueno, eso es evidente —murmura Aura—. Pero... ¿cuánto de juntos? —inquire con el ceño fruncido.

—Pareja —especifica Hugo.

—Esa palabra no entra en tu vocabulario, tío —dice Gael.

—Pues me he enamorado, ¿qué le hago? —revela Hugo mientras yo siento una felicidad enorme.

Aura y Gael dan un grito y se llevan las manos a la boca mientras yo no puedo dejar de sonreír al ver sus reacciones. Finalmente, ambos nos abrazan, eufóricos.

—Joder, qué bombazo lo vuestro —lanza Aura. Creo que aún está en *shock*.

—Vais a dejar a todos de piedra —comenta Gael.

—Bueno, por ahora queremos llevarlo con discreción. Solo lo sabréis los amigos más cercanos. Por el momento no queremos hacer partícipe a la familia —les expongo.

Gael y Aura se miran en silencio, asimilando la información.

—Nos parece bien. Vosotros ahora a disfrutar, que esto de tener pareja es algo nuevo para cada uno —resuelve Gael.

—¿Os apetece hacer algo? —pregunta Aura.

Hugo me abraza por detrás, me besa el cuello y le responde:

—Sí, pero mejor no te lo cuento.

—Vale, vale. Los tortolitos no van a salir del nido —dice Aura levantando las manos y dándose por vencida—. Nos vamos, mensaje recibido. Ya he comprobado que Hugo te cuida muy bien y estás en perfecto estado. Me marchó en paz —manifiesta Aura en tono jocoso. Tira de la mano de su novio y se marchan.

Hugo me abraza y aun me parece que todo esto es un sueño. No termino de creer que esté enamorado de mí y que quiera tener una relación seria conmigo. Hasta he sido yo la que le ha parado los pies para que no anuncie a bombo y platillo que estamos juntos.

—¿Eres conscientes de que estamos juntos y pronto tendremos un hermanito? —inquiero. Hugo arruga la cara y sacude la cabeza.

—No me gustan los bebés —manifiesta en un tono seco.

—Te gustará, además igual tenemos que ejercer de hermanos mayores y quedarnos con él alguna vez —lo pincho.

—Ah, no. De eso nada, mis noches contigo no me las interrumpe nadie —deja claro mientras me besa y me abraza de nuevo—. ¿Salimos a dar un paseo y a comer por ahí? —propone.

—Me encantaría, pero no tengo ropa. Y no creo que sea muy apropiado que salga un domingo por la mañana con el vestido que llevé a tu fiesta —le recuerdo. Hugo cierra los ojos, supongo que rememora el modelito y niega con un gesto de la cabeza.

—Me volviste loco cuando te vi con ese vestido —revela.

—He de confesar que la intención al elegirlo fue llamar tu atención —confieso mirándolo a los ojos, sonriente.

—Lo conseguiste. Solo podía pensar en ti y en quitarte ese vestido con mis manos.

—Algún día me lo volveré a poner.

—Cuando cenemos en casa, solos —especifica.

—¿Celoso? —pregunto, no le pega nada.

—Con respecto a ti, en todo.

—No tengo ojos para nadie más. No sé qué me has hecho, pero es como si fueses el único hombre para mí. Cuando algún otro hombre me ha tocado o besado he sentido un rechazo inmediato.

—Me gusta eso de ser el único para ti —susurra en mi oído mientras me abraza y me besa.

—Puedes ir a comprarme algo de ropa —le propongo.

—Nunca le he comprado ropa a una mujer —alega.

—Me gusta ser la primera en algo —le indico y él suelta una fuerte carcajada.

—Eres y siempre serás la única en muchas cosas, ya lo irás descubriendo.

—Te haré una lista. Ropa interior, zapatos, pantalones, camiseta y chaqueta.

Hugo pone los ojos en blanco y suspira.

—Dime la talla de todo.

Le envío un mensaje al móvil mientras se viste para ir a comprar mi ropa. Se despide de mí con un largo beso en los labios y dice antes de marcharse:

—Espero volver antes de que anochezca.

—Lo conseguirás —le animo con un gesto de fuerza con la mano.

Cuando me quedo a solas me tumbo en la cama, doy varias vueltas en ella, es muy grande, y no puedo evitar gritar de alegría. Hugo enamorado de mí y comprándome ropa. No lo puedo creer.

Me meto en su baño y lleno la enorme bañera, me relajo en ella con los ojos cerrados mientras que no dejo de pensar en todos los momentos tan maravillosos que he vivido con Hugo desde que llegué a su ático.

Tiempo para nosotros

Me sobresalto en la bañera cuando escucho a Hugo entrar en el baño.

—¡Qué rápido has llegado! —exclamo, pero lo cierto es que creo que me he quedado dormida, el agua está helada.

—Ha sido más fácil de lo que pensé. La dependienta de la tienda me vio algo apurado y se apiadó de mí —revela con una enorme sonrisa en su bonita cara.

—¿No te pidió tu teléfono ni quiso ligar contigo? —inquiero al salir de la bañera. Hugo no me quita ojo de encima. Me tomo mi tiempo para envolver mi cuerpo en una toalla. Me gusta que me coma con la mirada.

—Tenía más de cincuenta años —comenta con un gesto de desagrado en el rostro.

—Entonces es que te quería como yerno —le sigo el juego.

—Le dije que toda la ropa era para mi novia, quería sorprenderla —revela con naturalidad. Al escuchar la palabra novia me estremezco.

Hugo se acerca a mí, me ayuda a envolverme en la toalla y me roba un beso.

—Me has sorprendido —susurro sobre sus labios—. No pensé que saldrías de esta casa para comprarme ropa.

—Solo fue una excusa para hacer otra compra más necesaria —revela y lo miro con interés—. Ya no tenía más condones —susurra en mi oído y ambos estallamos en carcajadas.

—Muy necesario —reafirmo.

—Y ahora vístete o te llevaré a la cama de nuevo y no te dejaré salir de mi casa en todo el día —me da de margen.

Salgo del baño y saco de las bolsas que hay encima de la cama todo lo que ha comprado.

—Hay más de lo que te encargué —aprecio admirando la ropa.

—Mucho más. Por si lo necesitas para otra ocasión, ahora vendrás mucho y no solo será de visita. —Me guiña el ojo y sale de la habitación.

Suspiro mientras pienso que de ahora en adelante voy a venir bastante al ático de Hugo.

Me gusta que tengamos un lugar especial para nosotros, sin embargo, al mismo tiempo, sé que ahora lo voy a echar muchísimo de menos en casa.

Salimos en el coche de Hugo y nos adentramos en la sierra de Madrid, comemos en un

restaurante con unas vistas increíbles y luego me lleva a dar un paseo. Ir cogida de su mano por la calle, comer juntos como una pareja en un lugar público... todo es tan especial que me siento como si viviese un verdadero sueño.

Cada vez que miro a Hugo y descubro en sus ojos grises ese brillo que consigue darme un vuelco el corazón siento que soy una mujer muy afortunada. Es atento, cariñoso y protector. En estos dos días juntos en su ático me he enamorado muchísimo más de lo que ya lo estaba.

No sé qué nos depare el futuro, pero me conformo con lo que tenemos en estos momentos; contar con tiempo para nosotros y disfrutar a solas.

Tras un fin de semana increíble, cuando Hugo me lleva a mi casa no quiero separarme de él, pero seguimos con nuestro trato, por el momento no le diremos nada a nuestra familia que tenemos una relación.

Me despido de Hugo hasta el día siguiente en la oficina y ambos sabemos que el tiempo que pasemos allí juntos no será nada fácil, sobre todo en presencia de mi abuelo.

Ceno con mi madre, su marido y mi abuelo y me meto en la cama. Llamo a Hugo y nos quedamos hablando hasta las tantas. Ninguno de los dos quiere cortar la comunicación, echamos de menos estas dos noches que hemos pasado juntos y comprendemos que tenemos que aprender a pasar muchas más separados.

Me arreglo para ir al trabajo y ese día pongo especial esmero en maquillarme, peinarme y escoger un vestido azul marino ajustado a mi cuerpo pese a ser de corte medio.

Llego a la oficina acompañada de mi abuelo y cuando entro en su despacho Hugo ya nos espera allí.

—¡Qué madrugador, muchacho! —lo saluda mi abuelo.

Hugo y yo nos dirigimos una mirada cómplice en silencio en la que tenemos que reprimir acercarnos y darnos un beso como el que deseamos.

—No podía dormir, llevo una hora trabajando —anuncia Hugo.

—Tienes buena cara, alegría y entusiasmo. Me gusta —aprecia mi abuelo.

Reprimo una sonrisa ya que sé la causa de todo ello. Pero dejo que mi abuelo piense que es por el trabajo.

Pasamos casi toda la mañana en el despacho de presidencia, mientras mi abuelo atiende una llamada en nuestra presencia Hugo me susurra:

—¿Hoy no tiene ninguna reunión ni nos va a enviar a nuestros despachos? —Lo siento eufórico por deshacerse de él.

Me encojo de hombros y le sonrío.

—¿Qué os pasa? —brama mi abuelo sobresaltándonos—. Lleváis toda la mañana en Babia. No estáis a lo que estáis —nos reprende cuando aprecia que mientras él hablaba por teléfono nos hemos dedicado a susurrar por lo bajo y a mirarnos.

—Necesito un café, abuelo. No he dormido mucho, lo siento si hoy no estoy al cien por cien —me disculpo y decido cargar con la regañina, sé que a mí me lo pasa todo.

—No te preocupes, mi vida. Ve a despejarte un poco. Hugo, acompaña la, por favor.

Ambos salimos del despacho conteniendo una sonrisa, nos dirigimos al ascensor y cuando nos montamos y comprobamos que solo estamos nosotros nos miramos de forma ardiente, se cierran las puertas y nos abalanzamos el uno sobre el otro y nos besamos con pasión. Nos apartamos de inmediato cuando las puertas se abren y salimos a la recepción de la empresa.

—¡Qué rápido hemos bajado! —murmura Hugo con una sonrisa traviesa.

Salimos al exterior y entramos en un local para desayunar. Hugo se acerca a la barra y pide para que nos atiendan antes. Yo tomo asiento y de repente me encuentro con Fede enfrente, lleva un zumo en la mano, retira la silla y toma asiento sin preguntar.

—¿Cómo estás, Olivia? Me he enterado de lo que te ocurrió a la salida de la discoteca, no sabía nada —dice preocupado—. Te he puesto varios mensajes esta mañana.

—Estoy bien, solo fue un susto —respondo algo incómoda por su presencia. Yo quería desayunar a solas con Hugo. De repente, lo siento a mi espalda, tiene una mano colocada en mi hombro.

—Federico —pronuncia con lentitud—. Dos cosas, para que te queden claras desde este momento —especifica Hugo—: la primera, que no llegue a oídos de Don Emilio lo ocurrido en la salida de la discoteca, su nieta no quiere preocuparlo. Y la segunda, levántate, Olivia está conmigo. No la molestes más —le ordena con un tono de voz duro y seco.

—Oh, perdón —dice Fede un poco avergonzado—. Nos vemos en otra ocasión.

Se levanta y se marcha. Hugo ocupa su lugar y lo sigue con la mirada hasta que abandona el local.

—Pesado, espero que le haya quedado bien claro que te deje en paz —comenta malhumorado.

—Has sido un poco desagradable —le expongo.

—Puedo llegar a serlo mucho más cuando tocan lo que es mío —especifica—. Ese tío se muere por ti.

—Pero yo me muero por ti. No me interesa lo más mínimo.

Hugo relaja un poco más el rostro y finalmente me dedica una sonrisa.

—Joder, me muero por darte un beso en estos momentos, pero esto está lleno de personal de la empresa —maldice mientras pasea la mirada por nuestro alrededor.

—¿Nos vemos esta tarde? —propongo.

—Salgo a las seis, yo trabajo por las tardes —me recuerda—. Tengo que darte una llave de mi ático —dice como si nada mientras a mí me da un vuelco el corazón—. ¿Pasa algo? —pregunta, preocupado, cuando aprecia que me quedo en silencio.

—Entregarme una llave de tu casa es algo muy serio —murmuro.

—Eres lo más serio junto con mi trabajo que tengo en esta vida. Tienes la llave de mi corazón, también quiero que tengas la de mi casa.

—Ahora soy yo la que se muere por comerte a besos en este lugar —le indico conteniéndome para no arrojarme a sus brazos.

—Tendremos que esperar al ascensor de nuevo —plantea Hugo con una sonrisa traviesa.

Cuando nos subimos al ascensor de nuevo no estamos solos y escucho a Hugo suspirar. No puedo reprimir una amplia sonrisa. Llegamos a nuestra planta y me susurra en el oído mientras caminamos juntos:

—A mi despacho.

—¿Eso ha sido una orden? —pregunto en tono jocoso mientras lo miro de reojo.

—En toda regla —murmura y tengo que reprimir una carcajada.

El despacho de mi abuelo está cerrado y entramos directos en el de Hugo. Cierra la puerta y no me da margen ni de soltar el bolso. Tira de mi mano, me abraza y se apodera de mi boca con ansias.

—Joder, y ahora te tumbaría sobre mi mesa y te haría de todo —anuncia en tono de lamento.

—Nos vemos esta noche.

—Tengo una comida en la agenda y luego debo volver aquí. Toma mi llave, espérame en casa.

Cojo las llaves de su ático y las guardo en mi bolso mientras siento mil mariposas en mi estómago. Ni en mis mejores sueños me imaginé así con Hugo.

Volvemos al despacho de mi abuelo, continuamos lo que dejamos y cuando llega la hora del almuerzo me marcho sola porque mi abuelo tiene que acudir a la misma comida que Hugo.

Llamo a mis amigas y almuerzo con ellas en la universidad. Gala ya sabe que estoy con Hugo y entre ella y Aura me linchan a preguntas. Ambas se alegran mucho por nosotros pese a que no entienden que queramos llevar lo nuestro con discreción ante nuestras familias.

Tras almorzar con mis amigas se me ocurre pasarme a comprar algo de comer para esta noche en casa de Hugo, quiero sorprenderlo, pero no sé cocinar, así que me decido por comprar sushi y algo de marisco, espero que le guste.

Cuando abro la puerta del ático de Hugo como si fuese mi casa no puedo dejar de sentir cierta emoción. Me pongo cómoda, preparo la comida que he comprado y ambiente el salón con unas velas. Quiero que tengamos una cena íntima y perfecta.

A las ocho de la tarde le envío un mensaje, me extraña mucho que aún no haya llegado. Su hora de salida de la empresa es a las seis de la tarde. No me contesta el mensaje. Una hora después me escribe diciéndome que ya viene de camino.

Hugo llama a la puerta y lo recibo con una bata de encaje color rosa palo y un conjunto de ropa interior increíble que se transparenta a través de esta, se queda perplejo en cuanto me ve. Se

adentra un poco, cierro la puerta y doy un par de pasos para acercarme a él, como voy descalza y es más alto que yo, me coloco de puntillas para besarlo.

—Es el mejor recibimiento que he tenido nunca —murmura sobre mis labios—. Perdón por la tardanza, pero la culpa la tiene tu abuelo.

—Quedas perdonado —le indico entrelazando mis manos alrededor de su nuca y apoderándome de sus labios.

Hugo me alza en sus brazos, mis pies dejan de tocar el suelo, y sin interrumpir el beso camina conmigo en dirección a la cama. Protesto y le indico:

—Tengo la cena preparada.

—En estos momentos deseo otro tipo de cena. —Acaricia mi cuerpo, profundiza el beso y comienza a desnudarme.

Hacemos el amor y siento que es una nueva experiencia junto a Hugo.

Tras una ducha nos sentamos a la mesa, elogia todo lo que he comprado y devoramos la comida.

Cuando me doy cuenta son casi las doce de la noche, no he mirado el móvil desde que Hugo llegó y no pensé que se haría tan tarde, estoy segura de que tengo mil llamadas de mi madre y mi abuelo preocupados.

Consulto el teléfono y suspiro bajo la atenta mirada de Hugo.

—Tengo que volver a casa —manifiesto con pena, me muero por pasar la noche entera abrazada a él y me entristece que tenga que coger el coche después de un largo día para llevarme a casa.

—Lo sé —murmura de forma paciente, dirigiéndome una mirada cálida.

Nos vestimos y ponemos rumbo a mi casa. Le propongo a Hugo que me deje antes de entrar en la propiedad, pero insiste en dejarme en la misma puerta.

—Me verán llegar contigo —le comento.

—Y ganaré puntos con tu abuelo porque sabrá que cuido muy bien de su nieta. Tenemos los mismos amigos, es normal que te traiga yo y seguro que así confían más en ti y están más tranquilos —argumenta.

Me quedo en silencio, sopesando sus palabras. Tiene razón, los demás no tienen por qué ver lo que hay entre nosotros, espero que se queden con la visión de que somos buenos amigos y hermanos.

Antes de bajar del coche Hugo tira de mi mano y me roba un beso. Lo reprendo con la mirada, él me sonríe y me bajo antes de que me cueste más hacerlo.

Los días siguientes en la empresa nos las arreglamos para besarnos como adolescentes por cada rincón que encontramos, nos vemos en casa de Hugo o con nuestros amigos a tomar algo.

Este fin de semana, el primero como pareja, él tiene que viajar con mi abuelo. Solo serán cinco días fuera, pero lo echaré mucho de menos.

En esos días no acudo a la empresa, mi abuelo insiste en que me quede en casa y acompañe a mi madre en varias revisiones que tiene para el bebé.

Mientras esperamos en la consulta del médico mi madre me manifiesta que le encantaría hacer una fiesta en la que se conociese el sexo del bebé. La miro un poco extrañada sin saber muy bien qué tengo que hacer y ella me explica:

—La próxima semana me dicen si será niño o niña y me gustaría que te lo dijeren a ti, guardases el secreto y lo hiciésemos público en una fiesta donde todo sea rosa o azul.

—Vale, puedo organizarla si te hace ilusión —le indico sin mucha motivación.

—Sí, me encantaría —comenta con alegría.

—Bien, me pondré manos a la obra.

—Pídele ayuda a Aurora o a tus amigas, por supuesto, puedes invitarlas a todas. Que sea una fiesta de tarde, una merienda de amigos —especifica.

—Tomo nota.

Mientras le sacan sangre a mi madre resoplo por el marrón que me acaba de caer encima. No me gustan las fiestas, y menos una familiar en estos momentos en los que me encuentro con Hugo. Todo el tiempo libre que tengo lo quiero para estar con él. Necesitamos espacio para nosotros, sin embargo, siento que mi familia, el trabajo y los amigos terminan interponiéndose.

No me gustan las fiestas

Espero a Hugo en su ático como me ha propuesto. Tras cinco días sin vernos me ha amenazado diciéndome que no se hace responsable de sus reacciones si hay más gente delante cuando nos volvamos a ver.

Me sorprende por la espalda en la terraza, mientras estoy absorta viendo el atardecer, y doy un grito cuando me alza en sus brazos, da varias vueltas conmigo y me besa con pasión. Cada vez que lo siento así a mí lado me emociono, fueron tantas las veces en las que pensé que lo nuestro sería imposible, que verlo enamorado y como alguien tan diferente al Hugo de hace unos meses me provocan unas mariposas en el estómago que no puedo controlar. Es tan guapo, tan atractivo y lo siento cada día tan perfecto que no puedo considerarme más afortunada por tenerlo a mi lado.

—Joder, cómo te he necesitado —susurra sobre mis labios—. No sabes los esfuerzos que he tenido que hacer para concentrarme en el trabajo. No podía dejar de pensar en ti. Ahora solo quiero perderme en ti, ya tendremos tiempo de ponernos al día.

—Me parece bien —murmuro al mismo tiempo que caminamos en dirección a la habitación mientras nos desnudamos, pero no llegamos hasta ella. Hacemos el amor sobre la alfombra del salón.

—El próximo viaje convenceré a tu abuelo para que nos acompañe, así mis noches no serán tan solitarias y vacías en la habitación de un hotel —propone Hugo.

—No estoy tan capacitada como tú para asistir a esos viajes de negocios.

—Pronto lo estarás. No te hace falta acudir a la universidad para aprender a llevar la empresa de tu abuelo, entre él y yo te vamos a enseñar. Tienes una gran capacidad para asimilar los números, y las leyes se te dan bien.

—Me gusta lo que hago, me siento motivada y pienso menos en los recuerdos que no vuelven.

—¿Te sigue agobiando ese tema? —pregunta, preocupado, mientras me abraza a su cuerpo desnudo.

—Un poco. Ahora conozco un poco más a mi familia, mis amigos, tengo una ocupación y estás tú —revelo con una gran sonrisa de orgullo—, pero el primer mes fue horrible, que quise morir —relato.

—No te lo puse nada fácil —se lamenta.

—Bueno, juegas con la ventaja de que me gustaste desde un primer momento y luego, poco a poco, me fui enamorando de ti sin querer.

—Soy un tío con suerte —murmura sobre mis labios—. Te invito a cenar —propone de golpe—. Pero no aquí en casa, no quiero que me acuses de que nuestra relación se limita a las paredes de este ático. Me apetece salir por ahí con mi novia.

—Tu novia —pronuncio con lentitud, asimilando lo que significa.

Hugo asiente con la cabeza.

—Nunca había llamado a nadie así, pero me gusta cuando pienso en ello y eres tú.

—Pues vas a salir a cenar con tu novia, pero tendrás que comportarte como su hermano —comento.

—No, ese no es el trato. Solo seremos hermanos de cara a la familia y por un tiempo —me recuerda—. Esta noche llegaremos de la mano a cenar y te besaré siempre que me dé la gana —deja claro.

—¿Y si llega a oído de nuestros padres? —pregunto algo inquieta.

—Tranquila, te aseguro que no frecuento los mismos lugares a los que van ellos.

Tira de mi mano, me arrastra hasta la ducha y nos marchamos a cenar a un restaurante griego. La comida me encanta, estamos en un reservado con cierta privacidad, pero con unas bonitas vistas y la cena con mi novio entre velas me resulta de lo más romántica.

De vuelta a casa le comento:

—Voy a necesitar tu ayuda. Mi madre quiere que le organicemos una especie de fiesta para dar a conocer el sexo del bebé, el cual, tras una ecografía, solo sabré yo, bueno, y tú porque te lo diré.

Hugo conduce centrado en el tráfico y yo voy a su lado con los ojos cerrados, pero, por el silencio que se hace deduzco la poca gracia que le hace la fiesta.

—Yo solo sé organizar fiestas en discotecas —murmura—. Dudo que algo así les sirva a nuestros padres.

—Lo sé, he estado investigando por internet. A mi madre le hace ilusión y quiero que sea algo especial.

—Vale, dime qué tengo que hacer y lo haré —dice sin demasiado entusiasmo.

—Acompáñame a elegir la tarta, la decoración y a comprar algo de ropa en el color del sexo del bebé —le enumero.

—¿Estás de coña? —pregunta alzando la voz.

—Vamos, será divertido —le ruego.

—Olivia, divertido es pasar la tarde contigo en la cama y no matándome los pies y la cabeza buscando regalos y eligiendo chorradas que no me interesan.

—Por favor —le ruego tratando de convencerlo.

—Ya veremos, pídele ayuda a Aura y Gala —propone.

—Quiero hacerlo contigo, será nuestro hermano —trato de convencerlo.

—Vale, pero me lo cobraré —zanja cuando llegamos a la puerta de mi casa y para el coche.

Abro los ojos y lo miro con una enorme sonrisa. En esta ocasión soy yo la que se tira a sus brazos y lo besa. De repente, Hugo me aparta con demasiada brusquedad y cuando alzo la mirada tenemos a mi abuelo cerca, caminando en nuestra dirección con su perro al lado.

—Olivia, Hugo —nos saluda mi abuelo.

Hugo se baja del coche y acaricia al perro mientras que mi abuelo nos mira a ambos.

—¿No es un poco tarde ya? Mañana se trabaja —nos recuerda.

—Hemos estado cenando con unos amigos —dice Hugo.

—Gracias por ocuparte siempre de mi nieta. Es una tranquilidad muy grande saber que cuidas de ella.

—De nada, Emilio, es un placer —manifiesta mirándome con total descaro y un brillo especial en sus ojos grises.

—¿Pasas, muchacho? —le ofrece mi abuelo.

—Es tarde, ya saludo a mi padre otro día.

—También puedes saludar a tu padre y quedarte a dormir. Sabes que esta siempre seguirá siendo tu casa.

Hugo me mira, sonrío de forma traviesa y dice:

—Te tomo la palabra, es una idea buenísima.

Entramos en la casa, encontramos a mi madre y a su marido frente a la televisión, él hoy no tiene programa, Hugo los saluda y nos sentamos todos a charlar un poco en el salón.

Pasada una hora nos marchamos a dormir. Cuando cierro la puerta de mi cuarto y Hugo hace lo mismo en su habitación, frente a la mía, me guiña un ojo y leo las intenciones en su cara, niego con un gesto, pero asiente. Cerramos las puertas y me meto en la cama suplicando que no haga la locura de meterse en mi cama para pasar la noche conmigo. Sin embargo, pasada una hora, la puerta se abre y observo como se cuela en mi cuarto en la penumbra y sin decir nada se mete en la cama conmigo.

—Estás loco —susurro bajito.

—Tu abuelo me lo puso en bandeja —replica abrazándome y acomodándose.

—Cuando duermo contigo no me despierto asustada en mitad de la noche —revelo, es algo tan íntimo que solo se lo he dicho a mi psicólogo.

—¿Desde cuándo te pasa? —pregunta, preocupado.

—Desde que volví a despertar. Creo que en sueños revivo cosas del pasado, pero cuando abro los ojos no las recuerdo. Sin embargo, cuando duermo contigo no me pasa.

—Me alegro ser tu remanso de paz. Si la solución es que duermas conmigo todas las

noches... puedes venirte a vivir conmigo, te aseguro que estaré más que encantado de dormir así —Me abraza con más fuerza— todos los días.

Me quedo en silencio ante sus palabras. Me está proponiendo que vivamos juntos y solo llevamos dos semanas como pareja. Esto me asusta un poco, pero no quiero manifestárselo.

—Creo que antes de correr juntos tenemos que aprender a caminar de la mano.

—Muy sabia. Sé que necesitas tiempo para adaptarte porque has pasado por mucho y estoy dispuesto a darte todo el que necesites. Te quiero, Olivia. No olvides que siempre puedes confiar en mí, todo. Hasta tus peores miedos.

—Gracias. Te quiero. —Me abrazo a él con más fuerza y el sueño me invade.

La siguiente semana solo voy a trabajar dos días, tengo médicos, revisiones periódicas tras mi accidente en las que mi madre no me deja sola y la ecografía del bebé donde sabremos si es niño o niña.

Me entregan un sobre y dentro me indican el sexo. Mi madre me dice que no lo abra en su presencia porque igual por mi expresión puede adivinarlo. Quiere descubrirlo en la fiesta que debo preparar para dentro de tres días.

—Yo no podría aguantar —le comento a mi madre cuando salimos de la consulta del ginecólogo y guardo el sobre en mi bolso—. ¿Qué quieres que sea? —le pregunto, hasta el momento no lo ha manifestado.

—Me gustaría que fuese un niño, como hija ya te tengo a ti.

—Podéis tener otro —lanzo de golpe.

—Oh, no. En nuestros planes no entraba tener un hijo, esto ha sido algo inesperado. Rubén y yo contábamos más con ser abuelos que padres.

Es viernes y mi madre me deja en la universidad. He quedado para comer con mis amigas para que me ayuden a preparar la fiesta del bebé y luego me recogerá Hugo.

Aura y Gala se encargarán de la decoración y la comida. Yo solo tendré que escoger la tarta y comprar algo de ropa.

Me tomo un café en una terraza en la calle al sol con mis amigas cuando aparece Hugo, me besa frente a ellas sin reparo, tira de mi mano y dice:

—Me la llevo. Aura, para la familia de Olivia va a estar todo el fin de semana contigo en tu casa —le informa de forma despreocupada.

—¿Qué dices? —pregunto mientras tira de mí y abre la puerta del coche para que me monte en él.

—Fin de semana solo para nosotros —anuncia.

—Nunca lo había visto así con una tía —alza la voz Gala.

Hugo entra en el coche y nos vamos.

—¿Preparada? —pregunta con tono misterioso.

—¿Dónde vamos? —inquiero, por el brillo y la sonrisa de sus ojos deduzco que no me lleva a su ático.

—Una escapada romántica. He tenido que averiguar cómo se hacen ya que nunca tuve interés en una —revela.

—¿Todo el fin de semana? —pregunto, alerta.

—Por supuesto —confirma centrado en el tráfico.

—No podemos. El martes es la fiesta del sexo del bebé, tenemos que elegir la tarta y comprar una cesta con ropa.

—Ya lo haremos en otro momento. Este fin de semana es nuestro. Llevamos juntos casi un mes y aún no hemos tenido una escapada para nosotros.

—¿No me vas a preguntar por el sexo del bebé?

—Me da igual —responde con indiferencia mientras conduce.

—Es un niño. Vamos a tener un hermanito —revelo con alegría.

—De pequeño quise tener un hermano, pero ahora ya no me hace ilusión. Podría ser su padre.

—¿No te gustan los bebés? —inquiero.

—Los considero molestos, pero allá mi padre. A mí no me va alterar la vida.

—Te gustará. Tienes mucho amor en tu corazón y no todo es para mí.

Hugo me mira, me coge la mano y la lleva hasta sus labios.

—Me has cambiado tanto que ni yo mismo me reconozco en algunos aspectos.

Cuando aprecio que llegamos al aeropuerto abro mucho los ojos, no esperaba un viaje en avión.

—¿Un avión? —pregunto con miedo. No sé si esté preparada para montarme en uno ya que no me fío de mis reacciones.

—Quiero ser parte de tus nuevas primeras veces y que las recuerdes conmigo. Es un viaje corto. El destino es Málaga. Te gustará. Cuando probemos qué tal te sientes en un avión podremos elegir un destino más lejano. Quiero llevarte a París, Roma, Londres... —revela con tal ilusión que logra contagiarme.

—No sé si me gusta viajar —comento de pronto. Es un aspecto de mi vida que no lo sé, como otros tantos, pero algo me dice que Hugo está dispuesto a explorarlos todos.

—Te gustará. Es increíble.

—¿Me gustaba antes del accidente? —pregunto.

—Has viajado mucho, pero ignoro si disfrutabas —murmura.

Aparcamos el coche, entramos en el aeropuerto, Hugo me va explicando todos los pasos hasta llegar al asiento del avión mientras que yo lo miro todo con atención.

—No te sientas incómoda, hay mucha gente que a tu edad aún no se ha montado nunca en un avión —comenta.

Lo miro, le doy un beso y le sonrío dispuesta a disfrutar de nuestro primer viaje juntos mientras me obligo a dejar atrás y pensar constantemente en un pasado que no recuerdo.

Alegría familiar

Es lunes y vuelvo al trabajo rendida. La escapada con Hugo por Málaga ha sido increíble en todos los sentidos. Nos vamos descubriendo como pareja de una forma maravillosa y siento que cada día estamos más y más enamorados y eso es mutuo.

Almuerzo con Hugo y le digo:

—Le he pedido a mi abuelo que te dé la tarde libre para que me ayudes a comprar las cosas que faltan para la fiesta del bebé mañana. —Le sonrío mientras que él pone cara de sorpresa.

—Me la has jugado. Cuentas con la ventaja de que tu abuelo nunca te niega nada.

—Me adora, y yo a él. Es el mejor hombre del mundo.

—¿Y yo qué? —pregunta de inmediato haciéndose el ofendido mientras me sonrío.

—Tú aún debes de hacer algunos méritos para igualarlo —susurro sobre sus labios antes de besarlo—. No te quejes, tendremos la tarde para nosotros.

—No me gusta ir de compras —protesta.

—Es por una buena causa, por nuestros padres y nuestro futuro hermano.

—Ese niño aún no ha nacido y ya me está dando dolores de cabeza —se queja, sonriente.

Pagamos la cuenta y nos marchamos a un centro comercial. Entramos en varias tiendas de bebés y compramos varias cosas. Hugo no se implica mucho, pero intento que colabore. Paseamos por el centro comercial cargados de bolsas y de la mano comportándonos como una pareja normal. Hugo se para, me abraza y me besa. Cuando nos volvemos nos topamos de frente con Ariadna que nos mira con los ojos muy abiertos.

—¿Vosotros? —pregunta con voz queda, con la mandíbula casi desencajada—. No lo puedo creer. Las veces que has dicho que Olivia era una mujer que te daba asco y que jamás la tocarías aunque te pagasen. ¿Te paga su abuelo? ¿En el cargo de niñera va también el de novio pese a que te mueras del asco? —inquieta con maldad.

—¡Cállate, Ariadna! —ladra Hugo con la mirada encendida. Agarra mi mano con más fuerza y tira de mí—. Eres peor de lo que pensaba. No quiero volver a saber nada de ti.

Pasamos por su lado y nos marchamos.

Hugo camina cabizbajo y callado, durante un buen rato ninguno de los dos decimos nada pese a que seguimos tomados de la mano.

De repente, Hugo se para en seco, me alza el mentón con su mano y me mira a los ojos.

—No le echas cuenta a las palabras de Ariadna. Está envenenada. La ha reventado vernos juntos.

—Me ha impactado la maldad que he visto en sus ojos. El odio hacia mí.

—Ella odia a medio mundo. No te preocupes por eso —intenta relajarme un poco, pero no lo consigue.

Nos marchamos a elegir la tarta y cuando salimos de la pastelería justo al lado se encuentra un puesto de flores con unos ramos preciosos. Hugo coge uno de rosas amarillas, se lo paga a la señora que los vende y me los extiende.

—¿Y esto? —pregunto con sorpresa.

—Son amarillas como el sol y desde que nos cruzamos con Ariadna te has ensombrecido. Espero que vuelvas a brillar al verlas.

—Son preciosas —aprecio con una amplia sonrisa—. Gracias, nunca me habían regalado flores.

—Pues ya somos dos. Nunca las había comprado para nadie —revela dándome un beso.

—Me gustan estas cosas de ti, que seas diferente al de antes pese a que no te recuerdo.

—Es mejor que no lo hagas —murmura en tono jocoso. Me abraza y nos encaminamos hasta el coche.

Hugo me deja en casa y me ayuda con todos los paquetes. Cuando se marcha no podemos despedirnos como nos gustaría porque mi abuelo y mi madre se encuentran en el salón viendo el programa de televisión que presenta el padre de Hugo.

Al día siguiente mi madre me pide que no vaya a trabajar y me quede ayudándole con Aurora y Fredy con todo lo de la fiesta para esta tarde. He invitado a mis amigos y Hugo vendrá a regañadientes. Se ha cansado de decirme que no le gustan este tipo de fiestas, pero yo he intentado convencerlo de que es una alegría familiar y debemos estar presente junto a nuestros padres.

Para mi sorpresa Hugo llega a comer a casa con mi abuelo, que lo ha invitado y no ha perdido ocasión para estar cerca de mí.

El padre de Hugo le pide que lo ayude con unas cosas después de comer y yo aprovecho para meterme en la ducha y prepararme para cuando lleguen los invitados. La fiesta es a las cinco de la tarde.

Estoy en mi baño, el agua me cae sobre la cabeza y tengo los ojos cerrados cuando siento unas manos que aprisionan mi cintura y me arriman a un cuerpo fuerte y duro como el acero. De inmediato sé que es el cuerpo que amo con locura.

—No he podido resistirme a invadir tu intimidad y colarme en tu ducha. No tienes idea de las veces que he soñado con esto desde que regresaste tras el accidente —susurra en mi oído mientras me besa el lóbulo de la oreja y acaricia mi sexo con sus manos mágicas.

—Estamos jugando con fuego. Es mi habitación, la casa de nuestros padres —le recuerdo entre gemidos.

—Eso me excita mucho más. Hacerlo aquí contigo —murmura sobre mis labios a la misma vez que me alza por las caderas y hace que le rodee la cintura con mis piernas.

—Estás loco —gimo cuando lo siento introducirse dentro de mí con lentitud.

—Loco por ti. Nunca me había sucedido esto. Estás todo el día en mi pensamiento. Cuando no te tengo cerca no como, no duermo... ¿Qué has hecho conmigo, Olivia? —pregunta mientras sale y entra de mi interior aumentando el ritmo.

—Amarte —gimo agarrada a su cuello, mientras mi cuerpo vibra por completo y se estremece con cada investida.

—Nunca dejes de hacerlo porque ya no sabría vivir —revela en mi oído cuando se corre.

—Eso es imposible —manifiesto, abrazada a él, con el corazón a punto de salirse del pecho.

Mientras nos vestimos miro a Hugo y le indico:

—Sécate el pelo. —Lo lleva un poco más largo, no se lo ha cortado en estos meses y le queda muy bien. No lo hace parecer tan niño como con el pelo muy corto.

—Tranquilízate, siempre puedo decir que entré a tu cuarto a pedirte algo.

—Si no nos ven juntos, mejor.

—Esto es solo por un tiempo, lo recuerdas, ¿verdad? —inquieta, preocupado.

—Sí, pero ¿y si a mi abuelo no le gustas como mi novio y te echa de la empresa? —pregunto con miedo.

—Me da igual. No pienso renunciar a ti —revela casi sin pensar—. Ya encontraré otro trabajo.

—Pensé que trabajar en la empresa de mi abuelo y llegar a sustituirlo era tu gran sueño.

—Ese sueño quedó en segundo lugar cuando me di cuenta de que estaba perdidamente enamorado de ti y eras el gran motor de mi vida, Olivia. El día de mi cumpleaños cuando casi te atropella ese coche cambió todo. El Hugo que tienes frente a ti no tiene nada que ver con el del pasado.

—Y no sabes cómo me alegro. Eso nos permite estar ahí. —Lo abrazo y lo beso.

Hugo se termina de vestir, le seco el pelo con mimo, entre caricias, y sale de mi habitación a hurtadillas.

La fiesta del sexo del bebé es todo un éxito, vienen muchos amigos de nuestros padres y ellos son felices cuando descubren todo en tonos azules. Mi abuelo salta de alegría, supongo que siempre deseó más nietos a los que dejar su imperio.

—¿Preparados para cambiar pañales? —bromea Gael a Hugo y a mí.

—Conmigo que no cuenten —dice de inmediato Hugo—. Yo a la única hermana que quiero

en mi cama es a ella —revela en tono bajito delante de Aura y Gael mientras me abraza delante de todos.

—Me gusta que os llevéis así de bien. —Nos sorprende la voz del padre de Hugo y esto hace que ambos demos un salto y nos alejemos un poco.

Rubén nos mira con una amplia sonrisa mientras yo me retuerzo las manos, nerviosa, y Hugo carraspea un poco a la misma vez que se mete las manos en los bolsillos.

—Todo lo bueno llega —comenta mi abuelo palmeándole la espalda a su yerno—. Me vais a dar un nieto, Olivia está bien y cada día se lleva mejor con Hugo. Los tiempos de sus riñas ya pasaron, qué gran alegría familiar. Nada puede empañar esta emoción que siento.

Me acerco a mi abuelo y lo abrazo, creo que es un hombre que pese a tener mucho también ha sufrido bastante y cuando se es tan bueno como él todo llega. Solo rezo porque mi relación con Hugo no le parezca mal en el momento que decidamos decírsela a la familia.

El resto de la semana pasa con mucho trabajo, Hugo y yo apenas nos vemos, pero tenemos planes este fin de semana. Saldremos con nuestros amigos y me quedaré en su casa.

Para terminar con la semana almuerzo en un restaurante muy glamuroso con mi madre. Al parecer ella es la que se encarga de la organización de la fiesta de Navidad de la empresa cada año y según me recuerda falta menos de un mes para la fecha. Me pide que la ayude en la organización y de paso que aprenda para que sea yo quién la lleve a cabo el próximo año ya que ella estará muy ocupada con el bebé.

El viernes por la noche lo paso con Hugo en su casa. Pedimos comida y vemos una película juntos. Estos planes románticos con él me fascinan, y más cuando me revela que nunca los ha tenido con nadie antes. El sábado tenemos una fiesta en una discoteca, no me apetece mucho ir ya que prefiero estar a solas con Hugo todo el tiempo, pero también tengo ganas de ver a mis amigas y sé que mi novio echa de menos salir de fiesta como hacía antes.

En la discoteca nos encontramos con Ariadna y nada más verla me ensombrece la noche. La forma en la que nos mira a Hugo y a mí me pone la piel de gallina. No sé qué le hice en el pasado para que me tenga tanto odio. Procuro indagar con Aura y Gala, pero ambas me confirman que solo es envidia. Yo tengo todo lo que ella desea.

Pese a que comienzo la fiesta con mal pie luego consigo animarme, bailar y pasármelo bien con mis amigas y con Hugo. A mitad de la noche me abraza y me da un largo beso en medio de la pista.

—No puedo resistirme más, me tienes loco. Además, tengo que marcar territorio. Hay un montón de tíos mirándote durante toda la noche y si no te beso tendré que partirlas la cara cuando intenten algo contigo.

—Bueno, me parece bien. Así todas las tías que babea por ti sabrán que eres mío —murmuro

colgada de su cuello, rozándole los labios, aspirando su aroma y disfrutando de una fiesta con Hugo como tantas veces deseé.

Voy al baño con Aura y Gala y de camino al reservado que tenemos un tío se acerca a mí, me coge por la cintura e intenta besarme, lo aparto de inmediato de mi boca, pero no consigo alejarlo de mi cuerpo.

—Suéltame —le exijo.

—¿Nos vamos al baño? —propone en un susurro en mi oído.

Lo miro con los ojos muy abiertos, no lo conozco de nada.

—Tengo novio —le digo empujando con mis manos contra su pecho.

—Cuando estabas con Gon eso no te importó. Mientras él ponía copas tú y yo follábamos en el baño de la discoteca —revela mientras lo miro con los ojos muy abiertos—. ¿No me recuerdas, preciosa? No he encontrado a nadie como tú —susurra de tal forma que consigue erizarme la piel.

—No sé quién eres —alego un poco alterada.

—No te preocupes, me recordarás. Solías decirme que nadie te daba lo que yo.

—Roque —escucho que pronuncia una voz a mi espalda, este levanta la cabeza para mirar y veo cómo Hugo le estampa su puño en la cara.

—Es mi novia, no te vuelvas a acercar a ella —vocifera mientras lo golpea de nuevo.

—Nunca te fueron las putas para algo más que una noche, pero comprendo que estés con ella por todo lo que te proporciona su abuelo. Muy inteligente tu jugada. —Roque lanza estas palabras y Hugo lo vuelve a golpear con fuerza. Caen al suelo y no dejan de pelearse mientras que yo grito que paren.

Izan y Gael intentan separarlos mientras que Gala y Aura me sujetan para que no me meta en la pelea. Yo grito sin parar y sufro por cada golpe que veo que ese tal Roque le propina a Hugo en el costado.

Aparecen tres guardas de seguridad y los separan, ambos están heridos. Roque sangra por la ceja y la nariz. Creo que la tiene rota.

—Te pienso denunciar, hijo de puta —grita mientras mira a Hugo con los ojos ensangrentados.

Yo voy hasta mi novio, sentado en el suelo y comienzo a limpiarle la sangre del labio y la de la ceja.

Unos minutos después cuando nos disponemos a marcharnos aparece la policía y se llevan a Hugo alegando que Roque lo ha denunciado por agresión. No puedo creerlo, ese tío empezó todo. Intento explicarle a la policía cómo fueron las cosas, pero no me escuchan. Esposan a Hugo y se lo llevan.

Me voy con mis amigos a comisaría, no entiendo por qué no han detenido también a Roque.

Intento que Gala haga algo, pero me dice que ella aún no ha terminado la carrera y no puede hacer nada como abogada.

—Hugo lo tiene crudo, tío —escucho que Gael le comenta a Izan—. El padre de Roque trabaja en el bufete de abogados más importante de Madrid.

—¿De verdad te liaste con Roque estando con Gon? —susurra Gala en mi oído con sorpresa.

—No lo sé —murmuro con lágrimas en los ojos, agobiada por todo lo que me rodea en estos momentos. ¿Con cuántos tíos me he liado? Me pregunto casi asustada.

—Me contabas todo, pero lo de Roque te lo tenías muy callado —dice Gala.

La miro con mala cara por sacar ese tema en este momento, en vez de pensar qué hacemos para sacar a Hugo.

—Tenemos que buscar a un buen abogado —plantea Gael—. Olivia, ¿puedes avisar a alguno de la empresa de tu abuelo? Seguro que son buenos, necesitamos a alguien con experiencia ya que el padre de Roque tiene fama de ganar todos los casos a los que se enfrenta.

Miro a mis amigos con miedo. No sé qué hacer. Son las cinco de la madrugada y solo puedo pensar en una persona que nos ayude; mi abuelo.

Siento tener que asustarlo al llamarlo a estas horas, sé qué pensará que me ha pasado cualquier cosa mala, pero Hugo necesita de la ayuda de mi abuelo. Él seguro que sabrá cómo solucionar esto y sacarlo cuanto antes de comisaría.

Mi abuelo contesta al segundo tono con voz alarmada, le explico la situación, me pide que me calme y me promete que en media hora estará conmigo y se encargará de todo.

Mis amigos no han estado muy de acuerdo con el hecho de que avise a mi abuelo, pero era lo más eficaz. Yo no sabía a qué abogado llamar ni cómo hacerme cargo de la situación y lo primordial era sacar a mi novio del calabozo. Ya acarrearé con las consecuencias de esta llamada más tarde. Pensé en llamar al padre de Hugo primero, pero sabía que esto iba a asustar a mi madre y en su estado quise evitarlo.

Mi abuelo llega a comisaría con dos hombres más, estos van vestidos de forma rigurosa con trajes de chaqueta negra y no se paran a mi lado como lo hace mi abuelo, directamente pasan al interior. Deduzco que deben de ser abogados al verlos con maletines.

—Abuelo... —Me abrazo a él sin poder evitar las lágrimas—. Hugo no tiene la culpa de nada, solo me defendió de ese tío que se quiso pasar conmigo. Quería besarme a la fuerza.

Los ojos de mi abuelo se encienden cuando le relato esto y dice:

—No te preocupes, Hugo quedará libre pronto y ese hombre recibirá su merecido y te aseguro que no se volverá a sobrepasar con ninguna mujer más en su vida.

Mi abuelo saluda a mis amigos, les da las gracias por estar a mi lado y todos nos sentamos en una sala de espera mientras que los abogados hacen su trabajo y tratan de sacar a Hugo.

—Confía siempre en tu abuelo —murmura tomándome de la mano con fuerza—. Hiciste muy

bien en avisarme.

—Gracias, abuelo. —Lo abrazo y me siento protegida a su lado.

En menos de una hora Hugo aparece junto con los dos hombres que llegaron con mi abuelo. No puedo evitar salir corriendo y abrazarme a él. Hugo emite una queja por la brusquedad de mi acercamiento, al parecer le duelen las costillas por el gesto de dolor que hace.

—Tiene que verte un médico, muchacho —dice mi abuelo.

—Estoy bien —contesta Hugo.

—Es necesario, al igual que la declaración de mi nieta. Siento hacerte pasar por esto —me indica mi abuelo—, pero solo con un informe médico de las lesiones de Hugo y tu declaración de que ese hombre intentó sobrepasarse contigo podré hacer caer sobre él todo el peso de la ley y que aprenda a respetar a las mujeres —anuncia mi abuelo con voz grave y severa.

—Tío, vamos, te llevamos al hospital —le ofrece Gael.

Hugo asiente y se marcha con Izan y Gael. Luego mi abuelo le pide a su chófer que lleve a Aura y Gala a sus casas. Me llaman para declarar, digo todo lo que pasó desde que Roque se me acercó en la discoteca y cuando salgo encuentro a mi abuelo hablando con una mujer que llora y va acompañada de Ariadna. Me sorprende verla allí.

—Por favor, retire la denuncia. Mi hijo es muy joven —le ruega a mi abuelo, desesperada.

—Su hijo no dudó en presentar cargos contra Hugo Serra y llamar a su marido para que lo intentase hundir por agresión. Que asuma las consecuencias. Ya es mayorcito para jugar con estos temas tan delicados —le dice mi abuelo sin apiadarse de ella—. Vámonos, cariño. No tenemos nada más que hacer en este lugar —agrega pasándome la mano por los hombros.

Observo a Ariadna preguntándome qué hace ahí. Ella me mira con el odio que reflejan sus ojos siempre hacia mí y abraza a la madre de Roque.

Cuando nos montamos en el coche ya ha amanecido. Quiero ver a Hugo y saber cómo está, pero después de todo lo que mi abuelo ha hecho por mí en esta noche no puedo pedirle nada más.

Me sorprendo cuando el chófer de mi abuelo se dirige al hospital en vez de a casa. Mi abuelo anuncia:

—Vamos a recoger a Hugo. Necesitará cuidados y lo mejor será que se venga con nosotros unos días hasta que mejore. Si hace falta le contrataré a una enfermera.

—No, yo lo cuidaré —digo de inmediato. Mi abuelo se queda mirándome en silencio y le explico—: Me siento culpable. Él me defendió.

Mi abuelo solo asiente, entramos en el hospital y nos dirigen a un *box* donde se encuentra Hugo en una camilla. Cuando nos ve a mi abuelo y a mí se sorprende. No nos esperaba.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con preocupación. Tiene partido el labio superior, un golpe en la ceja con una abultada inflamación y advierto que tiene las costillas vendadas.

—Estoy bien. En unos días estaré recuperado —manifiesta haciéndose el valiente. Sé que no

quiere que lo vea mal para que sufra.

—Voy a ver si todo está listo. Te vienes a casa con nosotros —le advierte mi abuelo antes de abandonar el *box*.

En cuanto nos quedamos a solas me acerco a Hugo, lo abrazo y lo beso. He pasado tanto miedo desde que comenzó la pelea que mi cuerpo aún tiembla. Lo miro algo extrañada porque no me corresponde y me alarmo.

—¿Pasa algo? —pregunto con miedo.

—No. Solo que estamos entre cortinas y tu abuelo permanece cerca —se excusa, pero lo siento raro.

Nos miramos en silencio, él se dedica a posar sus ojos entrecerrados en el techo y yo a esperar que nos podamos marchar a casa.

Mi abuelo regresa con un médico y este le indica a Hugo que puede marcharse y le aconseja un par de semanas de reposo por el golpe en las costillas.

Una vez en el coche Hugo insiste en volver a su ático, pero mi abuelo se pone serio y le ordena pasar en su casa las próximas dos semanas. También le exige que no vaya a la empresa y solo si se encuentra mejor que trabaje desde casa.

Dudas

Cuando llegamos a casa mi madre y el padre de Hugo nos esperan y ambos son ya conocedores de lo sucedido. Mi abuelo no me ha dicho en qué momento se lo comunicó, pero nos reciben muy apenados y pese a lo que espero, ninguno nos reprocha nada, todo lo contrario, tratan a Hugo como a un héroe por defenderme de ese tío que quiso propasarse conmigo en la discoteca.

—Hugo necesita descansar —dice mi madre pasándole una mano por el hombro—. Te vamos a cuidar —murmura mirándolo con pena. Lo cierto es que tiene la cara hecha un cromo.

—Gracias, Irene —le indica con agradecimiento.

—Te acompaño a tu habitación, hijo —se ofrece su padre y ambos comienzan a subir las escaleras juntos. Justo en ese momento siento un gran pinchazo en el corazón, como si me clavasen una daga. Me gustaría ser yo quien acompañase a mi novio hasta su cuarto, comprobar que todo está bien y cuidarlo.

Mi madre me abraza y me pregunta muy preocupada:

—¿Estás bien, cariño?

—Sí, solo necesito dormir tras una noche muy larga. Me duele mucho la cabeza.

—Vamos, te acompaño y te doy un analgésico para que pase y puedas descansar. Ya todo está bien —manifiesta más relajada.

Me doy una ducha y no consigo que mi madre abandone mi habitación hasta que me ve metida en la cama y me da una pastilla. Se sienta junto a mí y vela mi sueño. Es una madre increíble, solo que en estos momentos me resulta algo molesta porque quiero salir a hurtadillas de mi habitación para ir con Hugo, pero me parece que lo vamos a tener difícil en estas dos semanas ya que todos en casa van a estar pendientes de él.

Dejo que el sueño me invada y me sumerjo en él de lleno.

Cuando despierto es de noche. Me siento en la cama, desorientada, mientras que consulto el reloj e intento poner en orden en mi cabeza todo lo sucedido en las últimas horas.

Salto de mi cama y lo único que me preocupa es saber cómo está Hugo. Abro la puerta de mi habitación, miro hacia el pasillo que no venga nadie y toco en su puerta, pero no obtengo respuesta. Entro, pero no lo encuentro en la cama. Me adentro en la habitación y nada, no está ahí. Me dispongo a buscarlo por la casa cuando me topo de golpe con él entrando en el cuarto.

—¿Qué haces aquí? —pregunta de una forma seca.

Lo miro de arriba abajo, aprecio que lleva un pantalón de chándal gris y una camiseta negra. Siento un escalofrío por mi cuerpo porque aprecio algo diferente en su mirada.

—¿Cómo te encuentras? —pregunto con preocupación acercándome a él, intento tocarlo, pero Hugo huye de mí y esto es algo que siento como una bofetada.

—Ya me ves, hecho un cristo, convaleciente y vigilado en esta casa —enumera molesto.

—Lo dices como si yo tuviese la culpa —murmuro mirándolo con atención.

—Olivia, no es prudente que estés aquí conmigo por si llega alguien. —¿Me está echando? Me pregunto dolida.

—Sabes, Hugo, no esperaba esta reacción por tu parte. No sé qué te pasa, pero yo no tengo la culpa. Te recuerdo que lo solucioné llamando a mi abuelo, el único que podía sacarte de todo esto como lo hizo —le digo enfadada por su actitud.

Doy media vuelta, abro la puerta y me marcho tras dar un sonoro portazo sin importarme nada. Bajo a la cocina y me refugio en la comida de Aurora y en una larga charla con ella contándole todo lo sucedido la noche anterior. Es una mujer muy cercana y con ella me siento como con mi madre.

Me paso por la salita de mi abuelo y charlo un poco con él, luego termino en el salón con mi madre comiéndome un sándwich mientras vemos la televisión.

Vuelvo a mi habitación y cuando estoy a punto de entrar siento que tiran con fuerza de mí, aterrizo contra un cuerpo duro, casi grito, pero siento una mano sobre mi boca. Cuando soy consciente de todo estoy en la habitación de Hugo. Me mantiene contra la puerta y tiene ambas manos al lado de mi cabeza mientras me mira con una expresión que me cuesta descifrar.

—Olivia —pronuncia con lentitud mientras toma una bocanada de aire y cierra los ojos al mismo tiempo—. Todo esto que ha sucedido me ha sobrepasado. Lo siento —se disculpa al mismo tiempo que lleva sus labios a mi mejilla y deposita un beso.

Cierro los ojos y lo abrazo, aspiro su aroma y respiro un poco más tranquila al tenerlo así junto a mí. Es todo lo que deseo.

—Pasé mucho miedo mientras veía cómo ese tío de golpeaba. Te juro que sentí cada patada que te dio en las costillas como si fuese a mí —revelo estremeciéndome al recordar ese momento.

Hugo me acuna entre sus brazos, procuro no hacerle daño al rodear su cintura y así permanecemos unos largos minutos.

—Todo se me fue de las manos —murmura Hugo.

Me separo un poco de él, lo miro a los ojos, lo cojo de la mano y lo llevo hasta la cama, nos sentamos ahí y le digo:

—Yo solo quería sacarte de allí. Todo lo provocó ese tal Roque.

—Perdí el control cuando escuché que estuviste liada con él —revela—. A veces, tengo que

hacer un gran esfuerzo para asimilar que tienes un pasado pese a que no lo recuerdes — pronuncia con pesar.

Lo miro a los ojos y un estremecimiento recorre todo mi cuerpo.

—¿Qué sucede, Hugo? —pregunto tomándole el rostro con ambas manos, obligándolo a que me mire.

—Nada —susurra, pero yo sé que le pasa algo. Aparta la mirada de mí, se acomoda en la cama y atiende el teléfono que le comienza a sonar—. Son los chicos, están abajo —anuncia—. Será mejor que suban a la habitación, no estoy para volver a bajar y subir las escaleras. Tenía que haberme ido a mi casa —brama, molesto.

—Tengo la sensación de que quieres huir de mi lado —murmuro con pena.

—Solo necesito un poco de tiempo y espacio, Olivia —me suplica y recibo sus palabras como una puñalada en el corazón.

Unos toques en la puerta nos distraen y vemos aparecer a Izan, Gael, Aura y Gala.

—¿Cómo estás, tío? —pregunta Izan.

—Ahí vamos —dice Hugo acomodándose mejor en la cama.

Yo me levanto de su lado y me abrazo a mis amigas. De inmediato Gala me susurra en el oído con cara de sorpresa:

—¿Está todo bien entre vosotros? —inquire con el ceño fruncido.

—No lo sé —respondo agobiada, con un nudo en la garganta.

—Roque está libre, pero con cargos. Además, el abogado de tu abuelo ha conseguido una orden de alejamiento de ti —revela Aura.

Hugo y yo nos miramos con sorpresa, desconocíamos esa información.

—Ariadna llegó a comisaría con la madre de Roque, ¿qué relación existe entre ellos? —pregunto, intrigada.

—Son primos —dice Hugo.

—Ambos son de la misma calaña, malas personas, envidiosos y carroñeros —suelta Aura muy enfadada—. Estoy segura de que ella lo organizó todo con su primo, pero les salió el tiro por la culata ya que él ha salido peor parado que tú en golpes y en cargos —le indica a Hugo.

—¿Por qué me odia tanto? —pregunto esperando una respuesta que me convenza, pensar que solo es envidia me cuesta creerlo.

—Os gustaba competir con los tíos y tú siempre le ganabas con todos, no se te resistía ni uno —comenta Gala con una amplia sonrisa.

—Bueno, dejemos el tema —dice Hugo de una forma un poco brusca.

Todos nos quedamos en silencio, nos miramos y creo que los chicos comprenden que Hugo y yo no estamos muy bien.

—¿Necesitas algo, tío? —le ofrece Gael intentando cambiar de tema.

—Recuperarme —contesta Hugo de forma cortante.

—Bueno, creo que lo mejor será dejarlo descansar —propone Aura.

Hugo no se niega y todos salimos de su habitación. Bajo con mis amigos al salón y nos tomamos unos refrescos.

El resto del día no molesto más a Hugo, he comprendido que necesita su tiempo con respecto a lo que pasó y mi presencia no le ayuda. No lo entiendo, pero lo respeto.

Los siguientes dos días él apenas sale de su habitación y yo me limito a preguntarle cómo está o si necesita algo cuando paso por la puerta de su cuarto. Ni siquiera me atrevo a entrar y él tampoco me lo pide.

Vuelvo al trabajo en la empresa con mi abuelo y esto me ayuda a sopesar un poco más el distanciamiento de los últimos tres días con Hugo. Sigo sin entender qué le pasa conmigo, sentirlo así es algo que me está matando.

Cuando vuelvo de trabajar son casi las diez de la noche, he estado toda la tarde con mi madre preparando la cena de Navidad de la empresa que será el doce de diciembre, en dos semanas. Antes de subir a mi habitación me tomo un sándwich en la cocina y le pregunto a Aurora cómo ha estado Hugo hoy. Me informa que vino el médico a verlo y está mucho mejor.

Por un lado, tengo miedo de que se marche a su casa, tenerlo aquí hace que no lo sienta tan lejos pese a que no estamos como deseo.

Abro la puerta de mi habitación y antes de entrar en ella me vuelvo y miro hacia el cuarto de Hugo, su puerta se encuentra cerrada. No sé si estará dormido.

De repente, Hugo aparece ante mí y nos miramos a los ojos con tal intensidad que siento ganas de llorar, correr hacia él y besarlo, pero me contengo.

—Has estado desaparecida —murmura con la mirada clavada en mí.

—Mucho trabajo y la organización cena de Navidad —le informo—. Estoy agotada.

—Quería hablar contigo —susurra. Sale de su habitación descalzo, me toma del brazo y entramos en mi cuarto juntos.

—¿Qué sucede? —pregunto con miedo.

Hugo da un par de zancada y me abraza. Me refugio en su pecho y comienzo a llorar sin poder controlarme. Levanta mi rostro con su mano, me mira, me sonríe y luego me besa con suma dulzura.

—Perdóname —suplica, arrepentido—. A veces, soy complicado y necesito asimilar ciertas circunstancias solo.

—¿Qué ha pasado? —me intereso mientras lo miro a los ojos con atención.

—Cuando Roque apareció en escena te vi de nuevo como a la Olivia del pasado —revela con miedo—, me alejé de ti porque no podía soportar haberme enamorado como un loco y llegar a pensar que algún día me engañases o te alejases de mí. Pero creo en tu cambio, Olivia —susurra

mientras me acaricia el rostro—. Eres otra mujer completamente diferente y te quiero así. No puedo estar alejado de ti porque duele demasiado —confiesa. Me abraza y me besa.

Lo miro a los ojos y compruebo por el tormento que debe haber pasado en los últimos días y lo comprendo. Ni yo misma consigo entender cómo era en el pasado y me horrorizo, que Hugo pueda olvidarlo, se haya enamorado de mí y desee un futuro con esta nueva Olivia es toda una oportunidad.

—¿Superado? —inquiero mirándolo con atención mientras mi corazón palpita acelerado.

—Ahora que te tengo así, sí. —Vuelve a besarme y se queja de forma involuntaria.

—Lo siento —murmuro al ver que tiene el labio superior con un hilo de sangre. Cojo un pañuelo y se lo limpio—. ¿Cómo están tus costillas? —pregunto palpando el vendaje.

—Ya respiro mejor. El médico me dijo que en un par de días podría quitarme las vendas.

—Me alegro mucho.

—Te necesito, Olivia —susurra en mi oído con voz ronca, siento el deseo patente en ella.

—Estás convaleciente —le recuerdo con una amplia sonrisa, satisfecha de que me desee.

—He pasado unos días malísimos —admite—, pero me han servido para comprobar que no quiero tenerte lejos. Te necesito y te amo, Olivia —revela atrayéndome a su cuerpo y besándome de nuevo.

Le correspondo sin profundizar el beso ni abrazarlo demasiado. Hugo me arrastra hasta la cama y leo en su mirada las intenciones.

—No —niego en rotundo.

—Sí —me indica pegándome a su cuerpo y haciéndome sentir su firme erección.

—No podemos —intento convencerlo.

—Te aseguro que sí puedo —especifica con una amplia sonrisa en su boca mientras comienza a deshacerse de mi ropa.

—Estás loco —susurro mientras me desnudo y él se quita los pantalones. Voy hasta la puerta y echo el pestillo por si alguien entra no nos descubran.

Hugo se sienta en la cama y me insta a que lo haga encima de él, no le llevo la contraria, es algo nuevo que no hemos hecho hasta el momento. Me acaricia el cuerpo desnudo y cierra los ojos al mismo tiempo que se me eriza la piel con su contacto.

—No puedo estar lejos de ti, Olivia —revela besándome el cuello en dirección a mis pechos.

Rasga un preservativo y se lo coloca bajo mi atenta mirada.

—Ya veo que venías preparado —carcajeo al mismo tiempo que entra en mi interior y siento un increíble placer.

—Te he estado esperando todo el día —susurra excitado.

Le indico que se recueste contra el cabecero de la cama y me deje a mí. Me mira sonriente y me siento poderosa al llevar las riendas. Hasta el momento siempre las había llevado él.

Cierra los ojos y se deja llevar, me muevo a conciencia, con lentitud, hacia arriba y hacia abajo, haciendo círculos a su alrededor hasta que lo tengo al límite.

—Vas a matarme —murmura agarrándome con fuerza por las nalgas. Le recuerdo que no podemos hacer ruido y culminamos en un orgasmo increíble.

Hugo se niega a abandonar mi habitación y terminamos durmiendo juntos toda la noche.

Encontrarlo en mi cama, abrazado a mí y desnudo me provocan las ganas de no moverme de su lado en todo el día, sin embargo, no puedo. Mi abuelo me necesita en la empresa ahora más que nunca porque Hugo no está. Me levanto con sigilo y me meto en la ducha, me visto y antes de marcharme lo despierto con un beso.

—Tienes que volver a tu habitación. Estamos tentando a la suerte. Tengo que marcharme. — Hugo resopla, tira de mi mano, hace que aterrice en la cama y se apodera de mis labios.

—No puedo estar separado de ti tanto tiempo, creo que voy a volver al trabajo en cuanto me quiten el vendaje.

—Ni se te ocurra. Tienes que tener reposo en casa.

—No tengo paz, te necesito cerca —susurra acariciándome el abdomen.

—Esta noche iré a tu cama —intento contentarlo.

—Es una promesa —me hace prometer.

—En toda regla. —Sello mis labios con los suyos, sintiendo el placer más maravilloso.

Hugo sale de mi habitación cuando le indico que no hay nadie en el pasillo y yo me marchó al trabajo.

De nuevo vuelvo a llegar muy tarde ya que me he entretenido en unas compras con mi madre, pero en esta ocasión Hugo está reunido con mi abuelo, cenamos en familia y cuando todos se han ido a dormir me cuelo en su habitación y paso la noche en su cama.

Para mi sorpresa, Hugo se presenta en la empresa al día siguiente de quitarle los vendajes. Afirma que se siente mucho mejor y que necesita volver al trabajo y salir de casa antes de volverse loco. Me gusta tenerlo todo el día cerca, con la organización de la cena de Navidad paso el día completo en la empresa, solo que ahora estamos separados por las noches ya que Hugo ha vuelto a su ático.

—Tenemos que solucionar esto —me advierte en una llamada telefónica a altas horas de la noche.

—¿Qué propones? —pregunto, sonriente.

—Vente a vivir conmigo —suelta de golpe y se hace un silencio en la comunicación—. ¿Sigues ahí? —pregunta.

—Sí —respondo con la voz seca.

—¿Qué te parece? —inquire con un tono de voz alegre.

—No... no esperaba una proposición así. Llevamos dos meses juntos.

—Y en ellos he aprendido que no puedo vivir sin ti. Olivia, esto nunca me había pasado con nadie. Quiero que vivamos juntos.

—Primero tendremos que decirles a nuestras familias que nos hemos enamorado —propongo.

—¿Eso es un sí? —inquire Hugo con emoción.

—Sí —afirmo de inmediato mientras ruedo en mi cama de alegría—. Estamos locos —susurro evitando gritar.

—Locos por vivir esto que sentimos, por no separarnos y dormir cada noche en la misma cama.

—¿Cuándo se lo decimos a nuestros padres? —inquiero un poco preocupada.

—Mañana mismo —determina, sin pensar.

—Vale. Me siento un poco culpable porque mi madre no se fue a vivir con tu padre a la casa que compraron juntos por mí, para que me quedase en esta casa y ahora les voy a plantear que me marcho contigo a vivir —comento con algo de culpabilidad.

—Mejor, así ellos podrán hacer su vida en su nueva casa con nuestro hermano.

—Mi abuelo se quedará solo —comento con pena.

—Tiene a Aurora y Fredy. Lo verás todos los días en la empresa y podemos ir a visitarlo siempre que quieras. Además, Emilio es un hombre joven, solo tiene sesenta y dos años.

—Fuera dudas, vamos a vivir esto que sentimos —propongo con ilusión.

Colgamos la comunicación y no consigo dormir de emoción y miedo en toda la noche. Mi vida va a cambiar y hay algo que me hace temer por ello.

No te quiero perder

La mirada que me dirige Hugo en cuanto nos cruzamos a la mañana siguiente en la empresa consigue que todo mi cuerpo arda de calor en ese mismo instante. Su labio casi ha sanado y el golpe en la ceja va mucho mejor. En la empresa casi todos saben lo que sucedió, pero nadie se ha atrevido a preguntar directamente.

Pasamos casi toda la mañana reunidos con mi abuelo, Hugo me hace señales y deduzco que es para que convoque a la familia para dar a conocer nuestra relación.

—Abuelo, ¿qué te parece si llamamos a mi madre y a Rubén y almorzamos todos juntos? —le propongo de golpe.

—¿A qué se debe esta comida familiar? —pregunta algo extrañado.

—Bueno, creo que no hemos celebrado que Hugo está bien y se ha incorporado a la empresa. Me apetece que hoy almorcemos juntos.

—Me parece muy bien, Olivia. Voy a decirle a Mercedes que reserve y avisamos a tu madre y a su marido —acepta mi abuelo de buen grado.

Hugo y yo nos dirigimos una sonrisa tímida al mismo tiempo que nos sentimos algo nerviosos.

Mi abuelo atiende una llamada importante y Hugo y yo nos marchamos a nuestros despachos. Vamos directos al suyo, cierra la puerta y me estrecha contra sus brazos apoderándose de mi boca.

—Me parece increíble que solo falten unas horas para decirle a nuestra familia que nos queremos y nos vamos a ir a vivir juntos —dice Hugo y lo siento aliviado.

—Bueno... —titubeo—. Igual lo de irnos a vivir juntos lo podemos dejar para otro día. Ya bastante impacto le vamos a causar cuando le digamos que somos novios.

—Olivia, no quiero más rodeos ni tenerte lejos por más tiempo. Hoy queda todo zanjado. Si no lo dices tú lo suelto yo —determina.

—Vale —suspiro, intranquila y nerviosa. Hugo es consciente de mi estado y susurra en mi oído:

—Todo va a ir muy bien.

Salimos de la empresa junto con mi abuelo y cuando llegamos al restaurante nuestros padres ya están ahí en la mesa que tenemos reservada. Hugo y yo nos sentamos juntos y él me toma la

mano por debajo de la mesa.

—Qué alegría estar todos aquí reunidos —dice mi madre mirándonos con atención.

El camarero llena nuestras copas de bebidas al mismo tiempo que Hugo toma la palabra:

—Tenemos algo que deciros —anuncia mientras me mira.

Nuestra familia se queda callada, nos miran a ambos expectantes y justo cuando va a dar la gran noticia mi abuelo se lleva una mano al pecho y tira su copa al suelo.

—¡Papá! —grita mi madre, sentada a su lado.

—Me duele mucho el pecho, no puedo respirar —se queja mi abuelo de golpe.

—Es un infarto —grita Rubén—. Llamen a una ambulancia —vocifera.

—¡Un médico! —grita Hugo.

El restaurante está lleno de gente. De inmediato se acercan tres personas. Nos indican que son sanitarios, dos médicos y un enfermero que comían juntos se hacen cargo de mi abuelo mientras que llega una ambulancia.

Mi madre está arrodillada al lado de mi abuelo, lo tiene tomado de la mano mientras que yo permanezco abrazada a Hugo con la cara enterrada en su pecho con los ojos cerrados. Un fuerte dolor de cabeza me parte en dos. Hugo me ayuda a sentarme al apreciar que mi rostro pierde el color.

—¿Qué sucede? —pregunta, preocupado.

—Mi cabeza —casi grito llevándome las manos a ella—. Hay imágenes que vienen y van —revelo, agobiada.

—¿Puedes recordar algo? —inquire, alarmado.

De inmediato mi madre aparece a mi lado y pregunta con los ojos muy abiertos:

—¿Puedes recordar algo?

Niego con un gesto, siento tanto dolor que no soy capaz de centrarme en las imágenes que aparecen en mi mente de forma fugaz y turbia.

Una ambulancia se lleva a mi abuelo, como mi madre y yo no nos encontramos bien, es Rubén quien va con él. Hugo nos acompaña a mí y a mi madre al hospital donde se han llevado a mi abuelo. En cuanto llegamos Hugo pide que un médico nos vea. A mí se me parte la cabeza de dolor y mi madre está mareada.

Nos llevan a una consulta y nos revisan a ambas. Me administran un analgésico en vena para aliviar el dolor con rapidez y lo de mi madre solo es una bajada de tensión debido a su estado del embarazo.

Los doctores hacen pasar a la consulta que nos han atendido a Hugo y Rubén. Yo estoy tendida en una camilla con los ojos entrecerrados. Hugo me coge de la mano, visiblemente preocupado.

—¿Cómo estás? —pregunta con un leve hilo de voz.

—¿Y mi abuelo? —inquiero muy preocupada.

—Lo están atendiendo. Ha sido un infarto, pero se ha cogido a tiempo —revela Rubén tomando de la mano a su mujer, que está sentada en un sillón frente a mí.

—Hija, ¿has recordado algo? —pregunta mi madre con interés.

—No. Aparecieron algunas imágenes nuevas, pero el dolor era tan intenso que ya no las recuerdo.

Mi madre suspira y cierra los ojos.

—Vaya almuerzo más caótico —susurra, agotada.

—Ni que lo digas —murmura Hugo, pero solo lo escucho yo. Entreabro los ojos, le sonrío y le aprieto la mano más fuerte.

Pasada una hora mi madre y yo nos encontramos bien y nos trasladamos a la sala de espera, están operando a mi abuelo. Tenía una arteria del corazón obstruida.

Durante el tiempo que estamos en la sala lo paso abrazada a Hugo, creo que a ninguno de los dos nos importa que nos vean juntos, sin embargo, mi madre y su marido están tan preocupados en mi abuelo y en el estado de ella que no reparan en nosotros.

Cuando el médico aparece y nos comunica que todo ha ido muy bien me abrazo de nuevo a Hugo y mi madre a su marido entre lágrimas. El doctor nos comunica que mi abuelo pasará la noche en cuidados intensivo y al día siguiente lo pasarán a una habitación. Nos indica que no podemos verlo y nos aconsejan a mi madre y a mí que nos marchemos a casa a descansar después de nuestros episodios.

Ni mi madre ni yo queremos movernos del hospital, tengo mucho miedo de perder a mi abuelo, pero Hugo y Rubén se empeñan en llevarnos a casa y terminamos marchándonos.

—Me quedaré esta noche —escucho que dice Hugo cuando mi madre y Rubén están subiendo las escaleras camino de su habitación—. Yo cuidaré de Olivia, no os preocupéis —se ofrece.

Su padre y mi madre le dan las gracias y se retiran mientras que nos dejan a solas en el salón. Sentados en el sofá, me abrazo a Hugo y nos besamos. De pronto, escuchamos un carraspeo de garganta y nos encontramos con Aurora frente a nosotros con una bandeja que lleva dos vasos de zumo en ella.

—Perdón —murmura sonrojada, sin saber dónde meterse la pobre mujer.

Hugo no se separa de mí ni deja de abrazarme. La mira y dice:

—Igual puede ser la primera en enterarse de lo nuestro. No lo vamos a negar ni nos vamos a excusar —le manifiesta con ese tono seguro de sí mismo que lo caracteriza.

—¿Vosotros? —pregunta Aurora con la voz ahogada, mirándonos con los ojos muy abiertos.

—Nos hemos enamorado —le revelo.

—Hoy pensábamos decírselo a nuestros padres y al abuelo de Olivia, pero sucedió todo lo del infarto antes de dar la noticia —le aclara Hugo.

Aurora permanece en silencio, está como en trance.

—Guárdanos el secreto hasta que el abuelo se recupere y lo hagamos público. No creo que sea un momento muy adecuado de dar la noticia —le pido a Aurora. Hugo me mira, no lo hemos hablado, pero considero que es lo más normal.

—No os preocupéis, como siempre, contáis con mi discreción —dice al mismo tiempo que deja la bandeja en la mesa que tenemos delante, se da media vuelta y se marcha.

—No parece que se haya alegrado mucho —comenta Hugo cuando desaparece.

—Se ha quedado muy sorprendida —justifico, pensativa.

Nos quedamos un rato más en el salón, nos tomamos el zumo de naranja y subimos a la planta de arriba para descansar en nuestras habitaciones.

Entro en mi habitación y cuando observo que Hugo viene detrás, ha cerrado la puerta y comienza a quitarse los zapatos, le manifiesto rotunda:

—No, no vas a pasar la noche aquí.

—Me da igual lo que digas —dice sin hacerme caso, se sienta en la cama y comienza a desnudarse—. Voy a cuidar de ti durante toda la noche. Es lo que hay y lo que hacen los novios enamorados hasta la médula como lo estoy yo —justifica mientras que sus palabras hacen que me derrita de amor.

—Estás loco, nos pueden ver.

—¿Y qué? Se lo íbamos a decir hoy a todos —murmura con pasividad.

—Pero comprenderás que no es el momento —recalco.

—Te entiendo, pero no me voy a marchar. Has pasado por muchas emociones hoy y no pienso dejarte sola. —Me atrapa entre sus piernas, hace que me siente en sus rodillas, me abraza y me da un beso—. A la cama —ordena—. El médico dijo que tenías que descansar.

Me siento tan cansada que no quiero discutir más, además, sé que no llegaré a ningún lado tratando de echar a Hugo de mi habitación, no se va a ir. Por otro lado, sé que dormiré mucho mejor con él junto a mí.

Sin protestar más me coloco el pijama bajo su atenta mirada y nos metemos en la cama, me abrazo a su pecho y le revelo:

—Pasé mucho miedo, pensé que mi abuelo se iba a morir. No lo quiero perder. Es muy importante para mí.

—Emilio es un hombre fuerte, vivirá muchos años. Te aseguro que un día jugará con sus bisnietos.

Me incorporo un poco, lo miro con asombro y pregunto:

—¿Estamos hablando de hijos?

—Bueno, dentro de muchos años, supongo que querrás ser madre en algún momento, pero tenemos mucho tiempo por delante. Antes de diez años están prohibidos los hijos en nuestras

vidas, con la llegada de nuestro hermanito tendremos suficiente.

Me abrazo a él, contenta por esta conversación, no lo hablamos, pero llegué a pensar que nunca querría ser padre después de su poco entusiasmo ante la llegada del bebé.

No me despierto durante toda la noche. Cuando siento que Hugo se levanta abro los ojos y le pregunto un poco asustada:

—¿Mi abuelo?

—Vamos a verlo. —Me extiende la mano para que me levante y, pese a que no puedo ni moverme y pasaría el día entero en la cama, se la tomo.

Hugo se marcha a su habitación, nos duchamos y nos encontramos en la cocina para desayunar con nuestros padres.

—¿Cómo has dormido, cariño? —pregunta mi madre.

—Muy bien —respondo de forma escueta, no quiero dar más explicaciones.

—¿Sabemos algo del abuelo?

—En un par de horas lo pasarán a planta. Ha pasado la noche muy bien. Los médicos dicen que es un hombre muy fuerte y con muchas ganas de vivir —me comunica Rubén.

Una sonrisa se dibuja en mis labios y se escapan un par de lágrimas por mis mejillas. Hugo, que está a mi lado, me coge de la mano y me mira de una forma tan especial que el corazón se me encoge. Cuando soy consciente de que tenemos a nuestros padres enfrente me deshago de su agarre y le pido a Aurora un café y una tostada.

Cuando llegamos al hospital mi abuelo ya está en una habitación. Mi madre y yo somos las primeras en pasar a visitarlo. En cuanto entro y lo veo en la cama me echo a llorar. Mi madre y yo nos abrazamos a él y le damos un beso.

—No quiero perderte, abuelo. Te quiero demasiado —le revelo muy emocionada.

Desde que tengo recuerdos no había experimentado esta sensación tan horrible que puede llegar a ser la pérdida de alguien. Pensar en que mi abuelo se pudiese marchar para siempre me ha hecho sentir verdadero pánico.

—Soy muy afortunado de tener a estas dos mujeres en mi vida que me quieren tanto —susurra mi abuelo—. Aún os hago mucha falta y no me puedo marchar. Irene, en tu estado no deberías estar aquí. No quiero que le pase nada a mi nieto —le indica con la mirada posada en su vientre. A mi madre no se le nota nada, está de algo más de cuatro meses y está plana como una tabla—. ¿Dónde está Hugo? —inquieta, preocupado—. Tengo que hablar con él. —Cuando mi abuelo lo nombra me preocupo, pero de inmediato aclara—: Tiene que hacerse cargo de la empresa.

—No pienses ahora en eso —manifiesta mi madre.

—Estamos en un momento crucial. Olivia, ve a por Hugo, tenemos que hablar los tres —ordena de golpe.

Miro a mi madre y a mi abuelo, en silencio, sin saber qué hacer.

—Si hablar con Hugo y saber que todo en la empresa va a estar en orden porque él se encargue y así estarás más tranquilo, adelante —me da permiso mi madre.

Salgo de la habitación y le digo a Hugo que mi abuelo quiere hablar con nosotros.

Cuando entramos en la habitación Hugo le estrecha la mano y este comienza a darle órdenes sin parar.

—Podrás hacerlo, muchacho, confío en ti. Los médicos me van a prohibir que vuelva al trabajo por unos meses y tú serás un digno sucesor. Olivia estará a tu lado, no confío en nadie más.

Siento que Hugo titubea ante la responsabilidad tan grande que mi abuelo le pone por delante, pero sé que no va a declinar el ofrecimiento. Es un hombre valiente, arriesgado y decidido que tiene su futuro laboral muy claro.

—Puedes confiar en mí. Sacaré la empresa adelante en tu ausencia, Emilio —le promete.

—No esperaba menos de ti.

—Bueno, ¿qué era eso que querías contarnos antes de que me diese este maldito infarto que ha cambiado el rumbo de mi vida? —inquire mi abuelo mirándonos a Hugo y a mí.

Se hace un silencio entre nosotros, nos miramos y es Hugo el que responde:

—Nada importante. En estos momentos solo importa que te recuperes y Olivia y yo saquemos la empresa adelante en tu ausencia.

¿Quién era yo?

Tres semanas después

—Tu abuelo ya está recuperado y yo estoy harto de seguir fingiendo. Tenemos que decirlo ya a nuestra familia —me da un ultimátum Hugo.

Llevamos tres largas semanas trabajando codo con codo en la empresa, solucionando problemas de los que ninguno tenemos idea, pero hacemos tan buen equipo que conseguimos sacarlos adelante pese a llevarnos en el despacho hasta altas horas de la noche.

—Vale, lo haremos el día de Navidad.

Hugo desvía la mirada de la carretera y me mira con sorpresa.

—¿Estás segura? —pregunta con alegría.

—Sí. Ya sé que es pasado mañana, pero yo también estoy cansada de que me dejes cada noche en casa cuando lo que más deseamos ambos es dormir juntos. Hace semanas que solo trabajamos, ya ni nos llaman nuestros amigos. Creo que nos merecemos nuestros ratos juntos, en paz, sin mentiras a nuestra familia de dónde estamos, con quién o qué hacemos.

—Si a tu abuelo no le sienta bien la noticia al menos no nos puede echar de la empresa —bromea.

—No lo hará. Lo que más desea es mi felicidad y cuando sepa que es contigo me apoyará, verás que sí —digo completamente convencida.

Hugo me deja en la puerta de casa, le doy un beso fugaz y como es muy tarde no se baja para ver a mi abuelo, como casi cada noche soy yo la que le informa cómo va todo en la empresa y él nos aconseja qué hacer cuando nos encontramos perdidos. Está muy orgulloso de nosotros y siento que se emociona cada vez que le cuento con detalles como Hugo y yo hemos resuelto un gran problema.

—Los empleados te envían saludos. Están deseando verte —le comunico a mi abuelo.

A causa de su infarto decidimos suspender la cena de Navidad de todos los años y la hemos pospuesto para finales de enero cuando él estuviese mejor.

—Solo queda un mes para que vuelva a la empresa —dice con emoción.

—No te confundas, volverás a la cena con todos los empleados. Los médicos te han aconsejado un mínimo de seis meses apartado del trabajo y lo vas a cumplir porque tú eres lo

más importante y no te quiero perder —le advierto muy seria a mi abuelo.

Finalmente me sonríe y me da un abrazo.

—Me siento muy orgulloso de ti. Te estás convirtiendo en una gran mujer.

Mi madre ha sido la encargada de preparar la cena de Navidad para toda la familia ya que yo no he tenido tiempo de nada. Apenas he visto la luz del sol en las últimas semanas.

Me enfundo en un vestido rojo de lana, ajustado a mi cuerpo, que me ha regalado mi madre para esta noche y me miro al espejo algo nerviosa. Esta noche Hugo y yo le diremos a la familia que estamos juntos y que tenemos intención de vivir en pareja muy pronto.

Cuando bajo al salón Hugo aún no ha llegado, mi madre se encarga de supervisar hasta el último detalle de la cena y colocar los regalos debajo del árbol.

Nos damos un abrazo, ella elogia mi vestido y yo le indico:

—Cualquiera diría que estás embarazada. Estás de cinco meses y apenas se te nota con un vestido ajustado.

—Tengo tantas ganas de tener barriga, contigo me pasó igual, el embarazo solo se me notó los tres últimos meses.

—Ya tengo ganas de coger a mi hermanito en brazos —revelo acariciándole la barriga.

—Buenas noches, familia —saluda Hugo. Su voz me sobresalta. Nos miramos mientras se acerca a todos y sabemos que el momento ha llegado.

Hemos hablado de cómo decir la noticia, pero en estos momentos estoy tan nerviosa que no sé por dónde comenzar. Hugo me sonríe, se acerca a mí, me coge de la mano con naturalidad y puedo apreciar que los ojos de mi abuelo se clavan en nuestras manos entrelazadas.

—Os queríamos decir algo —comienza Hugo mientras yo le aprieto la mano con fuerza. Él me mira, me sonríe y luego dice a los demás—: Olivia y yo estamos enamorados —suelta de golpe, sin anestesia. Chasqueo la lengua, contrariada mientras retumban en mi mente las palabras con las que íbamos a decir que estábamos juntos, algo más suave como... tras la convivencia nos hemos dado cuenta de que nos queremos más allá de ser hermanos... pero nada, Hugo ha decidido ser directo.

Se hace un silencio en el salón mientras que mi madre, mi abuelo y Rubén nos miran sin saber qué decir.

—¡Oh, pero qué gran alegría me dais! —estalla mi abuelo levantándose del sillón y extendiendo sus brazos hacia nosotros.

—Vaya sorpresa —murmura Rubén.

—Oh, no nos lo esperábamos —dice mi madre.

—¿Qué os parece? —pregunto con miedo al mismo tiempo que mi abuelo me abraza y luego lo hace con Hugo.

—Es la mejor noticia que me podríais haber dado en mucho tiempo. Creo que Hugo es el hombre indicado para ti —revela mi abuelo mirándolo con admiración.

—Me alegro mucho que hayas encontrado el amor, mi vida —me felicita mi madre con un gran abrazo, el mismo que Rubén le da a su hijo.

Luego Rubén me da un beso y dice:

—Eres la mejor nuera que Hugo podría haberme traído.

—Gracias.

Hugo me abraza y siento las miradas de todos posadas en nosotros.

—Os lo íbamos a contar el día que a Emilio le dio el infarto —revela.

—Si me llego a morir sin saber esta gran alegría no te lo hubiese perdonado —le reprocha mi abuelo con una sonrisa. Le da un abrazo y le palmea la espalda con fuerza—. Cuídala mucho que es mi gran tesoro.

—Lo haré —responde dedicándome una mirada que hace temblar todo mi cuerpo.

—Bueno, y como la noticia os ha gustado tanto os queríamos dar otra —anuncia Hugo con una amplia sonrisa mientras me abraza.

—No —murmura mi madre mirándome la barriga.

—No, no —me apresuro a aclarar de inmediato.

—Olivia se va a venir a vivir conmigo —revela Hugo antes de que se hagan ideas raras.

El padre de Hugo no puede reprimir una repentina tos mientras que mi madre y mi abuelo se nos quedan mirando en silencio.

—Eso ya me gusta un poco menos —manifiesta mi abuelo esbozando una amplia sonrisa—. No me agrada que te alejes de mí, pero si Hugo es tu felicidad... Adelante, mi vida.

Me abrazo a mi abuelo y luego me da un beso mi madre.

—Me costará que te vayas de mi lado, pero estaré tranquila de que estás con Hugo que sé que te cuidará muchísimo.

—Yo creo que esto es un complot para no aguantar llantos ni cambiar pañales —carcajea Rubén dándome un abrazo.

—Me alegra veros tan felices —manifiesta mi madre muy emocionada cuando Hugo me abraza y me da un beso delante de todos.

De camino a la mesa, Hugo me lleva tomada por la cintura, susurra en mi oído:

—Todo ha ido de maravilla. —Siento su sonrisa pese a que no lo veo—. Esta noche duermes en mi cama, ya no hay excusas.

—He tenido ganas de matarte en algunos momentos, pero sí, todo ha salido muy bien.

Cenamos y brindamos, todos muy contentos y pasamos una cena de Navidad, mi primera Navidad que yo recuerde, increíble.

Cuando llega la hora de marcharnos Hugo me coge de la mano y les dice a todos:

—Como ya sabéis lo nuestro, pues no vamos a poner excusas tontas, Olivia se viene conmigo. Nuestros padres estallan en carcajadas y nos marchamos felices de haber revelado nuestra relación a la familia y no tener que escondernos más.

Desde esa noche me instalo en casa de Hugo y ya no deja que me marche más. Dos días después me ayudó a recoger toda mi ropa y comenzamos un nuevo año con mucha ilusión y proyectos comunes. Cada día me siento más enamorada de él, ya no me importa no recordar mi pasado, de hecho, no quiero hacerlo. Deseo que Hugo sea el único hombre que permanezca para siempre en mis recuerdos.

—Estás increíble —me elogia Hugo recostado en el marco de la puerta de nuestra habitación en su ático. Él va perfectamente vestido de esmoquin negro, está arrebatador.

Yo he escogido un vestido blanco con pedrería negra en el borde de la palabra de honor y en la raja que lleva detrás. También he escogido unos guantes blancos. Mi madre ha sido la que me ha asesorado para comprarme este vestido y la verdad que el resultado es espectacular y realza mi figura.

—Estoy nerviosa. Hoy toda la empresa nos verá de la mano, como pareja —especifico.

—Casi todos lo saben —comenta, despreocupado—, pero me gusta que todos sepan que eres mía. —Se acerca a mí, me toma por la cintura y me arrima a su cuerpo mientras que nuestros ojos se observan a través del espejo—. Siempre serás mía —susurra en mi oído. Luego deposita un beso en mi cuello y sus manos acarician mi cuerpo.

—Solo tuya —murmuro al mismo tiempo que dejo caer la cabeza en su hombro para que tenga mejor acceso a mi garganta.

—No tenemos tiempo —me indica Hugo—, pero ya muero de ganas por deshacerte de este vestido y llevarte a la cama.

Se aparta de mí, cojo el bolso y nos marchamos a la cena de la empresa. Se va a celebrar en el salón de un importante hotel. Cuando nos montamos en el coche Hugo me revela:

—He reservado una *suite* en el mismo hotel, pasaremos la noche allí. —Lo miro con sorpresa. No lo esperaba—. Para salir un poco de la rutina, últimamente solo vamos de la empresa a casa —especifica—. No tienes idea de todos los planes y viajes que tengo en mente para nosotros. Esto que ha pasado con tu abuelo solo ha sido un obstáculo en el camino, pero lo retomaremos.

—Lo estoy deseando. Lo cierto es que nos merecemos unos días solo para nosotros.

—En cuanto tengamos ocasión nos iremos a un sitio tú y yo, para desconectar.

—Me parece una idea estupenda.

Cuando llegamos a la puerta del hotel y Hugo le entrega las llaves del vehículo al aparcacoches nos encontramos con mi madre, su marido y mi abuelo. Todos entramos juntos y comprobamos que ya están la mayoría de los empleados allí.

Primero hay un cóctel en pie amenizado con música en directo de fondo y posteriormente pasamos a una cena.

Mi madre y yo estamos algo nerviosas porque por iniciativa de algunos empleados se va a proyectar un vídeo en una pantalla enorme donde se reconoce el trabajo de mi abuelo en todos estos años y sus empleados le dan las gracias por el trato recibido. Mi madre y yo hemos visto el vídeo, es muy emotivo y está hecho con mucho amor. Esperamos que mi abuelo no se emocione mucho y esto le altere su corazón, pero creemos que le hará muy bien.

Desde que salió del hospital cada día se ha recuperado de una forma asombrosa, los médicos están muy contentos con sus avances.

Conforme nos adentramos en el salón y Hugo y yo comenzamos a saludar a la gente de la empresa advertimos que las miradas de todos se centran en nuestras manos unidas. En el día a día procuramos no tener muestras de cariño delante de los empleados de la empresa, pero este acto es diferente. No lo consideramos trabajo y hemos decidido comportarnos como una pareja, al igual que mi madre con Rubén.

Llevamos ya casi una hora en el cóctel cuando Fede se acerca a mí y me comunica que en cinco minutos se proyectará el vídeo homenaje a mi abuelo. Él, como jefe de recursos humanos, por conocer a todos los empleados, ha sido el encargado de recibir los vídeos y mandarlo a editar para que hiciesen un montaje final maravilloso y muy emotivo.

Desde que Hugo le dejó claro que estaba con él Fede no ha vuelto a tratarme con familiaridad, todo lo contrario, se dirige a mí de una forma muy cordial y respetuosa, como su jefa, y es algo que le agradezco y me hace el día a día en la empresa más fácil.

Mi madre le pide a mi abuelo que tome asiento en una banqueta y el resto nos colocamos a su lado, emocionados, a la espera de la proyección del vídeo que nos espera.

Mi madre y yo nos miramos con complicidad, hemos sido las únicas que hemos visto el contenido del vídeo y esperamos con ganas que mi abuelo lo descubra.

Comienza una música de fondo, se bajan las luces y se enciende la pantalla.

—¿Qué pasa? —pregunta mi abuelo con interés.

—Es una sorpresa, papá —revela mi madre con entusiasmo.

Rubén y Hugo saben de qué va la sorpresa, todos estamos preparados.

En la pantalla todos leemos la palabra: Preparados, y luego aparece: Vais a conocer a la verdadera Olivia De la Fuente.

Sonrío porque no contaba con esa sorpresa también hacia mí. Miro expectante a mi madre, pero en sus ojos denoto que para ella también es una sorpresa.

Seguidamente aparecen imágenes mías, pero en ellas no tengo el rostro que luzco en estos momentos, son de antes del accidente, me reconozco de inmediato. Observo cómo humillo a una compañera de clase, seguidamente me veo en una fiesta de una discoteca en la que bailo encima de una mesa con escasa ropa con dos tíos que me acarician por todo mi cuerpo, me besan y me dan alcohol en la boca directamente desde una botella. Posteriormente aprecio cómo me meto una raya de cocaína delante de varias personas en una discoteca y echo a dos chicas de malas formas del reservado donde me encuentro. Miro a mi alrededor y veo que Hugo sale corriendo y su padre va detrás, mi abuelo se lleva una mano al pecho y mi madre se inclina sobre él, visiblemente preocupada, mientras que yo siento que me muero de vergüenza. Miro hacia la puerta y echo a correr de golpe. No soporto quedarme ahí ni por un solo segundo más.

Agitada, llorando y temblando salgo al exterior y le pido al portero un coche, por suerte el chófer de mi abuelo está cerca, me ve y le ruego que me saque de allí de inmediato.

Me monto en el coche sin parar de llorar y preguntándome: ¿Quién era yo? ¿Qué clase de persona era antes? Siento tanta vergüenza de lo que he visto de mí misma en esa proyección que quiero morirme. Creo que no podré mirar nunca más a la cara a mi madre, a mi abuelo ni a Hugo.

Capítulo 31

Vergüenza

De camino a casa le indico al chófer de mi abuelo que cambie de dirección. No quiero que me encuentren ahí, es demasiada la vergüenza que siento como para volver a mirar a mi familia a la cara.

Le indico a Roberto que me lleve a casa de mi padre. Sé que no está en estos momentos en Madrid, pero cuando estuve en su casa y me quedé a dormir allí me dijo que si un día necesitaba volver y él no se encontraba solo tenía que pedirle las llaves al portero. Sin embargo, no le digo al chófer que me deje en la puerta de la casa de mi padre, le indico una calle cercana y llego hasta la dirección caminando, de esa forma no podrán encontrarme. En estos momentos necesito estar sola para asimilar la clase de persona que fui en el pasado.

Saludo al portero, le pido la llave del piso de mi padre y antes de subir en el ascensor desconecto el móvil. Ya tengo dos llamadas de mi madre, otras de mi abuelo y varios mensajes de Hugo. No quiero hablar ni ver a ninguno.

Entro en la casa de mi padre, me deshago de los zapatos de tacón y me tumbo en el sofá, llorando sin poder parar. Las imágenes que he visto proyectada en la pantalla sobre mí me tienen destrozada. Nunca pensé que hubiese sido una persona así de tóxica.

Me paro a pensar en Hugo, lo más importante de mi vida en estos momentos, él seguro me conocía bien antes, cómo era, y llego a entender que no le gustase nada, como me transmitió cuando volví a casa tras el accidente sin recuerdos. ¿Cómo ha podido enamorarse de mí? Me pregunto rota de dolor. Yo misma, al ver esas imágenes, me doy asco y me siento incapaz de volver a mirarlos a la cara.

Voy al baño, me miro en el espejo y me lavo la cara, me quito el vestido y cuando lo estoy haciendo pienso en Hugo y en nuestra noche soñada en la *suite* que había reservado, comienzo a llorar de nuevo, le cojo prestado un chándal a mi padre y me meto en su cama. Solo necesito estar sola, pensar e intentar que vuelvan los recuerdos para descubrir la mierda de persona que era.

Después de la proyección, ¿cómo mi familia y Hugo van a volver a mirarme con cariño y amor?

Tras varias horas sin parar de llorar por la persona que fui en el pasado me quedo dormida, el cansancio me vence. Cuando despierto me encuentro con mi padre sentado a mi lado. Me

sobresalto y lo miro con los ojos muy abiertos.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con un hilo de voz. No lo esperaba.

—El portero me avisó de que mi hija había llegado a mi casa y parecía que le pasaba algo. Pensó que igual habían abusado de ti —confiesa.

—No —niego de inmediato.

—Tu madre y tu abuelo ya me han llamado —revela.

—No quiero que sepan que estoy aquí, no quiero verlos —le ruego, llorando y temblando a la vez.

—Ya lo saben —anuncia con tranquilidad—, vienen de camino, pero si no quieres verlos no los dejaré pasar —determina.

—Por favor —sollozo—. Aún no puedo mirarlos a la cara —murmuro a sabiendas de que mi padre ya es conocedor de todo, pero, al menos, él no lo ha visto en vivo y en directo.

—¿A tu novio tampoco lo quieres ver? —inquire levantando una ceja.

—¿Te ha llamado? —pregunto en un sobresalto.

—Me ha llamado y me ha amenazado, pero si no quieres verlo te aseguro que no pasará de la puerta.

—No los dejes entrar, a nadie —le suplico—. Necesito tiempo. Asimilar quién fui para poder mirarlos de nuevo a la cara.

Mi padre asiente, me da un abrazo y un beso, me arroja mientras me recomienda que me quede tranquila, y me jura que él se va a ocupar de todo.

Siento que sale de la habitación, escucho voces al mismo tiempo que un terrible dolor de cabeza me deja casi sin sentido y pasado un tiempo mi padre vuelve a la habitación y dice:

—Todo controlado. No te van a molestar.

El dolor de cabeza que siento es tan intenso que no le pregunto qué ha pasado fuera, supongo que no ha debido de ser agradable.

—¿Tienes algo para el dolor? —casi le suplico a mi padre.

Me trae un analgésico, me lo tomo y cierro los ojos.

Debo de dormir bastante porque cuando me despierto siento un rico olor a comida recién hecha. Me levanto de la cama y me encuentro a mi padre cocinando.

—Qué bien huele —murmuro cuando entro en la cocina.

—Supuse que al despertar tendrías hambre.

—Un poco —le indico mientras me ruge el estómago.

—He hecho arroz con verduras, espero que te guste. No tenía mucho más en el congelador —se excusa.

—Me gusta, está bien.

Mi padre se acerca, me da un beso y un abrazo. Supongo que mi aspecto tiene que ser tan

horrible como me siento en estos momentos.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí —murmuro abrazada a él.

—Eres mi hija. Puede que no haya sido el mejor padre del mundo, pero aquí me tienes para todo lo que necesites. Te quiero, Olivia.

Escucharlo decir que me quiere hace que rompa a llorar. No entiendo cómo mi familia puede sentir afecto si quiera siendo como era.

Nos sentamos a la mesa y mi padre sirve la comida. Apenas como medio plato cuando ya me siento llena y saciada.

—¿Qué piensas hacer? —inquire mi padre—. Conste que no te estoy echando, te puedes quedar todo el tiempo que desees, pero tu madre y tu abuelo no son fáciles de tratar. Quieren verte y no dejan de insistir —murmura.

Me llevo las manos a la cara, me masajeo el rostro y la cabeza, confusa, sin saber qué voy a hacer con mi vida.

—No me veo capaz de mirarlos a los ojos —confieso.

—Lo estás haciendo conmigo —plantea.

—Tú no estabas allí ni viste esas imágenes horribles sobre mí.

—No puedes cambiar el pasado, cariño —comenta con paciencia.

—Sin embargo, necesito tiempo para asimilarlo —respondo. Mi padre asiente, cierro los ojos y suspiro. Tras pensarlo un poco, murmuro—: Hablaré con mi abuelo, pero desde tu teléfono.

—Estará bien que te escuche y sepa que estás aquí por propia voluntad —manifiesta mi padre. Me extiende su teléfono y me indica—: ¿Estás preparada?

Asiento mientras cojo el móvil con manos temblorosas y escucho un tono al otro lado, luego salta la voz de mi abuelo al contestar. Antes de decir algo me aclaro la garganta, donde siento un gran nudo.

—Abuelo, soy yo —específico.

—Olivia, cariño. Mi vida, vuelve a casa. Te queremos. Nos tienes muy angustiados —manifiesta con cariño.

—¿Cómo podéis quererme, abuelo? —pregunto rota en lágrimas.

—Eres sangre de mi sangre, mi única nieta.

—Pero soy alguien horrible —susurro.

—Lo eras —puntualiza—. Ahora te has convertido en una persona a la que admiramos y queremos con todo nuestro corazón.

—¿Y si vuelvo a ser como era en el pasado si vuelvo a recuperar la memoria? —pregunto agobiada.

—Los médicos dijeron que era muy improbable que eso sucediese. Estuviste tres meses en coma y ya han pasado ocho meses desde que despertaste, y no has podido recordar nada. Creo

que ha llegado la hora de que asimiles que eres otra mujer, una mucho mejor.

—No podré volver a la empresa ni mirar a todos a la cara tras ese vídeo —sollozo.

—No te preocupes, está todo controlado.

—Ya lo sé, soy la nieta del jefe —murmuro mientras no dejan de salir lágrimas de mis ojos.

—No, Olivia. Me he encargado de atrapar al culpable y de que confiese que ese vídeo era un montaje. Solo tu familia y amigos más íntimos sabemos la verdad.

—¿Quién fue? —inquiero alzando la voz.

En toda esta vorágine ni me he planteado que eso fue obra de una persona que me quería hacer mucho daño.

—Fue Fede, el jefe de recursos humanos —revela.

—¿Él? —pregunto con un hilo de voz.

—¿Por qué?

—Se propasó con vuestra amiga Ariadna, o ella le tendió una trampa, según él, y lo obligó a hacer lo de la proyección del vídeo en medio de la fiesta o de lo contrario lo denunciaba por abuso —relata.

—Joder, esa mujer me odia. Estoy segura de que se las apañó para que Fede cayese en su trampa.

—Puede ser, cariño, pero ese ya no es nuestro problema. Él está fuera de la empresa y de esa niñata no me voy a ocupar como me gustaría porque es la hija de una de las mejores amigas de tu madre y me ha pedido que deje el asunto en manos de sus padres.

—Sea, como sea, yo era esa mujer en el pasado —susurro con pena.

—Lo superarás. Para nosotros nada ha cambiado —me asegura.

—Para mí sí —contesto con un gran dolor.

—Vuelve a casa, mi vida —me suplica mi abuelo—. Tu madre y yo te necesitamos.

—Necesito unos días más —le pido.

—Vale, pero no dejes de comunicarte con nosotros.

—Te llamaré mañana —le prometo.

—No me has preguntado por Hugo —comenta mi abuelo antes de colgar—. ¿Algo ha cambiado entre vosotros?

—No he hablado con él —le aseguro—. Por ahora no me siento preparada para enfrentarlo.

—Te propongo algo, tengo una casa en la sierra. ¿Pasamos unos días juntos con tu madre? Hugo no se enterará, te doy mi palabra.

Siento que mi abuelo me conoce demasiado bien y sabe que mi mayor temor en estos momentos es ponerme delante de Hugo. Puede que él supiese la persona que era, pero yo no y no comprendo cómo puede quererme cuando yo misma me desprecio. Además, existe el miedo a que si un día vuelven los recuerdos me convierta de nuevo en esa mujer del vídeo.

Medito la propuesta de mi abuelo y le indico:

—Vale, ven a recogerme mañana por la mañana. Si Hugo se entera o aparece volveré con mi padre para siempre y me alejaré de vosotros sintiéndome traicionada.

—Tienes mi palabra, Olivia.

—Gracias, abuelo. Nos vemos mañana.

—Te quiero, nunca lo olvides. Daría mi vida por ti si hiciese falta —se despide.

Cuelgo la comunicación con lágrimas en los ojos. Voy hasta la cocina y le devuelvo el teléfono a mi padre. Le hago saber que me iré con mi abuelo unos días a su casa en la sierra y a mi padre le parece bien que respire aire puro y me despeje de todo lo que ha pasado y me atormenta.

A media tarde recibo una visita que no espero, sin embargo, mi padre la lleva hasta mi habitación.

Cuando veo a Gala me abrazo a ella y ambas lloramos juntas.

—Todo está bien. Queremos a la Olivia que eres ahora —me asegura en cuanto podemos hablar ambas, es demasiada la emoción que nos embarga.

—Gracias, pero me costará un poco no pensar en las imágenes de la persona que fui.

—No has matado a nadie. Solo te gustaba la diversión a una escala muy peligrosa —resume y le doy las gracias porque lo haga de forma tan delicada.

—En estos meses es como si hubiésemos conocido a otra Olivia, hasta tienes otro rostro. Has cambiado por dentro y por fuera. Eres alguien mejor y eso es con lo que nos quedamos.

—Me alegro. —Me abrazo a ella y consigo sentirme un poco mejor.

—¿Cómo sabías dónde vivía mi padre? —pregunto.

—En el pasado estuvimos aquí en una ocasión. Escuché una conversación por casualidad en tu casa cuando fui a interesarme por ti y decidí venir.

—No le digas a Hugo que estoy aquí —le suplico de inmediato.

—No sé nada de él —revela y esto hace que sienta cierto dolor en el corazón. Gala me mira y pregunta—: ¿Algo ha cambiado entre vosotros?

—Yo he cambiado tras ese vídeo, no me reconocco. Me doy asco —susurro.

—Hugo conoció esa faceta tuya —me recuerda.

—Lo intuyo, sé que me odiaba por algo, pero nunca me lo dijo.

—Tú y Hugo teníais algunos secretos, pero nunca nos metimos en ellos porque como erais casi hermanos pensamos que eran cosas de familia.

—No lo recuerdo y Hugo no me ha contado nada.

—Puede que sea hora de que habléis —propone Gala.

—Necesito tiempo.

—¿Para qué?

—Para saber si puedo seguir con esta relación —determino.

Gala se queda en silencio, me da un abrazo y se marcha haciéndome sentir que es una gran amiga que me quiere y estará a mi lado siempre que la necesite.

Por pura curiosidad, enciendo mi móvil tras ella marcharse y veo miles de llamadas y mensajes de Hugo, no me atrevo a abrirlos y leerlos. Tengo que tomar una decisión sin dejarme influenciar por nada ni por nadie.

Aprender a quererme

Cinco días después

—Gracias por estos días tan maravillosos —me despido de mi madre.

Hemos pasado unos días increíbles en la casa de mi abuelo en la sierra, tiene unas vistas maravillosas y la paz y el relax del campo me han venido muy bien. He hablado mucho con mi madre y con mi abuelo, me han hecho comprender que las personas pueden cambiar y yo soy el ejemplo de ello ya que me avergüenzo de la persona que fui, y quiero ser y he sido desde que desperté alguien mejor.

Mi madre debe regresar a Madrid por motivos de trabajo, pero mi abuelo y yo hemos decidido quedarnos unos días más en el campo. A ambos nos está sentando muy bien permanecer alejados de la ciudad, nuestros paseos rodeados de naturaleza y las largas charlas en las que siento que nos conocemos mucho más y aprendo a ser mejor persona gracias a él nos dan vida.

En todo este tiempo no he vuelto a encender mi teléfono. No he sabido nada de Hugo y doy gracias de que mi madre y mi abuelo hayan respetado mi decisión de mantenerme alejada de él por un tiempo.

Mi abuelo lleva a mi madre a la ciudad mientras que yo me quedo con Fredy en la casa de campo.

Son las cuatro de la tarde y hace un día soleado. Decido descansar en una tumbona al aire libre, frente a la piscina, con unas vistas increíbles a la montaña mientras leo un libro. Me siento en paz y tranquila, ya no tengo la sensación de presión en mi pecho que me impedía respirar. Ahora solo siento un fuerte pinchazo en el corazón cuando pienso en Hugo. Hace una semana que sucedió todo y no he sabido nada de él por decisión propia. Tenía que sanarme yo primero para poder enfrentarme a él y esto tan fuerte que ha pasado.

Me quedo dormida leyendo el libro y cuando abro los ojos siento a mi abuelo a mi lado. Ya ha regresado, por lo que debo de haber dormido bastante. Una manta cubre mi cuerpo y pienso en lo servicial y atento que siempre es Fredy con toda la familia. Tenemos mucha suerte de tenerlo a él y a Aurora con nosotros.

—¿Has descansado bien? —pregunta mi abuelo con una sonrisa.

—Sí —contesto, algo somnolienta, mientras que me froto los ojos, me recompongo el pelo y

me siento en la tumbona.

De repente, observo una figura masculina que se acerca en mi dirección sin dejar de mirarme y esto acapara toda mi atención.

—No —susurro a mi abuelo—. Me lo prometiste —le recrimino mirándolo con desconfianza.

—Si he roto mi promesa ha sido porque he visto a ese hombre llorar como nunca a otro —revela mi abuelo con la vista clavada en la figura de Hugo que avanza en nuestra dirección—. No hay razón para que estéis separados.

—No me siento preparada —susurro con miedo.

—Admítelo, Olivia, no te atrevías a dar el paso y Hugo estaba desesperado por encontrarte. Solo un hombre que ama sin límites sufre como ha sufrido él en estos días por ti —dice mi abuelo a la misma vez que se levanta de mi lado, me da un beso en el cabello, mira a Hugo y se marcha.

Observo cómo Hugo se acerca a mí, se sienta a mi lado en silencio y me dedica una sonrisa tímida. Me quedo en callada, algo descolocada, por su actitud. No dice nada, simplemente se limita a mirarme a los ojos. En los suyos resplandece un brillo especial acompañado de unas grandes ojeras. En su rostro hay signos evidentes de cansancio. No se ha afeitado en días y lo encuentro más delgado.

—Yo también tengo un pasado, Olivia —murmura—. Y he de confesar que existen cosas de las que no me enorgullezco. Conocía todo lo que se proyectó en ese vídeo, puedo asegurarte que nada me cogió por sorpresa y nada ha cambiado en mí tras ello —revela con sinceridad. Puedo leerlo en su mirada limpia.

Tomo una bocanada de aire y suspiro sintiendo un gran nudo en la garganta.

—Esas imágenes no se van de mis pensamientos —confieso con temor—. Me da vergüenza mirarte a la cara y no entiendo por qué, pero me siento así.

—Yo sí lo sé —afirma de forma contundente y segura—. Me quieres demasiado, como yo a ti —añade—. Ninguno de los dos contaba con este gran amor, pero nació y ya no podemos pararlo porque cada día se hace más inmenso.

—Tengo miedo de volver a ser la misma persona si un día vuelven los recuerdos —confieso con temor.

Siento que Hugo relaja un poco su cuerpo, me dedica una sonrisa, se acerca a mí y me toma de ambas manos con delicadeza.

—¿Piensas que puedes dejar de quererme? —inquieta con una ceja alzada. Me da miedo decirlo en voz alta, pero sí. Por ello solo asiento con un gesto de la cabeza mientras intento que no broten las lágrimas que tengo en mis ojos—. Si tus recuerdos vuelven en algún momento no olvidarías el presente —me hace ver—. ¿Crees que dejarías de amarme?

—No —respondo de inmediato.

—¿De qué tienes miedo, mi amor? —pregunta, armado de paciencia mientras me sostiene las manos y me reflejo en su mirada gris.

—A perderte —confieso al mismo tiempo que todo mi cuerpo tiembla y Hugo lo siente.

—Eso no va a suceder nunca. Te amo. Tengo muy claro que eres la mujer de mi vida. Esto que siento es tan fuerte que el que tiene miedo de que lo dejes soy yo. Y te juro que estoy aterrado porque jamás pensé verme en esta situación. Me tienes en tus manos, Olivia. Nunca había llorado por una mujer, creo que no lo hacía desde que murió mi madre —revela—, y probablemente nunca más lloraré porque me he quedado sin lágrimas en estos días. No me da vergüenza confesártelo, aquí me tienes. Soy tuyo en cuerpo y alma. Solo tienes que aprender a quererte para que podamos ser felices, mi amor. Ambos tenemos un pasado del que no nos sentimos orgullosos, creemos un bonito futuro juntos —me ofrece apretándome las manos.

Mi corazón está a punto de estallar tras la confesión de Hugo, tiemblo y varias lágrimas corren por mis mejillas.

—Te amo —susurro sobre sus labios antes de besarlos.

Hugo se apodera de mis labios de una forma voraz, introduce la lengua en mi boca y nos besamos con verdadera desesperación mientras ambos lloramos y gemimos a la misma vez.

—Joder, Olivia. Me vuelves loco. Dime que no hay dudas, que volvemos a estar como antes. Que volverás a mi casa y seguiremos viviendo juntos —me suplica, desesperado.

—Tengo que aprender a quererme después de lo que descubrí en ese vídeo —determino—, pero sé que lo lograré estando a tu lado —revelo con el corazón a punto de salirse del pecho—. Te amo demasiado como para alejarme de ti después de todo lo que me has confesado —manifiesto acariciando su rostro cansado y sin afeitar—. Me gusta, te da otro toque —le indico palpando su baba.

Hugo me abraza, suspira y creo que le encaja el cuerpo al saberme de nuevo suya.

—No quiero que los recuerdos de mi pasado vuelvan nunca más —revelo por primera vez en voz alta.

El hombre que amo me dedica una sonrisa y determina:

—Te juro que si vuelven los gestionaremos juntos.

—Te amo, Hugo.

—Y yo, Olivia. No te imaginas cuánto.

Escuchamos un carraspeo a nuestras espaldas y cuando nos volvemos descubrimos a mi abuelo y a Fredy con dos maletas.

—Creo que esta pareja se merece pasar unos días a solas tras lo que han sufrido —le dice mi abuelo a su mayordomo frente a nosotros.

Hugo y yo esbozamos unas sonrisas a la misma vez que enjugamos las lágrimas que aún corren por nuestras mejillas.

—Gracias, abuelo. —Voy hasta sus brazos, lo beso y lo abrazo.

—Solo quiero que seas feliz. ¿Me has perdonado? —inquieta con una ceja alzada mientras mira a Hugo.

—Cómo no hacerlo. Gracias por traerlo.

—Emilio, no sé cómo agradecerte todo esto —le indica Hugo ofreciéndole la mano, mi abuelo se la toma y le da un abrazo como a mí.

—Haz muy feliz a mi nieta. Si la haces sufrir ten por seguro que te corto las pelotas —le dice claro y alto, luego rompemos los tres en fuertes carcajadas.

Nos despedimos de mi abuelo y cuando nos quedamos solos Hugo me abraza por detrás y me besa el cuello mientras recuesto mi espalda contra su amplio y reconfortante pecho.

—¿Qué quieres hacer? —susurra en mi oído. Me revuelvo en sus brazos y lo miro a los ojos —. Yo sé lo que quiero hacer contigo en estos momentos, pero estoy dispuesto a esperar si no te sientes preparada.

—Lo que más deseo en este instante es que me hagas el amor. Hazme tuya, Hugo —le suplico con un susurro en el oído.

Hugo se apodera de mis labios me carga en sus brazos y entramos en la casa. Se para en medio del salón, mira a nuestro alrededor y pregunta:

—¿Dónde está tu habitación?

—Al fondo a la derecha —le indico colgada de su cuello, volviéndolo a besar.

Caemos en la cama y comenzamos a arrancarnos la ropa con urgencia.

—Eres mía —susurra mientras besa y acaricia mi piel desnuda—. Siempre serás solo mía.

—Tuya —gimo sobre sus labios al contacto de su sexo en la entrada del mío.

Alzo las caderas al mismo tiempo que Hugo entra de una sola embestida en mi interior.

—Joder, esto es pura gloria. Una semana sin sexo —murmura—. Te aseguro que no pasaba por algo así desde la adolescencia —confiesa y ambos reímos mientras él no deja de moverse provocando todo tipo de estremecimientos en mi cuerpo.

—Recuperaremos el tiempo perdido —lanzo la promesa mientras Hugo sale y entra de mi interior con ímpetu.

—No te quepa la menor duda —afirma apoderándose de mi boca al mismo tiempo que ambos nos movemos al unísono.

Hacemos el amor de una forma explosiva, con urgencia, nunca antes había sido así, sin embargo, resulta algo increíble y maravilloso.

Pasamos dos días más solos en la casa de campo de mi abuelo, amándonos y haciendo mil planes juntos.

Cuando regresamos a la ciudad nos reunimos con nuestra familia, me siento muy querida en todo momento y luego me marcho de nuevo con Hugo a su casa.

Para mi gran sorpresa, cuando llegamos a su ático encuentro que ha organizado una cena con nuestros mejores amigos. Aura, Gala, Izan y Gael ya están en nuestro hogar con una succulenta mesa de comida preparada.

Miro al hombre que amo y me abrazo a él, dándole las gracias por estos días que llevamos juntos en los que me ha hechos sentir la mujer más especial sobre la tierra. Luego me abrazo a mis amigos y puedo sentir todo su apoyo y lo que me quieren. Así será muy fácil olvidar a la Olivia que fui.

Pasamos una velada increíble donde Gala y Aura hacen planes para este verano cuando terminen la universidad. Nos incluyen a Hugo y a mí en sus planes, pero nosotros nos miramos sin saber qué vamos a hacer.

—Recordad que no tenemos el verano libre, ahora solo contamos con un mes de vacaciones en nuestros trabajos —le recuerda Hugo.

—Sois los consentidos del jefe, seguro que os hace alguna concesión.

—Lo dudo. En estos meses que está de baja estoy trabajando como jamás pensé hacerlo.

—Joder, tío, si estás a cargo de una de las mayores empresas del país, y por ahí se dice que lo estás haciendo muy bien —le indica Gael.

Hugo sonrío, que coge la mano y la lleva hasta sus labios.

—Madre mía, no estoy acostumbrada a verte así —comenta Aura a Hugo con la mirada fija en nuestras manos—. Olivia ha conseguido sacar la mejor versión de ti.

—¿Cuándo nos vamos de fiesta? Os recuerdo que en una semana es el cumpleaños de Olivia —dice Gala.

Me quedo en silencio, recordando mi última fiesta. Mis amigas se percatan de ello y Aura comenta:

—No te preocupes por Ariadna, ha dejado de ser nuestra amiga después de lo que te hizo, pero de todas formas no está en Madrid, sus padres la han enviado a estudiar fuera.

—Mejor —murmura Hugo. Me abraza y me acaricia el cabello.

Cuando nuestros amigos se marchan y me quedo a solas con él en casa lo beso sintiéndome muy feliz. Atrás quedaron las dudas y los días tan malos que pasé sintiéndome la peor persona del mundo para mi familia. En estos momentos me considero muy afortunada por tener a un hombre como Hugo a mi lado, que me demuestra que me ama y el corazón me da un vuelco cada vez que me mira, ya que puedo apreciar en la transparencia de sus ojos grises el amor que siente por mí, y es tan bonito que me emociono.

—¿Cómo te sientes tras volver a casa? —se interesa Hugo. Estamos recostados en el sofá con la televisión de fondo.

—Feliz, liberada, ilusionada y muy enamorada —le enumero—. Siento que se acabaron las dudas en todos los aspectos de mi vida. Sé que quiero vivir contigo, disfrutar de este amor que

nos tenemos y trabajar en la empresa a tu lado y con mi abuelo, donde sé que voy aprender mucho, es todo lo que deseo.

—No sabes lo feliz que me haces. Cambiando de tema —dice Hugo removiéndose en el sofá—, ¿qué quieres hacer por tu cumpleaños? Es dos días después del día de los enamorados y pensé en hacerte un regalo conjunto por ambas cosas.

—¿Qué regalo? —pregunto, intrigada.

—Es una sorpresa, pero dependiendo qué te apetezca hacer el día que cumples veintidós años yo adaptaré mi regalo.

—No lo sé. Me apetece pasarlo contigo a solas, pero estaría feo que fuese alejado de nuestra familia y amigos —comento.

—Los chicos quieren hacerte una fiesta —revela. Tuerzo el gesto y me quedo en silencio. No me apetece más fiestas—. ¿Qué te parece algo familiar aquí en casa y luego ya lo celebramos a solas? —propone Hugo.

—Creo que no me queda otra opción. Sé que nuestros amigos y la familia desean celebrar mi cumpleaños.

—Comenzaré a prepararlo todo —anuncia con una gran sonrisa y un brillo especial en sus ojos.

—Mi mayor regalo eres tú. Nada de lo que me regales puede ser mejor —susurro sobre sus labios antes de besarlo, tirar de su mano y llevarlo hasta nuestra cama.

Llego a la empresa y encuentro un gran ramo de flores sobre la mesa de mi despacho con una tarjeta dentro. De inmediato sé que es de Hugo y leo la nota:

Lo de ser romántico no se me da muy bien, estoy en fase de aprendizaje. Solo quiero ser el primero y el último.

Te amo.

Sonríó con la tarjeta en forma de corazón en mis manos. Desde que sucedió lo del vídeo donde se mostraba parte de mi pasado solo deseo no recuperar la memoria nunca más y que Hugo sea siempre el primero y el último en mi vida. Una noche le confesé esto y de ahí que lo haya copiado en la tarjeta.

Siento no correr hasta su despacho y agradecerle el detalle como se merece, pero Hugo lleva dos mañanas ausentes de la empresa con reuniones que no aparecen en su agenda y de las cuales Mercedes no tiene ni idea, él se excusa que son reuniones creadas sobre la marcha que tiene que llevar a cabo fuera de la empresa, pero no me cuenta de que van ni si se ha resuelto el problema. Lo dejo pasar porque intuyo que estas salidas igual tienen que ver con la fiesta que esté preparando para mi cumpleaños pasado mañana.

Tengo la tarde libre y me apetece pasearme por un centro comercial y comprarme algo

especial para esta noche. Hugo me ha prometido una cena en un lugar de ensueño y quiero sorprenderlo con un modelito que lo deje sin respiración, tanto de ropa interior como el vestido.

Mientras estoy de compras recibo la llamada de Gala y Aura y quedamos para tomarnos un café juntas, les advierto que tengo poco tiempo ya que deseo arreglarme para esta noche.

Nos reunimos en una cafetería en la que tenemos una gran pantalla de televisión enfrente y de repente aparecen unas imágenes de Hugo con Abigail en un programa de televisión saliendo de un edificio juntos, se abrazan, charlan entre ellos y luego se marchan en el mismo coche. Soy la única que ve estas imágenes. Gala y Aura están inmersas en una conversación, pero cuando advierten que me quedo en silencio y blanca como la pared dirigen su atención hacia la televisión y ven lo mismo que yo. En estos momentos hay un faldón en el que dicen: La pareja del momento. El nuevo director de la naviera De la Fuente y la arquitecta Abigail Lasarte.

—Joder —maldice Aura en un susurro.

—¿Qué coño es eso? —pregunta Gala con sorpresa.

Yo estoy en *shock*. Las imágenes son de hoy mismo. Es la ropa con la que Hugo ha salido de casa esta mañana. Me ha mentido, no tenía ninguna reunión de trabajo esta mañana.

Finalmente se proyectan unas imágenes dentro del coche donde ambos están abrazados, y según dice el presentador del programa están besándose pese a que no se aprecia muy bien en las imágenes.

En ese momento todo mi mundo se derrumba por completo, varias lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas sin poder controlarlas.

—Tiene que haber una explicación. Llama a Hugo —dice Aura alarmada.

—Me mintió, me dijo que estaba en una reunión de trabajo y míralo, ahí con ella. ¿Sino por qué me ha mentido? —pregunto con el corazón herido.

—¿Piensas que te engaña con Abigail? —inquieta Gala.

—¿Por qué no me contó que la reunión era con ella? Me dijo que se trataba de un asunto de trabajo —explico alterada.

—Hugo está loco por ti. Nunca se ha comportado con una tía como lo hace contigo, parece otro hombre. No creo que te esté poniendo los cuernos, joder solo lleváis unas semanas viviendo juntos —concluye Gala.

Mi móvil comienza a sonar y en la pantalla aparece el nombre de Hugo. No le cojo la llamada, pero Aura me quita el móvil de las manos y lo atiende ella.

Por la conversación que tiene con mi amiga intuyo que él ya sabe de la noticia que se está dando en la televisión. Aura le revela donde estamos y luego cuelga la comunicación.

—Hugo viene para acá —anuncia.

—No, no quiero tener esta conversación con él en este sitio. No quiero llorar en público ni que me deje rota en este lugar. Puede que no me haya puesto los cuernos, pero igual necesita

volver a su vida de antes, a ser libre y verse con cuanta mujer se le antoje sin que ninguna le pida explicaciones como lo haré yo en cuanto lo vea por estas imágenes.

—Dale el beneficio de la duda, ¿por qué piensas que te va a dejar? —pregunta Gala, confusa. Me mira sin entenderme.

—Porque igual lo estoy agobiando, necesite su vida de antes y se haya dado cuenta de que conmigo su día a día es aburrido y sin emociones —sollozo—. No puedo quedarme aquí.

Me levanto de la silla, recojo las bolsas de mis compras, llamo a Hugo, lo coge en el primer tono y le digo:

—Nos vemos en casa. Voy para allá.

Cuelgo el teléfono y le pido a mis amigas que me acerquen al ático de Hugo.

Una vida contigo

Cuando abro la puerta de la casa de Hugo él ya está ahí y se pasea nervioso por el salón. Lleva la camisa desabrochada hasta el pecho y las mangas remangadas hasta los codos. En sus manos tiene una carpeta.

Suelto las bolsas y el abrigo sobre una silla cercana y lo observo en silencio. No considero que sea yo la que tenga que hablar primero.

—No es verdad. Nada de lo que se está diciendo ahora mismo en los medios —manifiesta nervioso.

—Me mentiste, me dijiste que estabas en una reunión de trabajo y la realidad es que estabas con Abigail —le echo en cara de inmediato, sin poder contenerme.

—Era una sorpresa —argumenta.

—Tranquilo, me la he llevado —murmuro en tono irónico.

Hugo chasquea la lengua, se acerca a mí y me extiende los documentos que tiene en sus manos.

—Se ha jodido todo —susurra antes de que yo los lea. Fijo la mirada en los ojos de Hugo y trago con dificultad.

Leo la documentación, solo por encima, las lágrimas que pugnan por salir de mis ojos no me dejan ver bien y le pregunto:

—¿Qué es esto? —No entiendo nada.

—Era nuestro regalo por el día de los enamorados —revela—. Le he comprado el ático a Abigail.

—¿Cómo? —pregunto con sorpresa.

—Sí, ahora es nuestro. Si no te dije nada era porque todo formaba parte de un regalo o una sorpresa, como lo quieras llamar, para esta noche —explica alterado—. En esas malditas imágenes obvian que salimos de un notario. Nos despedimos y luego ella me pidió si podía acercarla a un hotel donde se alojan unos clientes con los que tenía que tratar y llegaba tarde porque la firma en el notario se había retrasado un poco. La dejé en la puerta y me marché a la empresa. Cuando llegué Mercedes me dijo que te acababas de ir.

—¿Y por qué estás tan nervioso? —lo acuso alzando la voz mirándolo parado frente a mí.

—Porque tengo pánico a que no me creas y perderte —confiesa con el rostro desencajado

mientras el pecho le sube y le baja de lo alterado que está.

Me quedo en silencio, asimilo sus palabras y todo lo sucedido, lo miro a los ojos, me relajo un poco, doy un par de pasos hacia él, entrelazo mis manos por detrás de su nuca, sin soltar las escrituras de la casa, y le digo:

—Yo también tengo pánico a perderte. Te amo, Hugo. Perdóname por haber pensado que...

Él sella mis labios con un beso, no me deja acabar la frase, y nos olvidamos de todo.

Terminamos haciendo el amor en nuestra cama.

—No ha terminado mal nuestra primera pelea —susurra Hugo en mi oído mientras me mantiene abrazada a su cuerpo desnudo—. Solo espero que todas las que tengan que venir sean así —carcajea.

—Gracias, que hayas comprado esta casa significa mucho para mí.

—Es nuestra. La puse a nombre de los dos —revela. Me separo un poco de él y lo miro—. Te debía una buena cantidad de dinero que te empeñabas en no aceptar, he decidido invertirla a tu nombre en esta casa.

—Sabes que la mitad de este ático vale más que eso.

—Y ese es mi regalo por el día de hoy —revela—. Las flores de esta mañana solo fueron un pequeño detalle insignificante.

Me abrazo a él y lo beso, no puede ser más perfecto.

—Me has hecho un regalo increíble y yo me lo he cargado todo con mis dudas —comento con culpa.

—No has sido tú, la prensa lo ha enredado todo —justifica.

—Yo también tenía algunas sorpresas para esta noche —confieso.

—Puedes dárme las —me anima.

—No eran nada material —especifico. Y esto hace que aparezca un brillo canalla en sus ojos.

—Me encantan esas sorpresas. De hecho, creo que son mis preferidas. ¿De qué se trataba? —pregunta con curiosidad.

—Me había comprado un modelito de ropa interior increíble y un vestido fantástico. Y hace unos días acudí al ginecólogo para comenzar a tomar la píldora.

—Olivia —susurra Hugo contra mi cuello, enterrando la cabeza en él—. Me vuelves loco.

—Podemos saltarnos la cena, el modelito de ropa interior y el vestido, ya tendremos otra ocasión para ello, sin embargo, a lo que no puedo renunciar en estos momentos es a hacerte mía sin barreras entre nosotros.

Se coloca sobre mí, me abre las piernas y entra en mi interior de una sola embestida que nos deja a los dos en silencio, mirándonos a los ojos, disfrutando el momento.

—Esto sí que es un regalo, y mucho más valioso de lo que tú te piensas, te amo. Solo quiero una vida contigo —revela antes de besarme y hacerme el amor con verdadera devoción.

—Voy a colmarte de regalos, amor mío. Estoy deseando ver tu cara cuando te dé el que te tengo para mañana.

—¿Más? —inquiero con sorpresa.

—Más —repite con una sonrisa.

Volvemos a hacer el amor, Hugo cae rendido y se queda dormido entre mis brazos, soporto su peso con gusto mientras le acaricio la espalda y el cabello manifestando en voz alta:

—Yo también quiero una vida contigo. Que tú seas mi principio y mi fin, el primero y el último hombre en mi vida.

El día de mi cumpleaños Hugo me sorprende despertándome con una tarta con las velas encendidas, la cual me lleva hasta la cama cantándome cumpleaños feliz.

Desayunamos juntos y nos tomamos la mañana libre en el trabajo para poder comprar y preparar todo en nuestra casa, donde recibiremos a los invitados.

Mientras hacemos la compra en el supermercado no puedo evitar preguntarle:

—¿Qué me vas a regalar? Pensé que me darías mi regalo esta mañana tras soplar las velas a solas, en nuestra intimidad.

—Es un regalo tan especial que tengo que dártelo delante de todos —anuncia con entusiasmo—. Es algo que jamás olvidarás —añade con una enorme sonrisa.

—¿Es un viaje? —pregunto con ilusión.

Hugo se queda callado y luego revela:

—Un viaje es parte de ello, sí.

—No te entiendo —le indico algo descolocada.

—Pues espero que esta noche me entiendas —carcajea. Yo me quedo seria y pensativa, me abraza y susurra en mi oído—: Te gustará, o eso espero.

—¿Se puede descambiar? —inquiero con el ceño fruncido.

—Pues espero que no desees hacerlo. —Me sonrío a la misma vez que me besa y esto crea una gran intriga en mí. Me regaló la mitad del ático donde vivimos por el día de los enamorados, ¿qué se le habrá ocurrido por mi cumpleaños?

Preparamos todo para cuando lleguen nuestros invitados y nos damos un baño juntos en la gran bañera que hasta el momento no habíamos usado en común. Hacemos el amor y nos vestimos para recibir a la familia y amigos. En esta ocasión, escojo la ropa interior y el vestido de infarto que me compré para la cena de los enamorados, siento que se lo debía a Hugo. Cuando entra en el vestidor y me ve se queda parado de una pieza. Es un vestido de corte medio, en color dorado tirando a champán, con un poco de brillo, ajustado a mi cuerpo, con un generoso escote cuadrado y una raja en la pierna derecha.

—Guau, estás espectacular —murmura Hugo con los ojos clavados en mí.

—Te aseguro que es mucho más espectacular lo que llevo debajo —le revelo con cierto misterio contoneando mis caderas a conciencia a la misma vez que me acerco a él.

—Acabas de ponerme duro como una roca. —Coge mi mano y la lleva hasta su miembro para que lo compruebe a través del pantalón—. Me vas a dejar el resto de la noche con unas ganas locas de follarte, cada vez que me mires lo leerás en mis ojos —me advierte con la voz ronca de deseo.

El sonido del timbre nos hace volver a la realidad.

—Tus invitados, tendrás que recibirlos sola —dice Hugo mirando hacia abajo, ambos clavamos la mirada en el bulto de su pantalón—. Necesito unos minutos —me pide con una amplia sonrisa.

Le doy un breve beso en los labios y me marchó.

Le abro la puerta a mi madre, su marido y a mi abuelo. Son los primeros en llegar. Mi madre viene cargada con una enorme tarta, su marido con bolsas de regalos y mi abuelo con globos.

Mi madre se abraza a mí, me besa y manifiesta emocionada:

—Hace veintidós años que naciste y aún recuerdo el mejor momento de mi vida, cuando te pusieron en mis brazos.

—Eres la mejor madre que se puede tener. Este pequeño va a tener mucha suerte —digo acariciándole la barriga.

Mi abuelo me estrecha en sus brazos muy emocionado y me entrega un llavero. Son las llaves de un coche.

—Uno tuyo, ahora que te has independizado y no tienes acceso a los míos de forma directa quiero que siempre tengas un medio de transporte para ti. Está en la plaza de garaje de al lado de la de Hugo, también es tuya, la he comprado.

—Abuelo, es demasiado —le indico abrazándolo.

—Nada es demasiado para ti, mi niña. Todo lo mío es tuyo.

El padre de Hugo me extiende sus brazos y dice:

—Felicidades a mi nuera favorita.

Hugo hace aparición en el salón y saluda a toda la familia. Cuando me ve con las llaves del Audi en la mano dice:

—Es una pasada de coche, te encantará. Tiene las últimas novedades del mercado.

—¿Lo sabías? —pregunto con sorpresa.

—Por supuesto —admite y él y mi abuelo se echan a reír entre miradas cómplices.

El timbre vuelve a sonar y son mis cuatro amigos. Me fundo en besos y abrazos con ellos, mientras saludan a los demás llega mi padre. Me hace mucha ilusión que haya podido venir a mi cumpleaños, me pidió si podía traer a una amiga y me la presenta como su pareja. Es una chica bastante más joven que él, pero me gusta. Me cae bien desde el primer momento.

Picamos algo de comida, es una cena informal, no nos sentamos a la mesa, estamos unos de pie, otros sentados y Hugo y yo haciendo de anfitriones en nuestra casa. Cada vez que lo pienso me emociono.

Mi madre sale de la cocina con la tarta en sus manos y las velas encendidas, todos comienzan a cantarme cumpleaños feliz y apago las velas de la mano del hombre que amo, sintiéndolo a mi lado, enamorado y feliz.

Tras comernos la deliciosa tarta todos me entregan sus regalos, son maravillosos. Les doy las gracias mientras que espero con ansias mi regalo más especial, el de Hugo.

—Y ahora mi regalo —anuncia con cierto misterio.

Lo miro y observo que no tiene nada en sus manos. Mi intriga aumenta mucho más, pero al mismo tiempo estoy segura de que es un superviaje.

Se hace un silencio en el salón, Hugo mira a todos sonriente, creo que se hace de rogar, y cuando está a punto de acabar con nuestra paciencia saca una cajita del bolsillo de su pantalón.

Escucho a Aura susurrar:

—La madre que lo parió.

Hugo abre la caja, me muestra un anillo con una piedra de corazón increíble y dice:

—Estoy seguro de que eres la mujer de mi vida, ¿quieres casarte conmigo?

Lo miro con los ojos muy abiertos, me llevo las manos a la boca y comienzo a temblar. Lo observo ahí parado delante de mí, sonriéndome, expectante y con un brillo en sus ojos que me provocan un vuelco al corazón.

—Sí, quiero —respondo de inmediato—. Te amo. —Me lanzo a sus brazos y nos besamos mientras que todos a nuestro alrededor nos aplauden.

Hugo me coloca el anillo en mi mano y nos abrazamos.

—Estás loco —susurro.

—Loco por ti. No voy a dejarte escapar nunca.

Mi abuelo nos interrumpe palmeando la espalda de Hugo, le da la enhorabuena con los ojos llorosos y se muestra muy contento con esta unión.

Mi madre se abraza a mí al mismo tiempo que Rubén lo hace con su hijo.

—Solo os pido que fijéis la fecha después de que nazca el bebé —me suplica tocándose la barriga.

—Haremos el esfuerzo —dice Hugo con una amplia sonrisa.

Mi padre y su novia también nos felicitan y luego nuestros amigos nos abrazan a ambos muy contentos e ilusionados.

—Te has superado, Hugo —le dice Aura.

—Madre mía, tú casado —lanza Gael.

Hugo me abraza y me besa frente a ellos, feliz.

Me siento en una nube por completo de la que no me quiero bajar. Nunca pensé que tanta felicidad junta pudiese existir.

Mi abuelo y Rubén llaman nuestra atención para brindar por el futuro matrimonio. Lo hacemos y mi abuelo pregunta:

—¿Cuándo será la boda? Tengo que pensar qué os regalo.

—Dos meses de vacaciones —le pide Hugo de inmediato.

—Concedido, pero os tendréis que casar en junio. En esa fecha ya me habré incorporado y puesto al día en todo en la empresa.

—Junio me parece un mes perfecto —le indico a mi abuelo.

—A mí me parece un poco lejano, pero lo soportaré —bromea Hugo.

—Me gusta la fecha, tras el nacimiento del bebé contaré con algo de tiempo para recuperar algo mi figura —dice mi madre.

Mi cumpleaños termina a altas horas de la noche y cuando todos se marchan y me quedo a solas con Hugo me abrazo a él sin poder creerme aún que en solo unos meses será mi marido.

—Te has superado con tu regalo. No esperaba un anillo como este —comento al mismo tiempo que alzo mi mano y lo admiro—, ni una proposición de matrimonio.

—Te quiero para siempre, Olivia. Sin dudas entre nosotros. Lo que tú me das no lo he tenido antes y no estoy dispuesto a perderte. Te quiero bien atada a mí —bromea apoderándose de mi boca.

—Si algo tengo claro, pase lo que pase, es que siempre serás tú —le confieso perdida en su mirada gris.

Hugo me besa y comienza a desnudarme.

—Llegó el momento con el que he estado soñando toda la noche —susurra en el hueco de mi garganta mientras dirige sus besos húmedos a mi escote y comienza a deshacerse de mi vestido.

Bienvenido, Luca

Hace cuatro días que nuestro hermanito llegó al mundo y entre mi abuelo, Aurora y yo hemos organizado una fiesta de bienvenida para bebé. Hoy le dan el alta en el hospital y todos lo esperamos con ganas en casa.

Luca nació en un parto por cesárea, pero todo salió muy bien. Es un niño sano, pesó tres kilos y medio, es muy bueno y ha heredado la belleza de sus padres. Tiene los mismos ojos que Hugo, pero en color azul. Lo cierto es que se parecen mucho. Rubén nos ha enseñado una foto de Hugo cuando nació que no he dudado en guardar en mi teléfono en una carpeta especial y se parecen bastante. Con respecto a mí no puedo decir lo mismo, tras las cirugías que ha sufrido mi rostro como consecuencia del grave accidente que tuve dudo que si un día tengo un hijo alguien pueda decir que se parece a su madre.

Escuchamos el coche de Rubén entrar en la propiedad y todos nos colocamos para darle la bienvenida al bebé. Hemos invitado a unos amigos de nuestros padres y, por supuesto, también están nuestros amigos. Todos desean conocer al recién nacido. Al hospital solo hemos acudido la familia. Yo he tenido a Luca en mis brazos y es un niño precioso del que estoy completamente enamorada, hasta Hugo lo ha cogido y lo siento ilusionado con su hermano.

Cuando mi madre y Rubén entran en casa todos decimos, no demasiado alto, para no asustar al bebé, bienvenido, Luca. Mi madre y su marido, ajenos a esta reunión, se llevan una gran sorpresa. Presentan al bebé a todos y de inmediato crea un club de fans que quieren cogerlo y achucharlo, sin embargo, el único que lo consigue es el abuelo.

—Es increíble verlo así —le comento a Hugo mirando a mi abuelo con Luca en sus brazos, lo observa de una forma tan tierna que me emociono.

—Ese bebé lo va a rejuvenecer diez años, ya lo verás corriendo con él y tirado por el jardín jugando —aventura Hugo.

—Tú también jugarás con él. No te creas que no me he dado cuenta de que Luca ya se ha ganado tu corazón, como el de todos.

—Pero ni pienses que por eso se me ha despertado el instinto paternal. Los hijos quedan fuera de nuestros planes por muchos años —me deja claro.

—Totalmente de acuerdo —le indico alzando el mentón y mirándolo embobada.

—Los hijos llegarán en su momento, cuando yo haya disfrutado de ti lo suficiente y hayamos

conocido el mundo entero —relata Hugo.

Aura nos interrumpe y dice con los ojos clavados en Luca:

—Quiero un bebé, ¿no os dan ganas de tener uno?

—No. Ya tenemos un hermano —la corta en seco Hugo, serio.

—Uy, te quiere sola para él —bromea Gala.

—Totalmente. Somos muy jóvenes para tener un hijo. Tenemos mucho que vivir, y quiero dormir, por unos años más, todas las noches tranquilo con mi mujer —añade.

—¿Cómo va la boda? Está a la vuelta de la esquina —se interesa Izan.

—Quedan menos de dos meses y aún no sabemos dónde nos iremos de viaje —comenta Hugo.

—Es por lo único que se preocupa, el resto lo estoy organizando sola con mi madre —me quejo.

—Yo solo quiero saber la hora y la iglesia a la que tendré que acudir para dar el sí, quiero. No me interesan el resto de detalles. Y tras la fiesta te secuestraré y nos iremos por un mes entero tú y yo solos —dice dándome un abrazo y un beso.

—Tengo muchas ganas de que llegue el día de tu boda —manifiesta Gala con suma alegría.

—Te aseguro que no más que yo —dice Hugo y todos estallamos en carcajadas.

Lo cierto, es que lleva un poco mal la organización de la boda. A él le hubiese bastado con una simple fiesta de amigos en casa ante un juez, pero mi abuelo ha insistido tanto en una boda por todo lo alto que quiero concederle ese gusto. Además, yo también quiero casarme por la iglesia con el amor de mi vida y hacer una gran celebración. Algo que recordemos el resto de nuestras vidas, al fin y al cabo, solo me voy a casar una vez.

Tres semanas después

Salgo de la tienda de vestidos de novia con mi madre tras la penúltima prueba de mi traje. En un mes estaré entrando en la iglesia del brazo de mi abuelo, ya que mi padre no podrá ejercer de padrino porque ha sufrido un accidente en el set de rodaje y se ha roto una pierna, y para el día de mi boda aun estará convaleciente. Ha sido él mismo quien me ha pedido que mi abuelo ocupe su lugar. Y no he podido hacerlo más feliz. Entregarme en el altar a Hugo ha supuesto lo más importante que ha hecho en mucho tiempo.

—El vestido te queda perfecto, hija —comenta mi madre camino del coche.

Desde que mi abuelo me regaló el Audi Hugo se empeñó en que le perdiese el miedo a conducir sola y lo he conseguido. Ya me muevo por la ciudad de día y de noche gracias a la paciencia y el amor de mi futuro marido.

—Sí, me siento como una princesa. Y todo lo que estoy viviendo en estos momentos un cuento de hadas. No puedo ser más feliz, mamá —le confieso dándole un cariñoso abrazo.

—Estás radiante, se nota que Hugo te hace ser mejor en todos los aspectos. Hacéis una pareja muy bonita, envidiable.

—Hugo está un poco agobiado con los preparativos de la boda —le comento ya en el coche.

—Es normal, a su padre también le pasó. Ya queda poco. Tú déjalo todo en nuestras manos y listo.

Nos dirigimos a un restaurante para comer donde nos esperan Hugo, Rubén y el bebé. Cuando llegamos encuentro a Hugo con el bebé en sus brazos, en pie, intentando callarlo en medio del restaurante. La imagen es tan bonita que le hago un gesto a mi madre, ralentizamos el paso y disfrutamos del momento.

—Hugo ha cambiado tanto... —murmura mi madre con emoción en la voz.

—Supongo que tanto como yo —comento con la vista clavada en el hombre que amo y su hermano en sus brazos.

—Ambos sois mejores juntos —me asegura mi madre.

Llegamos hasta la mesa donde se encuentra Hugo paseándose con el bebé y cuando nos ve en su cara se refleja una expresión de alivio que nos hace sonreír. De inmediato le entrega a Luca a mi madre.

—No para de llorar. Mi padre recibió una llamada y no sé dónde se ha metido —se queja. Luego se acerca a mí y me da un beso en los labios.

—Tiene hambre. Es la hora de su biberón —dice mi madre consultando el reloj. Me indica que lo coja de la bolsa del carro del bebé y se lo prepare.

Cuando Rubén vuelve a la mesa lo hace sonriente y eufórico. Nos cuenta que recibió una llamada en la que le comunicaban que dentro de dos días va a recibir el premio a mejor comunicador por el programa que lleva presentando más de ocho años con grandes audiencias diarias.

Le damos la enhorabuena y pedimos una botella de vino para celebrarlo.

—Tengo que pedir os un favor —dice el padre de Hugo mirándonos a su hijo y a mí—. Solo puedo asistir a recoger el premio con una persona, y me gustaría ir con mi mujer —Le coge la mano a mi madre, se la lleva a los labios y deposita un beso en ella—. Necesito que os quedéis cuidando de vuestro hermano esa noche.

Hugo y yo nos miramos y terminamos asintiendo a la propuesta. A mí no me importa, pero sé que a Hugo le ha cogido por sorpresa y no le agrada mucho pasar la noche de un sábado entre

pañales y biberones.

De camino a casa, Hugo conduce mi coche y plantea:

—¿No podía quedarse Aurora con el bebé? Los sábados siempre quedamos con nuestros amigos.

—Nos lo han pedido a nosotros. Ella trabaja durante todo el día, no querrán cargarla más. Y mi abuelo no está para cuidar solo de un bebé —justifico.

—Pues que no se acostumbren —murmura, crispado—. Los fines de semana los quiero para dedicarlo por completo a mi mujer, disfrutar y relajarme.

—Te compensaré al día siguiente. Ya pensaré en algo con lo que sorprenderte —lo animo.

—Bueno, eso está mejor. —Me sonrío y al estar parados delante de un semáforo me acerco a él y le robo un beso.

Cuando el padre de Rubén recoge el premio lo vemos por la televisión, con nuestro hermano en brazos, desde el sofá de la casa de mi abuelo.

Observo cómo Hugo se emociona cuando su padre dedica el premio a sus hijos y a su mujer. Con el bebé junto a mi pecho me acerco a él y le doy un beso. Me mira, me sonrío y me abraza de una forma tierna.

Esa noche dormimos en mi habitación, trasladamos el moisés del bebé con nosotros y cuando nos vamos a acostar ambos miramos la cunita y sonreímos.

—Esto parece un ensayo —murmura Hugo.

—Luca es muy bueno. —Miro al niño dormido y relajado. Apenas llora, solo come y duerme. Es un angelito.

En mitad de la noche, cuando me siento en la cama para darle el biberón a nuestro hermano Hugo se desvela y percibo sus ojos clavados en mí.

—Joder, este niño está haciendo que te desee con un hijo nuestro en brazos, estás preciosa como madre —maldice, yo sonrío y él se vuelve a dormir.

Al día siguiente, antes de marcharnos a nuestro ático, mientras desayunamos en familia, mi abuelo nos sorprende con nuestro regalo de bodas. Se trata de un chalet cercano a esta casa.

—Abuelo, es demasiado —le indico a la misma vez que cojo las llaves de la propiedad en mis manos.

—Es lo que os merecéis ambos, no solo es un regalo de bodas, también es una recompensa por todo el trabajo que habéis sacado adelante en equipo durante este tiempo. Estoy muy orgulloso de vosotros —manifiesta muy emocionado. Se abraza a Hugo y a mí.

Toda la familia vamos a conocer nuestra nueva casa. El exterior tiene un gran jardín y piscina,

y la casa se compone de dos plantas con cinco habitaciones, siete baños, gimnasio y una piscina cubierta. Es una pasada.

La propiedad está totalmente amueblada.

—La compré así. Podéis cambiar todo lo que no os guste —dice mi abuelo.

—Yo la encuentro perfecta. ¿Ya ahora que hacemos con dos viviendas? —pregunto a Hugo.

—Podemos vivir donde te sientas más cómoda. A mí me da igual.

—Ya lo pensaremos. En estos momentos con los últimos preparativos de la boda no tenemos tiempo de una mudanza. Cuando volvamos del viaje de bodas decidimos —le planteo y a Hugo le parece bien.

Tras despedir a nuestra familia mi futuro marido y yo nos quedamos en nuestra nueva casa y pasamos todo el domingo ahí, recorriendo cada rincón y enamorándonos de la propiedad. Es un regalo increíble que ninguno de los dos esperábamos.

Siempre serás tú

Hoy es el gran día. Estoy tan nerviosa, he dormido tan poco esta noche que mientras que me maquillan y me peinan me tengo que tomar un analgésico porque me duele un poco la cabeza, y como sé cómo suelen terminar estos dolores, prefiero prevenir para no encontrarme mal en el día más importante de mi vida.

Me estoy arreglando y vistiendo en casa de mi abuelo, en mi habitación, desde donde saldré para la iglesia en la que me uniré en matrimonio con Hugo para siempre. Aún se me hace increíble que hoy nos vayamos a casar y se convierta en mi marido.

—Estás preciosa, hija —dice mi madre con lágrimas en los ojos, admirándome cuando ya estoy lista. Se abraza a mí, me entrega el ramo de flores y me admira de nuevo.

—No llores más o me tendrán que maquillar de nuevo —le suplico, emocionada.

Me miro en el espejo y me veo increíble. He escogido un sencillo vestido blanco, palabra de honor, ajustado a mi cintura y con falda de vuelo estilo princesa. Llevo un recogido informal y el velo. Mi madre me ha regalado los pendientes de oro blanco que luzco y una pulsera de diamantes.

Bajo las escaleras y me encuentro ahí a mi abuelo que comienza a llorar en cuanto me ve. El marido de mi madre sostiene en sus brazos al bebé y me mira con los ojos cargados de felicidad.

Hugo se ha vestido en el ático con nuestros amigos. Su madrina será Aura. Se conocen desde pequeños y es la novia de su mejor amigo. Son como hermanos.

—Estás hermosa, mi niña —susurra mi abuelo al darme un beso.

Antes de salir hacia la iglesia un fotógrafo profesional nos hace unas fotos en familia en el jardín. Hace un día de sol radiante, siento que hoy todo es perfecto. Es tanta la felicidad que me impregna que siento una opresión en el pecho difícil de describir.

Me monto en el coche con mi abuelo y ponemos rumbo a la iglesia. Ya todos nos esperan allí. Hace dos días que no veo a Hugo, solo hemos hablado por teléfono. Yo me trasladé a casa de mi abuelo y él se quedó en el ático. Me ha llamado ambas noches diciéndome todo lo que me extrañaba a su lado y haciéndome ver que nunca más iba a permitir que nos separásemos.

Sueño con el día de hoy, convertirme en su mujer y marcharnos un mes entero de viaje a Australia solos los dos. Me gusta haber escogido un lugar en el que Hugo no haya estado antes, así ambos tendremos esos recuerdos solo de nosotros.

Me bajo del coche y es mi amiga Gala quién me espera para colocarme bien la extensa cola de mi vestido. Ambas tenemos que contenernos para no darnos un gran abrazo y llorar de emoción.

—Estás espectacular —susurra.

Me agacho un poco para colocar bien la falda del vestido y cuando me incorporo siento un leve mareo. Doy gracias a que voy del brazo de mi abuelo y sigo caminando de forma firme, con la mirada clavada en la puerta de la entrada a la iglesia. Aun no puedo ver a Hugo, pero sé que me espera dentro y me muero por verlo.

De camino a la entrada de la iglesia saludo a algunos invitados que se han quedado fuera para verme llegar. De los nervios que tengo no logro ver con claridad, puede que sean de las lágrimas que trato de contener en mis ojos.

Continúo caminando hasta que llego al principio de una larga alfombra roja, la que me llevará al altar. A lo lejos, distingo una silueta de un hombre vestido de negro. Mi corazón se acelera mientras siento un fuerte pinchazo en mi cabeza.

Los acordes de la música nupcial comienzan a sonar y mi abuelo y yo nos encaminamos hacia el altar. La iglesia está llena. Por cada banco que paso la gente me sonríe y me susurra: guapa. Miro al frente y descubro a Hugo con la mirada fija en mí. Está guapísimo y la sonrisa que tiene dibujada en su rostro hace que se me acelere el corazón. Conforme voy dando pasos siento que el pinchazo que siento en mi cabeza se hace más fuerte, tanto que no puedo evitar llevar mi mano a ella al tratar de aliviar el intenso dolor. Sigo dando pasos hacia el altar, cada vez tengo más cerca a Hugo al que trato de mostrarla una sonrisa forzada debido al intenso dolor que estoy sintiendo. Observo cómo él me extiende la mano mientras la música no deja de sonar. Mi amiga Aura, a su lado, me sonríe también. Me deshago del agarre de mi abuelo y cuando voy a darle la mano a mi futuro marido me mareo un poco y pierdo la estabilidad. Él está listo y me coge en sus brazos de inmediato.

—¿Qué te ocurre? —pregunta con asombro.

—Es la emoción —justifico un poco aturdida.

Mi madre se acerca a mí, un poco asustada, igual que mi abuelo y Aura. Me entregan una botellita de agua y me hacen beber de ella tras sentarme en el banco del altar.

Intento recuperarme mientras me digo que no me puede pasar esto en el día más importante de mi vida, sin embargo, de repente, un fuerte dolor de cabeza hace que me queje en voz alta, deje caer el ramo de forma involuntaria de mis manos y me las lleve a la cabeza tratando de soportar el gran dolor que tengo.

—¿Estás bien, hija? —pregunta mi madre, preocupada.

—Olivia, mi amigo Francisco es médico —me indica mi abuelo, alzo la mirada y tengo a mi lado a un hombre que no conozco. Mi madre y mi abuelo han invitado a muchas amistades a las que nunca les he visto la cara, y este hombre es uno de ellos.

—¿Qué te ocurre? —se interesa el hombre en cuclillas a mi lado. Hugo está sentado junto a mí y siento su abrazo. Me mantiene recostada sobre su pecho.

—La cabeza, siento que se me parte —susurro con un hilo de voz, sin fuerzas. De repente, grito—. ¡No! —unos flashes de luces y sombras aparecen en mi mente, veo sangre, cristales, mi corazón se acelera mientras siento que me ahogo. Levanto la mirada, la clavo en las personas que tengo delante y de pronto, cuando todos me miran con gestos preocupados, en mi cabeza empiezan a aparecer imágenes, recuerdos y vivencias de mi pasado.

Cierro los ojos con fuerza, a la misma vez que las manos, y un intenso dolor me deja sin energías. En mi mente revivo mil recuerdos, me llevo una mano al pecho porque siento que me ahogo. Apenas escucho el alboroto que se ha formado a mi alrededor. Mi madre grita que venga una ambulancia mientras que Hugo no deja de interesarse por mi estado, sentado a mi lado.

De repente, alzo la cabeza, lo miro a los ojos y niego con un gesto de la cabeza. Miro a todos de nuevo a mi alrededor y me asusto al ver mi vestido de novia. Intento ponerme en pie mientras Hugo me toma por la cintura, miro a Irene y a su padre, situados frente a mí mientras que siento un nudo terrible en mi garganta que me impide hablar.

—Olivia, ¿te sientes mejor? —pregunta Irene.

Al escuchar ese nombre la miro con los ojos muy abiertos y revelo con un grito de horror:

—Yo no soy Olivia. No soy ella. Soy Emma —grito con fuerza—. Yo conducía el coche la noche del accidente. Olivia murió —revelo con lágrimas en los ojos. Emilio e Irene me miran espantados, su marido tiene que ayudarla a sentarse porque casi se desvanece.

—¿Qué?! —pregunta Hugo, situado a mi lado, mirándome con los ojos desencajados—. ¿Eres Emma? —inquire.

—¡No puedo casarme contigo! —grito con fuerza mientras lo aparto de mi lado mirándola horrorizada, no lo quiero cerca—. Te burlaste de mí, jugaste conmigo a tu antojo —grito más fuerte, sintiendo un gran desprecio—. Me destrozaste la vida, hijo de puta —lo acuso de forma severa—. Cómo he estado a punto de cometer este grave error —lamento con horror mientras que lo miro cargada de ira y odio.

—Olivia —murmura Hugo con la mirada clavada en mí mientras se acerca.

—¡No soy Olivia! Soy Emma —revelo alzando la voz mientras que los miro a todos—. No me estoy inventando nada. Es la pura realidad —alego con el corazón a punto de explotarme—. Todo ha sido un error. No soy ella —defiendo con garra—. Y esta boda... Esto es un completo error. Yo no puedo casarme contigo, con alguien como tú —especifico mirando a Hugo, he estado a punto de unirme al hombre que me destrozó la vida años atrás.

Hugo me mira con lágrimas en sus ojos, pero no me da pena. Me siento un completo monstruo cuando recuerdo mis días pasados junto a él, felices cómo si nada. ¡Cómo no lo reconocí! Me reprocho espantada y sintiendo asco.

—Hija... —susurra Irene con un hilo de voz, a la misma vez que extiende la mano hacia mí.

—No soy tu hija, ella murió. Soy Emma —afirmo muy alterada, temblando—. ¿Es que nadie me cree? —Los miro a todos. No me he vuelto loca, sin embargo, todos me miran como si lo estuviese.

—Tranquilízate, por favor —me pide Emilio.

—Tengo que irme, no puedo seguir con esto —murmuro.

—Olivia... —Hugo trata de cogerme de la mano, pero las aparto como si las suyas quemasen.

—¡No te vuelvas a acercar a mí! —le ordeno poniendo distancia entre nosotros. No soporto tenerlo cerca.

—Olivia... Emma... —rectifica con lágrimas en sus ojos mientras me mira como si fuese un fantasma.

Él intenta dar un par de pasos en mi dirección, con la mano extendida hacia mí y visiblemente afectado, pero no siento piedad de él. Él no la sintió de mí aquel día.

Comienzo a caminar para marcharme de ese lugar en el que no resisto permanecer ni un solo segundo más. No soy Olivia, y he estado viviendo un año como si fuese ella. Siento que no puedo respirar. ¿Qué he estado a punto de hacer?

—No te vayas —me ruega Emilio.

—No soy la persona que creéis. Ella murió —vuelvo a confirmar alzando la voz—. Puede que os cueste asimilarlo, pero no soy Olivia. ¿No lo entendéis? —pregunto exasperada—. He recordado todo. Soy Emma. Yo conducía el coche la noche del accidente porque Olivia estaba muy borracha —revelo, pero me miran como si nada. Sobre todo, Irene y Emilio que deberían estar rotos de dolor.

—Da igual quien seas. Siempre serás tú, ¿no lo comprendes? —revela Emilio con lágrimas en sus ojos, desesperado.

No logro entender sus palabras. Solo quiero marcharme de ese lugar y dejar de usurpar el lugar de una persona que no soy.

Me deshago de los zapatos de tacón y echo a correr por el mismo largo pasillo que entré con Emilio del brazo.

Salgo a la calle, corro, paro a un taxi y me monto en él al mismo tiempo que le indico que se dé prisa y no pare por nada del mundo. Necesito escapar de allí.

Me giro en el asiento y por el cristal trasero observo como Hugo, su padre, su mujer y Emilio corren detrás del vehículo mientras gritan que pare, pero no logran alcanzarme.

El taxista, sorprendido por mi aspecto, pregunta:

—¿Dónde quiere que la lleve, señorita?

—Lejos, muy lejos. Donde nadie pueda encontrarme —le indico mientras aparto las lágrimas de mi rostro.

Continuará...

Muy pronto:

Siempre serás mía

Donde esta historia concluye.

Agradecimientos

A mis lectores.

Espero que esta primera parte de la bilogía os haya gustado y estéis deseando conocer el desenlace en la siguiente entrega.

Me disfrutado muchísimo escribiendo esta primera parte de la bilogía Siempre. Hugo y Olivia se han quedado en mi corazón y ahora son todo vuestros para que los disfrutéis.

Si te ha gustado esta novela, por favor, deja tu reseña en la plataforma de Amazon, el único lugar donde la puedes adquirir. Es muy importante para los escritores que nos dejéis vuestras valoraciones.

También te puedes poner en contacto conmigo a través de mis redes sociales, me encantará intercambiar opiniones sobre las impresiones que te han provocado estos personajes.

El 25 de abril de 2024 sale la segunda parte a la venta donde podréis conocer el desenlace final en Siempre serás mía. No os voy a hacer esperar mucho.

Si estás leyendo esto, gracias por estar ahí. Me hace muy feliz formar parte de tus lecturas, espero que te haya gustado.

Elizabeth Bermúdez.

Otros libros de la autora



BILOGÍA: Vida y amor

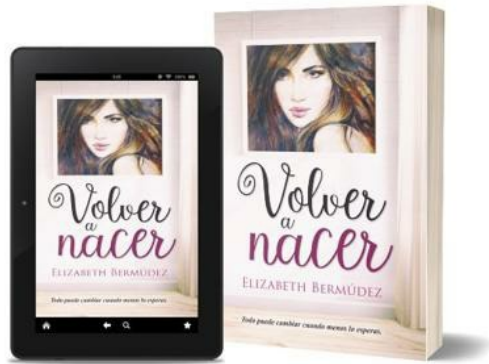




FAMILIA MILLER

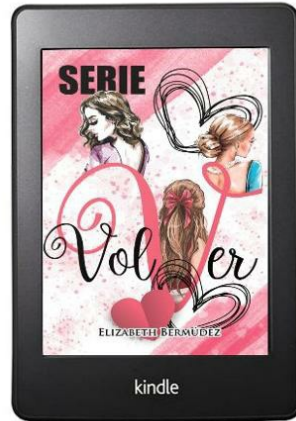


SERIE VOLVER





Incluye los 3 libros de la Serie Volver más nuevos extras.



NOVELAS INDEPENDIENTES



